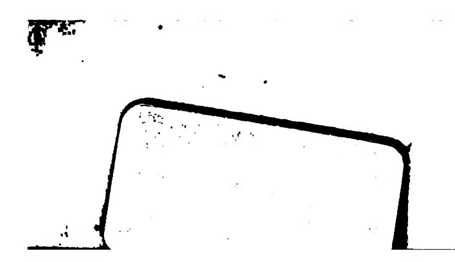
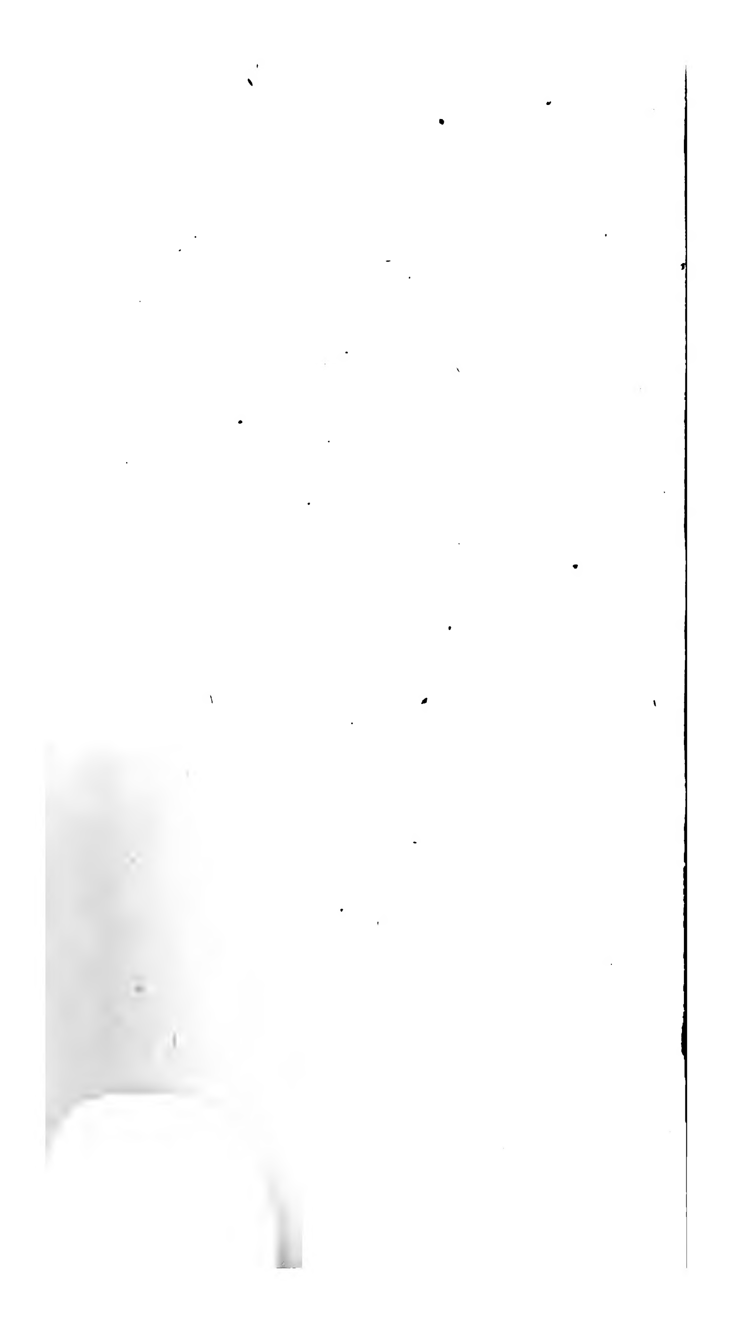






EPISODIOS CUBANOS

POR

ALVARO DE LA IGLESIA



I

Pepe Antonio

(1762)

CON UN PROLOGO DE MANUEL SANGUILY.



TOMO PRIMERO.

HABANA.
IMPRENTA TENIENTE REY 12.
1903.

EPISODIOS CUBANOS

POR

ALVARO DE LA IGLESIA



I

Pepe Antonio

(1762)

CON UN PROLOGO DE MANUEL SANGUILY.



TOMO PRIMERO.

HABANA.
IMPRENTA TENIENTE REY 12.
1903.



EPISODIOS CUBANOS

por

ALVARO DE LA IGLESIA.

PUBLICADOS.

I. Pepe Antonio.................. Tomo 1º
Pepe Antonio.................. id. 2º

PRÓXIMO Á PUBLICARSE.

II. La factoría y la trata.

EN PREPARACIÓN.

III. Los Soles de Bolívar.
VI. Tacón y O'Donnell.

NOVELAS DEL MISMO AUTOR.

PUBLICADAS.

Adoración.............................. 2ª edición.
La alondra.............................. agotada.
Una vocación........................... id.
Manuel García.......................... id.
Una boda sangrienta.................. id.
Amalia Batista.
Una estrella.



EPISODIOS CUBANOS

POR

ALVARO DE LA IGLESIA.



I

Pepe Antonio

(1762)



Biblioteca de EL MUNDO

Habana.—1903

algunas muy breves y someras observaciones, después de darle mi sincera enhorabuena por el intento mismo y este su primer valioso resultado, que tengo por muy digno de aplauso.

Demás está decirle que le agradezco el buen rato que me ha dado V. al proporcionarme el placer de leer su narración, y eso que no soy aficionado á obras de esta índole. De ellas me gustaron un tiempo las que se apartaban más de la realidad averiguada, sin gran escrúpulo de fidelidad ni verdadero empeño de reproducir exactamente lo pasado, como son las del viejo Dumas, de las que, por lo mismo quizás, se ha dicho que no deben leerse pasados los quince años.

El género de suyo me parece por híbrido tan falso como en sus pretensiones cintífico-imaginativas las novelas de Julio Verne, por lo demás tan curiosas y tan entretenidas; ó, como en la oratoria, los aburridísimos sermones. No piense V., sin embargo, que los repruebe, ni ménos que les niegue utilidad y aun importancia cuando al cabo tienen sermones y novelas históricas su razón de ser y su propia función social. El sermón pone, ó debe poner, al alcance del vulgo verdades recónditas que un concurso popular ...mprendería ni creo que podría ... en un discurso razonador de

contextura filosófica. De igual modo, los admirables episodios de Galdós, por egemplo, muestran en grandes cuadros animados la vida nacional de España en diversas épocas, para deleite y provecho de número incontable de individuos que de ninguna manera leerían, ó que leerían con sumo esfuerzo, las historias narrativas, sin las ventajas y la complacencia de la evocación conmovedora del arte; porque es lo común que el historiador—ya que no siempre es un poeta—se detenga en la corteza, y, si prueba, si demuestra, si pretende convencer, se mantenga lejos de toda relación con la generalidad de los hombres que no pueden entender y muchísimo ménos gustar obras de esa naturaleza. No me parece que nadie, que ningún escritor en prosa, excepción acaso de Victor-Hugo, Paul de Saint Victor y Teófilo Gautier, haya manejado, aplicándolo asi á la filosofía y á la literatura como á la historia, un estilo tan rico de lineas y colores como Taine, y—no obstante—su grande obra sobre la Revolución no puede ser un libro popular.

No vaya V. tampoco á suponer que creo yo demasiado en la historia; fíjese V. bien, en la historia tal como suele escribirse. En definitiva, y conviniendo en que hay siempre ideas fundamentales y principios racionalesque son inviolables

observo que domina, tanto en las obras de crítica como en las obras históricas, lo que se llama impresionismo. Todo depende del carácter, del temperamento, y de multitud de otras condiciones que determinan y constituyen la personalidad del escritor y del artista. Unos autores graves dicen lo que V. sabe de Lucrecia Borgia: Gregorovius, sin embargo, se empeñó en rehabilitarla. Lo mismo ha ocurrido con Nerón y con otros antiguos, y es sabido que los discutidos personajes de la Revolución francesa han sido retratados á diversa luz según el punto de vista y las doctrinas políticas y sociales de enemigos ó panegiristas; á punto que Mr. P. Janet escribió un librito muy sábio examinando las opiniones diversas que se publicáran en Francia sobre aquel magno acontecimiento en obras inspiradas por diversas escuelas, y le puso el extraño pero sugestivo título de «Filosofía de la Revolución Francesa.» Ahora mismo estoy leyendo una vindicación de Robespierre, escrita en 1891 con motivo del drama de Sardou titulado *Thermidor* y por cierto que al hacerlo me mueve también la curiosidad de saber si en el calumniado terrorista puede tropezarse con alguna buena cualidad por donde me le parezca, ya que es cosa para muchos averiguada que por las pésimas que se le

atribuyen somos tan semejantes él y yo como dos gotas de agua. Pero ¿no recuerda V. el desaliento y la sombría resolución de Sir Walter Raleigh en la Torre de Lóndres, cuando desengañado de conocer lo pasado y remoto, al convencerse de lo imposible que era ni aun cerciorarse de lo presente é inmediato, arrojó al fuego su manuscrito de la *Historia del Mundo*, según lo refería el malogrado Prevost Paradol y recientemente vuelve á relatarlo Mr. Louis Bourdeau en un meritísimo libro en que niega á la historia todo valor y carácter científico, por lo que coloca las obras de los historiadores en el mismo rango que las fábulas y los cuentos de hadas? Después de todo es mucho más agradable leer un cuento que cautivándonos nos transporta á otros panoramas entre otros hombres, que nos ilustra y eleva ante la gran visión poética de los dramas pasados—que nó fatigarnos, casi por lo general inútilmente, rompiendo por los peñascales y las zarzas del centón zurcido por el compilador sin idealidad y ni siquiera exento de pasiones más ó menos veladas que desfiguran los hechos, deslustran los grandes actores y enaltecen á los mediocres, privándonos del incentivo del arte creador de la vida, sin que, á cambio del trabajo rudo de leerlos, comprendamos mejor los

tiempos y los hombres que fueron. Nadie, en contraste con esas producciones inertes y opacas, puede negar el valor y el mérito de resurrecciones históricas como las que realizára con su fantasía de vidente Sir Walter Scott, que tan poderosa influencia ejercieron en los mismos historiadores, aun en historiadores extrangeros, como Thierry y Michelet, para no citar sino á dos eminencias, despertando é imponiendo el gusto y la necesidad del colorido y de lo pintoresco, sin los cuales la historia deja de ser lo único que ha sido, lo único que en realidad tiene que ser,—un arte literario.

En cuanto lo consientan las circunstancias, ejercerán, á su turno, las novelas episódicas que se propone V. escribir sobre algunos períodos de nuestra historia, y cualquiera que sea el grado de mérito que alcancen, un influjo beneficioso—principalmente, desde luego, por el espíritu que le anima á V.—en el corazón y la inteligencia de nuestro pueblo, que por ellas se dará clara cuenta de su evolución, y podrá apreciar y medir la suma de esfuerzos que sus progenitores tuvieron que ir realizando por conservar esta tierra y mejorar su condición y destino; y porque facilitará su mejor comprensión del pasado, avivando é intensificando su amor patrio esa directa contemplación de la vida

que al conjuro de la imaginación repite las viejas tragedias y remueve los extintos dolores, encendiendo en las almas las emociones que despierta en sublime evoción el arte, al restaurar la realidad olvidada ó desconocida, al arrancar del suelo profundo los huesos amarillos para consagrarlos en nueva, más alta y definitiva reencarnación.

Pero la novela histórica tiene la desventaja que le impone la imprescindible necesidad de someterse al documento intachable y al testimonio fidedigno. Puede describir escenas, retratar los personages, penetrar en el espíritu del tiempo y de los individuos; pero no debe inventar lo que ya es averiguado y sabido. Sin estar yo muy seguro de que escasee en su obra la psicología, no puedo negar que V. se deleita en el paisaje y que aún supone á los guerreros ingleses, apesar de estar dominados por la grave responsabilidad del asedio, tan encantados como V. y hasta ensimismados ante las maravillas de la tierra codiciada; y por eso, cuando lo cree á punto, se complace V. en describir y pintar, á menudo con felices pinceladas; pero no respeta V. como debió ser, la verdadera cronología de los sucesos ni el nombre mismo de los actores. V. eleva á la categoría de protagonista á cierto personaje muy secundario según la

historia. Y antes de proseguir, apuntaré ahora que me asalta una duda, que le comunico sin tratar de desvanecerla. El principal actor, el héroe, en la intención de V., y por el título mismo de su libro, es, ó debía ser, el célebre guerrillero de Guanabacoa, gran cazador de ingleses invasores en 1762, conocido tradicionalmente bajo el nombre familiar y cariñoso de *Pepe Antonio*. No obstante, en mi sentir, el verdadero protagonista, y á la vez la personalidad más interesante de la novela, no es el bueno y abnegado «partidario», el atrevido, infatigable y leal guerrillero cubano; sino el que denomina V. «*Don Pedro de Aranda y Horcasitas*.» No cabe negar que es, desde la primera á la última página, el alma de la novela. Suprímasele de ella y desaparece la fábula. Según V. le pinta era un patriota, un gran corazón, un carácter viril, un héroe, y hasta un héroe donjuanesco. Según la historia autoriza á creer, fué un buen vasallo, un buen español, un hombre atrevido y resuelto. Traficaba en Jamaica, donde supo que por las Antillas juntaban los ingleses numerosa escuadra, y sospechando su intento de atacar la Habana por sorpresa, decidió prevenir al Capitán General que lo era entonces Don Juan de Prado Portocarrero, haciéndolo así, tras riesgos y pena-

lidades quince dias antes de aparecer á la vista del Morro las naves enemigas. V. prefiere hacerle escapar de un combate naval á la altura de Sagua para llegar á la Habana la víspera del ataque. El único recuerdo de su oscura vida se ha conservado en una nota arrinconada en el tomo segundo de la Historia de Pezuela. Y no se llamaba como V. dice; sino *Don Martín de Arana*. ¿Por qué, entonces, y sin utilidad ó ventaja apreciable, le cambió V. los nombres?

Si he de decir la verdad, Pepe Antonio más se me aparece como un tipo abstracto que como un hombre real. A no ser por la leyenda de la ojeriza y animosidad del ágrio y antipático Coronel Caro, que hizo de él una víctima, por motivos ó móviles que desconocemos y que V. atribuye á la rastrera envidia de un cobarde, sería siempre muy honorífica su patriótica memoria, pero d fijo que no sería tan grande su fa ma. Todavía hay discordancia res pecto á las causas de su muerte, qu V. hace ocurrir en una finca abandonada, y los historiadores, en el cuartel de Madariaga. Su misma personalid ha llegado hasta nosotros algo incierta y borrosa. Guiteras no dudaba en 1856 de que era distinta de la del Alcalde de Guanabacoa. Diez años más tarde, como si no estuviera muy convencido to-

davía de la identidad del guerrillero y del funcionario, sólo se atreve á afirmar que «algunos patricios ilustrados *creen*» que son una sóla y la misma persona «Pepe Antonio» y Don José Antonio Gómez «alcalde mayor provincial», en premio á cuyas proezas fueron sus descendientes enaltecidos con la perpetuidad de ese título honorífico. De cualquier modo, ya hubieran sido una sóla, ya dos personas distintas y á la postre confundidas, como fué el caso del famoso Padre Marchena y de Juan Pérez en los fastos de Cristóbal Colón, ello es que el que tenemos por «Pepe Antonio», «el valiente partidario», que dice Pezuela, fué un hombre popular por sus constantes servicios y su lealtad á España y á su rey, por su audacia y su astucia, en muchos lances victoriosas del formidable enemigo de su religión y su bandera. El *Aranda* de V., el *Arana* de la historia, aparece —en cambio—en su libro, como un verdadero héroe de novela, y lo es ciertamente de la que V. ha escrito y yo con tanto gusto acabo de leer. A su lado, se esfuma y disminuye la confusa figura del noble y grande alcalde mayor, que despierta siempre nuestra simpatía, aunque nunca el interés conque desde el principio nos fijamos en el aventurero romántico. contrabandista afortunado en los negocios y en la

seducción de mugeres, que roba del convento á una novicia y fascina y trastorna á la hija recatada de piadosa y aristocrática familia,—para no dejar de seguir sus vicisitudes durante dos meses turbulentos y trágicos, hasta verle caer heróicamente junto al asta del Morro, animando y esmaltando, con sus aventuras, sus amores contrariados, sus resoluciones temerarias y su firme patriotismo, aquel episodio del ataque de la Habana por los ingleses en 1762, á extremo que nos sentimos desazonados cuando el autor corta á cada momento la narración, por ir de un lado á otro, de uno á otro incidente, ora en las alturas y castillos, ora en los pueblos y caminos, ya entre guerrilleros, ya junto al torpe Prado y sus amilanados consejeros, oyendo mientras tanto el incesante fragor de los cañones y las descargas de los fusiles y los gritos de los guerrilleros y los ayes de los heridos,—ïendo y viniendo, de un capítulo en otro, en bruscas alternativas, entre contínuas interrupciones, de las peripecias de un drama personal á las peripecias del drama colectivo, que se enredan y desenredan en uno, hasta identificarse en la suprema catástrofe del amor vencido y la lealtad inútil. El mismo Velasco, el marqués González, palidecen al lado de Don Pedro de Aranda, y hasta el Morro en

el empinado arrecife, retumbando un mes de espanto y gloria, inflamado y en perpétua erupción como un volcán, más resuena que se vé; pero su inmensa fulguración y su largo bramido de agonía no son sino el fondo tempestuoso y relampagueante en que el contrabandista legendario y la niña enigmática, tan astuta como arrebatada, se destacan en el fúlgido apoteósis de un ensueño!

La estoy viendo aún, á esa pobre loca, la tan enérgica como enamorada Verónica, vestida de miliciano, arrodillada bajo el asta del castillo, ansiosa de devolver la vida á su amante derribado y sangriento, absorta en su dolorosa y espantada contemplación, sin cuidarse de la muerte que vestida con los uniformes rojos y blancos de las tropas ingleses en tropel feroz asaltaba la brecha sembrando de cadáveres la cortina; sin ver á Velasco que caía traspasado el pecho, después que se desplomara el marqués insigne, ni á Montes que sucumbía á poco, ni á Párraga que quedaba clavado á sus piezas mudas, como el artillero de Sedán, mientras Milla enarbolaba la bandera de la rendición en el supremo desastre! La veo también cuando, con sus hábitos usuales acompañaba junto al muelle á Aranda moribundo, y luego le seguía al hospital, oyendo tras sí la fatídica

maldición de su padre! Ante aquella desolación universal, la muerte y la agonía de los vencidos, la fuerza y la habilidad del vencedor, los escombros esparcidos y humeantes, la vergüenza y el dolor del patriotismo, el amor humillado y maldito, olvidé á Pepe Antonio: su vida toda me importaba apenas á la vista de tanta desventura y tan profundo duelo, y hasta me alegré de que hubiera muerto antes, allá en la choza, rodeado de sus compañeros de hazañas, después de hacer testamento, extendido entre cuatro velas colocadas en sendas cáscaras de naranja, en la plenitud de sus años y su gloria!...

¡Cuánto le agradezco á V. que me haya traspuesto de este tiempo y horizonte á aquéllos, aunque sólo haya sido por un rato, haciendo resonar en mi oido aquellos grandes nombres y levantando en mi corazón, entre emociones encontradas, imágenes poéticas ó grandiosas...el Morro, Pepe Antonio...Pobre gente aquella! Pobre Verónica! V. tiene la culpa de sus tormentos; bien que en estas fantasmagorías quien sufre es el lector, en el límite—por su puesto—de lo que se ha llamado siempre «emoción estética», pues los que fueron—ó descansan olvidados—ó moran en ese mundo del arte desde donde nos interesan y nos conmueven sin dejar de ser, como

los dioses, inmortales é impasibles.

Por estos dos caracteres nuevos—por la contemplación ideal de las formas vivas, y por el sentimiento que sus hechos alimentan—se diferencia la narración del historiador de la narración del novelista. Compare V., si nó, su libro con el que publicó Guiteras en los Estados Unidos sobre el mismo asunto, hace más de cuarenta años. No he visto una obra más clara, más serena, mejor ordenada que esa; pero qué fría y qué seca ¿no es verdad? En cambio ¡qué animada, qué cambiante! la de V. En ella veo, siento, me entretengo, paso un rato distraido, tomo parte en la aventura personal y en las grandes aventuras públicas. Ese Villalobos ¡qué tonto y qué duro! Esas automáticas beatas; aquellos monges codiciosos y rollizos, más preocupados de esconder sus tesoros que de las calamidades del pais! Y me siento colérico contra Caro, sin saber á derechas por qué; y admiro la resistencia del Morro, sin admirar ménos á MacKellar que avanza siempre sin miedo y entre tantos peligros pega á su gente junto al muro y como un hurón se empeña en agujerear la roca para que la mina haga saltar aquella imponente fortaleza; y me desespero del estúpido plan de Prado, del desconcierto de la defensa

cuando—diga lo que le plazca Pezuela—era tan sistemático y tan sábio el que los invasores desarrollaban con tanta seguridad y tanta firmeza... Pero, al fin me pregunto ¿por qué peleaba esa gente? ¿por qué era tan leal Pepe Antonio? ¿por qué odiaban hasta la ferocidad aquellos cubanos de Ruiz y de Aguiar á los ingleses?

Algunas respuestas que V. no me ha dado, las encuentro en Guiteras: otras en ninguno de los dos. ¿No habrá un género, en que dominando la imaginación, no para inventar personages y peripecias, sino para interpretar la vida antigua, para sorprender el secreto de las almas desvanecidas, al revivir los dramas de la historia nos haga comprender sus causas y los móviles profundos que determinaron la canducta de los hombres y la evolución de los acontecimientos? Sin duda que en un libro de esa especie veríamos y sentiríamos como en el de V. y aprenderíamos también lo que en el suyo nos enseña Guiteras, y algo más; y por esta razón, pensando en la facilidad con que V. narra, y su gusto por la descripción, se me ocurre, para terminar, que en vez de darles la forma de novelas pudiera V. con mucho éxito emprender una série de vibrantes relatos históricos, que tuvieran por objeto el estudio y la narración de

grandes episodios cubanos, con extricta sujeción á la realidad conocida y depurada por la crítica; pero si V. prefiere la que en este episodio ha adoptado, prosiga V. de todos modos la série, que no le faltarán lectores y aplausos; pues, á la postre, como dijo Anatole France, la historia narrativa es inexacta por esencia, pero, todavía, es junto con la poesía la imágen más fiel que haya el hombre trazado de sí mismo.

De V. atento y affmo. amigo

Manuel Sanguily.



I.

El jueves cinco de junio de 1762, un poco antes de las siete dé la mañana, enfilaba el canal con viento propicio del primer cuadrante, la goleta «Condor», que días antes saliera de la Habana para Sagua á cargar maderas, acompañada de otros buques mayores de la Real Escuadra. Era un pequeño casco, maravillosamente cortado para aviso, de perfil elegante, proporcionada arboladura y dócilísimo al timón. Entraba con todo el trapo al aire, sin un solo rizo, reventando los dos foques y la escandalosa y algo cargada la mayor al cruzar á la altura de la Punta, levantando la quilla un torbellino de espumas al cortar el agua quieta y transparente como una balsa.

El tiempo estaba metido en agua. Desde la noche anterior un espeso velo de nubes cubría el cielo y el amanecer de aquel día no fuera saludado por el sol en todo su esplendor. Vergonzosamente arrojaba un haz de rayos sobre los muros de la fortaleza de los Tres Reyes, cuyo baluarte más próximo á la ciudad doraba con filetes de luz en la techumbre, haciendo á la vez cabrillear una nube de chispas doradas sobre el canal en que la celajería baja marcaba pinceladas lechosas sobre el verde oscuro de las aguas.

Como un enorme cetáceo en reposo, adelantaba su promontorio oscuro en el mar la imponente fortaleza, de un color grís bien definido, rica en detalles merced á la diafanidad de aquel día sin sol que dejaba extenderse la vista en torno hasta el último término del horizonte.

Desde la boca de la Plaza de Armas, contra el muro de San Telmo y del cuartel nuevo de la infantería, por encima del cual asomaba su copa la gigantesca ceiba, recuerdo de la primera misa, en el muelle y sobre el adarve de la extensa muralla que guarnecía la ciudad por el

puerto, soldados y paisanaje presenciaban curiosos la marcha serena, elegante y juguetona de la nave costera, sobre cuya cubierta sólo se distinguían el patrón, al gobernalle y dos hombres más, sin duda marineros, al pie del estay de bauprés. Ya dentro del canal, navegó la goleta de bolina, ciñendo el viento, sin recoger el trapo; al cruzar frente al muelle de la Real Tesorería viró de bordo ya bien mediada la bahía, y al cambiar de dirección, tras de un breve azotar de sus velas sobre los cabos, partió, primero con lentitud, después más de prisa, al fin como una saeta rumbo al Arsenal, cerca de cuyo embarcadero, como un ave cansada, plegó sus alas y mansamente fue á confundirse en aquel bosque de arboladuras.

Sin esperar á que el cabo fuese largado al espigón, saltó á tierra de un brinco, sobre el plan del muelle, un mozo alto, de buen semblante, aunque atezado, y recia constitución. Al decir mozo, debe entenderse que no pasaba de los veinticinco según declaraba su poco barbado rostro de rasgos casi infantiles.

Por su traje, destrozado y deslucido, lo mismo podía creérsele marino que pasajero. Llevaba un levitón largo, uniforme de los oficiales de la Real Escuadra, pantalón blanco ó que había tenido ese color anteriormente, y cubría su cabeza, verdaderamente hermosa, de largos cabellos trenzados en la coleta de la época, un sombrero de fieltro de alas anchas. Pero toda la vestimenta «sui generis» deslucida y derrotada, más que por el uso, por la reciente lucha ó maniobra forzada. Al saltar á tierra, hizo al patrón, que se disponía á lanzar el cabo, una señal muy expresiva, como recomendándole el silencio, seña que fue contestada por otra muy tranquilizadora. Después, nuestro recién venido, saltando sobre los filones de la cantera, que asomaba sus peladas vetas aquí y allá, compúsose la ropilla, como ya hemos dicho, bien necesitada de mayores auxilios, acomodó el espadín haciendo levantar la contera al apoyar la izquierda mano sobre la empuñadura y penetró, paso á paso, sin celeridad extremada pero tampoco lentamente, en el recinto amurallado de la ciu-

dad, por la Puerta de la Tenaza. Con cierta curiosidad, como de quien por primera vez cruza un paraje interesante, atravesó la estancia de los Campechanos, bajo un toldo de verdura, el de la hermosa guardarraya de anones que limitaba la finca por el Sur, fue bordeando la fortificación sobre su derecha, pasó el molino, cruzando el pequeño puente de tablas echado sobre uno de los brazos de la Zanja Real y penetró en el barrio de Campeche, á la sazón lleno de vida y movimiento.

Las callejas, estrechas y tortuosas, se hallaban animadas, por grupos de vecinos en traje de fiesta; los puestos de aves, frutas y hortaliza habían aumentado en número y proporciones, cubriendo buena parte de las plazuelas que daban frente á las iglesias y monasterios de aquella parte de la población. Frente á San Isidro los corros eran más numerosos que al principio del barrio de Yucatán, engrosando al penetrar en la calle de Compostela donde la iglesia de Nuestra Señora de Belén, principal ornamento de la gran plaza, daba al aire el repique de sus campa-

nas. Siguió el viajero calle adelante, contemplando igual espectáculo frente á Santa Teresa, más arriba en el Santo Cristo del Buen Viaje, más á su derecha en el oratorio de San Felipe, más adelante en Santa Catalina. Era un concierto general de campanas y un ir y venir de gentes vestidas de fiesta, de rostros alegres, embelesados por aquella explosión de radiante luz que bajaba de los cielos, al romper el sol triunfalmente, ya más entrada la mañana, el tupido tapiz de nubes precursoras de la lluvia torrencial.

Nuestro desconocido tomó por la calle del Sumidero hasta Santo Domingo, á cuyas puertas hormigueaba el gentío y bordeando la iglesia Parroquial Mayor, cuyo campanario voceaba también en aquel concierto del cobre, fue á detener su marcha en el cuerpo de guardia de la Real Fuerza, donde un grupo de granaderos fijaba una graciosa mancha blanca sobre el muro ennegrecido del palacio-fortaleza. Miráronlo todos con curiosidad no disimulada, sin duda sorprendidos por la extraña indumentaria del desconocido personaje y aún alguno

de aquellos veteranos hizo un movimiento para detenerlo en su decidida marcha; pero en aquel instante apareció un oficial de valonas en la puerta de la sala de armas que abría sobre el primer patio y después de un ademán de sorpresa, se adelantó al recién llegado alargándole las dos manos cordialmente.

—¡Aranda!......

—¡Oh!—gruñó nuestro mozo—¿estáis de ello seguro? ...... Entonces aún no he perdido la humana figura, capitán Gonzaga......

—Malejo andáis de vestuario, amigo Aranda—dijo el capitán sonriendo al propio tiempo que recorría con la vista aquel sombrero apabullado y aquel levitón de la Marina hecho girones—pero no obstante: os reconozco de lleno, por completo, de un modo real y efectivo...... Sois el mismo intrépido contraban........

—¡Chis!..... — interrumpióle Aranda imponiendo silencio á Gonzaga aún más que con la voz con el ademán y el gesto. —Hoy más que nunca conviene que aparezca yo tal cual soy y no como me pintan.

—Bah.... no tenéis para qué

sinceraros conmigo, caballero—repuso ceremoniosamente el capitán de dragones—sobrado sé que sois un excelente patriota, un valiente, un defensor celoso del rey (que Dios guarde)...... Si á otra ocupación y no á la de las armas os dedicáis, esas son cosas vuestras....

—Gracias, Gonzaga..... cierto es lo que decís pero no todos piensan como vos y hay por ahí más de un enemigo mío que declara ser yo merecedor nada menos que de la horca.....

—Antes cieguen que tal vean, caballero Aranda........ Yo no pienso eso..... lo que pienso es que por error ó por enemiga que no merecéis, estáis hoy con los dos hombros libres de caponas. Y no hay muchos más merecedores de ellas que vos....

—Vuelvo á repetiros mis gracias capitán. Bien sé que sois un excelente y noble corazon. Pero vamos al caso que el asunto es urgente.

—Ah...... ¿traéis alguna misión? ...... Haber hablado antes.

—Traigo una misión voluntaria y acerca de ella, si me dispensáis diez minutos de audiencia á solas, venía á hablaros.

—Que me place.... estoy á

vuestra disposición....... Cabo Peralta!—gritó — si alguien que no fuera del Estado Mayor de su excelencia viniera, que estoy ocupado en asunto del real servicio.

Y dicho ésto, penetró en la sala de oficiales, llevando á Aranda del brazo hasta un testero donde baja una panoplia y el retrato de Su Magestad el rey don Carlos III, había un ancho sitial de cuero capaz para seis personas. En torno se veían algunos taburetes del país, en desorden.

— ¿Aún fumáis amigo mío? —dijo el capitán sentándose y sacando del bolsillo de su casaca la vejiga con los útiles de fumador.

—Hacéis bien en decir aún..... pues bien hará tres días que no lo cato. Figuráos la alegría y merced que váis á proporcionarme con vuestro brindis.

Prendidas las pipas que atentamente ofreció el capitán Gonzaga, la impaciencia se manifestó en él imperiosa.

—Todo soy oídos: —dijo—empezad vuestra relación.

Empiezo...... Encuéntrome en un trance más que raro, maravillosamente estupendo. Pero ante todo decidme..... ¿Se

halla en paz el Rey Nuestro Señor con todos los príncipes cristianos? ....

—¿Por qué me lo preguntáis? ....

—Voy á decíroslo..... Porque naves de la Real Escuadra acaban de sostener un combate fiero en el Canal Viejo, siendo apresados varios navíos de nuestra Armada.

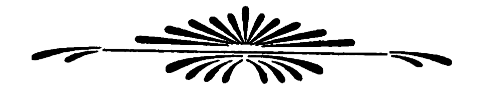
El capitán Gonzaga abrió los ojos espasmódicamente al oir ésto y miró á Aranda de una manera tan expresiva que éste exclamó poniéndose de pie con semblante severo:

—Capitán Gonzaga... ...... ni miento, ni estoy loco......

—No he tratado, por mi fe, de ponerlo en duda, caballero pero es tan extraño, tan estupendo........

—Así lo califiqué al empezar nuestra entrevista capitán....... ¿no es verdad? ..... Bien sabía yo que el caso habría de sorprenderas...... Voy á referiros los hechos fielmente, según los he presenciado hace algo menos de cincuenta horas y después.... juzgaréis.......

—Os escucho.



I

Don Pedro de Aranda y Horcasitas, segundón de una ilustre familia oriunda de Andalucía, pudiera muy bien servir de tipo y patrón del español aventurero del siglo XVIII Aún no cumplidos los quince años, vino á América, con su padre, oidor de la Audiencia de México, quien sobradamente preocupado en labrarse una renta con que sostener á su familia en la Corte, no encontró medio más adecuado y fácil de colocar á suhijo, que haciéndolo ingresar en el ejército como cadete. Corría entonces y aún desde la más remota fecha, como cánon doméstico invariable aquello de «Iglesia ó mar ó Casa Real:» es decir, los tres caminos abiertos á la ambición y á las aspiraciones de las fa-

milias nobles poco afincadas: ó sacerdote, ó marino, ó soldado. El hermano mayor de don Pedro, llamado entonces el mayorazgo, heredero de la fortuna paterna, ocupaba un puesto distinguido entre los servidores del Rey Don Carlos III y su hermana, un año más joven, hacía poco ingresara en las Calatravas, donde regularmente tomaría el velo, siquiera sus gustos la inclinaran más al siglo que al claustro. Don Sebastián de Aranda y Jiménez de Utrera, jefe de la familia y antiguo oidor de Burgos, resolvió el asunto de plano al decidir su marcha á América y se llevó consigo á su hijo don Pedro, único hilo suelto en el tejido de sus propósitos. A su lado haría forzosamente carrera con muy poco que pusiera de su parte. Honda preocupación lo invadió al poco tiempo, vien do que su hijo el cadete, con un amor á la vida y á los placeres propio del hombre mozo que disfruta de libertad, adquiría en la milicia de que era solo un aprendiz, tales hábitos de travesura y donjuanismo, que prometía para lo adelante más de un suceso desagradable. Llamólo entonces al orden,

amonestándolo con severidad desacostumbrada y aún lo amenazó con ponerlo á servir en las naves de la Real Armada, si no cambiaba de vida.

No era esta, no obstante, á tal extremo licenciosa que viniera en descrédito de su linaje. Reducíase al galanteo constante, á las pendencias naturales en gente de por sí maleante y dada á las escaramuzas juveniles. Era un temperamento todo fuego y todo resistencia y un carácter franco y abierto lleno de alegría y de buen humor.

Las mujeres mirábanlo con ojos tiernos, tras el rebozo y como el ser celebrado es causa de engreimiento, es preciso confesar que el joven Aranda, por su fortuna en los lances de amor y de la espada, trocóse antes de los veinte años en un completo perdonavidas, del cual llovían las quejas más ó menos graves en la casa paterna y en el cuartel de cuya sala de armas era el principal y más gallardo ornamento.

Una aventura para aquellos tiempos gravemente escandalosa, puso el colmo á la reputación sobrado quebrantada del joven cadete, viniendo á influir de una manera funesta en su

porvenir, precisamente cuando por sus méritos anteriores acababa de recibir la capona de subteniente. Hablóse en los corrillos y aún en los salones del virrey de aquella aventura que hacía sonreir á la juventud y poner la cara fosca á las personas serias; comentóse en el interior del hogar el atrevimiento y descoco de quien por no reconocer nada respetable se había atrevido á entenderse por escrito con una novicia próxima á confirmar sus votos y lo que era no menos grave, á apalear despiadadamente á un padre capellán, delito que se penaba entonces con excomunión mayor y cárcel y don Pedro de Aranda, produciendo la desesperación de toda sa ilustre familia, fué expulsado del ejército y extrañado de México con prohibición absoluta de volver á atravesar las puertas de la egregia ciudad de Moctezuma.

Algunos años bastaron para dar al olvido el crímen y el criminal, muy joven é inexperto para que no fuera digno de indulgencia: quien no pudo olvidarlos, antes por el contrario, con su amargo recuerdo, dos años más tarde, bajó á la tum-

ba, fué el viejo don Sebastián que en su postrera disposición desheredó á don Pedro y lo maldijo, costumbre muy común en aquellos cristianos tiempos en que el perdón era, por lo visto, cosa desacostumbrada.

Como la piedra perdida en un camino, rodó nuestro joven de ciudad en ciudad por casi todas las principales del imperio colonial de España, unas veces soldado mercenario en las guerras anglo-francesas de norte América, otras veces marino en buques mercantes dedicados á diferentes tráficos no todos lícitos y al cabo, establecióse en la Habana llevando parte en la propiedad de una ó dos pequeñas naves que hacían el comercio de cabotaje. Intrépido, valiente, de una generosidad é hidalguía rayanas en quijotismo, donde quiera que pisaba era mirado con vivo interés por las mujeres y con simpatía por los hombres. Militar ingerto en negociante, pero menos lo segundo que lo primero, más de una vez había abandonado sus asuntos para tomar parte activa en la defensa del territorio amenazado, como le había ocurrido nueve años an-

tes en Bahía Honda al ser atacada por la flota del almirante inglés Knowles, distinguiéndose bizarramente en la defensa del navío «Africa,» allí incendiado para que no cayese en manos del enemigo. Este comportamiento, enaltecido por el capitán del navío, después almirante, don Juan Antonio de la Colina y Racines, que mandaba aquel intrépido buque, rehabilitó en parte á Aranda ante las autoridades de quienes no era santo de su devoción, consignándosele las gracias de oficio en nombre del Monarca.

Ya por entonces Aranda había impreso rumbo fijo á sus aptitudes, consagrado al comercio entre los puertos más próximos á la Habana. La maledicencia, que no deja de perseguir al mérito, propalaba que el antiguo subteniente del Fijo de México era un audáz y consumado contrabandista, dando unas veces salida al tabaco sobrante del cupo real que por la ley debía de ser quemado, ya introduciendo mercancías de Jamaica y la Martinica, delito que tenía por castigo la horca, dentro de las restricciones comerciales de aquella época oscura.

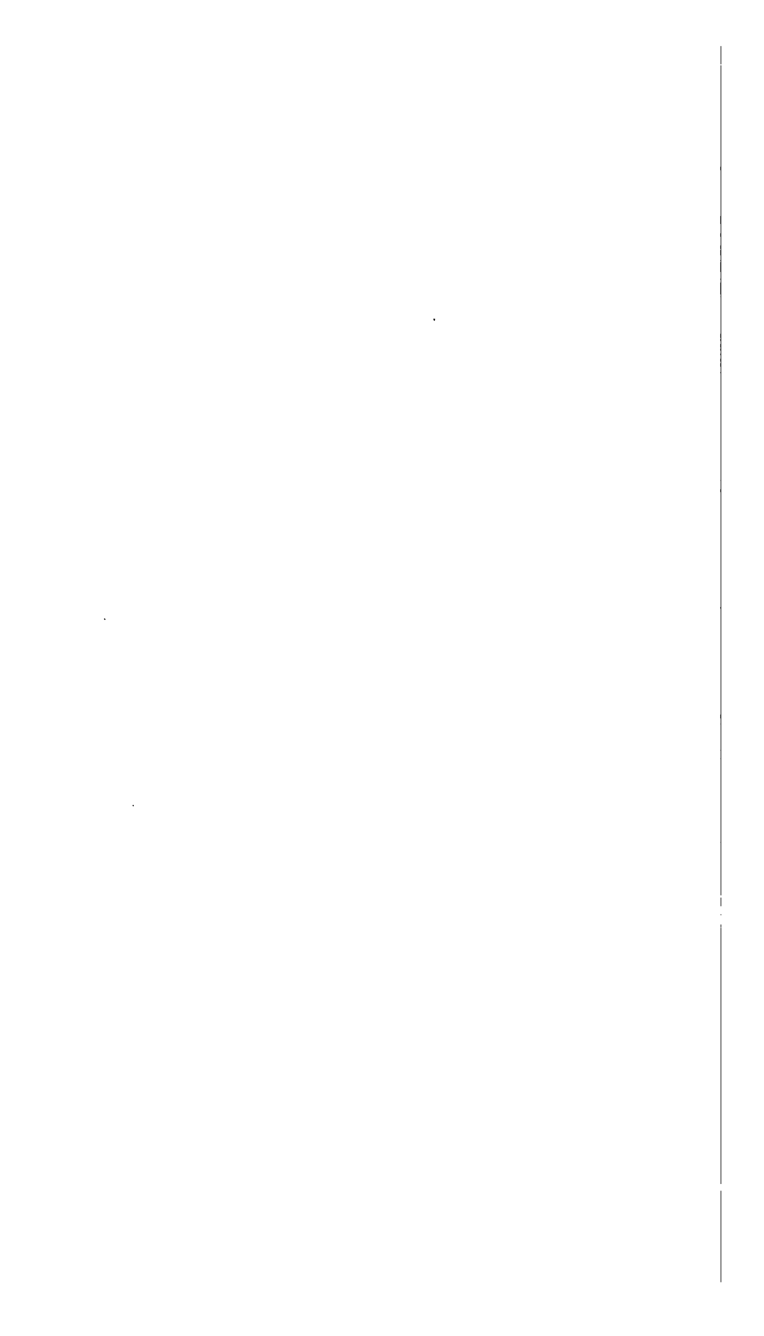
Viviera ó no de tan punibles medios Aranda, lo cierto es que había logrado cimentar una regular fortuna con su trabajo personal, alternando en la sociedad habanera, muy meticulosa y puritana entonces, (aunque carcomida por todos los vicios) lo mismo por el empaque de su individuo y por las peluconas relucientes que sembraba en su derredor, que por su ilustre apellido y las cualidades de su carácter simpático y lleno de atractivo.

Pero estaba escrito que la nave victoriosa de don Pedro de Aranda, había de ir á estrellarse siempre en los arrecifes del amor. A la vuelta de una de sus desconocidas expediciones, de las cuales, bueno es decir, que nunca se mostró dispuesto á hacer el menor relato, conoció en una fiesta de tabla en Santo Domingo á la que había de ser ya en lo adelante juntamente con la espuela de su ambición, el recuerdo perpetuo de su memoria y la ansiedad angustiosa y dulce, á la vez, de su corazón enamorado.

Alto, muy alto había picado Aranda en sus pensamientos, porque Verónica, gentil y virtuosa criatura que florecía á la

vida en sus hermosos diez y seis años, era hija única del factor de la Real Hacienda don Gaspar de Villalobos y Rivera, ministro del Tribunal de Cuentas, uno de los más altos oficios reales del Presidio y Corregimiento de la Habana. Don Pedro, hijo del oídor de México, subteniente del ejército, bienquisto de los funcionarios y de la nobleza secular, aún sin fortuna, no sería difícil que lograra, años antes, realizar su amoroso empeño; pero Aranda, el aventurero Aranda, el expulsado de las Armas, el contrabandista, el excomulgado, aún llevando por las dos ramas de su progenie apellidos ilustres, podía considerarse desahuciado en sus pretensiones. Huelga decir, (porque ya se ha dicho el gancho maravilloso que don Pedro tenía para el bello sexo) que Verónica, corazón lleno de inocencia é ingenuidad, seducida por la gentileza del caballero no tardó en corresponderle, y lo que era aún peor para su tranquilidad y su dicha, no tardó en amarlo mortalmente. Con una lucidez propia de las almas delicadas, comprendió desde el punto y hora en que había rendido su albeldrío que aquel

amor había de sufrir grandes luchas y grandes contrariedades pero tal vez por eso mismo, denunciando el temperamento materno que era tenaz como el acero y como el pedernal resistente, entregóse á aquella pasión toda entera, como quien abdica de la propia voluntad para dejarse conducir por otra voluntad superior y despótica. Cuando empieza esta relación, es decir, cuando de una manera un tanto teatral penetra en el castillo de la Real Fuerza don Pedro de Aranda, tratábase por la familia de Verónica de hacerla entrar como novicia en las Claras, con el santo fin de apartar á la joven de toda relación con su novio bien conocido en la casa del ilustrísimo señor don Gaspar de Villalobos, tan conocido, que al mentarlo en sus conversaciones reservadas, se hacia siempre la señal de la cruz.





III

—Pues bien, capitán Gonzaga:—dijo Aranda mirando á su amigo como temeroso de que nuevamente fuera por él puesta en duda la veracidad de su relato — acabo de ser testigo presencial de un formidable combate entre las naves del Rey de España y las naves del Rey de Inglaterra. Por eso empecé preguntándoos, si teníais seguridad de que el Rey nuestro señor se hallara en paz con todos los príncipes cristianos.

—Porque no es un secreto para ciertos funcionarios de palacio y algo se me ha traslucido —replicó Gonzaga—os diré que no sería inverosímil que muy pronto se declarase la guerra entre los dos reinos; pero salvo esta presunción que se sustenta en los últimos pliegos llegados

de la Corte para el general Prado, no tengo la menor noticia de que se haya turbado la paz entre España é Inglaterra. De ahí, amigo Aranda, mi sorpresa, al escuchar las nuevas que traéis.

—Aún habrán de sorprenderos más cuando las conozcáis en toda su extensión é importancia. Empiezo mi relato. Con fines particulares que no es del caso especificar, salí, como sabéis, hace ocho días con rumbo á Sagua en la goleta «Condor», de mí propiedad, formando parte del convoy enviado á cargar maderas para la construcción de naves del Rey en el Arsenal. Iban á nuestra custodia para el regreso en previsión de cualquier desmán la fragata «Thetis» de 22 cañones y 180 hombres y la urca «Fénix» que monta 18 piezas con 75 marineros y soldados. Navegamos en conserva, es decir, muy próximos unos de los otros buques con mar bella y viento muy favorable hasta el domingo 2. Era al amanecer, bien mediadas las cuatro de aquel alba, cuando divisamos por babor á poco más de cuatrocientas brazas un poderoso navío inglés que hacía por nosotros. Ya desde la «The-

tis» que teníamos mas próxima habían divisado el buque y distinguido las señales sorprendiéndonos á los que íbamos en la goleta el toque de zafarrancho de combate. Diez minutos después brilló el fogonazo del navío británico y una bala destrozó la amura de la «Thetis» junto á la serviola. A la claridad del crepúsculo ya bien adelantado, pudimos ver entonces recortando sus velas sobre el fondo, en el límite de la vista natural, tres, cuatro, cinco, seis ¿que os diré? veinte navíos más que nos daban caza, cuatro de ellos, forzando la marcha á favor del Sudeste. Por las banderas de la urca «Fénix» que se corrió algunas brazas á estribor para protegernos, y que reproducía las señales de la fragata «Thetis» pudimos entender la gravedad del suceso. Estaban á la vista en línea y orden de combate los navíos de tres puentes «Cambridge», «Sterling Castle», y «Temple», viniendo sobre nuestra flotilla el «Echo» y el «Alarm» seguidos de dos corbetas ligeras la «Mercury» y la «Bonetta» que á las preguntas de la «Thetis» en cuyo tope ondeaba el rojo pen-

dón insignia, descargaron sus andanadas de babor como respuesta. No cabía creer en un error: el día claro alumbraba á ambas escuadras, lo mismo á la británica cuya división azul teníamos á cuatrocientas brazas, que á los buques del Rey de España cuyas banderas tremolaban en el último tope del palo mayor. Se trataba de un combate en plena paz, capitán Gonzaga, de un ataque imprevisto, injustificado, por sorpresa y con abuso de superioridad. Ordenó entonces el buque insignia forzar la marcha para tomar puerto, ó dar tiempo por lo menos á enviar un aviso al más próximo; pero si el viento era favorable las medidas tomadas por el enemigo que destacó sus buques más ligeros para darnos caza, fueronnos adversas. La huída, que no otra cosa fué nuestra retirada, aunque mi amor propio se resienta de confesarlo, duró seis horas en que mantuvimos casi igual distancia; pero arreció el viento sobre las doce y el enemigo que nos llevó desde el principio ventaja por la ligereza de sus buques, cayó sobre nuestra flotilla dominada en todas direcciones por sus baterías. Rompió,

entonces, el fuego de sus carronadas nuestro navío, secundado por la urca «Fénix» que como nave más ligera barloventeaba con facilidad para descargar sus dos bandas sobre el «Alarm» tan próximo á nosotros que se distinguían las maniobras de la marinería y los gritos de zafarrancho. Vinieron entonces, encima del «Fénix» el «Cambridge» y el «Sterling Castle», á cuyo empuje se rindió el navío donde la carnicería debió ser muy grande. Yo no puedo deciros con exactitud el desenlace. Solo con los dos hombres que conmigo iban en la «Condor» largué todos los trapos y perdí pronto de vista el campo de combate ansioso de llegar á tiempo con el aviso. He ahí referida toda mi historia.

—Es sorprendente — dijo con aire preocupado el capitán de dragones.— Y ahora bien—continuó mirando á Aranda profundamente — ¿que pensáis hacer? . . . .

—Hablar inmediatamente al general Prado — respondió Aranda poniéndose de pié.— ¿No creeis, capitán, que es mi deber y el deber de todo súbdito fiel del monarca amenazado en sus domínios? . . . .

—Exactamente.... ¿queréis, entonces, que os introduzca cerca de su excelencia?

—Sin pérdida de tiempo.... y eso que mi porte es poco recomendable.....

—Pues esperadme unos instantes.... Voy á serviros lo más pronto posible.

Y el capitán salió al patio, tomó por la izquierda y ascendió por la gran escalinata de piedra que conducía á la residencia del capitán general, excelentísimo señor don Juan de Prado Malleza Portocarrero y Luna.

Poco tiempo tuvo que aguardar Aranda. Diez minutos habrían transcurrido cuando apareció de nuevo Gonzaga en el cuarto de banderas. Con él llegaba un teniente coronel de la fuerza de León. Era el ayudante de campo de su excelencia. Miró de arriba abajo con aíre desdeñoso á Aranda, á quien pretendió presentar afectuosamente el capitán de dragones que se detuvo á un ademán de su superior.

—Es el caso — dijo — que su excelencia va á asistir á la fiesta de tabla de la Parroquial Mayor..... Podeis decirme cual

es vuestra misión y la trasmitiré al general.

Adelantóse entonces Gonzaga y habló en voz baja al teniente coronel Albear, que así se llamaba el ayudante. Este hizo un mohín de extrañeza y se sonrió.

—Si no es una burla—dijo mirando á Aranda — puede ser esto una malísima interpretación de éste buen hombre.

—De este caballero — rectificó Aranda chispeándole los ojos. Me llamo....

—No necesito saber vuestro nombre..... Seguidme.

Y tornó á tomar la puerta, emprendiendo la subida á las habitaciones de la Real Fuerza seguido de nuestro héroe que empezaba ya á desesperarse.

La escalera desembocaba en un largo corredor ó terraza que miraba al puerto y á su final se abría una puerta de dos arcos, donde hacían guardia dos soldados del Regimiento de León armados de largos fusiles de chispa. Penetró el ayudante en la pieza, haciendo seña á Aranda de que lo siguiera, al propio tiempo que sonaban las culatas de los fusiles sobre el hormigón de la terraza, saludando al jefe.

A lo largo del salón en que penetraron corría una hilera de medallones de relieve, representando desde el adelantado Velázquez, hasta Güemes y Horcasitas, todos los generales y gobernadores que habían tenido mando en la isla. Abrían las ventanas en tronera sobre el parapeto de la plaza de armas, y por los huecos penetraba el sol marcando grandes cuadros de luz sobre la madera encerada del piso flamante y lustroso. Albear empujó una mampara de cristales y desapareció en otra pieza cerrando tras de sí las hojas. Y allí, como un poste, sin saber que hacer de su largo levitón de marino y de su espadín, quedóse Aranda, á cuyos oídos llegaban los rumores de la plaza baja sus pies, el alegre repique de veinte y siete iglesias y el murmullo del pueblo en son de fiesta que llenaba los alrededores de la Parroquia donde en puestos improvisados se vendían frutas y golosinas. Una banda de tambores, en el cuartel de la infantería contribuía con su nota ruidosa á aquel alegre concierto.

—Podeis pasar — oyó que decían desde la mampara, y componiendo el semblante y la re-

pilla, penetró en la habitación frontera precedido por el teniente coronel Albear que hacía sonar sus espuelas sobre el pavimento.

Aranda hallóse en presencia del general Prado, hombre que frisaba en los cincuenta años, de aspecto severo y aire un tanto presuntuoso. Vestía de gran gala, el uniforme de mariscal de campo y cerca de la ventana que caía sobre el caballero del Este, se ponía los guantes con lentitud. Al penetrar Aranda, alzó la cabeza y lo miró profundamente dibujando un gesto de burla al contemplar su extraño atalaje.

—Podéis hablar y ser muy breve.... Conque.... al grano.

Aranda estaba rojo de vergüenza. Todos se habían empeñado en tratarlo aquel día como un villano siendo un caballero. Precipitadamente, aunque con acento respetuoso fué refiriendo los hechos, como con miedo de ser interrumpido antes de su conclusión.

—Señor... salí embarcado para Sagua con los buques de la Real Armada, en busca de maderas para el Arsenal.... El domingo 2, al amanecer, la «Thetis» y la «Fénix» fueron ataca-

das por muchos navíos de Inglaterra á la altura de Cayo Cruz, vencidos y apresados... yo pude huír en la goleta «Condor» de mi propiedad y he venido á traeros el fatal aviso en bien del mejor servicio del Rey Nuestro Señor.

El general Prado no dió muestras de haberle sorprendido tal nueva. Mirando alternativamente á Aranda y al guante que se calzaba en la izquierda con minucioso cuidado, hacía gestos con la boca, gestos que Aranda conmovido y rabioso á la vez, apreciaba como señales de burlona incredulidad.

Algunos minutos más permaneció en silencio Prado. Al fin levantó la cabeza y contemplando de hito en hito á Aranda, repuso:

—Con que, un combate naval, decís? .... Y que nos cuesta —continuó dirigiéndose al ayudante Albear que escuchaba cuadrado militarmente — que nos cuesta dos excelentes navíos el «Fénix» y la «Thetis». Pues no es nada lo del ojo.......... Y decidme, señor marino...... porque debeis ser marino aún cuando no pueda decir á ciencia cierta de que nación... ¿Sabéis cuántos muertos y cuantos

heridos hubo de ambas partes? ... ¿Y vos, pelásteis también? ...... Porque vuestras ropillas han sufrido averías considerables.

Aranda bajó la cabeza y se encerró en el silencio. El general continuó hablando solo:

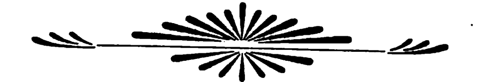
—Tal vez habeis querido celebrar la fiesta del Santísimo Corpus Christy desde la víspera y estaís algo.... algo perturbado.

Aranda comprendió que iba á dejarse llevar por la cólera y se inclinó como solicitando la venia de Prado para retirarse.

—Señor...... he cumplido con mi deber de leal vasallo de su majestad el rey don Carlos III... Por mi fe de caballero juro que he dicho la verdad.. Una flota formidable, tal vez como no atravesó ninguna el canal viejo de Bahama, viene sobre estos castillos......... Señor.... estad preparado........ la tormenta va á estallar...... Con el permiso de vuecelencia...

Y Aranda desapareció por la mampara de cristales, descendió como un turbión la escalera de piedra y sin despedirse siquiera del capitán Gonzaga, ciego de cólera desembocó en

la Plaza de Armas y se perdió entre el gentío que rodeaba el pequeño templo cuyas campanas tocaban alegremente á misa.



IV.

No habría transcurrido media hora desde la salida de Aranda de la Real Fuerza, cuando formó la guardia de granaderos á tambor batiente para recibir al Excelentísimo é Ilustrísimo señor doctor don Pedro Agustín Morell de Santa Cruz, Obispo de Cuba, quien acompañado de familiares y pajes penetró en el patio de la fortaleza repartiendo bendiciones y dando á besar el pastoral anillo á los oficiales de la guarnición que acudieron presurosos á recibirlo. Era un sacerdote de agradable aspecto, de rasgos enérgicos, mirada inteligente y una boca cuyas comisuras denotaban bondad. Llevaba los sesenta y ocho años de su edad con vigor no común y era por entonces una de las lumbreras de la Iglesia en Amé-

rica. Natural de Santiago de los Caballeros en la Isla de Santo Domingo, fué estudiante de tan raras aptitudes que á los veintiún años, casi recién recibidas las sagradas órdenes ocupaba la dignidad doctoral en aquella Santa Iglesia, siendo á los veinticuatro provisor y vicario general de la Mitra de Cuba. Hombre de un carácter entero y de una conciencia toda rectitud, en momentos difíciles para la colonia, como durante el ataque del almirante inglés Vernón, supo hermanar su misión sacerdotal con los deberes del patriota, contribuyendo á rechazar la agresión con sus recursos propios y con el prestigio de que gozaba entre los elementos más principales de la ciudad. Gozaba entonces de una envidiable reputación de prelado virtuoso y desprendido y de patriota de gran adhesión al monarca. Sus rentas eran cuantiosas ascendiendo los ingresos anuales de la Mitra á unos veintiocho ó treinta mil pesos, aún cuando las ovenciones y patronatos así como la gruesa decimal hacían subir á mucha mayor cifra su patrimonio. Contabase que al ser trasladado de la silla de Nica-

ragua á la de Cuba, traía consigo un respetable caudal en moneda y alhajas del culto y aún se había dado en suponer con más ó menos fundamento que el Obispo Morell tenía parte en la Real Compañía de la Habana, cosa que nada tendría de insólita cuando el Rey y altos funcionarios disfrutaban de los pingües emolumentos de aquel gigantesco negocio.

En desagravio de cuanto pudiera decirse respecto de las lícitas especulaciones del prelado, encomiábanse sus grandes y frecuentes limosnas y donativos entre los cuales figuraba la reconstrucción del Hospital de mujeres de Paula, destruído hacía muchos años por una tormenta, obra en la cual invertió mensualmente grandes sumas. A los pobres vergonzantes de la población, repartía sobre ochocientos pesos mensuales, sesenta cada semana en limosnas públicas y sostenía sesenta niños huérfanos en asilos que se mantenían con sus rentas.

Era, por otra parte, el Obispo Morell, entendimiento cultivado y no lego en materia literaria, orador de palabra fácil y brillante y escritor á quien atraían los asuntos his-

tóricos, hallándose, por entonces, acopiando materiales para su «Historia de las tentativas de ingleses en América», obra en la cual, dentro del criterio cerrado de la época en materia de colonización, había fragmentos (al decir de quienes tuvieron ocasión de leerlos, pues el libro se extravió inédito) por los cuales pudiera leerse mucho sobre el porvenir del imperio colonial de España en América.

Su origen no conventual, dióle desde los comienzos de su gobierno eclesiástico, si cierta prevención en las órdenes religiosas, un afecto sincerísimo en los elementos oficiales de entonces, tocados del espíritu liberal de Carlos III. Sordamente latía por esto la rivalidad entre las órdenes religiosas y el clero regular, si bien, dicha rivalidad existía añeja entre las mismas órdenes, que se disputaban el dominio de las conciencias habaneras y á la vez los emolumentos de la cura de almas. Por aquel tiempo el pugilato latía fiero en el fondo, aunque discretamente disimulado en la superficie, entre franciscanos y dominicos, los dos monasterios más ricos, favorecidos de rentas y abruma--

dos de mandas piadosas de la ciudad. El gobernador Prado, católico á su manera, es decir, sin celo exagerado ni mucho menos fanatismo, estimó como una fortuna providencial la condición del Obispo Morell, que no lo obligaba á inclinarse más del lado del predicador insigne que de los hijos del seráfico padre de Asis.

—Dadme albricias, Señor;—dijo alegremente el Obispo al pénetrar en el salón de las medallas, cuyo precioso balcón se abría sobre el puerto, dando entrada al sol y á la brisa que bañaba la regia estancia.

—Por qué me dirá su ilustrísima—repuso Prado en el mismo tono, adelantándose á besar la hermosa ágata del anillo episcopal.

—Porque tenemos el día más hermoso que puede pedirse para el Córpus... ¿Veis que sol, qué cielo?... Es la bendición de Dios que cae sobre este religioso pueblo...

—Tened cuidado, señor Obispo:—interrumpió el general moviendo la cabeza,—no hay que olvidar que todos los años llueve en la procesión...

—Este no, general... este no es posible.

Habíanse asomado al antepecho del gran balcón que caía sobre el mar, ofreciendo la contemplación de un cuadro verdaderamente deslumbrador. Besaban las olas dulcemente la base rocallosa del Morro levantando leves rizos de espuma, como festón de nevadas flores que servía de adorno á la colina; sobre el purísimo azul del fondo, rompía el verde de los montes de la Cabaña en suave declive hacia el norte, con su vegetación forestal vigorosa, virgen del hacha; á quinientas varas del Morro, el bajo baluarte de la Divina Pastora, salpicado por el mar, los blancos almacenes de pertrechos de la Marina, y á tiro de fusil de aquellos balcones, y más al fondo, la desembocadura de Cojímar con su estero y sus uveros de oscuro verde, haciendo aún más claro el caudal de la pequeña ensenada. La vista podía extenderse por encima del mordido litoral á muchas leguas, unas veces en ligeras colinas que marcaban la orientación del sistema orográfico al arrancar de la costa, otras veces en estancias de labor diseminadas por la campiña que el sol casi en su cénit doraba con

tonos metálicos, con una radiación extraordinaria, como polvo de luz cernido sobre los campos. Toda la ciudad iluminada por el astro en su cénit, resplandecía como un áscua de oro. A la sensación de deslumbramiento acompañaba la sensación de bochorno, de calor de hornillo que recorría en ondas la atmósfera, templada á ráfagas momentáneas por el blando soplo del Este Nordeste aspirado con delicia.

Sí, era un día hermoso, deslumbrador como había dicho el obispo Morell, quien se había sentado frontero al balcón en ancho sitial de cuero curtido, tachonado de grandes clavos de cobre, al lado del general Prado. Ambos se echaban fresco con amarillos abanicos de guano, tejidos en caprichosos arabescos.

—No obstante, mi queridísimo padre—dijo sonriendo el general—sigo creyendo que nuestro Córpus está amenazado de un modo ó de otro.

— ¿Qué decís, señor? . . . ¿De un modo ó de otro? . . .

—Y lo repito. . . si supierais lo que acaba de serme comunicado, temblaríais. . .

— ¿Habiáis seriamente? . . .

—Con toda seriedad... Un badulaque, un facineroso, que no sé ni de dónde nos ha llovido para aguarnos la fiesta, roto y despedazado como Sancho al salir del poder de los yangüeses, acaba de notificarme el rudo combate sostenido por dos navíos de nuestra Real Armada con... no sé cuantos de la Marina Británica en el canal viejo... ¿Sabéis, vos de eso, acaso?...

El Obispo quedó silencioso un momento.

—¿Y en qué documentos ó pruebas sustenta ese buen hombre su confidencia? —preguntó al fin.

—En su palabra, el muy bellaco,—dijo riendo Prado.— ¿Es cosa de creerle?...

—Según y quien sea él, señor...

—Pues ya he dicho á su ilustrísima los puntos que calza el prójimo en respetabilidad. He de añadir que es medio pirata y medio contrabandista, miembro podrido de una familia honrada, fué lanzado del ejército por sacrílego y algo más...

—¡Dios nos asista!...—exclamó el prelado.—Si no tiene el diablo por donde desecharlo.

Y otra vez volvió á quedar

pensativo el Obispo Morell, cual si lo invadiese pasajera preocupación.

—No obstante, general,—dijo con blando acento—válese á veces el Señor en sus designios de miserables instrumentos para que la verdad resplandezca. Tal vez haya algo de cierto en el fondo...

— ¿Qué decís, padre mío? ... ¿Pero acaso habéis tomado en serio lo que no debemos recibir sino como un «quid pro quó» burlesco? ...

En aquel momento rompieron las campanas de la Parroquial Mayor de San Cristóbal en un animado repique. Habían dado las ocho é iba á dar principio la fiesta de Tabla en el principal templo de la ciudad.

—General—dijo el Obispo—podemos ir marchando si gustais.

—Cuando os plazca... estoy listo.

Y Prado, tomando de encima de una consola dorada su espadín de ceremonia, se lo ciñó bajo la casaca blanca de grandes ramazones de oro, se puso el tricornio y dando la derecha al Prelado, abandonaron la pieza seguidos de su comitiva. Sobre la piedra oscura de la escalinata que descendía al patio

de honor, bulleron un momento aquellos colores brillantes de los uniformes, el morado de los hábitos del Obispo, el oro y la plata de galones y charreteras, serretas y entorchados; el ruído de espuelas y espadas produjo un raro concierto durante la marcha hasta que el redoble de los tambores y los pífanos de la guardia formada ante el castillo lo cubrió todo con sus bélicos acordes.



Una compañía de dragones de línea con timbales, clarines y porta-estandarte, se hallaba formada dando la espalda al recién levantado padrón de piedra, de tres caras y nueve varas de elevación, conmemorativo de la primera misa. Eran los antiguos jinetes de León de casaca blanca con vueltas amarillas, grandes solapas del color de la divisa en el pecho y sombrero de tres picos galoneado de blanco los soldados y de plata los oficiales. Una dragona de estambre blanco y el corbatín negro, con grandes botas de charol arrugadas en el tobillo, completaban el vistoso uniforme. Iban armados de

fusil, bayoneta, cartuchera y frasco de cebar. El pendón de raso amarillo, lucía en su centro la roja cruz de Santiago y las flores de lis borbónicas bordadas en plata al anverso. Cerca de la fuerza de caballería, cubriendo casi aquel costado de la plaza un regimiento de milicias y una compañía de fusileros esperaba la salida del general Prado para tributarle los honores.

Al frente dando la espalda á la casa episcopal que abría á la Plaza en la esquina de Oficios, aparecían formados en dos hileras los alumnos del colegio de San Ambrosio, sostenido por el obispo Morell, vistiendo sotana parda y beca y bonete colorados. Casi unos niños, aquellos colegiales en cuyo rostro se leía claramente la huella de una vida ascética absurda, servían en el altar y coro de la Catedral y estaban destinados al sacerdocio. No lejos de estos infantiles seminaristas, por la parte de Oficios, cuarenta ó cincuenta jovencitas huérfanas, las asiladas de San Francisco de Sales, colegio costeado igualmente por el obispo de Cuba, con sus modestos túnicos de listado y basquiña de

tela blanca, preparábanse á dirigirse á la Parroquia, acompañadas por sus maestras y «madres.» Desembocando por Mercaderes, á cuya calle abría la puerta principal de la iglesia matriz, llegaban al propio tiempo que Prado con su Estado Mayor y jefes y oficiales de todas las armas, el ilustre Cabildo y Regimiento de la ciudad, precedido de mazas de plata y clarines con dalmáticas rojas, llevando en el pecho las armas de la ciudad: tres castillos de plata y una llave de oro en campo azul, teniendo por remate una corona y por orla el collar del Toisón, según real cédula de doña Mariana de Austria viuda de Don Felipe IV en 1688.

La iglesia parroquial matriz, con ser el templo privilegiado de la Habana, en que oficiaban muy á menudo los prelados de Veracruz, de México, de Nicaragua y de Santo Domingo, era un mísero edificio indigno de la primera plaza fuerte de América y de la riqueza de tan floreciente colonia. Constaba el templo de una nave principal y otra lateral para las capillas y estaba orientado exactamente á como se halla el Palacio

de los antiguos gobernadores construído mucho después sobre su emplazamiento. Era de dos pisos y una torre ancha y gacha, con cinco campanas y un reloj bastante bueno para aquella época. La puerta principal daba á la calle de Mercaderes y las laterales á la del Obispo y del Sumidero, hoy O-Reilly, teniendo el altar mayor, hacia la Plaza y la Sacristía y el coro tras del altar. La ante sacristía era muy pequeña y abría á la nave lateral sirviendo de desahogo para los clérigos. Al Norte corría sus tapias el cementerio. Los donativos del Obispo Santo Matías, de Fray Juan Lazo y de Compostela, pasaron sobre aquel edificio como lluvia de oro que tragó el suelo. Era un caserón sin belleza ni riqueza, salvo en su ornamentación opulenta que contrastaba con la mezquindad de sus muros y techumbres.

Penetraron en el templo al alegre repique de las campanas de todas las parroquias, al bélico son de timbales, tambores y clarines, el general Prado, el obispo Morell y su comitiva, el Teniente Rey don Dionisio Soler, recién trasladado de igual

cargo en Panamá, tras de ellos «la señoría,» ó sea el ilustre corregimiento de la ciudad, bajo los maceros colocados á ambos lados del pórtico, el Alferez Mayor don Gonzalo Recio de Oquendo y su Teniente, el Capitán don Dionisio de Berroa, el Alguacil Mayor don Pedro José Calvo, el Alcalde Mayor Provincial don José de Peñalver y Angulo, el Fiel Ejecutor don Luis Juan de Aguiar, coronel de milicias desde 1736, cargado de años y de merecimientos, el Depositario general, el Receptor de Penas de Cámara, el Tesorero, el Contador, el ilustre regidor, primer historiador de Cuba don José Martín Félix de Arrate, el Regidor Correo Mayor, el Padre general de Menores, el Tesorero de Cruzada, los alcaldes ordinarios don Miguel Calvo de la Puerta y don Pedro Beltrán de Santa Cruz, el síndico procurador dón Felipe de Zequeira, los alcaldes de la Santa Hermandad, toda la corporación con sus múltiples oficios concejiles en que se mezclaban la gestión del procomún con los intereses absorventes de la Religión Católica y tras de la Corporación fueron entrando, en mezcla pin-

toresca de chupas galoneadas, sombreros de candil, golillas, coletas y espadines, el Real Tribunal de Cuentas con su factor don Gaspar de Villalobos y Rivera, padre de Verónica, el Abogado fiscal acabado de nombrar por Grimaldi y procedente de la Real Audiencia de Santo Domingo, á la cual se acudía en apelación, el Juez de Bienes de Difuntos, el Contador, el Tesorero, el Oficial Mayor, Guarda Mayor de Almacenes y Tenedor de Bastimentos con su escribano de minas y registros y sus oficiales de pluma. Mas tarde llegó la Universidad Real y Pontificia de San Gerónimo, establecida desde 1670 en el monasterio de Santo Domingo, en evitación de las peregrinaciones de estudiantes que tenían forzosamente que ir á graduarse á Salamanca y Alcalá. También traían heraldos y maceros por real privilegio, luciendo en los petos de las blancas dalmáticas bordadas de plata los blasones propios: un escudo ovalado partido en tres cuarteles, los dos superiores encerrando en campo rojo el «Agnus Dei» sobre un libro, aludiendo á la Iglesia de San Juan de Letrán, de la orden de

predicadores; en campo azul un can con un hacha encendida en la boca, en la llama un mundo y en éste una estrella de oro, símbolo del convento de dominicos y abajo, en el cuartel inferior, entre nubes y peñas el gran penitente San Gerónimo con el león á los pies. Sobre el escudo coronado, corría la leyenda «Acad.—S. Hier.—Com. —S. Joan. Later—Ord.—Predic.—Havana.»

El claustro universitario, salvo contadas excepciones, estaba compuesto en su totalidad de frailes dominicos. Fueron desfilando cogullas blancas: el Rector, el Vice Rector, los Consiliarios, el Tesorero y el Comisario, el Fiscal y el Maestro de Ceremonias, dos catedráticos de Filosofía, los tres de Teología de texto aristotélico, del maestro de las sentencias, los tres de Leyes, el de Prima, el de Vísperas é Instituta, los dos de Cánones, una colección de grandes y llenos rostros, saludables, lustrosos, de mentones prolongados por la tonsura, cuello de toro y mirada de águila. Vinieron después los seglares, los cuatro profesores de Medicina, el de Anatomía, el del método medendi y los dos

de matemáticas. Santo Tomás con su «Suma» abarcaba por entero casi la Universidad de la Habana, dejando como graciosa concesión un lugarcito á las ciencias médicas y exactas.

Y aún fueron llegando más y más corporaciones: el Real Tribunal del Protomedicato, que tenía á su cargo la diaria visita al Hospital de San Felipe y Santiago donde se curaba á la tropa de la guarnición y presidio; el Dr. Medrano, Principal, el Dr. Arango y Barrios, el Dr. Alvarez Franco, el Dr. Aparicio: la Real Compañía de la Habana, sima en que se fundían los millones y de la cual era principal accionista la Majestad del Rey Carlos III, toda una concesión de espantosa inmoralidad que regulaba y administraba la producción de la colonia, realizando fabulosas ganancias; el Registro de Hipotecas, multitud de otros funcionarios del Estado y una nube de jefes y oficiales de todas las armas. El templo reducido para las proporciones de la ciudad, éralo aún más entonces para contener un concurso tan numeroso como escogido. Los estrados del Obispo, el Gobernador, el Ayuntamiento y la

Universidad ocupaban buena parte de la nave y el presbiterio se hallaba invadido por el Cabildo Catedral y por una turba multa de presbiteros, clérigos, diáconos, subdiáconos, sacristanes y cantores.



V

El general Prado fué á ocupar su sitial de damasco rojo galoneado de oro, á la izquierda del presbiterio, teniendo á su lado al conde de Superunda, virey del Perú, á don Diego de Tabares gobernador de Cartagena de Indias acabados de llegar del continente, y al marqués del Real Transporte, don José Gutiérrez de Hevia, -efe de la escuadra, honrado por el rey con dicho título y el de vizconde del Buen Viaje, en premio de haberlo conducido felizmente con su real familia, en el navío «Fénix», de Nápoles á Barcelona, al subir al trono de España por muerte de Fernando VI.

Frente por frente, más elevado que el del gobernador de la colonia, se alzaba el estrado del

obispo Morell, recibido á la entrada del templo por el Cabildo y que en aquellos momentos era revestido de gran pontifical para la celebración de la solemne misa del Corpus. Junto á las verjas del altar mayor, en medio de las nubes de incienso levantado por los turiferarios, cuatro diáconos, dignidades catedrales, permanecían inmóviles con las manos cruzadas sobre el rico tisú blanco de las casullas. Un grupo numeroso de presbíteros, tonsurados de prima, sacristanes y seminaristas con sotana negra ó roja y sobrepelliz ó roquete blanco, llenaban el rincón libre entre el presbiterio y la ante sacristía.

Frontero al dosel del obispo, se había colocado el del claustro universitario entre mazas. Era blanco frangeado de plata y en su fondo lucía bordado en oro, el escudo de la universidad. Después venían el Real Tribunal de Cuentas y Tesorería, el Protomedicato, la Real Compañía de Indias y el abad de San Francisco, acompañado de los principales cargos del Convento. En las dos naves, del centro y lateral de la derecha, desplegábanse en largas filas mezclando sus colores, herman-

dades, congregaciones, asilos del obispado, administradores de la Casa Cuna y Hospital de San Lázaro y ya mediado de sobra el templo, el pueblo en apiñada masa, que sin haber podido hallar acomodo, se movía con las ondulaciones de un mar agitado por la borrasca.

No eran más de las nueve, y ya el calor se hacía insoportable por el hacinamiento de personas y la reducida capacidad de la nave. Venía por momentos como una ola de fuego desde el altar mayor profusamente alumbrado y también á ratos, un soplo vivificador de brisa que arrojaban las cancelas abier tas de par en par. El tabernáculo, cubierto de flores en grandes jarrones de porcelana y de cristal, era un cráter de luz y un búcaro de perfumes entre los que sobresalían los acres de las hierbas aromáticas y los embalsamados de jazmines y lirios. Cincuenta grandes hachones de blanca cera de Castilla ardían ante el sacramento, arrancando cambiantes deslumbradores á las macizas gradas de plata que descendían desde el trono de la Purísima Concepción, patrona de Indias y sobre cuya cabeza se inclinaba el es-

cudo real de España, con sus leones y sus castillos de oro en campo rojo y sus lises borbónicas y su granada entreabierta. El obispo, fray Juan Lazo, donó la preciosa escalinata, acabado trabajo de orfebrería, pagando por el la respetable suma de diez mil pesos fuertes. Todo el retablo, dorado á fuego, mostraba la hermosa talla de la época, si un primor por la escultura un desastre por el gusto artístico. Sobre el sagrario, descansando en mensulas de cristal la pesadísima custodia de plata y oro y esmeraldas y rubíes gruesos que valían un patrimonio, cubría el riquísimo viril en que horas más tarde, si el tiempo lo permitía, habría de salir procesionalmente la sagrada forma. De lo alto, arrancando del central florón dorado de la cúpula, pendía la enorme lámpara de plata de peso de doscientas libras.

En el coro bajo, tras del altar, en sillería de talla de roble, habían ido ocupando sus sitiales con el ruido acostumbrado que produce el asiento al caer, las dignidades del Cabildo, menos el Arcediano y el Dean que asistían al prelado en el divino sacrificio. En el coro alto, que

corría de norte á sur sobre la puerta de Mercaderes, la capilla de instrumentos y cantores interpretaba la misa de Palestrina. Un silencio profundo reinaba en la iglesia al terminar el «gloria». El subdiácono cantó en falsete la Epístola, el diácono con voz llena el Evangelio y el obispo Morell, llevando majestuosamente la capa magna, la mitra y el báculo, se dirigió al púlpito, precedido de su cortejo sacerdotal, en cuyas manos dejó la insignia de su jerarquía. Se inició entonces un movimiento general en el templo, manifestándose en la parte oficial por el rechinar de sillones y taburetes y el choque de espadines y espuelas y en la masa del público por murmullos y movimientos de marea, síntoma de estrechez é incomodidad. El obispo miró bondadosamente al fondo del templo en que hormigueaba el gentío, como disculpando su intranquilidad y tras del saludo y acatamiento de ritual á la majestad sacramentada y á las representa ciones oficiales empezó su oración, magistral dentro de los ridículos moldes de la oratoria entonces en uso, llena de metáforas, profusa en figuras retóri-

cas, ampulosa y rica en cansadas citas latinas. El prelado estaba ligeramente pálido y su semblante de una habitual placidez, parecía velado por la sombra de una preocupación profunda. Durante la misa mediada entonces y ya en el púlpito, se le vió padecer frecuentes distracciones rápidamente enmendadas por sus ayudantes.

Habló con voz ligeramente trémula de la especial protección divina para la Iglesia de América y los dominios de España, durante sus tribulaciones recordando la providencial ayuda recibida desde que el sagrario se había instituído en la Habana, no obstante las agresiones frecuentes de piratas y corsarios. Amplió este pensamiento, señalando las veces que por la intercesión de la Santísima Virgen, Patrona milagrosa de las Indias, habían resultado triunfantes las armas españolas en lucha con el ejército y la flota británicos, ambiciosos de poseer un territorio sobre el cual derramara la Providencia á manos llenas sus dones.

—Un compromiso de fidelidad y de gratitud — dijo — nos une para siempre á la milagrosa Virgen María, protectora de es-

te pueblo en sus públicas calamidades, en sus peligros, catástrofes y epidemias. Seámosle fieles, hijos míos, no cesemos de rogarle para que vele por nosotros, singularmente en estos momentos en que nuevos peligros nos cercan y amenazan, uno de ellos, aunque no tal vez el principal, «el vómito prieto» que ha hecho su aparición en las naves de la Real Escuadra y que causa en soldados y marineros mortal estrago. Agrupémonos á los pies de la divina dispensadora de mercedes, consoladora de afligidos, refugio de pecadores. ¡Quien sabe! Acaso muy pronto tengamos necesidad de acudir á ella en mayor y más grave tribulació[illegible]s sorprendan los peligros en la divina gracia, esperándolo todo de la suprema misericordia....

El Obispo Morell hablaba con gran unción, temblándole la voz, conmovido. Salía de sus labios una súplica fervorosa al impetrar el divino auxilio para su grey que elevaba allí abajo sus preces al Altísimo. En medio de su invocación á la madre de Dios, cuando tendía á ella los brazos invocando sus auxilios para el pueblo postra-

do, extremeció á los concurrentes de la iglesia parroquial el estampido de un cañonazo. La diafanidad de la atmósfera lo hizo más retumbante, más sonoro. El obispo miró de soslayo al general Prado que cuchicheaba con su corte y un movimiento de alarma, al principio discreto, después ruidoso, recorrió la multitud congregada e el templo. Algunos personajes sacaron sus muestras, pendientes de cadenas colmadas de dijes. ¿Eran acaso las doce para que empezaran las salvas? ...... De la comitiva del general partió un ayudante en dirección á la ante-sacristía sin duda con el objeto de ganar la plaza é ir á enterarse á la Real Fuerza de aquella novedad. Simultáneamente el teniente rey Don Dionisio Soler acompañado de sus ayudantes, hizo una imperceptible seña al general Prado y atravesando la nave principal, fué también hacia la antesacristía en los momentos en que el Obispo Morell, más pálido aún que á la subida, descendía del púlpito y tomando el báculo de plata de manos del Dean, iba al altar á continuar el sacrificio. Era el «ofertorio»: la capilla cantó el credo

pero á una señal del presbítero callaron orquesta y voces, llegando en silencio la consagración que llenó de timbres argentinos el espacio con los toques de las campanillas del altar.

—Real servicio.... paso........ real servicio..... hagan calle ... paso..... real servicio.

Estas voces rezonaron con mayor rudeza que la debida al recogimiento del templo, junto á la puerta de Mercaderes, ya dentro de la nave. Un movimiento de extrañeza, mejor aún de estupor hizo volver todas las cabezas hacia la entrada. Pisando vestidos, empujando hombres, separando con la espada los obstáculos que cerraban su marcha como un muro formidable, se habría paso el capitán Gonzaga llevando un pliego cerrado junto con el sombrero de tres picos alzado en la mano izquierda.

El Obispo se volvió en el «Santus» para imponer silencio, porque la confusión era horrible. Atropellábanse los feligreses para no ser atropellados por el capitán de dragones, que impertérrito, sin mirar que era el momento de la consagración,

continuaba la marcha gritando siempre:

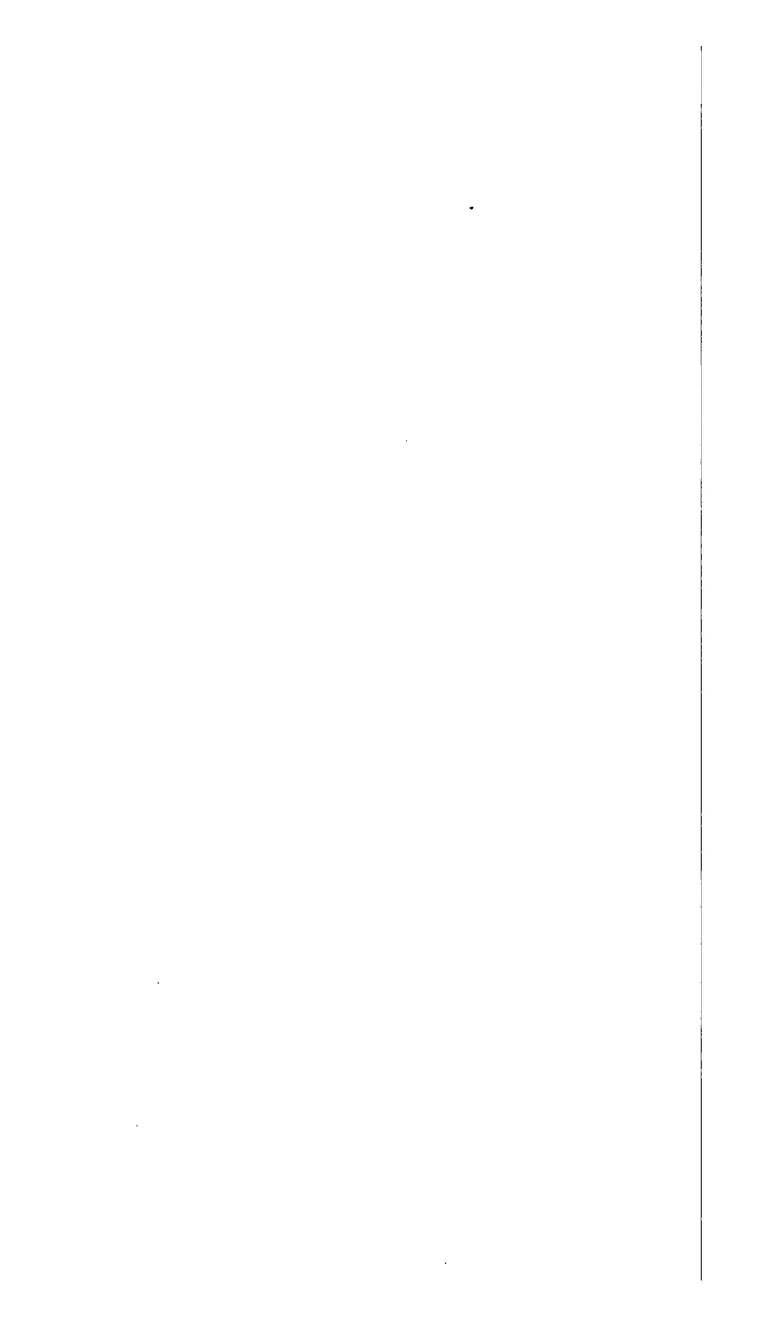
—Real servicio........ paso..... abrid calle..... parte urgente....

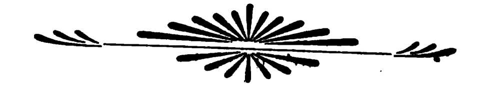
Púsose de pie el general Prado y con mirada iracunda procuró detener al oficial en su marcha haciéndole seña de que se arrodillara. Estaban alzando. Pero Gonzaga había llegado ya al estrado del gobernador de la colonia, hincado en la alfombra, quien con ceño adusto recibió el pliego y altaneramente se lo guardó en el bolsillo trasero de su casaca, diciendo al propio tiempo al capitán:

—Arrodillaos.

Obedeció Gonzaga pero en aquel momento apagando los toques de las campanillas y no del todo los de las campanas que doblaban al elevarse la hostia por encima de la cabeza del Obispo Morell, un segundo cañonazo retumbó en la bóveda. Vióse entonces á Prado sacar del bolsillo el pliego y recorrerlo con la vista; pero hecho esto y cuando podía esperarse que seguido de su comitiva saliera precipitadamente, volvió á sentarse en su sitial con una ligera sonrisa desdeñosa dibujada en el semblante. El capitán de dragones había de-

saparecido y con él buen golpe de los jefes y oficiales que rodeaban á Prado y que se escurrieron por la puerta lateral ansiosos de atajar á Gonzaga para saber noticias. Cuando el Obispo Morell se volvió para dar la bendición papal «urbi et orbe», el templo estaba casi vacío.





VI

La alarma había cundido por toda la ciudad como un reguero de pólvora. Nada se sabía de fijo acerca del peligro que amenazaba á la Habana, como no lo digese el pliego oficial entregado por el capitán Gonzaga al gobernador en medio de la misa; pero por eso mismo, la fantasía popular corría á rienda suelta de un extremo al otro de la población, levantando un alcázar de suposiciones y una montaña de embustes, sobre aquel hecho escueto de los dos cañonazos disparados desde la batería alta del Morro. Por su parte, el teniente rey don Dionisio Soler había aprovechado bien el tiempo desde que abandonara la iglesia parroquial aún no terminada la ceremonia. Por medio de dos de sus

jóvenes ayudantes había cursado con rapidéz la orden de toque de arrebato y los veintinueve templos de la población daban al aíre, en desesperada porfía, todos sus bronces, que unidos á los constantes cañonazos de las baterías principales convertían la antes alegre y pacífica ciudad en un infierno de ruído y de agitación. Atropelladamente terminó la misa y abandonaron el templo las corporaciones oficiales, con más prisa de la que demandaba la respetabilidad de sus cargos. Las tres puertas eran pocas para arrojar á las calles del Sumidero, Mercaderes y Obispo él caudal de feligreses llevando en los semblantes pintado el sobresalto. A las puertas, bajo el arco y contra las cancelas se detenían los grupos para preguntar. Bien podía decirse que todo eran preguntas sin una sóla respuesta. El pueblo, en grupos abigarrados en que todas las clases se mezclaban, bajaba de los egidos hacia la plaza casi á la carrera, ansioso de explicación á aquel alboroto; pero al ver que las personas principales mostraban igual incertidumbre, continuaba su carrera hacia los muelles, en

dirección á San Telmo, para escalar los baluartes, á la puerta de la Punta y al boquete en que se construía la iglesia de los Jesuítas. Un cuarto de hora más tarde, todas las alturas se hallaban coronadas de gentío escrutando el mar á su frente á sotavento y á barlovento. Las tropas habían acudido á acuartelarse, la fuerza de Dragones, formada en la Plaza de Armas para hacer los honores al general Prado, por orden de éste enfiló por Obispo y le sirvió de escolta hasta el campo de la Punta, donde desembocó. al poco rato seguido de los principales jefes y oficiales de todas armas que con él salieran momentos antes de la iglesia.

La loma del Angel, los baluartes, los tejados de las casas próximas á las murallas, el litoral de San Lázaro hasta Gervasio y por último, los montes del Vedado, eran ya un hormiguero de cabezas. Prado, demostrando una gran contrariedad en el semblante, atravesó el puente levadizo y rastrillo de la Punta y penetró en el primer patio donde el teniente rey ordenaba el disparo periódico de cañonazos sin bala para llamar á todo el mundo á las armas,

como si los toques de clarines y tambores y el incesante volteo de las campanas, no bastaran á convocar, no ya á los vivos sino también á los muertos. Hallando Prado un motivo para desahogar su ira, fué sobre el teniente rey que sin duda esperaba alguna felicitación oficial por su celo.

—Señor teniente de Rey—gritó iracundo — No veo la razón de toda esta algarabía, ni de cien leguas......

—¡Señor! — balbuceó turbado don Dionisio Soler bajando del parapeto á unirse con el gobernador de la colonia.

—Lo que os digo...... La presencia en la costa de algunas naves mercantes, de las que todos los años pasan por este tiempo rumbo á Europa, no es un motivo para gastar pólvora en salvas y alarmar al vecindario con los toques de arrebato.

—Desconocéis, señor, sin duda la gravedad de las noticias.......

—No desconozco nada. ¿No sabéis que de antiguo es este puerto paso obligado de los galeones de Cartagena y Porto Bello y de las flotas de Veracruz en su retorno á España? Pues ni más ni menos: esas na-

ves que han alarmado á los vigías del Morro y de Cojímar, no son otra cosa que escuadras mercantes......

Se habían formado varios grupos de jefes y oficiales que exploraban el horizonte, limpio entonces por la brisa. A la simple vista, descubríanse dos ó tres velas muy lejanas, por encima de la lengua de tierra más internada en el mar, tras de la fortaleza de los Tres Reyes. Sobre los baluartes y bastiones del Castillo, se divisaba á la guarnición escrutando el mar hacia barlovento.

Prado, persistiendo en su firme creencia de que se trataba de una flota mercante, expidió órdenes para que cesaran cañonazos y campaneos y asimismo para que le trajeran algunas embarcaciones, con objeto de trasladarse al Castillo del Morro. Cerca del gobernador conversaban animadamente, los jefes de la Marina, el Marqués del Real Transporte don José Gutiérrez de Hevia, Almirante de la Escuadra de Indias, en cuyo empleo había sucedido al ilustre don Blás Barredo; don Luis Vicente de Velasco, capitán del navío «Reina», de 80 cañones; don Juan Antonio de

Colina y Racines, que mandaba el navío «América», á bordo del cual había hecho el vómito negro su primera aparición en Cuba, el año anterior; el Marqués don Vicente González, capitán del navío «Aquilón»; don Francisco del Corral, su ségundo; don Manuel de Briseño, teniente de navío; don Manuel Frías, capitán de marina y otros. Colina y Racines demostraba sus temores respecto de una agresión por parte de Inglaterra.

Hacía mucho tiempo que el ministro Pitt quería romper con España, por haber traslucido las negociaciones entabladas sin disimulo, por cierto, entre los gabinetes de Madrid y de Versalles. Además, ¿no era público que Pitt, provocando su propia caída, aconsejara el año anterior, al Rey de la Gran Bretaña, la declaración de guerra? . . .

—Pero ese partidario de las soluciones violentas—dijo á este punto Prado, tomando parte en la conversación—ha caído del poder, en medio de la mayor frialdad del gabinete de San James.

—Cierto, mi general,—dijo el viejo marino—pero también sa-

be Vuecelencia, que desde entonces España se prepara.... No otra cosa significan--salvo el superior parecer de Vuecelencia —las recomendaciones del ministro Arriaga para que esteis preparado á todo evento, siquiera sea remota una ruptura de hostilidades.

—Es cierto,—dijo Prado.—Mas todo ha sido con gran parsimonia... Aquí nada hemos hecho de extraordinario como preparativos.

—Además, mi general, el ministro Esquilache no ha cesado de situar bastimentos, pertrechos y municiones en este presidio... Esto equivale á temores de próxima contienda...

—Pero así, sin preparación , sin pliegos... sin la menor noticia de choque...

—Perdonadme, general,— interpuso Hevia, el Marqués del Real Transporte,—habeisme dicho, si no recuerdo mal, que cierto aventurero os había traído esta mañana nuevas de un combate entre las naves del Rey de España y una flota formidable de Inglaterra...

—Nuevas... malas nuevas direis. ¿Pero quién hace caso á la afirmación de un pícaro redomado? Figuraos que el

tal Aranda tiene suficientes méritos contraídos para dar tres volteretas al cabo de una cuerda....

—Habrá querido desagraviaros ó adquirir méritos con la patria para que le perdonarais sus delitos.

—¿Aranda decís? —preguntó de la Colina y Racines.—A ese caballero lo conozco mucho...

—Pues hagoos merced de sus títulos y señas,—dijo sonriendo Prado.

—Es un valiente...

—Pícaro—completó Prado —lo sé.

—No, general: un valiente y un patriota. Lo tuve, voluntariamente, á mis órdenes, hace nueve años, cuando el Almirante Knowles atacó á Bahía Honda, defendida, como sabeis, desesperadamente, por el «Africa» de mi mando. Allí hizo prodigios de valor y fue gravemente herido por no querer abandonar sino conmigo y de los últimos, aquel animoso é infortunado navío, incendiado por mi orden, para que no cayera en manos del enemigo. Por esta acción tuve el honor de recomendarlo entonces al Ministerio.

—Ignoraba el suceso—dijo

Prado.—Apuntémosle esa nota en su hoja de servicios...

— ¿Y qué os ha dicho don-Pedro de Aranda, general, si puede saberse?

—Que ha presenciado, hace dos días, un rudo combate en el Canal Viejo, entre una numerosa flota británica y nuestros navíos «Thetis», de 22 cañones, y «Fénix» de 18, siendo estos apresados....

Los jefes de la Marina allí presentes, se agruparon en torno del general Prado al escuchar tal noticia, que produjo extraordinario asombro. Muchos de ellos habían navegado en la urca y la fragata citadas, conocían á su capitán y oficialidad y todo se volvía comentarios.

—Pues por mi honor os juro —dijo Colina—que si don Pedro de Aranda os ha afirmado tal cosa, es el evangelio.

— ¿Tanta fe os merece su palabra?

—Absoluta, general... no es ya militar; pero para mí, como si lo fuera.. Es un buen caballero.

Entre tanto la oficialidad de la Armada hacía diferentes escarceos por el campo de la política. Las hostilidades con In-

glaterra muy bien pudieran haber sido ya rotas, sin que el hecho llegara á saberse en la Habana, por efecto de la captura del buque portador de la noticia. El Conde de Superunda relacionado más íntimamente que ninguno con la Corte de Madrid, dió á entender que la retirada de Bristol, embajador inglés en Madrid, equivalía á la declaración de guerra. Esta había sido provocada, indudablemente, por la celebración del pacto de familia entre los reyes de Francia y de España, pacto que era estimado por Inglaterra como una alianza contra los intereses coloniales británicos.

—Si la retirada del embajador español Conde de Fuentes, de Londres, y la de Bristol, de Madrid ocurrieron en diciembre, ¿qué tendría de extraño que á estas fechas nos viéramos envueltos en una guerra? Yo lo estimo más que posible probable—dijo Superunda.

—En ese caso—repuso Gutiérrez de Hevia—es explicable la presencia de una escuadra británica en estas aguas... Vamos á ser atacados...

—Ni espero ni temo á los ingleses—dijo jactanciosamente el general Prado. Y agregó con

cierto aire de presunción: —No seré yo tan dichoso!... ¿Para qué quería más fortuna? ...

Los botes y chalupas pedidos se hallaban ya en la escalerilla del pequeño embarcadero de la Punta. Tomaron á su bordo á Prado y á los principales jefes y oficiales que constituían su Estado Mayor, y á remo se dirigieron al pescante de la fortaleza de los Tres Reyes, atravesando el canal, que se hallaba tranquilo como una balsa de aceite. El Conde de Superunda el señor don Diego de Tabares, gobernador dó Cartagena, y otros funcionarios, dieron vuelta á la población por la puerta de la Punta, desfilando igualmente, al redoble de los tambores,la fuerza de Dragones que había hecho los honores al gobernador.

Desde la entrada del recinto amurallado se divisaba la enorme muchedumbre que cubría tejados, parapetos y terrazas. El cañón y las campanas habían enmudecido hacía rato para llevar la tranquilidad á los ánimos, pero la población de los arrabales que se agolpaba á las alturas que dominaban el puerto, tenía más de un motivo de sobresalto. De Cojímar,

atajando por el camino de Guanabacoa, acababan de llegar noticias de la proximidad de una numerosa flota, en su mayor parte perdida aún en el horizonte. Lo que no se veía por el litoral de sotavento, columbrábase bien claro por barlovento, y los rumores más pavorosos entraban como aves de mal agüero, portadoras de desdicha en la ciudad, ya muy sobre sí, desde el toque de generala. Sobre la población, momentos antes vestida de fiesta y ébria de alegría, pesaba como una losa de plomo el presentimiento de una gran desdicha..



VII

La casa episcopal se hallaba situada, como ya se ha dicho, en la calle de los Oficios, antes llamada de la Concepción, casi en la esquina de la Plaza de Armas. Era una de las calles más principales, cubierta desde la Plaza de San Francisco de tiendas de menestrales y por lo mismo muy concurrida. A derecha é izquierda de la casa episcopal en dos regulares edificios de mampostería y teja, radicaban el colegio de niños dedicados al sacerdocio, titulado San Ambrosio y el convento de niñas de San Francisco de Sales, que aún hoy existe en el mismo sitio. Dominaban, por la izquierda, los balcones de madera de gruesos y torneados balaustres pintados de verde, parte del cementerio

adosado á la iglesia matriz, toda la Plaza de Armas y la parte Este de la Real Fuerza, la Sala de Armas y el cuartel de Infantería, anexos al Castillo, el cuartel de dragones y el monte de la Cabaña hasta la batería de la Pastora. Mirando hacia la derecha, merced á la poca altura de las casas colindantes, se miraba la Real Contaduría, casi sobre la puerta de Carpineti, la Cárcel y las casas Consistoriales, al norte de la Plaza de San Francisco, este hermoso convento, cuya torre era la más elevada y elegante de la ciudad y al fondo, las ensenadas de Cojímar y Marimelena y los bajos de Regla, en que se destacaba la pequeña ermita con sus blancos muros y sus rojas tejas entre una arboleda espesa. A aquel balcón, terminada la accidentada misa del Corpus, fué á asomarse el Obispo Morell, cuyo rostro venerable cubría una tristeza imposible de ocultar. Habíase resguardado del sol, con el extremo de la cortina que pendía del ancho techado y contemplaba abstraído la parte de ciudad y de campiña que alcanzaba su vista. De pronto sonó la campana del portal y el

obispo se inclinó un poco sobre el antepecho del balcón para descubrir al que llamaba. Era un campesino de los alrededores, según pudo colegir por su aspecto y debía acabar de rendir una larga caminata, según se desprendía del caballo enfangado y sudoroso que tenía del diestro y de su propia vestimenta en malísimo estado. Retiróse el prelado del balcón para satisfacer su curiosidad enviando uno de sus pajes á la portería. Breves momentos transcurrieron entre el toque de la campana y la entrada del Mayodormo de su Ilustrísima en la pieza. Traía un pliego que entregó respetuosamente al Obispo.

—Lo ha traído para su Reverencia un propio campesino que espera abajo las órdenes de su Ilustrísima.

Aproximóse el prelado á la ventana, bañada entonces por el sol del medio día y abrió con precipitación el sobre, pasando la vista rápidamente por aquellos gruesos y negros caracteres trazados con pluma de ave de duros gavilanes. El contenido de la carta debía de ser muy interesante á juzgar por la agitación del Prelado du-

rante su lectura. El pliego venía expedido desde Santo Domingo y dirigido al Obispo Morell por el padre provincial de los jesuítas, su amigo y compañero de estudios en la Universidad de la Habana. Su porteo había sido muy accidentado según refirió el propio que rendido de fatiga, fué alojado en las cocinas de su Ilustrísima para restaurar las perdidas fuerzas. Había salido el 20 de Mayo de Santo Domingo en un bergantín fletado para Belice, el cual lo había desembarcado en Cabo Corrientes. Un pastor de cerdos lo guiara entonces hasta el cabo San Antonio, de donde en larguísimas jornadas, de finca en finca, había logrado arribar á la Habana. El Obispo mostróse verdaderamente alarmado del contenido de la carta que venía á darle completa explicación de lo que significaban los cañonazos de por la mañana y á confirmar la verídica relación de don Pedro de Aranda, á la que neciamente no había querido poner oídos el gobernador Prado.

«No creais—decía la carta—mi venerable amigo, que todos en torno vuestro ignoran lo

que se prepara y la terrible prueba á que vá á someter la Divina Providencia á ese pueblo. Con los cubanos que por aquí hacen el contrabando, burlando las leyes españolas, saben y han visto también otros los preparativos belicosos que hace Inglaterra en Kingston y en sus colonias del norte en el Continente. No ha mucho que por aquí pasó el almirante Douglas con la flota de Jamaica, y bien se ha podido comprender por quienes no esten privados de la vista, que han venido grandes pertrechos, bastimentos y provisiones, los cuales á estas horas andan por el mar rumbo á Cuba. El apresamiento del paquete que llevaba reales pliegos para el gobernador Prado, me ha sido advertido hace pocas horas y ahora mismo sé que hace meses debiera conocerse ahí la rotura de relaciones entre Inglaterra y España, si no hubiera sido igualmente capturado el navío que conducía los pliegos en aguas de Veracruz. Dios nos tenga de su mano, mi excelente é ilustre amigo, pues todas las cosas vienen en contra de España y de su iglesia. Creo que se ha perdido mucho tiempo y

aún en las presentes circunstancias se anda con gran parsimonia, puesto que la escuadra francesa no sale de puerto ó lo más se alarga á Cabo Francés, cuando una numerosa flota británica amenaza los reinos de su aliada. Os mando estos avisos porque sería bien que se pongan con tiempo en guarda y custodia los intereses y reliquias del culto para librarlos de los ultrajes de enemigos y herejes y ruego á Dios llegue en tiempo la noticia, que tengo mis motivos para creer más os sorprenderá á vos que á otros no del todo enemigos de las empresas de Inglaterra».

Terminando estaba la lectura de la carta, el obispo Morell, cuando rompieron de nuevo campanas y cañones en un trueno y un alboroto infernales, escuchándose á la vez los toques de clarín, los redobles de tambores y los gritos de alarma del vecindario que como río desbordado venía en avalancha desde los barrios de Campeche, de la Seiba y del Angel, sobre la plaza de Armas. Bajó rápidamente, para sus años, la escalera de la casa episcopal el aturdido prelado y fué hasta la Plaza de Armas, en cuyo lado nor-

te, bajo los baluartes del este, se hallaba el general Prado, á regreso de su visita de exploración al Morra. Había dado la orden del toque de generala y la más espantosa alarma había vuelto á apoderarse de la población.

Eran las doce, y si el estado de los ánimos y la turbación de los semblantes no lo desmintiera, podría creerse que aquel bullicio y aquel tropel de gentes vestidas de fiesta, obedecían á la festividad del Corpus Christi, á la proximidad de la procesión, una de las más suntuosas y brillantes que se celebraban en los dominios españoles de América.

Sin hablar con el general Prado, pronto comprendió el obispo que gravísimos sucesos iban á desarrollarse en medio de aquel antes pacífico vecindario.

En la torre de la Real Fuerza, coronada por una girándula de hierro, personificando la Fe, una aguda campana repetía los toques de alarma del Morro, señalando el número de los navíos á la vista. El pueblo empezó á contar al principio, más á poco rato perdió la paciencia y la cuenta: tantos eran los toques.

Arremolinóse en torno del ge-

neral Prado, lleno de turbación y de ansiedad. A juzgar por lo toques de la campana, ó el vigía se había vuelto loco, ó se hallaba á la vista la flota más formidable y numerosa que había cruzado jamás los mares de América. Allí, entre el concurso estaba don Pedro de Aranda, sereno, altivo, procurando por todos los medios que la vista del general Prado se fijara en él. Parecía como un mudo reto por parte del emisario fiel y leal, á la altivéz, el despotismo y la injusticia de un gobernante presuntuoso y necio.

Al fin el gobernador, como atraído por la fuerza magnética de aquella mirada que lo hería de lejos,se volvió para nuestro joven, y un tanto tembloroso el acento, preguntó:

— ¿Qué viene á ser esto, caballero Aranda? ..... ¿Estábais vos en el secreto?

—Señor gobernador —contestó el ex-oficial del fijo de México— ¿qué ha de ser? Lo que yo dije á vuecencia esta mañana, después de haber atropellado todos las peligros como buen español y b uen vasallo del Rey........

Gonzaga, que había sido ya relevado de la guardia y que

había acompañado á Prado y su comitiva hasta el Morro, vino vivamente hacia Aranda y le estrechó cordialmente las manos.

—Bien sabía yo que habíais dicho verdad, amigo mío....... más nunca creí—añadió— que se tratara de cosa tan grave como la que ocurre.

Entonces refirió á Aranda el espectáculo inexplicable que acababa de sorprender á Prado desde el más alto parapeto de la fortaleza de los Tres Reyes. Bajo un cielo de grandes nubarrones de turbonada, el mar sereno y quieto en una calma hermosísima, dejaba contemplar el último término del horizonte en que se confundían en igual masa blanquecina el agua y los cielos. La barra de la tormenta estaba del sureste y toda la banda izquierda, para el norte, mostraba un bosque espeso de arboladuras. Doce navíos de tres puentes, enfrentando el tajamar decorado entre arabescos de escultura y rejillas de celosía, ceñían el viento haciendo por el puerto. Más atrás, diez doce, veinte urcas y fragatas todo el trapo desplegado como alas de gigantescas aves marinas, mantenían como el avance

de cincuenta ó más transportes, en que hormigueaban las fuerzas de desembarco. Y todo aquel inmenso convoy, todo aquel enjambre de naves, se movía lentamente, con una regularidad de péndulo, avanzando sobre el litoral, destacando á babor y á estribor, como flanqueadores de aquel ejército marítimo, bergantines y goletas voladoras, cuya misión era el sondeo de la costa.

Desvanecíase á veces sobre la azulada extensión de las aguas, confundiéndose con ellas, el color azulado de los cascos contra los cuales una ligera brisa salpicaba sus copos de espumas, mas, según iba avanzando la turbunada sobre la ciudad con sus masas negras de hinchados nubarrones, adquiría tintes más oscuros la flota misteriosa, producíase en su núcleo, una ligera confusión, debido á las maniobras del aparejo; pero la briosa falange seguía avanzando do, bien como una nube de palomas se fracciona en dos y torna á concentrarse para continuar su vuelo en masa en una dirección fija.

Prado contempló como presa de estupor, como aletargado, de pié bajo el asta de bandera en

que se trasmitían las señales á la Real Fuerza, aquella invasión silenciosa de naves de todos los portes que daban al viento y al sol glorioso de aquel medio día los pabellones británicos. Por un momento, como sintiendo trás de sí en aquella cohorte de marinos y de militares que formaban su escolta, latir la censura, más que la censura, la burla sangrienta, miró de soslayo á su comitiva cual si pretendiese hacerla enmudecer con el gesto iracundo de su consternado semblante. Después, volviéndose del todo dijo á don Luis Vicente de Velasco, que se hallaba más próximo:

— ¿Qué decís? . . .

—Mi general; que es la división azul del Atlántico, al mando del almirante sir Jorge Pocock que enarbola su insignia en el «Namure». A la vista no llega á cien velas, pero. . . .

— ¿Pero qué? —preguntó Prado. . . . . .

—No está toda la escuadra á la vista. Lo probable es que se haya fraccionado y su parte más considerable, se halle en vuelta de Cojímar. . .

— ¿Y qué opináis?

Velasco guardó un breve silencio. Después respondió con

entereza, mirando fijamente á Prado.

—Que nuestra salvación está en un encuentro en el mar. Debéis hacer salir nuestra escuadra.



VIII.

La calle de San Salvador de Horta abría en la puerta principal del Convento de San Francisco, por Oficios, y corría derecha hasta la plaza del Santo Cristo del Buen Viaje, objeto de peculiar devoción para los navegantes, que más de una véz recorrían en promesa las siete ú ocho cuadras de dicha vía, para ir á dar gracias á Dios por haberlos sacado en bien de un naufragio ó de una ruda tormenta. Entraban por el muelle de Carpineti ó de Luz, iban á la capilla de San Salvador de Horta, en la portería de San Francisco y de allí, unas veces con la procesión del Rosario que salía de dicho convento al anochecer, otras en corporación, cargando un pesado palo de la arboladura, costeaban la

Plaza Nueva, que hoy se llama Vieja, y terminaban su expedición en el pórtico del Cristo, donde cumplían su voto.

Para fijar mejor los perfiles topográficos de la Habana á mediados del siglo XVIII, tenemos por fuerza que usar como jalones los templos y los monasterios. La mayor parte de los que entonces existían existen hoy, siquiera algunos ya restaurados y otros anunciando ruina. Contamos, pues, con puntos de partida fijos para la descripción de la antigua plaza fuerte y de ellos hemos de valernos; tarea, por otra parte, sencilla, pues difícilmente pudiera salir un caminante de los muelles, para recorrer la ciudad, sin tropezar, á cualquiera de los rumbos que siguiera, con una iglesia, una capilla, ó un convento. El progreso singular de aquella época lo mismo en la colonia que en la metrópoli tenía dos manifestaciones visibles: la iglesia y el castillo y los tesoros del Estado, del municipio y de la provincia, aplicábanse invariablemente á la creación de templos y de fortalezas. No es extraño por lo tanto que al subir al trono de España Carlos VII rey de Nápo-

les y al entrar en Madrid con la denominación de Carlos III, tuviese que apresurarse á dictar enérgicas pragmáticas encaminadas á colocar en condiciones de habitabilidad para hombres urbanos, la Corte en que el empedrado era desconocido, el alumbrado público aquel que la devoción sostenía en las esquinas delante de urnas y retablos, y el sistema de cloacas desconocido al extremo de ser la calle el receptáculo natural de las materias fecales.

En otro lugar de este libro hemos dicho que la Habana y sus arrabales contaban con veinte y nueve iglesias sin citar en ese número algunos oratorios particulares y las capillas de hospitales y fortalezas. Solamente la calle de Compostela, teatro del entusiasta ardimiento del Obispo de ese nombre, como fundador, encerraba cinco iglesias y conventos á una sola acera, todos ellos existentes aún: el Angel Custodio, Santa Catalina de Sena, Santa Teresa de Jesús, San Diego de Alcalá (convento de Belén) y San Isidro Labrador. Volvióse loco el buen obispo, (por cierto de grata memoria para los cubanos por

sus virtudes) levantando templos, dando pie para que de él dijeran sus contemporáneos, «que Dios convertía las piedras en limosnas y el Obispo Compostela las limosnas en piedras.» Para que pueda juzgarse del estado social de entonces, observándolo al través de uno de sus principales prismas, diremos que en la Iglesia Parroquial Mayor se celebraban anualmente cincuenta y siete fiestas solemnes, trece de ellas «de tabla», ó sea, con asistencia de los elementos oficiales de la colonia. El convento de Santo Domingo tenía, por su parte 64 fiestas, tres de ellas «de tabla» y el de San Francisco setenta y tres fiestas, tres también de tabla. Con una ligera operación aritmética puede sacarse en conclusión que el buen pueblo habanero, de trescientos sesenta y cinco días que tiene el año ordinario, doscientos días estaba obligado á pasárselos en la iglesia, si no quería dar qué hacer al tribunal de la Fé, implacable para los tibios. Además de esas fiestas principales, se celebraban otras secundarias pero de gran devoción, alcanzando entonces la cifra á quinientas treinta y cua-

tro, condición que colocaba á un buen cristiano en el deber ineludible de pasarse la vida orando y aún quedaba en descubierto con el Cielo en la importante suma de ciento sesenta y nueve fiestas, á las cuales no le era dado asistir á no recibir de Dios, en premio de su fervor, el don de la ubicuidad. Según las estadísticas de entonces, se gastaba más cera en la Habana, en un mes que en otras grandes ciudades de la cristiandad en un año. La cera venía ya elaborada de Castilla, en grandes remesas, desechando los clérigos por mala, ó tal vez por criolla la excelente cera del país y de Campeche que alcanzaba precios ínfimos.

A número tan crecido de templos y á actividad tan extraordinaria en los oficios religiosos, tenía que corresponder un personal adecuado de sacerdotes. En efecto, fuera de las comunidades de San Diego de Alcalá (Belemitas), San Francisco, Santo Domingo, San Juan de Dios, menores de San Agustín, la Merced, Oratorio de San Felipe de Neri y alguna otra regla que no recordamos, pasaban de ciento veinte los presbíteros, diáconos y subdiáconos

que había en la ciudad y de otro número igual de clérigos de órdenes menores, todos, á lo menos, con cinco mil pesos de congrua poseyendo además pingües capellanías. La sencilla devoción de aquellos felices tiempos y también sus cortos alcances, hacen que algún historiador cite estos datos como signo de esplendor de la colonia y como timbre de orgullo para los dominios de una nación que abría las arcas del Estado á las exigencias absorbentes de la Iglesia y no contaba en cambio en todo el territorio colonial con media docena de escuelas. Hecha esta ligera digresión, no supérflua porque contribuye á formar concepto acerca de la sociedad que vamos á tratar íntimamente, diremos que cerca de la esquina de la calle de San Salvador de Horta y Mercaderes, se alzaba la casa del Iltmo. Sr. D. Gaspar de Villalobos y Rivera, factor de la Real Hacienda y Ministro del Tribunal de Cuentas. Era una casa por el tipo general de las de la nobleza y los funcionarios de aquella época. De mampostería y teja, con gran zaguán al cual caían las ventanas del entresuelo y bal-

cón corrido en el primer piso, tenía sobrada capacidad para una familia si poco numerosa, rodeada de una considerable servidumbre blanca y negra. Hallábanse generalmente cerradas puertas y ventanas durante el día, viviendo las mujeres en el fondo de la casa como las antiguas griegas en el gineceo, á cuyo efecto contaba con dos hermosos y amplios patios interiores. Solamente anochecido, iluminábanse los aposentos principales, abríanse las grandes persianas del salón de techo á dos aguas, una maravilla de madera dura del país labrada en cornisas y rinconeras, y la sociedad quieta y pacífica de dos mujeres, la esposa y la hermana de don Gaspar, y una jovencita recién salida de las monjas de la enseñanza en las Ursulinas, animábase un tanto, dadas las ocho, y se mantenía en familiar pero ceremoniosa recepción hasta las nueve en invierno y las diez en verano. Eran habituales contertulios de don Gaspar, el doctor don Martín de Ulloa, auditor de Prado, el Bachiller don Bernardo del Junco, viejo escribano propietario del protocolo de la ciudad, el señor de la Colina y Ra-

cines, capitán del navío «América», surto en puerto hacía meses y algunas veces daba solemnidad á la reunión el Obispo Morell, ligado por una vieja amistad al señor de Villalobos durante la permanencia de éste en Santo Domingo como oidor de aquella audiencia.

Era también visita constante de la casa, más que visita, miembro de la familia y consejero áulico en todas las cuestiones domésticas Fray José de Nuestra Señora de las Angustias, de la orden de frailes menores de San Francisco. Muy respetado y querido por su piedad y su fervoroso fanatismo, que le atraía la general admiración, llamábanlo y conociánlo todos en la ciudad por Fray Angustias. Delgado hasta la consunción, de admirable perfíl de asceta, con la mirada llena de humildad y muy frecuentemente bañada en lágrimas, había adquirido las proporciones de un apóstol, de un iluminado, arrastrando trás de sí y llevándolas á San Francisco, como van las palomas seducidas por un pichón de reclamo, personas resueltamente hostiles á los exagerados ejercicios de devoción. Fray Angustias con

el fervor, con el ejemplo, con la piedad llena de amor que esparcía en torno suyo como bálsamo de todas las necesidades, había realizado una propaganda formidable en favor de su convento, como nunca favorecido por las clases media y alta de la Habana, hasta el punto de despertar los celos y la rivalidad de los dominicos, que no podían soportar adquiriera tal predominio en las conciencias una orden imposible de comparar con la egregia de predicadores. No se crea por eso que el humilde franciscano fuese ni una lumbrera teológica ni un águila por el entendimiento: por el contrario, de alcances muy limitados, era más bien el penitente que el catequista: su seducción sobre la muchedumbre arrancaba del fuego de devoción que ardía en su pecho. No tenía la menor parte en sus triunfos la voluntad, era como una virtud innata, como un privilegio de su mirada y de su voz, de su ademán y de su gesto. Persuadía por el aire de convicción, por la majestad de todas sus acciones, por una como fuerza magnética arrancada de sus palabras y de sus actos, por aquella lámpara inextingui-

ble y aquella llama viva de caridad, que ardía en su corazón y resplandecía en sus ojos.

La misa de siete celebrada por Fray Angustias era la más concurrida en la ciudad, el rosario que él guiaba, de rodillas durante dos largas horas sobre el duro suelo de la nave principal de San Francisco, edificaba á los más fríos, el sermón de los viernes, á él encomendado, hacía llorar á mares y arrancaba gritos de contrición de los más oscuros rincones del templo.

No por esta importancia adquirida gozaba Fray Angustias en la comunidad de privilegios ni de cargos honoríficos. Habíasele concedido el cuidado y guarda de la capilla de la Santa Veracruz pegada al convento y allí podía vérsele á todas horas, ya recogiendo los numerosos ex-votos y los donativos de los devotos feligreses, ya en oración ante el retablo día y noche alumbrado por dos lámparas y algún cirio que ardía por expresa voluntad del donante. Si alguna gracia disfrutaba el fraile en contradicción con la severidad de la regla era la libertad de corretear la población de extremo á extremo,

llamado por familias pudientes que solicitaban su consejo ó moribundos que deseaban ser por él oídos en confesión. Esto contribuía poderosamente á aumentar la ya grande popularidad de Fray Angustias así como el hecho de hallarse canónicamente establecida en San Francisco la antiquísima cofradía «Zape» de los negros libres de nación, dedicada á Nuestra Señora de los Remedios, la hermandad también de negros libres, San Benito de Palermo, y la congregación de San José, del gremio de carpinteros y alarifes.

Mas si estos fueran pocos, aún existían motivos más poderosos para la preponderancia y auge de la Comunidad de San Francisco y de sus siervos, entre esos motivos los principales la reciente canonización por el Papa, de los que habían sido religiosos de la comunidad en la Habana, santos Francisco Solano y Luis Beltrán aumentando Dios las glorias del convento habanense, con el prodigio operado en el Cristo de la Veracruz, venerado en la capilla ya citada unida al monasterio por Oficios, imagen que «sudó mara-

villosamente el año 1700, de que se hizo atento y formal examen», según la opinión, de un historiador tenido por verídico. De dicha capilla de la Veracruz, constantemente llena de fieles, salía todos los viernes de cuaresma el santo viacrucis por la calle de la Amargura arriba hasta terminar en la iglesia del Cristo del Buen Viaje.

Fray Angustias solo necesitaba ya de la aureola del taumaturgo para elevarse sobre todas las cogullas de la ciudad y de la isla y de concederle esa gloria se encargaron algunas personas piadosas, relatando los milagros realizados por el santo fraile. Una vez era un guajiro que no pudiendo dar á un pobre recomendado de Fray Angustias una pinta de leche por habérsele concluído, á instancias del franciscano registró las botijas hallando, con sorpresa, varias llenas; otra vez era un caballo cuya carga excesiva le impedía caminar y que al ser tocado por el cordón del religioso salió á escape cual si llevara sobre el aparejo un haz de esponjas. La credulidad popular, con tales antecedentes, que entonces nadie se hubiera

atrevido á negar rotundamente, hizo el resto y al poco tiempo la relación de los prodigios del fraile no cabrían en un grueso infolio. Personas de alta alcurnia, de posición oficial brillante, solicitaban muy à menudo en circunstancias dolorosas, no tan solo las oraciones del hijo de Asis, sino su cordón, su rosario ó sus sandalias para curar graves ó inveteradas dolencias.



La familia de don Gaspar de Villalobos pudiera servir de modelo y patrón de la vida patriarcal de aquella época en la capital de la colonia. El esposo y padre lo llenaba todo con su voluntad, autoridad y respeto, siendo sus mandatos órdenes inapelables religiosamente obedecidas lo mismo por sus deudos que por la numerosa servidumbre de la casa consistente en docena y media de esclavos negros, perfectamente distribuídos en las faenas domésticas, desde el hercúleo pardo horro ó libre que cuidaba de la portería hasta el negro caravalí que guiaba la calesa, recién salida de los talleres ingleses.

A las doce del día reuníase la familia en la mesa para hacer la comida ordinaria. Ocupaba don Gaspar el testero, desde donde bendecía los manjares, solemnemente, sentándose á sus dos lados la señora doña Petra, su consorte y su hermana doña Eufemia, solterona que lindaba en los treinta y ocho sin esperanzas de abandonar el estado honesto. Frente por frente á su padre, en el otro testero, sentábase la niña, en la actitud silenciosa y apacible de las hijas doncellas de entonces ante los autores de sus días. Tenía Verónica, como se ha dicho ya, diez y seis años, aunque cualquiera atendiendo á su desarrollo y buenas proporciones hubiérale atribuído dos ó tres años más. Era alta, de busto lleno y bien delineado, quebrada de cintura y airosa en su andar y ademanes. Mas bien delgada (porque contribuía á parecerlo por su aventajada talla) poseía toda la ligereza y la gracia de la niña sin que por ello padeciera su recato de doncella. La viveza del carácter constituía su principal encanto, tal vez porque contrastaba con la severidad de las otras figuras que se movían en aquel

triste escenario en que Verónica era una sonrisa y un rayo de sol. De ojos pardos y rasgados muy oscuros, tirando casi á negros, largas pestañas que servían de velo para atenuar el fuego de la mirada y cabellera también muy oscura con reflejos metálicos, su rostro venía á ser como un mohín de burla para aquella tenebrosa seriedad de golilla encartonado y tieso que llenaba toda la casa.

Nadie se mostrará sorprendido al saber que doña Eufemia era el medallón opuesto como contraste á la niña del Factor de la Real Hacienda, y no, ciertamente porque la solterona fuese una mujer antipática y fea, sino por el carácter arisco y el genio avinagrado que constituían su perfil espiritual. Gruesa, desamañada, cubierta casi siempre con su manto de beata que le llegaba hasta los talones; doña Eufemia era la sombra de su linda sobrina, pero á tal punto, que pudiera confundírsele fácilmente á la buena señora, con la mancha oscura producida por el cuerpo de Verónica herida por la luz. Por su edad había sido casi madre de su sobrina, la directora de sus devociones y estudios,

su consejera y única compañía, salvo las horas en que la muchacha recibiera instrucción en la escuela de las Ursulinas. Por esta circunstancia la señora doña Petra de Illescas, esposa de Villalobos, había abdicado de su derecho en favor de su cuñada, confiándole de todo corazón la guarda de aquel pimpollo, único brote de la sombría planta de sus amores. Juntas doña Eufemia y Verónica pasaban el día, salían á hacer sus habituales devociones y alguna vez sus compras en la calle de Mercaderes recorrían la Plaza Nueva al anochecer, para respirar el aire ó bien se sentaban al balcón que caía á dicha plaza, viendo correr el agua de su hermosa fuente, la primera labrada en la Habana, retirándose al toque de oraciones á sus aposentos, para rezar el rosario y recogerse.

Allá en el salón quedaban en su tertulia el factor y su esposa y algunos de los íntimos que invariablemente iban á pasar la velada con Villalobos y á tomarle su exquisito chocolate. Por aquellos días habíanse venido á averiguar los atrevidos pensamientos de don Pedro de

Aranda, sorprendidos por el águila de doña Eufemia, implacable para todo amor que no fuera el de Dios, la Virgen y sus santos, hallándose Verónica si no castigada, por lo menos tratada con cierto desvío por sus padres, incapaces de comprender que una niña de diez y seis años tuviera atrevimiento para corresponder á las amorosas solicitudes de un desconocido. No era, no obstante, un desconocido don Pedro de Aranda para la niña á quien había ofrecido primero agua bendita en la punta de los dedos al salir de Santo Domingo, de San Agustín ó de la Parroquial Mayor para terminar ofreciéndola en una carta apasionada su corazón, su nombre y su riqueza. Como la fortaleza más altiva, cae abierta en brecha y se rinde al golpe constante del sitiador, Verónica, desdeñosa en un principio, concluyó por mostrarse propicia á los ruegos del arrogante ex-oficial, cuyas doblas de oro corrían como agua entre las domésticas más próximas á Verónica, á cambio de sus cartas para la niña. Con esto queda dicho que la hija de don Gaspar supo con antelación el via-

je de Aranda á Sagua y al regreso, su encuentro con los navíos ingleses, el desigual combate sostenido por la «Thetis» y la «Fénix» su apresamiento y por último, el peligro inminente que corría la Habana de ser atacada por la flota británica de un momento á otro.

En la mesa del Factor, tratóse del asunto, saliendo á relucir el nombre de Aranda que ya circulaba hacía algunas horas por la ciudad, con motivo de su visita al general Prado. La ocasión pudiendo prestarse al elogio del joven que con exposición de la vida, llegara á la Habana á dar un utilísimo aviso, sirvió para denigrar al mozo, calificado de contrabandista, pirata y facineroso.

—Hermano — dijo doña Eufemia dirigiéndose al Factor— ¿no será tal vez ese Aranda un espía de los enemigos?

—Por lo que se desprende, nó --respondió Villalobos. El hombre hasta ahora ha visto to confirmadas por los hechos sus afirmaciones. De hoy en adelante... no diré yo, Eufemia, que deje de sacar partido de la situación. Es antes que nada un comerciante, un contrabandista...

—Oh... no me digas, Gaspar —interrumpió doña Petra.— El que escala un cláustro para seducir á una virgen del Señor, es capaz de todo.

Por fortuna Verónica no estaba presente cuando tales horrores se decían de su amado. No ignoraba ella aquel suceso de la juventud de don Pedro, cuando en Méjico había dado de planazos con su sable á un padre capellán y asaltado un convento; pero ¡caso extraño!.. Verónica se inclinaba á perdonar este delito de Aranda, disculpándolo con su juventud y con la vida desordenada é inmoral de todos los militares. Interiormente, el hecho criminoso que había valido á Aranda la maldición de su padre y el desheredamiento, producíale una sensación especial de vanagloria por verse adorada de tan gentil, atrevido y despreocupado caballero. Por lo demás, no se parecía entonces su don Pedro al don Pedro de Méjico. Era un hombre formal, correcto, bien acomodado y sobre todo, fiel á su amor al punto de no haberse hablado nunca en la ciudad de aventura amorosa en que él fuera protagonista.

Caída la tarde, veíalo perfectamente desde el balcón, al otro extremo de la plaza, en la esquina de la de Ciénaga, sentado á la puerta de la tienda de agua de cebada.

Hasta que el sol se escondía del todo, cruzaba y recruzaba Aranda de la esquina de la calle de la Real Muralla hasta la del Teniente Rey, con los ojos fijos en el balcón de Villalobos, haciendo señas y discretos ademanes de cariño, bien perceptibles para Verónica que sentada muy cerca de doña Eufemia (por fortuna extraordinariamente míope) leía, en apariencia, su libro de Horas. Aquellos eran los momentos más felices para los amantes, privados de hablarse ni entenderse más que por el semáforo natural de la juventud y por la posta secreta que costaba á don Pedro tal vez mayor suma que al Correo Mayor de la Habana la correspondencia oficial. Como la mala intención de doña Eufemia flaqueaba por la vista, único medio de burlar la vigilancia de aquel Argos implacable, gozaban lo indecible los amantes en aquellas entrevistas públicas pero afortunadamente ocultas para la familia de Vi-

llalobos, que confiada en doña Eufemia, para nada se preocupaba en seguir los pasos de la niña.

Alguna vez la solterona, viendo el busto de Aranda cerca del pilón de la fuente ó aun más próximo en la esquina de la casa del Regidor Arrate, Cuna é Inquisidor, preguntó á Verónica:

—Dime niña: ¿qué es aquel bulto que se vé allí junto á los portales de Jaruco? . . .

Y Verónica, viva como un pájaro, y muy llena de malicia para ocultar sus amores, respondía con la mayor naturalidad levantando la cabeza de su libro de oraciones:

—Tía. . . es un lego de San Francisco.—O bien: — ¿No veis que es el perro de Terranova de los Estrada? . . . .

Y don Pedro convertido por el amor en fraile ó en irracional, según caían las pesas del capricho de su novia, continuaba gallardamente su paseo por la plaza, luciendo sus magníficas casacas y sus valiosas espadas de ceñir que eran la admiración del vecindario. Así fué creciendo y arraigando aquella pasión y cobrando fuerza y uniendo en una sola aspiración

entusiasta y ardiente á dos almas igualmente solitarias que como aves aparejadas ansiaban construir su nido.. Ni el recogimiento, ni la timidez, ni las preocupaciones sociales de entonces, fueron cortapisa al amor de Verónica para don Pedro, como para éste representaron un muro de papel, facilísimo de apartar con un leve soplo, las dificultades que se alzaban cada día ante la realización de sus deseos. Fuera de la Plaza Nueva, veíanse también algunas veces en la iglesia de San Francisco, de la cual era constante devota toda la familia de Villalobos como lo era, en otro sentido también el caballero Aranda. Postrábanse invariablemente doña Eufemia y su sobrina en la nave lateral de la derecha, frente al magnífico retablo dedicado por el Obispo Morell á San Francisco Javier, Apostol de las Indias, y don Pedro, (caprichos de devoto) había dado su predilección al retablo de la Verónica, en la nave de la izizquierda, frente por frente del de San Francisco Javier. De este modo, la nave central venía á hacer de Plaza Nueva, y los amantes, cambiando de situa-

ción no habían sufrido en su posición el menor cambio, porque la miopía de doña Eufemia aumentaba con la penumbra del templo y sus dudas acerca del bulto que columbraba en la nave opuesta eran satisfechas al instante por la despejada niña, que al ser interrogada por la solterona contestaba en voz baja moviendo el rosario:

—Tía, es un lego que sacude el frontal del altar... Es la señora del Tesorero que hace el viacrucis....

Don Pedro de Aranda iba todos los días á San Francisco, llevando delante un criado con dos hermosísimos ramos de flores y dos cirios para el altar de la Verónica en torno del cual se esparcía el aroma embalsamado de las rosas frescas. Teníanlo por esto, los legos en el concepto de uno de los más religiosos vecinos de la ciudad sin que por las mientes les pasara que hubiera mucho de pagano en aquel culto rendido á la piadosa mujer que tenía en las manos el lienzo con el retrato del Salvador y que Aranda, asociando la imagen á sus amores, había llegado á amar también como cosa liga-

da á la niña de sus pensamientos.

En esta situación se hallaban las relaciones clandestinas de los dos jóvenes, cuando se aguó la fiesta del Santísimo Corpus Christi con la presencia de la flota británica en el litoral.



IX

El pueblo entero, amotinado, haciendo desbordar de muchedumbre la Plaza de Armas, trepado en las rejas, en los postes de los muelles, en las tapias del Cementerio, extendiéndose por el norte hasta invadir los sillares de la fábrica del Colegio de los Jesuítas, cubriendo los baluartes y el muro bajo de los cuarteles de la infantería, pedía á gritos estentóreos armas, en tanto descendían en grupos y desembocaban por las callejas contíguas, milicianos con el atalaje heterogéneo de aquellos cuerpos creados de real orden, pero muy distantes de haber alcanzado la perfección soñada por el monarca. Quienes con largos fusiles de chispa, que recordaban la cimitarra morisca, quienes con mosquetes de sesenta

años atrás, llevando la horquilla y la mecha encendida; estos con sables cortos de la infantería, los más con el provincial machete de calabozo, de las labores agrícolas. En la hora mediada desde la subida de Prado al Morro y su descenso á la Plaza, aturdido, alelado con el toque de generala y los cañonazos de alarma, habíase improvisado un ejército de defensores, muy mediano en arsenal y parque, pero bien provisto de amor patriótico y de lealtad al señor rey don Carlos III. La ola humana, arrojara contra el rastrillo de la Real Fuerza al desdichado caudillo de la ciudad amenazada, sobre el cual llovían las interrogaciones, cual si el populacho quisiera galvanizarlo con sus gritos y sus improperios.

Prado penetró en la fortaleza seguido de su Estado Mayor, no sin reforzar las guardias, lo cual hizo decir á algunos atrevidos, que del enemigo á la vista era bien guardarse y no de leales y fieles súbditos, en cuyo corazón no había entonces otro ardiente deseo, que el de derramar la sangre por la patria y el monarca. Salieron al poco rato de la Real Fuerza, re-

sidencia habitual de Prado, órdenes urgentes á las autoridades, altos funcionarios y jefes de todas las armas, para la constitución de una junta de defensa, llamada á organizar la de la ciudad que estaba en tan peligrosos momentos poco menos que abandonada. La favorable casualidad de encontrarse en la Habana, con motivo de la festividad del Corpus casi todos los jefes del ejército, de la marina y de milicias, fué parte á que al poco rato de cursadas las citaciones, se hallase rodeado el capitán general de los principales elementos de defensa. Aún pudiéramos decir que holgaba la orden, porque el toque de arrebato había convocado rápidamente en la Plaza de Armas, que era el corazón de la Habana á cuantos por el temor ó el deber se preocupaban de la presencia del enemigo sobre la costa. Motivos suficientes había para que se despertaran legítimos temores en el corazón de los leales habaneros. Sobre las dos de la tarde, la flota ene miga mostraba á la vista ciento cuarenta naves, de diferentes portes, desde el navío de tres puentes á la bombarda de sitio. Habíanse desplegado en línea

de batalla por toda la costa visible, desde Cojímar á Marianao. Delante aparecía la cabeza de la primera división, representada por los navíos «Namur», «Belleisle» y «Valiant».

El primero de dichos navíos arbolaba en el alcázar de popa la bandera real de Inglaterra; azul con la cruz roja de San Patricio. En el tope del palo mayor, flotaba la insignia de la división azul: pabellón de dicho color con la cruz recruzada roja en la esquina del asta. En segundo término aparecían los navíos «Pembrock», Cullodon», «Cambridge», «Malborough», «Temple», «Temeraire», «Sterling Castle», «Trent», «Tunder», «Reppon», «Edgar», «Osford», «Barton», «Devonshire», «Suntherland» y «Cerverus.» Más atrás desplegados ya sobre Punta Brava, hasta la altura de Marianao, las fragatas «Defiance», «Hamptor», «Court», «Richmond», «Alcides» y «Centauro» y entre fila y fila de navíos; una multitud de goletas, corbetas y bergantines, llamados á realizar el desembarco de los soldados ingleses que llevaban á su bordo. Las noticias llegaban á los grupos á cada momento. Unas venían

del campo de la Punta, entrando por dicha puerta, otras habían atravesado mayor espacio, puesto que á caballo habían llegado de las lomas de la Cabaña, desde donde se divisaba una parte del litoral de Cojímar; las más traíanlas al galope de sus piernas correos oficiosos que durante la carrera habían realizado varias multiplicaciones, resultando que veinte navíos de línea se habían convertido desde las canteras á la plaza en ciento y pico de formidables galeones. Pero motivos, repetimos, y muy suficientes de alarma y congoja tenía la población para abandonar los hogares y lanzarse á la vía pública. De arriba, del palacio del gobernador debía partir la confianza, la frase tranquilizadora y no partía. En los grupos empezó á circular la estúpida palabra ¡traición! y fué repetida momentos más tarde por la plebe en calles y plazas. Eran las tres y nada se había resuelto aún, en tanto las naves enemigas avanzaban, realizando sondeos y algunas fondeaban colocándose en facha mirando á los castillos como para romper el fuego. La turbonada, que había ido poco á

poco avanzando por el Sur con sus ondas de oscuros nubarrones, casi morados, al caer el Nordeste, se deshizo en una tormenta de truenos y rayos, cayendo un verdadero diluvio sobre la ciudad. Por el lado Sur estaba el cielo negro, luciendo aún más blancas sobre aquel fondo las bandadas de palomas que cruzaban á guarecerse. Ni aún bajo torrentes de agua se desbandaron los grupos que la curiosidad y el temor amarraban á la costa. Cuando soplaron las primeras rachas de la turbonada encrespando el mar, se vió á la flota enemiga desbandarse como si las corrientes pudieran más que la maniobra. Pero esto duró breves momentos. De pronto en el «Namur» á cuyo bordo iba el almirante Pocock y el comodoro Keppel, brilló un fogonazo y retumbó el trueno de uno de sus setenta cañones. La muchedumbre atemorizada hizo un movimiento de retroceso; pero se mantuvo espectante al ver destacarse un bote del navío, tomando al remo la entrada del canal, no sin resistencia de la resaca que era dura.

A la popa, junto al pabellón inglés, iba un oficial de flaman-

te uniforme rojo gobernando y en los banquillos cuatro marineros con su ropilla muy parecida á la actual. Las miradas de la muchedumbre se apartaron entonces de la escuadra para fijarse en aquella atrevida canoa que osaba penetrar en el puerto, sin temor á ser convertida en astillas por un pueblo soberbio y enfurecido. Cortaba apaciblemente el mar, un tanto picado, la sutil buceta primero confusa, luego distinta sobre aquel fondo de un azul purísimo que contrastaba con el cielo cubierto en que se había disuelto la turbonada. Llovia á torrentes pero el pueblo, calado hasta los huesos, seguía con ansiosa mirada la marcha recta del bote inglés ya próximo á la escalerilla de San Telmo, á donde parecía dirigirse. Hacia allí fué á escape un ayudante del general Prado, á cuyo optimista corazón se había aferrado la esperanza, en vista de que en lugar de un fiero bombardeo se anunciaba la llegada de un parlamento. Tocando la canoa á tierra, tocó Albear, el ayudante de Prado el último escalón del embarcadero abierto en el arrecífe, con objeto de recibir al intruso. Alzaron los

marinos en alto los remos, adelantóse hasta la escalera el jefe inglés, alargando un pliego al teniente coronel Albear, cam-biaron un ligero saludo ambos y en tanto corría á la Real Fuerza el ayudante, rompiendo á caballo los grupos que le cerraban el paso, alejábase de la escalerilla el bote como tres brazas, permaneciendo en la misma actitud bajo el chubasco de agua y á la vez de injurias que bajaba en avalancha cerrada desde la cortina, contra el Rey Jorge y los enemigos de Dios y de la Patria. Milagro fué que de aquel núcleo en que hervía la indignación popular, no saliera un tiro que dejara seco junto al timón al enviado de Su Excelencia el conde de Albermale jefe de la expedición por Su Majestad Británica el Rey Jorge III. Tal vez fuera, que á los contados fusiles de chispa y pistolas de arzón entonces en manos del paisanaje, con la lluvia torrencial de la tarde se les habrían mojado los cebos. Pero á falta de proyectiles contundentes bajaban las frases injuriantes como granizo.

—¡Facineroso!...... dile á tu amo que los cubanos somos de-

masiado leales para entregar la plaza.

—Casacón...—gritaba otro — tantos rayos caigan sobre tus barcos como maldiciones te echamos desde aquí.

Algunos sacaban los cuchillos y amenazaban al impasible parlamentario que sentado en la popa, contemplaba con curiosidad el espectáculo. Una piedra, lanzada desde la muralla dió en uno de los banquillos y de rebote cayó al agua. A una señal del jefe, los marinos se alejaron más del baluarte, quedando casi en medio del canal. Como respondiendo al reto de la flota inglesa que daba al aire los colores de su pabellón, al lado de la linterna del Morro, sobre el camino cubierto ascendió en el asta la bandera de España. Una salva de gritos la saludó desde la ribera opuesta siendo lanzados al aire algunos sombreros.

—¡Viva la Vírgen!...

—¡¡Viva el rey de España!....

—¡Cuba por el rey don Carlos III! — gritaron en diferentes rumbos desde las alturas.

La gritería fué trasmitiéndose desde los baluartes por la calle de la Ciénaga, á los grupos subidos sobre los cimientos del

colegio de San Ignacio, por la desembocadura de la calle del Empedrado y los portales de Pedroso hasta el boquete, hallando eco en el gentío que llenaba el muro de la batería de San Francisco Javier, frontera á la Real Fuerza, donde la densidad de pueblo era imponente. Empezaba allí la aglomeración de fuerza armada, llenando todas las rinconadas de la fortaleza, en cuyo patio de honor no podía darse un paso y donde los esfuerzos de la guardia triplicada de veteranos eran impotentes para contener aquella humana marea. En el Salón de Revillagigedo deliberaba con Prado la Junta de Defensa. El pliego recibido de manos del ayudante Albear, era la intimación inglesa para la rendición de la Plaza. Cayó como un bloque de granito sobre el ánimo del capitán general, despertándolo de su sueño. Era inútil seguir ocultando la realidad. La Habana se hallaba sitiada y el sitiador concedía tres horas para la rendición ó empezaría el bombardeo. Entonces pudo verse cómo caía á tierra desairadamente toda la anterior arrogancia de Prado. Pidió uno por uno á todos los

más caracterizados jefes y funcionarios, su opinión franca y leal respecto del conflicto. No fué antes, sin embargo, de mencionar mañosamente el desamparo en que se hallaban casi todos los fuertes de la plaza, la carencia de piezas grandes para ciertas baterías, la circunstancia fatal de hallarse faltos de carena y de bastimentos muchos navíos de la Real Armada y encontrarse, también, desmontados los dragones, por no haberse recibido del campo los caballos pedidos. En el grupo de los jefes y oficiales de la marina se levantó un murmullo:

—Que salga la Escuadra....

—A fuera.... á fuera los buques.

—A la mar madera!....

Prado se levantó de su sitial para imponer silencio. Estaba pálido aún cuando el sol que despejara la tormenta, penetrando por las ventanas, coloreaba todos los semblantes.

Superunda, que con Tavares y el Marqués del Real Transporte trataba del estado y situación de los buques anclados en Guasabacoa, habló de cerrar el puerto.

—Después.... — gritaron del grupo de la Marina.

—Siempre hay tiempo para eso—dijo don Luis Vicente de Velasco.

Goicoechea oficial del «Aquilón» que mandaba el Marqués Vicente González, se atrevió á protestar en alta voz, frente á frente de Prado y del Marqués del Real Transporte que hablaban en voz baja.

—Más seguro y glorioso—dijo —es al nombre español, salir con quince navíos de línea que tenemos á combatir la escuadra enemiga.

Velasco vino en apoyo del valiente oficial cuando desde la presidencia le imponían silencio.

—Señor; — gritó—tened confianza en el valor de estos capitanes y oficiales.... yo preságio á Vuecencia un buen suceso.

—Sobre todo — arguyó el Marqués González que alzaba su hermosa talla en el grupo, luciendo en el pecho la roja cruz de Santiago—sobre todo, no son tan numerosas las fuerzas enemigas como el miedo que las abulta.

No era posible resistir á aquella muralla de valentía y de decoro que se alzaba ante la falta de recursos, de decisión y de nervio en la presidencia.

Prado se rindió á la Marina y sobre la marcha, el auditor don Martín de Ulloa redactó la contestación al altivo pliego de Albemarle. El gobernador y capitán general de la Habana don Juan de Prado, Malleza, Portocarrero y Luna, mariscal de campo y coronel del Regimiento de Africa rechazaba enérgicamente la intimación del general inglés y anunciaba que la plaza, fiel al rey de España don Carlos III no se rendiría en tanto quedase en pié uno solo de sus defensores. Los términos de la respuesta, llena de arrogancia, como dictada por la necesidad de rehabilitarse que apremiaba á Prado, bastante caído en el concepto público, agradaron al pueblo que bloqueba la Real Fuerza, á cuyo conocimiento había llegado de oficial en oficial más ó menos alterado el texto pero en el fondo íntegro. Resonaron entonces varios vivas al capitán general, renaciendo un tanto la confianza en los pechos más bien templados.—Eso es lo que necesitamos.... una cabeza que nos guíe.... lo demás lo hará el pueblo.

En los corrillos de paisanos y milicias del país se relacionaba

la invasión presente, con los ataques anteriores á las colonias españolas por la flota británica y algunos veteranos, los de más de tres cuartos de siglo de edad, llevados allí por el temple de su corazón y su lealtad acrisolada, referían el ataque de los ingleses á Santiago de Cuba á principios del siglo. Aquellas dos escuadras que arrojaran sobre el litoral, nada tenían que envidiar á la que estaba á la vista y, no obstante, las pretensiones británicas fueron deshechas á cañonazos. Luego hablaron los más jóvenes de las invasiones de 1739 y 1748 en que los cubanos rechazaron, haciéndolos sufrir grandes pérdi. das, á más de cinco mil ingleses que habían realizado un rápido desembarco en Santiago de Cuba.

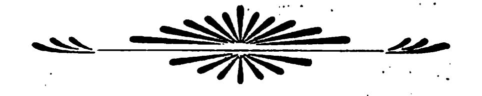
Cerca de la poterna de la Real Fuerza, esperando órdenes del general Prado ó de la Junta, se hallaba un grueso pelotón de jefes y oficiales de milicias de la Habana y pueblos próximos, que habían acudido uniformados y armados al oír el toque de generala ó que se hallaban en la población desde las primeras horas de la mañana para asistir á la fiesta del

Corpus. Había jefes de Bejucal, Guanabacoa, Managua, Santiago de las Vegas, San Miguel del Padrón y otros lugares limítrofes. El espíritu era excelente en todos aquellos veteranos, cuya sangre hervía de coraje al contemplar la escuadra enemiga insultando con los colores de su bandera multiplicada sobre aquellas aguas, la bandera nacional que ondeaba en el más alto parapeto de la fortaleza de los Tres Reyes. De pronto se vió aparecer, bajo el arco principal, despreciando el chubasco recio que le daba en el rostro, al ayudante Albear que llevando un pliego en la diestra, montó en su caballo, allí sujeto hacía rato por un dragón, saliendo á escape por la calle de la Ciénaga convertida en una laguna fangosa en que chapoteaba el pueblo dando voces y pugnando por alcanzar posición para ver el parlamentario que esperaba dentro del bote en medio del canal. Se conocía la respuesta del gobernador y el pueblo entusiasmado tornó á sus gritos.

—Guerra!.... guerra á los casacones!....

—¡Muerte á los hijos de Lutero!....

—¡Fuego con los herejes!....
—¡Ese milord al agua!'....
Habían cogido piedras de la furnia de cerca de San Juan de Dios y empezaron á lanzarlas sobre el bote desde el parapeto. Pero la embarcación al ver aparecer al ayudante español en la escalerilla, bogó serenamente, recogiendo el pliego de manos de Albear y además algunas pedradas. En medio de una nube de silbidos y de un torrente de injurias, bajo el torrente de agua que caía de los cielos, la canoa salió mar afuera cortando el agua, en tanto se oían cada vez más prolongados en el baluarte, en la cortina frontera, desde la garita del Angel, los gritos estentóreos de ¡Viva la Vírgen!, ¡fuego en los herejes! ¡Cuba por el Rey nuestro señor don Carlos III!!!



X.

La importancia, posición y relaciones del factor Villalobos llevó á su casa aquella noche memorable las más distinguidas personas de la colonia. En la Junta de Autoridades, con precipitación sobrada y bajo la presión del pueblo amotinado que pedía armas, solo se había tratado de designar los principales puntos en la defensa dejando para más tarde, en posteriores asambleas, acordar lo conducente acerca de abastecimientos de la plaza, en la posibilidad de que fuera estrechado el cerco, de la salida de la Escuadra anclada en Guasabacoa, sobre cuyo principalísimo punto nada se había resuelto y por último, de poner á salvo los caudales y riquezas del monarca, depositados en Tesorería y Almacenes, para que en

la eventualidad de una ocupación no cayeran en manos del enemigo. Entre los amigos del Factor, no se contaban muchos amigos de Prado. Conociose desde los primeros momentos el flaco del gobernante, su desconfianza absoluta en las fuerzas de su mando y su inclinación á una capitulación en tales momentos absurda, porque el estado del espíritu popular, sin distinción de clases, había de recibir tal expediente con indignación y aún, tal vez, con un arrebato de cólera colectiva que culminara en la desobediencia.

El señor de Villalobos, hombre suave en la apariencia, pero de grandes alientos, sabía que en su casa habían de reunirse desde los primeros momentos todos aquellos funcionarios más ó menos interesados, personalmente, en el triunfo de la causa nacional, porque es justo decir que como súbditos fieles, ansiaban que el enemigo fuera batido y derrotado. El obispo Morell fué de los primeros en declarar con la mayor franqueza su desconfianza en el gobernador.

—Mi excelente amigo el gobernador—decía á Villalobos—ó vive en el Limbo ó tiene un

plan adoptado con anticipación.

—Yo discrepo de la opinión de su Ilustrísima, mi querido padre—dijo Villalobos sonriendo.—Es lo peor que el general no tiene plan alguno. Hanle cogido los sucesos desprevenido por completo.

—Eso es culpa suya, don Gaspar,—interrumpió el auditor Ulloa.—Hace más de año y medio que llegan comunicaciones de la Corte, la última del ministro Arriaga, ordenando que sin traslucirlas al exterior, se tomen toda clase de precauciones, de suerte, que viviendo en paz vivamos aquí como si estuviéramos en plena guerra. El descuidado, señor obispo, suele ser escarmentado.

Hallábase celoso en demasía el auditor don Martín de Ulloa á causa de la privanza de que gozaba con Prado, su secretario don José García Gayo, con quien consultaba todos los asuntos, anulando el alto cargo de Ulloa, tratado siempre desdeñosamente. Recordó enseguida el auditor cómo el gobierno de Madrid había hecho todo lo posible por evitar una sorpresa funesta para las armas de España en América, re-

forzando meses antes la guarnición de la Habana con cuatro mil hombres de buenas tropas, aumentando y perfeccionando las fortificaciones y constituyendo con carácter permanente en aguas de las Antillas, una escuadra de doce navíos y cuatro fragatas al mando del Marqués del Real Transporte, uno de los marinos más reputados y llenos de prestigio de la Real Armada. Aún dijo más:

—El año pasado—dijo—por esta época, llegaron reales órdenes previniendo á nuestro confiado gobernador que en el caso de sospecha; ¿entendéis, señores míos?, en el caso de sospecha, se constituyera el capitán general en junta de guerra con el jefe de la Escuadra, generales de mar y tierra y funcionarios y oficiales de superior graduación que aquí hubiera, añadiendo el señor ministro Arriaga, que por los contínuos socorros que se enviaban, podía comprender el gobernador que no vivía el Rey sin recelo, que así procurara estar tan vigilante como en tiempo de guerra declarada.

—Pues confesemos—dijo el Obispo Morell— que las prevenciones cayeron en el vacío.

—Tan en el vacío, mi venerable padre, que los bastimentos se han descuidado, los situados de México... no sabemos á donde han ido á parar y las prevenciones... ahí está el valiente y honrado don Pedro de Aranda quien me trajo en todos sus viajes de Jamaica importantes avisos y á quien á poco cuelga el gobernador esta mañana por haberle dicho que acababa de presenciar un rudo y para nuestras armas desastroso combate naval, entre buques de España y una gruesa flota inglesa en el Canal Viejo.

—Avisos eran esos que debieran apreciarse más, para proceder en consecuencia—dijo—Villalobos cuya consternación por los sucesos del día era evidente.

—Pero aún hay más errores que lamentar—siguió don Martín de Ulloa.— ¿Habéis presenciado la escena de esta tarde en la Real Fuerza? Pues no podréis negar que la Marina dió allí una ruda lección á nuestro malaventurado gobernador.

—Sí... se le fué encima. Los valientes marinos quieren que salga la Escuadra...

—Es nuestra salvación—dijo Ulloa—pero por lo mismo que

es nuestra salvación, veréis como no sale.

—¿Qué decís, don Martín? —preguntó vivamente Villalobos.

—Lo que habéis oído, don Gaspar... y sinó al tiempo.... Veréis como no sale la Escuadra.

—¿Y qué se hará entonces?

—Cualquier cosa... cualquier simulacro... una comedia de defensa, torpe, improvisada y sin eficacia.

Levantóse Morell de Santa Cruz, pálido y trastornado al oir esto. Don Martín de Ulloa, hombre de edad madura, lleno de experiencia y conocedor del carácter y de las flaquezas del gobernador, tenía muchos motivos para estar bien enterado.

—Pero habrá que enviar correo con estas nuevas á donde se las pueda remitir á la Corte con premura.

—Sí, á México—dijo Ulloa.—Para México han salido hoy pliegos desde Santa Cruz, puerto, como sabéis, á sesenta y tres millas de la Habana.... ¿Pero llegarán? .. ¿No será detenido el bergantín en su viaje?

—Sería mucha desgracia.

—Pues igual suerte mi querido padre han corrido las noticias

del ministro comunicándonos la ruptura de hostilidades.

— ¿De veras? ...

—Es de colegir... En México nada saben á juzgar por el último paquete que trajo al señor de Tabares, en relación constante con el virrey Güemes á su salida de Cartagena... Además, atando cabos, la noticia traída por don Pedro de Aranda tiene cola...

— ¿Cómo, pues? ...

—Sí, en la urca «Fénix» apresada, se supo no se sabe cómo, que días antes del encuentro con la flota inglesa, ésta había apresado cerca de la isla Concepción, una fragata que venía con pliegos para Prado. Según mis cálculos, y no quiero decir según mis noticias, hace cuatro ó cinco meses que España se halla en guerra con el inglés.

Habló entonces Villalobos de sus intranquilidades con respecto á las considerábles sumas de Tesorería, las cuales corrían el doble riesgo de ser presa del enemigo ó masa dispuesta para los derroches de Prado, justificados con la guerra.

El Tribunal de Cuentas ó 3ª. Sala de Audiencia, á cargo de seis ministros, administra-

ba los caudales pertenecientes á la Real Hacienda que entraban á depósito en la ciudad. Representaban siempre fabulosas sumas porque á más de la recaudación de la Habana, se recibían periódicamente los situados de Cuba, Florida, Santo Domingo, Puerto Rico y Cumaná y los que correspondían á la construcción de naves, compra de tabaco por cuenta del Rey, subsistencias de la Escuadra, guardacostas, pontón destinado á la limpieza del puerto y otros ramos. No había género ni artículo que se introdujera en la isla, ni fruto cosechado en los campos, que no pagase derecho real á Su Majestad. Entraban además en la Caja de la Real Hacienda, el producto de las bulas y otros caudales de la Santa Cruzada y bienes de difuntos, los novenos de la renta decimal, mesadas eclesiásticas vacantes, espolios de los obispos, mitades y tercias de los oficios vendibles, medias annatas de éstos, y de los electivos, derecho de embarcaciones, comisos, papel sellado, estanco de gallos, sambumbia y naipes, arbitrios de sisa de Zanja, muralla y piragua (que era el importe del remate

de la navegación en bote por la bahía) como también lo que producía la introducción de negros, la de harinas, caldos y demás géneros y mercaderías procedentes de Canarias, Nueva España, Campeche, Honduras, Caracas y otros puertos del nuevo mundo.

El tipo del impuesto era enorme al extremo de redituar una población de doscientos mil habitantes (que era próximamente la de toda la isla) una suma de tributo comparable á la de tres millones de contribuyentes. Todo pagaba derechos al Estado. Al hacerse cargo el gobierno de la metropoli por los funcionarios coloniales, de que el juego de baraja, los gallos y la bebida conocida por «sambumbia,» representaban una suma considerable al año, creó el estanco singular de esos ramos de consumo. Más tarde, sabiendo que el transporte de una orilla á otra en el puerto producía utilidad á los que á ese tráfico se dedicaban, sacó á remate el derecho de piragua y cuatro botes hacían el servicio, unas veces por cuenta del Estado y otras por medio de un rematador.

Los efectos que venían de fue-

ra pagaban un cinco por ciento de almojarifazgo á excepción del vino, aguardiente de islas y vinagre, que pagaban el quince según avalúo, al que se añadía un dos y medio de derechos «de armada», el cual se cobraba á todos los efectos que salían del puerto y á todos los que llegaban á la Habana de tierra adentro y de las haciendas próximas. Por este modo contribuían á la Real Hacienda, en igual proporción, los cueros, sebo, carne salada, tortuga, pescado, sal y palo de ébano, y el azúcar y las mieles en un cinco por cierto. Pinta gráficamente la lealtad y mansedumbre del pueblo cubano, el hecho de que pesando el impuesto de tan enorme manera y tan directamente sobre el productor y más que nada sobre el agricultor pobrísimo, (pues aún no se había desenvuelto y desarrollado la riqueza agrícola) nunca tuvo que reprimirse el más pequeño motín popular, á pesar de que los abusos del fisco en las puertas de la ciudad llegaban al atropello y al ultraje. Pudiera unirse á estas exacciones (por más que esto corría al cargo de un Comisario Apostólico y régio) el impuesto representado

por el tribunal de la Santa Cruzada, cuya predicación anual de la Bula, producía algo más de veinte y dos mil pesos en oro.

El cargo delicadísimo de factor, que tenía Villalobos, llevaba aparejada una gran responsabilidad de la cual no podía librarlo la autorización de Prado, puesto que la sala tercera de Audiencia estaba bajo la jurisdicción de la Audiencia de Santo Domingo, ante la cual se apelaba también de las resoluciones del gobernador y capitán general y se verificaban los juicios de residencia. Tan severamente se ejercía en aquella época el oficio real que desempeñaba Villalobos que por la ley 8ª, título 8º, de la de Indias, estaba prohibido á los factores y contadores contraer matrimonio con hijos ó parientes de funcionarios que entre sí tuvieran que rendir cuentas, ó no mediar licencia real. Tampoco les estaba permitido tener haciendas, granjerías de ganado mayor ó menor ni estancias, admitir regalos ni obsequios ni prestar ni tomar á rédito «so pena de mil ducados y el precio de la cosa».

Con tales cortapisas causará asombro que Villalobos y sus

antecesores llegaran á poseer una cuantiosa fortuna, mucho más si se atiende á que el factor de la Real Hacienda disfrutaba un sueldo de setecientos pesos anuales. El rumor público, apoyándose en datos y antecedentes, acusaba al señor de Villalobos un caudal de varios millones en oro contante y sonante, por lo mismo que según la ley ya citada, no le era dable adquirir inmuebles de ningún género.

Dolíase, sin duda, por esto, don Gaspar del sesgo de los acontecimientos que venían á crearle una situación muy difícil. El general Prado, en un perfecto y absoluto aislamiento con la metrópoli, obligado por las exigencias de la defensa, daría libramientos contra el Tesoro, y la responsabilidad sería toda entera del factor.

Hallábanse como nunca pletóricas las cajas reales de oro y los almacenes de la Real Factoría de tabaco y otros valiosos artículos. No parecía sino que habían recibido los enemigos informes precisos acerca del estado de las arcas y los bastimentos de la Plaza y venían al olor de un rico botín.

Superunda y Morell trataron

de infundir alientos á Villalobos, cuyo pesimismo era bien explicable por cierto. Tal vez miraría de peor modo las cosas, si estuviese en antecedentes de lo que en la Real Fuerza se ideaba.



XI.

Era el amanecer del día 7. Desde la tarde anterior llovía, aunque no copiosamente, convirtiendo en pantanos las cañadas y en torrentes las «goteras» de la villa, desde donde, durante más de veinticuatro horas, se relevaban los buenos vecinos de Guanabacoa para dar la voz de alerta al primer síntoma de aproximación del enemigo.

Según los partes llegados de la Habana y de Cojímar, antes de la puesta del sol, los ingleses habían dividido en tres grandes cuerpos ó divisiones su flota y una de ellas permanecía frente al río y el Castillejo, esperando, sin duda, al amanecer para atacarlo y realizar el alijo de sus tropas de desembarco. En tal caso, pronto el camino

de Guanabacoa se vería inundado de enemigos que al olor de las riquezas de los templos y necesitando un pueblo cercano á la Habana, como punto de apoyo para operar, ocuparían la villa.

Todos los hombres se echaron á la calle sin atender al mal tiempo, desde que por pregón se circuló la mala nueva de orden del Alcalde Provincial, don José Antonio Gómez. Este se hallaba ya en la Plaza de Armas rodeado de milicianos armados improvisadamente, de los cuales el Alcalde era capitán hacía muchos años. Don José Antonio Gómez y Bullones, más conocido entre sus compañeros de armas y sus convecinos por el nombre de «Pepe Antonio», era un hombre de más de cincuenta años, de rostro atezado, ojos negros y nariz recta, en cuyo semblante se marcaban bien claros los rasgos de la energía. Vestido entre villano y caballero, con el traje usual de la época á través de la oscura casaca, los calzones de terciopelo y las medias grises, dibujábase una recia musculatura como hecha en las constantes expediciones del venado y

los militares ejercicios. Su cabello ya canoso, trenzado en corta coleta, dejaba ver una frente ancha, bien curvada, cada vez que sofocado por la actividad que desplegara en sus disposiciones, se quitaba el sombrero de tres picos, dejando que la llovizna refrescara sus sienes.

Era hombre de honrosa historia militar y habíalo apreciado y utilizado mucho, durante su gobierno, en 1734, el Mariscal de Campo, don Juan J. Güemez y Horcasitas, padre del insigne cubano Revillagigedo. Ya anteriormente, cuando una escuadra inglesa, al mando de Hozier, amenazó la Habana en pésimas condiciones de resistencia, Pepe Antonio, que así y no don José Antonio Gómez habremos de llamarle en lo adelante, contribuyó á preparar la defensa de la capital, distinguiéndose por su entusiasmo y su actividad incansable. Enamorado del suelo en que había nacido, en que había amado y en donde Dios coronara sus amores con cinco hijos amantísimos, cada empresa de invasión y de conquista que se anunciaba, exaltábalo al extremo de desear tener cien cuerpos y más

brazos que el gigante mitológico, para rechazar el ataque y derrotar al intruso. En la paz, Güemez y Horcasitas, como se ha dicho, conocedor del temperamento fogoso, del valor heroico y de la honradez á toda prueba de aquel súbdito fiel del rey de España, lo nombró teniente á guerra, cargo de gran confianza entonces, para que pusiera coto á los desmanes de los vecinos contra las justicias ordinarias. Ya capitán de milicias por sus méritos y lealtad en 1735, le confió la delicada misión de vigilar y regularizar los trabajos de la extracción de sal en el Cayo de este nombre y Punta de Hicacos, concluyendo con el contrabando que de dicho artículo estancado por el gobierno, se hacía. Don Juan Antonio de Tineo y Fuertes, durante su breve mando de tres meses, y su sucesor el habanero don Diego de Peñalosa, teniente rey que lo sustituyó en el gobierno á su fallecimiento en 1746, confirmaron aquella confianza á Pepe Antonio, que recibió la comisión de vigilar, al frente de su partida de milicianos, la costa de barlovento entre Bacuranao y Jaruco, cuando la guerra con el inglés, ter-

minada en 1747 y en cuyo ataque á Santiago de Cuba, fue derrotado el almirante Vernon por los cubanos y ahuyentado de las Antillas, con el escarmiento, su sucesor, el general Knowles.

La fuerza irregular que de antiguo mandaba Pepe Antonio, no merecía, realmente, el título de milicia. Era una masa heterogénea de elementos campesinos, blancos, negros y mestizos, armados en su mayoría de machetes de calabozo, algunos de cinta, pistolas de arzón, cuchillos de punta y algunas carabinas en estado muy discutible. Cuanto á uniforme, más que aquellos vecinos que vestían la casaca medio militar, medio urbana y el tricornio, eran los que llevaban por toda indumentaria gruesos calzones de lona, camisa floja de lienzo grueso y un pañuelo atado á la cabeza por sombrero. La hamaca y el capote burdo faltaba á pocos y á ninguno la vejiga con trastos de candela y tabaco torcido. Así y todo, frescas estaban en la memoria de todos las hazañas realizadas en otros tiempos por fuerzas no mejor reglamentadas, armadas y uniformadas, lo mismo en el

propio suelo que en otras Antillas y en el Continente, como ocurrió en 1719, en que salieron tres compañías de dichas milicias para Veracruz á reforzar el armamento que se preparaba contra Panzacola. Mandó esta expedición, bien desgraciada por cierto, el jefe de la Escuadra de Indias, don Francisco Cornejo, y en ella naufragaron, perdiéndose totalmente, los navíos «San Juan» y «San Luis», viniendo para la Habana, pereciendo con la mayor parte de su gente, los habaneros capitán Ubaldo de Coca y teniente don José de Coca, su hermano. Pero esto no amenguó en lo más mínimo los ímpetus de aquella fuerza, ya casi veterana y leal al monarca hasta la idolatría. Veintitres años más tarde, abandonan igualmente sus hogares dos mil milicianos, á exterminar las plantaciones de Nueva Georgia, cuando el bloqueo de la Florida por los ingleses, distinguiéndose en ese hecho los oficiales habaneros teniente coronel don Juan Núñez del Castillo, que casó con una hija del gran Sucre, héroe de Ayacucho, y los capitanes don Santiago Pita, don Luis Pacheco, don Laurea-

no Chacón y don Dionisio de Berroa, todos hijos de la Habana. Cinco años después, reforzábase con milicias la Escuadra del teniente general don Andrés Reggio, peleando esforzadamente en el combate naval librado en las costas de la Habana contra el almirante inglés Knowles, de quien ya hemos hecho mención.

Por estos y otros honrosos antecedentes poseían las milicias de la Habana una elevada y justa noción de su mérito, atrayéndose con ello la animosidad de las tropas veteranas, por espíritu de cuerpo ó por emulación, no siempre laudable. El sistema de guerra de estas partidas era propio, como hijo del suelo y de sus accidentes topográficos. Caminaban casi siempre de noche y combatían y descansaban de día, llevando consigo, como exploradores, terribles trahillas de perros lebreles rastreadores ó de busca y feroces mastines. La fuerza montada, que era mucha, acudía al somatén, llevando sus caballos, pues aún el guajiro más modesto é infeliz, tenía vacas, bueyes, caballos de monta y cerdos y aves de toda especie. Los mozos traían ce-

ñida la espuela de plata, venían armados con el machete de empuñadura de asta, con adornos de aquél metal. Eran todos excelentes jinetes. La altivez natural del campesino de entonces no podía connaturalizarse con los oficios mecánicos y hallaba en las labores agrícolas espacio adecuado para desarrollar sus instintos de libertad é independencia. Diseminadas las estancias y sitios de labor en torno de los centros de población, algunos bastante alejados, el guajiro tenía forzosamente que ser sobrio y por lo tanto fuerte á la vez que libre. Cultivando sin trabajo una tierra que producía anualmente dos cosechas con abundancia de maiz, yuca, arroz, pan de casabe, plátanos, ñames, boniatos y otros farinaceos, dedicado á la cría de ganado, con buen tabaco en sus vegas, es perfectamente comprensible que el campesino rehuyera toda clase de labor industrial en las poblaciones, á donde acudía en las fiestas solamente ó en aquellos momentos de peligro en que la patria reclamaba sus servicios. Tal vez por esto los jefes del ejército, algunas veces deslucidos por las milicias en tiempo

de guerra, decían de los milicianos que eran «gentes faltas de toda disciplina y absolutamente desacostumbrados al ejercicio de fusíl que no conocían ni aún por diversión». En efecto, gustábales á los milicianos ser mandados por paisanos suyos, conocedores de las costumbres guajiras y bien identificados con su carácter. Doliales la severidad de la disciplina, no concebían un plan en combinación, mucho menos si el que lo fijara era un jefe del ejército y en cambio vendían cara su vida y se dejaban hacer trizas como oyeran junto á ellos la voz familiar y conocida del compatriota. Pepe Antonio era, por muchos conceptos, un ídolo para los milicianos de Guanabacoa, San Miguel del Padrón y Jaruco. Siempre que él los llamaba, veíase rodeado de sus antiguos y bravos compañeros de dos campañas, dispuestos á dejarse conducir, á ciegas, hasta el fin del mundo.

Situada la villa de Guanabacoa á dos leguas y cuarto de la Habana, por tierra y á una por mar, es ocioso decir que la población participaba de la misma alarma é igual sobresalto que la capital. Mas directa-

mente aún que á ésta, llegaban á aquella las noticias de los movimientos y situación de la escuadra, que desde la tarde anterior se había fraccionado en dos grandes cuerpos ó divisiones, la primera de ellas situada entre Bacuranao y Cojímar compuesta de los navíos de sesenta y setenta cañones «Oxford», «Dragón» y Pembrock». Un campesino que acababa de llegar de Cojímar, cuya pequeña población presa del pánico, se había desbandado sufría el interrogatorio de Pepe Antonio, primera autoridad de la Villa en tanto no llegase á ella el coronel don Carlos Caro, con sus dragones de Edimburgo, desmontados, á cuyo efecto el Alcalde Provincial tenía los caballos dispuestos desde la víspera. El coronel Caro había salido por la mañana del día anterior á toda prisa para la capital á recibir órdenes.

Aquella noche no había dormido nadie en la villa. La proximidad del enemigo, las probabilidades que existían de que su primer movimiento de avance sería sobre Guanabacoa como camino seguro para la Habana, tenían despierto y lleno de temor al vecindario que á

pesar de la hora se agolpaba á la Plaza de Armas para ver los preparativos de defensa, en el pórtico del Convento de San Francisco y en el de Santo Domingo y en torno de la casa de Cadenas, objeto de devoción por haber estado allí el Sacramento en 1729 á causa de haber sido destruída la iglesia por un temporal. En redor de las cuatro compañías de milicianos, hormigueaban vendedores blancos y negros, expendiendo sus artículos de los cuales algunos hacían su provisión. Una parte considerable de los vecinos, había abandonado la villa, trasladándose á la loma del Indio y á los baños de Santa Rita, por considerar esos parajes puntos de mayor seguridad. Punto de reconcentración de los indios Guanabacoa, así de los naturales de Cuba como de los traídos de Florida, Santo Domingo y México, muchos indígenas representantes de una infeliz raza que desaparecía con la mayor rapidez, circulaban entre los grupos, ya llevando agua en grandes cuencas, ya tortas de pan de casabe, viandas cocidas y frutas. No obstante la reclusión severísima de las prostitutas, ordenada por

Tineo años antes, en el Asilo de San Juan Nepomuceno, algunas mujeres perdidas de las dos razas y mestizas, barloventeaban por la plaza, ó se introducían en los grupos de gente armada sentados en el suelo, al arrimo de los portales ó en torno de los caballos sujetos á las rejas. Aclarando ya, la animación subió de punto con los toques de clarín que resonaron á lo lejos. Eran los dragones de Edimburgo que al mando del coronel Caro llegaban de la Habana.



XII

Entró el coronel Caro en Guanabacoa con sus tres mil veteranos, correspondientes á cuatro batallones de 520 hombres, de que constaba el Regimiento de Edimburgo y los dragones desmontados. En la villa habían de unírsele las cuatro compañías de milicias ya acuarteladas, de cincuenta hombres cada una, dispuestas y ordenadas para salir á operaciones por el alcalde provincial Pepe Antonio. La marcha siempre cuesta arriba, desde su salida del embarcadero de San Juan de la Cruz, en Guasabacoa, por la considerable elevación de la villa, y el mal estado de los caminos, á causa de las lluvias, traían fatigada á la fuerza que buscó descanso en los alrededores de la plaza y el convento,

en tanto Caro con su estado mayor iba al encuentro de Pepe Antonio, que se apresuró á solicitar sus órdenes. El coronel de dragones saludó fríamente.

—Saldremos enseguida, señor regidor — dijo—. ¿Cómo se halla esa fuerza?

—Como siempre, coronel, dispuesta á cumplir con su deber.

— ¿Y los caballos de mis lanceros?

—Cién, que han podido conseguirse, se encuentran listos á vuestra orden, ahí en los portales de Cadenas.

—Eso es lo principal.... á mi fuerza montada y veterana me atengo, señor regidor... lo demás... son cuentos de brujas.

—Sin desdoro de vuestras tropas, señor—replicó respetuosamente Pepe Antonio—mucho y muy bueno han hecho siempre estos rudos campesinos.... Yo con ellos he....

—Ya estoy impuesto.... ya.... pasemos á otra cosa más principal.... ¿Qué se sabe de Cojímar? ¿Habéis tenido algún aviso?

—Un campesino que llegó al aclarar, hame dicho que tres grandes navíos protejen el de-

sembarco del enemigo próximo á atacar á nuestro pobre castillo de la boca. Tal vez esperarán á ser de día claro.... tal vez hayan elegido mejor punto para el alijo.

—¿Qué media de aquí á la boca? ¿Sabéis?

—Una hora de buena marcha, coronel.

—Pues preparad vuestra gente que habrá de ir de vanguardia.

—Gracias, coronel....

—¿Cómo gracias? .... ¿Por qué me las dáis?

—Por la preferencia. A los campesinos siempre nos ha gustado ir por delante....

—Honor habrá para todos señor regidor.... Quiera Dios que vuestros famosos milicianos no me den un disgusto.

—Respondo de ellos como de mí mismo.

—Responder es....

Pepe Antonio replicaba á las asperezas de Caro con firmeza pero sin jactancia. Tenía algo en la voz y en el gesto que respiraba autoridad. Inspiraban confianza aquella sencillez y naturalidad de su acento, propias de los verdaderos caudillos.

Caro le volvió la espalda para dar órdenes á un oficial pró-

ximo. Que tocaran llamada y atención y que los sargentos y tambores fueran á hacerse cargo enseguida de los caballos requisados. La fuerza de milicias tenía una compañía montada, la que había de ir á la descubierta mandada directamente por el alcalde provincial. Pepe Antonio, ya á caballo, teniendo al estribo á su hijo Narciso, de diez años y á su hermano don Jorge Antonio, que habían acudido á despedirlo, mandó tocar botasillas. Desde la esquina de la plaza se vió venir á buen trote á Caro, seguido de sus ayudantes.

—¿Qué toque es ese, señor regidor? — preguntó mirando al grupo con curiosidad.

—Botasillas para mi fuerza, coronel....

—Ah! ¿tenéis fuerza montada?....—Y luego sonriéndose añadió.—Es caso extraño que para ciento diez y siete dragones no tenga yo más que cien caballos y aquí las milicias estén provistas.

—Señor — repuso Pepe Antonio — esta compañía está formada de campesinos, cada uno de los cuales trae su caballo, que es propio. Esto es inmemorial.

—No lo dudo, señor regidor —Caro rehuía siempre llamar capitán á Pepe Antonio —pero en la paz como en la paz y en la guerra como en la guerra.... A ver.... los diez y siete dragones desmontados que vengan á proveerse.

En las filas de los milicianos se levantó un rumor de protesta. A un campesino puede exigírsele todo menos que ceda su caballo, su machete ó sus espuelas. Pepe Antonio, palideciendo á la luz difusa del crepúsculo matutino que empezaba á dorar la plaza con alegres reflejos, se adelantó á calmar la agitación, no sin haber despedido con la bendición á su hijo Narciso que dobló la esquina llorando, y de decir con impaciencia adios á su hermano, cual si tratase de terminar pronto con todas las exigencias del corazón, solicitado por más altos deberes.

—Compañeros y amigos—dijo dirigiéndose á la fuerza amotinada que había emprendido la operación de ensillar.—La patria, Dios y el monarca exigen ese sacrificio. Yo soy el primero en obedecer y por mi amado padre San Francisco que no lo hago sin dolor de mi corazón.

Vamos—añadió apeándose con lijereza—yo os doy el ejemplo... vengan esos diez y siete caballos para las buenas tropas de Su Majestad.

Y para vencer las últimas resistencias de sus milicianos añadió con una voz en que las inflexiones de la dulzura se mezclaban con la rudeza del soldado lleno de valor y de fe en las propias fuerzas.—Que no se diga de nosotros que hemos vuelto la espalda á esos herejes por falta de caballos. Los amigos de Pepe Antonio—dijo con cierta intención maliciosa que persuadió por completo á sus soldados,—son sobrado fieles súbditos del Rey don Carlos III, para negarle un caballo.

El hielo estaba roto: un movimiento de generosidad é hidalguía dormido hasta entonces en aquellos corazones campesinos todos franqueza y desinterés, se despertó agitado por Pepe Antonio.

—Ahí vá mi caballo, capitán....

—Pues ahí vá el mío...

Uno á uno, los diez y siete y alguno más, fueron pasando los hermosos caballos de la milicia á poder del ejército. No

faltó guajiro á quién se le saltaron las lágrimas: otros recomendaban al dragón agraciado el animal cedido.

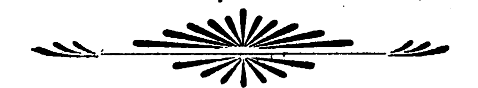
—Es una perla... cuidadlo, compañero.....

—Sobre ese animal se va derecho al triunfo.

—No lo obliguéis mucho..... es muy blando de boca...

—Tiradle duro.... tiene suela entre los dientes...

Veinte minutos después, tropas y milicianos abandonaban la villa de la Asunción de Guanabacoa, con tres distintos rumbos. Caro con sus dragones y la mitad de la fuerza de infantería, á guarnecer el camino de la población por Cojímar; dos batallones de Edimburgo para situarse en el resguardo del monte de la Cabaña; Pepe Antonio y sus cuatro compañías, rumbo á Bacuranao. El pueblo quedaba silencioso, cuando las campanas de San Francisco y Santo Domingo tocaban á misa de alba. Una hora más tarde, una fragata y un navío con tres bombardas, batían el pobre castillejo de Cojímar para proteger el desembarco de ocho mil hombres. Y ahora, volvamos á la capital.



XIII.

De bote en bote estaba la iglesia de San Francisco á las ocho de la mañana del viernes. El obispo don Pedro Agustín Morell de Santa Cruz, había ordenado la celebración de funciones de desagravio al Ser Supremo y de súplica porque concediera la victoria á las armas españolas juntamente con la salvación eterna de los que murieran en defensa de la plaza y el territorio amenazados. A pesar de celebrarse igual fiesta en la Iglesia Parroquial Mayor y en Santo Domingo, como hemos dicho, en la del Convento de San Francisco no podía darse un paso. El vecindario de los barrios de Campeche y San Luis, había afluído á aquel templo cuya popularidad era

muy grande, por la circunstancia anteriormente apuntada de poseer dentro de sus muros, en capilla aparte, la milagrosa imagen del Santo Cristo de la Veracruz que había sudado en el año de gracia de 1770 según el testimonio de los más fidedignos contemporáneos del sobrenatural suceso. Inútil es decir que la afluencia de familias distinguidas, de altos funcionarios del estado, miembros de la Real Compañía de la Habana, oidores del Tribunal de Cuentas, oficiales reales y de la notaría y registro de hipotecas, habían desfilado desde las primeras horas de la mañana para tomar puesto. El altar mayor donde resplandecía la imagen de la Purísima Concepción, con manto real de castillos y leones, divisábase al fondo de la nave principal coronando un mar de cabezas, bajo la hermosa techumbre y los cuatro arcos torales que soportaban la atrevida cúpula desde donde corrían por el interior hasta el coro sobre dos cornisas voladas, dos vistosas galerías pintadas de verde y oro.

El sermón del día estaba encomendado al Provincial de San Francisco, entonces casual-

mente en la Habana. La comunidad entera, compuesta de setenta frailes, el claustro de estudios con su regente general, su maestro de gramática, sus catedráticos y lectores, ocupaba el coro bajo de magnífica sillería de caoba tallada.

El templo de San Francisco y su convento, eran obra muy moderna, como que había concluído su construcción en 1737. Era el edificio más notable y magnífico de la ciudad, por lo menos en tanto no se terminase el Colegio de San Ignacio de la Sociedad de Jesús, cuyos planos al decir de quienes conocían el proyecto, superaban en grandeza á cuanto hasta entonces se había imaginado en la colonia y presidio de la Habana. Con grandes dificultades había luchado aquella fundación, desde 1656 á 1682 por haberse negado el real permiso para las obras, no obstante las reiteradas súplicas y las altas influencias puestas en juego por la Compañía. Decíase que contra ella habían trabajado de consuno dominicos y franciscanos, temerosos de que si los jesuítas alzaban templo y establecían colegio en la Habana. monopolizarían absolutamente

la enseñanza y el confesonario. Por fín, en 1721 se expidió por el Rey don Felipe V. la ansiada licencia, hallándose en la época que historiamos muy adelantadas las obras. Entretanto habían aprovechado bien el tiempo los franciscanos, en ruda competencia con los dominicos. Miraban aquellos, desde la altura de su elegante y atrevida torre del reloj, con una especie de desdén á sus vecinos de la calle del Sumidero, presumiendo de contar en su comunidad con doscientas canonizaciones, con su condición de estar unida á la Iglesia lateraniense de Roma, gozando de los indultos y privilegios de aquella sacratísima basílica y con el favor creciente del poderoso pueblo de la Habana que á diario cruzaba bajo aquella hermosa puerta de granito, en cuyo dintel se leía con letras de oro: «Non est in toto sanctio orbe locus.» A tal grado de reputación llegó su escuela de latinidad, artes y teología y de tal crédito disfrutaba por entonces, que por el Rey se le concedió en 1647 autoridad para conferir grados menores en sus facultades. El convento, con tres magníficos claustros de si-

llería, era una maravilla de comodidad y lujo para aquel tiempo, cruzando bajo aquellas arcadas, vestidos con sus hábitos azules, setenta frailes y más de treinta legos dedicados al coro, á la asistencia de los moribundos, á la penitencia, á la predicación y á la enseñanza. En todo esto gozaban de gran partido los franciscanos en la ciudad, siendo, por lo tanto, muy concurridas y brillantes sus fiestas.

Desde la mañana de aquel día, empezó á circular por la ciudad la especie de que iba á dictarse la orden de abandonar la población todas las bocas inútiles: mujeres, niños, viejos, frailes y monjas. Esto fué lo suficiente para que templos y monasterios se vieran llenos de un vecindario, ansioso de testificar á las comunidades su afecto, de ofrecerles diversos alojamientos en fincas cercanas á la capital y de solicitar bendiciones y consejos en tan amargo trance. Aún cuando la escuadra inglesa que bloqueba todo el litoral, no había hecho hasta entonces agresión más que contra el pequeño castillo de la boca de Cojímar, á nadie se ocultaba que en breve sufriría la

Habana todos los horrores de un sitio sostenido y doloroso.

De los primeros en penetrar bajo la nave lateral de San Francisco fué don Pedro de Aranda, que pudiendo muy bien, cuando le viniera en gusto, abandonar la ciudad poniendo en salvo sus intereses y más tarde salir de la isla á favor de una de las naves mercantes de su propiedad, prefirió quedarse, amarrado á la población amenazada, tanto por su amor á Verónica como por su lealtad á las instituciones. En Guanabo, cerca de Jaruco, tenía anclada y á buen recaudo una de sus goletas, imaginando que tal vez, en el caso de un desastre horroroso, podría llevarse con él á su amada, aunque tuviese que realizar un rapto. Rumiando estos planes penetró en San Francisco, donde le decía el corazón que vería á Verónica. Su ansiedad más tiránica era despedirse de aquella niña que constituía toda su dicha, y que una cruel determinación paternal alejaba insuperablemente de sus brazos. Tenía que decirla adiós de cualquier modo, aunque doña Eufemia lo increpara por su atrevimiento, aunque el

mundo se opusiera á su designio. Depués... iría á unirse á cualquiera de los cuerpos de defensores que estaban organizándose.

Como si fuera el producto de una consigna y formando contraste con el apocamiento de ánimo de las esferas del gobierno, los sermones de aquel día daban la nota épica más aguda. Era preciso defender el suelo y con él el sagrario, el templo, que en el caso de una derrota sería objeto de los ultrajes de aquellos herejes. No era la primera vez que la Habana se veía atacada por una flota enemiga y en muchos casos, en todos ellos, habían sido derrotados los ofensores. «La primera condición para ser fuerte—gritaba desde el púlpito el padre Provincial—es estar en gracia de Dios. Vivamos en la gracia y no temamos á cuanto venga sobre nosotros. ¡Qué mayor dicha que morir cuando la muerte abre de par en par las puertas del cielo!»

Tocando después más profundamente la fibra de la piedad y de la fe, expuso el simil de aquel templo de San Francisco derrumbándose, destruído por un

terremoto en los momentos en que todo el mundo acabara de recibir la comunión. ¡Oh favor!—clamaba— ¡oh ventura celestial y nunca vista sino en aquellos tiempos benditos en que el martirio era la llave de la bienaventuranza! Una legión de almas puras, en la gracia, remontándose á la gloria, conducidas por la fe, en brazos de los ángeles llevando en la diestra la palma de los mártires y en la frente la corona de los elegidos!...

El fervor había paralizado hasta el aliento de los feligreses. Flotaban los espíritus en una atmósfera ultraterrena, y los corazones se agitaban como aves que quisieran emprender el vuelo.

El Padre Provincial acentuó la sujestión del auditorio. Acerquémonos —gritó alzando la diestra y señalnado al altar —acerquémonos todos á la divina mesa, á recibir el pan eucarístico, á depositar al Dios de las alturas en nuestros pechos convertidos en nuevos tabernáculos. Y después, vengan martirios, vengan persecuciones, arrojen de su duro seno volcanes de fuego y de plomo esos buques tripulados por los

hijos del moderno Diocleciano, enemigo de Dios y de la cristiandad.....»

La baranda del presbiterio, cubierta por un blanco frontal orlado de encajes, se hallaba cubierta de cabezas que esperaban inclinadas la comunión, servida por seis sacerdotes de la comunidad, vistiendo albas riquísimas, primor de aguja de las asiladas de San Francisco de Sales, y de las Claras. Renovábase constantemente la fila de comulgantes que iban á postrarse en las naves laterales, dejando libre la central á los que se aproximaban á la eucarística mesa.

Don Pedro de Aranda buscó con la vista á Verónica que, como de costumbre estaría desde el principio frente al retablo de San Francisco Javier, pero no la vió. Tampoco pudo verla doña Eufemia sobresaltada, á quien habían bloqueado los fieles contra el altar privilegiado y que en vano se calaba las antiparras para descubrir á su sobrina. Era por entonces imposible realizar tal empeño. La iglesia estaba de bote en bote y en los momentos de la comunión nadie se movía del lugar

á que había ido á arrodillarse para dar gracias. Don Pedro buscó á su amada, queriendo tener en cada ojo una tenaza que la atrajera junto á sí, mas tanto puede la casualidad al servicio de unos nobles amores: á pocos pasos de distancia, cerca de la puerta lateral de Oficios, se hallaba Verónica, cuyos ojos, como un ave, habían ido á posarse serenamente sobre Aranda. Dióle á éste el corazón un salto de alegría, salvó, con escándalo de las beatas, la distancia que lo separaba de su novia, y recatándose con la cancela:

—Perdonadme—dijo —que turbe vuestro rezo....... pero es necesario...... Voy á la defensa de la ciudad, tal vez muera en el sitio..... he querido deciros adiós, Verónica.... No me olvidéis.

—¡Nunca! Adiós— respondió como en un suspiro la hija de Villalobos, dejando ver dos lágrimas en sus ojos. Después acarició con la mirada á don Pedro que, mirándola apasionadamente se filtró como una sombra al través de la cancela entreabierta. Ya había realizado su propósito más querido.

—Ahora, á cumplir con mi deber— dijo tomando calle arriba la de Oficios, en dirección á la Plaza de Armas.



XIV

Afluían de todos lados sobre la Plaza de Armas pelotones de gente armada y sin armas: piquetes de los lanceros del campo que recorrían la ciudad, somatenes de vecinos que se pertrechaban ante los establecimientos de pulpería, de los artículos del rancho. Conforme se iba avanzando en la Plaza, arreciaban los grupos, sobre todo en los alrededores de la sala de Armas donde se distribuían armamentos á las milicias y al vecindario, inconforme con el reparto. Había sobre tres mil y quinientos hombres desarmados y no alcanzaba, ni con mucho, la existencia de las armas depositadas. Los fusiles antiguos, pésimamente cuidados, se hallaban en su mayor parte descompuestos y seis armeros

en el cuartel de la infantería trabajaban desde la tarde anterior para ponerlos en servicio. Cada vez que llegaba una caja con fusiles, se los disputaban á gritos, siendo vanos los esfuerzos del retén allí establecido, para mantener el orden. En el boquete de la Seiba, en medio de un tumulto de curiosos, embarcaban en tres lanchas los cuatrocientos tripulantes de la Armada, destinados á reforzar la guarnición de la fortaleza del Morro. Iban mandados por el segundo comandante, coronel Marqués González. El comandante en jefe, coronel don Luis Vicente de Velasco, se hallaba en la Fuerza recibiendo órdenes dé Prado.

Aranda fue rompiendo con trabajo los grupos que le cerraban el paso, oyendo á todos los rumbos comentarios más ó menos racionales sobre las disposiciones dadas por la Junta de Defensa. Decíase en alta voz que allí faltaban hombres de temple y, sobre todo, gente amante del país y dispuesta á no entregar la Habana hasta el último trance. La gente de los almacenes y tiendas, era la que más acentuaba su censura contra las disposiciones de Prado

y del marqués del Real Transporte.

— ¿Qué hace esa Escuadra? ... Tenemos el enemigo en casa y los buques tan tranquilos en su fondeadero.

—No sé cómo habrán de salir si los están desmantelando....

— ¿Qué decís? ..... Eso es broma....

—Buena broma... Las tripulaciones ¿no habéis visto que se embarcan para el Morro?

—Y las que han salido ya para la Punta, con don Manuel Briseño...

—Ahora, el personal.... ya estamos viéndolo desfilar.... Don Luis Velasco al Morro...

—Ese es el capitán del «Reina»....

—El marqués González, capitán del «Aquilón», también al Morro, como segundo comandante.

— ¿Y Colina?

—Colina también á las defensas... Don Manuel Frías, capitán, también á mandar milicias.... Don Francisco del Corral idem y Montes idem..... y todos, vamos, todos van desfilando. La Real Armada se queda sin gente.

Las fuerzas que embarcaban

nuel Briseño, teniente de navío de la Real Armada, de comandante. La defensa del litoral de San Lázaro, desde el Monte de la Punta hasta el río de la Chorrera, fue confiada al hijo de la Habana, don Alejandro Arroyo, con las fuerzas del regimiento de Edimburgo. Otro habanero, el regidor don Francisco Acosta y Riaza, depositario del Ayuntamiento, recibió el mando de un escuadrón de milicias. La defensa del torreón de la Chorrera, encargábasele á un habanero muy distinguido. El reputado matemático y topógrafo don Antonio Fernández Trevejos y Zaldívar, que había hecho varios planos de fortificaciones y del primer teatro de la Alameda. Desde la madrugada estaban saliendo las fuerzas del ejército y milicias para los puestos designados, con sus jefes á la cabeza.

Un gran clamor se sintió hacia la desembocadura de oficios. Gritos y vivas en confusión, con imprecaciones para los ingleses, partían de la boca de la calleja, por donde un tropel de gente y de carros se arrojaba á la plaza. Eran armones conduciendo desde el

Arsenal, seis piezas para ser colocadas en una batería que el ingeniero Ricard improvisaba en la altura de la Cabaña, en previsión de que la tomase el enemigo. El teniente de navío don Máximo Du Bouchet, que dirigía la operación, había recorrido con sus armones tod el largo trayecto escoltado por la muchedumbre. Muchos hombres del pueblo y algunos negros se habían agarrado á los gruesos topes de los carros, para facilitar el arrastre, sobre un pavimento lleno de zanjas, al poderoso tiro de mulas.

—¡Los cañones!...

—¡Paso á los cañones!.... gritaba el populacho enardecido con el tumulto belicoso que el mismo promovía....

—¡Paso, paso!...

—Fuego al inglés!...

—¡Aquí va el desayuno para los casacones!...

—Qué se le enfría el chocolate á «Milor»!...

Para dar la vuelta en dirección al muelle de Carpineti, se necesitó de todo aquel empuje animal que caía y se levantaba cubierto de fango, pero ardiendo en fuego patriótico. A los miradores de la Real Fuerza se asomaron, atraídos por el

estrépito y las voces, Prado, Superunda, Tavares y otros miembros de la Junta de Autoridades. Al verlos, estalló desde la Plaza la gritería.

—¡Esa Escuadra, señor de Prado!...

—¡Qué salgan los buques, señor Marqués!...

Una voz estentórea, de uno de los grupos más nutridos, se dirigió á las autoridades irrespetuosamente.

—Para dentro basta con nosotros... A la mar esos marinos... á fuera!...

Cien voces repitieron la última palabra entre blasfemias é injurias. Prado había abandonado el mirador con sus acompañantes.

El capitán Gonzaga, que tenía á su cargo la triple guardia del rastrillo, preguntó entonces á Aranda qué nuevo asunto lo traía por la fortaleza, donde tan mal lo habían tratado hacía poco.

—Que he de buscar, capitán: sitio y medio de servir á la patria en estos momentos de peligro. Es lo menos que puede pedir un buen patriota.

—Laudable es vuestro empeño, amigo mío—dijo Gonzaga mirando con afecto al ex-capi-

tán del fijo de México.—Otro en vuestro lugar, con vuestro dinero y vuestra completa independencia, procuraría poner tierra por medio. Porque os advierto don Pedro—añadió en voz baja—que la plaza está perdida....

—¿Ya? .. ¿Ya se la considera perdida antes de disparar el primer cañonazo? ...

—No obstante, es cierto.... A todos ha sorprendido el golpe... Ni hay jefes, ni hay plan, ni hay serenidad para trazarlo, ni confianza alguna en los que habrían de dirigirlo, si lo hubiere....

—A tanto llevan las arrogancias, capitán. Si se hubiera atendido á ese constante ir y venir de gentes en las Antillas menores; si se hubiese escuchado la voz de los contrabandistas, que aún haciendo contrabando, no olvidaban la salvación de la Patria... Pero no es ahora el momento de lamentarse, sino de luchar... ¿Sabeis acaso, donde podría ver al señor de la Colina? ...

—¿Lo conoceis? ...

—Mucho... he peleado á sus órdenes en el navío «Africa».

—Y querríais volver á la mar con el mismo objeto.... Sois

de buen temple... Lástima de aquella calaverada del capuchino en Veracruz.

Y Goozaga soltó la risa que le retozaba en el cuerpo.

—De veras... á no mediar aquello, el Rey tendría ahora un capitán más en sus guardias.

—De todos modos lo tendrá.... y si no tiene un capitán tendrá un soldado...

En aquel momento apar junto al rastrillo el señor de la Colina, vistiendo el uniforme de capitán de navío, el pecho lleno de cruces. Aranda corrió hacia su antiguo jefe, llevando en la mano el tricornio.

— ¿Me esperábais, don Pedro? —preguntóle con afecto el marino á quien terciaban las armas los centinelas.

—Señor, os esperaba para que me dispensarais la misma honra que en otro tiempo. Llevadme con vos al «América»....

Colina miró profundamente á Aranda y luego, indicándole el camino de la Plaza, dijo:

—Salid,... salid conmigo.... necesito hablaros....

Y fueron juntos, rozando los grupos que hacían calle y gritaban, recordando la brillante historia del marino:

—¡Viva Colina!...

—¡Viva el comandante del «Africa»!...

—¡Viva el valiente del 54!....

Don Juan Antonio de la Colina y Racines era por entonces un hombre recio y fornido, que aparentaba frisar en los sesenta. De temperamento más que sanguíneo, apoplético, sufría lo indecible con el clima tropical, que lo abrasaba, por cuya razón nunca dormía en tierra sino en el buque de su mando, el «América», anclado con toda la flota cerca de Punta Blanca, en Guasabacoa. Su vida, desde la niñez, era casi una novela. Había nacido en Santander y tan aficionado fue al mar, que á los diez y ocho años se fugó de la casa paterna, sentando plaza en 1726 en uno de los bajeles de la Armada. Su condición á bordo debió ser muy noble y provechosa, cuando al año de marinero era ascendido á guardia marina. Desde entonces fué su carrera rápida y brillante, siendo modelo de valientes, lo mismo en Gibraltar, que en Argel y los mares de América, donde llegó á capitán de fragata. Al mando del «Africa» arribó á la Habana en 1743, y ya sabe el lector

como se portó en la Escuadra de Reggio, al ser atacada por la inglesa, al mando del almirante Knowles. A poco muere abrasado dentro del «Africa», que incendió porque no cayera en poder del enemigo. De allí databa su amistad con don Pedro de Aranda, amistad que tenía por único orígen la tendencia de Colina á querer cuanto representaba nobleza y valentía. Hasta 1761 perdiólo de vista Arandá, alborozándolo su arribo á las Antillas, escoltando con el navío «América», al «Reina», que con tesoros de Veracruz venía mandando don Luis Vicente de Velasco. Su llegada, por cierto, marcó una fecha negra en la historia de la colonia, porque con aquellos buques hizo su aparición en la Habana el vómito negro, para no desaparecer de su suelo en siglo y medio.

Colina y Aranda habían tomado el camino del muelle.

—Estamos tan bien parados —dijo el comandante del «América» á don Pedro, cuando salieron de aquel tumulto infernal de la plaza—que á estas horas, mi joven amigo, aun no se yo en donde ni como he de defender al Rey.

—Señor — repuso asombrado Aranda — ¿pero la Escuadra no saldrá á combatir al enemigo?

— ¿Que he de deciros? Ese es el pensamiento y el voto fervoroso de la Marina. Así lo hemos expuesto tres, seis, cien veces al general Prado, pero....

— ¿Nada se ha resuelto?

—Nada.... nada en resumen. Se divaga, se pone toda la atención en las fortalezas, se las colma de defensores, se deja sin dotación los buques, se desembarcan los cañones para artillar los castillos y construír nuevas baterías....

—¡Dios sea con nosotros!.... —exclamó Aranda consternado. — Pero decidme, señor, ¿no es verdad que el éxito debiera encomendarse á un encuentro en el mar? ....

—Sin duda alguna.... más, lo de siempre, hemos sido cogidos desprevenidos.... faltan muchas cosas á bordo.... hay catorce buques buenos..... pero catorce cascos, nada más, por falta de previsión y de celo....

Y después de un momento de silencio continuó Colina:

—No digo que no salga algún navío, y aún creo que se trata

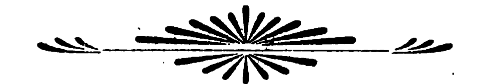
de eso; pero tan tarde se resolverá el punto que ya el enemigo nos haya cortado el revesino.... Se dice que ya tenemos ocho ó diez mil ingleses tras de ese monte — dijo señalando á la altura de la Cabaña.—Era de rigor: esa eminencia cuya fortificación estaba aconsejada, dispuesta en principio, se abandonó y ahora creo que será tarde.... Mirad: ahora llegan los cañones para ella.... Ya es empresa conducirlos á la cima.... Compadezco á mi buen amigo el teniente Du Bouchet....

Un hormiguero de marinos y soldados y veinte ó treinta negros de la dotación de una finca de Managua, cedidos patrióticamente por su propietario don Pedro José Calvo de la Puerta, alguacil mayor, se movían entre las seis piezas llevadas del Arsenal y desembarcadas en la orilla por medio de una poderosa cabria. Por la ligera vertiente del Morro, hacia la «Pastora», subían los refuerzos enviados á los Tres Reyes: al mando del Marqués González.

—En fin—dijo Colina embarcando ya en la canoa que lo esperaba junto á la escalerilla—

si algo se resuelve, si salgo con el «América» ó se me encomienda empresa parecida, yo os prometo acordarme de vos. Estad á la mira y buscadme..... Adiós don Pedro.

Rumbo á la batería de Paula, para de allí partir recto á la enscnada de Guasabacoa, salió la embarcación en que iba Colina, en tanto Aranda, indeciso, desorientado, volvía hacía la plaza.



XV

Cuando regresó Aranda á la Plaza ésta había cambiado de aspecto. Corríanse unos grupos hácia la cortina de San Ignacio y la batería de San Francisco Javier en tanto un tropel de soldados y milicianos se agolpaba á los cuarteles de la infantería y de dragones y á la Sala de Armas á cuya puerta se repartía el rastrojo del parque: fusiles inservibles, lanzas melladas, sables de cincuenta años de antigüedad, partesanas y mosquetes.... El pueblo pedía armas porque el bombardeo iba á empezar contra el Morro, secundando el fuego nutrido que se escuchaba hacia la parte de Cojímar. Cuatro millas de la Habana, sobre la costa de San Lázaro habían hecho su aparición las naves enemigas. Tam-

bién asomaban frente al canal la «Namure», navío insignia en que navegaba Sir George Pocock, el navío «Suntherland», de 70 cañones y tres puentes, las fragatas «Court» y «Defiance», la hermosa corbeta «Lurcher» de 24 cañones y seis bombardas. Ciento cuarenta naves, aproximadamente en todo el litoral, moviéndose, sondeando á la vista del puerto, desperdigados unas veces, tocándose, otras, sus penoles, trasmitiéndose señales de nave á nave, de división á división.

El pueblo distinguía y clasificaba desde lejos los buques, por su doble ó triple línea de baterías, por el prominente alcazar ó el airoso tajamar de los navíos, las fragatas por sus tres palos de gavia, las corbetas por sus dos crucetas y los brigs por las tres en dos palos. Una multitud de embarcaciones menores, de transportes y de avisos, cruzaba y recruzaba tras de la primera línea de fuego, llevando avisos hacia la parte de barlovento, donde operaba la división de Keppel, ya hacia sotavento donde el almirante Pocock en la «Namure» apresuraba el desembarco más allá de la Chorrera.

Coronáronse en breve, de gentío como la tarde anterior todas las alturas, todas las techumbres, todos los bastiones y baluartes no ocupados por la fuerza veterana aún, todos los salientes de los edificios y la parte del egido correspondiente al Angel frente á cuya torre caía uno de los garitones de la muralla terrestre, vigilando el polvorín próximo. En las cimbras del convento de San Ignacio, en construcción, sobre los sillares alzados ya una tres varas y en los andamios que caían á la esplanada de la Ciénaga, donde se levantaba el templo, sobre los machones y contrafuertes de éste, habíase encaramado el populacho señalando á las naves bloqueadoras, comentando cada uno de sus movimientos y maniobras, atribuyéndolas, con un don profético singular, el objeto que se les ocurría. Comparábanse porte y porte de navío enemigo y navío español de los anclados en el fondo de la bahía: la «Namúr» con el «Tigre», el «Suntherland» con el «San Genaro», acabadito de salir del astillero, el «Sterling Castle» con el «Aquilón». Hacíanse afirmaciones rotundas, sobre cual

rompería primero el fuego y al que se aproximaba mucho se le dirigían pullas burlonas.

—Descuidáos con el Morro, amigo y véréis que pronto se os pone al habla uno de los doce apóstoles.....

Era una alusión á la batería del Sol, situada al pie del Morro y que constaba de doce cañones llamados los doce Apóstoles. En otros grupos se enumeraban las naves de la Real Armada existentes en Puerto: el «Reina», el «Tigre», el «Soberano», el «Infanta», el «Neptuno» y el «Aquilón», de setenta cañones cada uno; el «Asia» de sesenta y cuatro; el «Conquistador», el «América», el «Europa» el «San Genaro» y el «San Antonio», dos navíos flamantes, de sesenta, dos que bien podían salir de las gradas en lo que faltaba de mes y un número considerable de buques mercantes fáciles de artillar con los cañones sobrantes en una plaza que contaba con 350 piezas de todas clases y calibres.

Hacía un sol que rajaba las piedras. El horizonte de un azul purísimo, era un lienzo en que se dibujaban los buques británicos ciñendo unos el viento, en bolina, virando de bor-

do, manteniéndose al pairo para ponerse al habla con la bocina. En aquel fondo lucían las velas más blancas y de un color lechoso los cascos pintados de azul, sobre el azul de las aguas ligeramente rizadas. Al frente, en la montaña del Morro y la Cabaña, y en sus ligeras pendientes se distinguía, con la claridad de una vista estereoscópica, el ir y venir de los defensores arreglando faginas y parapetos, y llevando cestones de tierra para las trincheras improvisadas en la altura. Por toda la bahía cruzábanse en enredado curso, lanchones que venían del Arsenal ó tornaban á él después de haber trasbordado á la orilla de la Pastora ó á los almacenes de la Marina en la falda de la Cabaña, los pertrechos enviados. Venían botes de los polvorines de Marimelena, viéndose de pie, junto á los banquillos dragones con el arma al lado, y á sus pies los cajones de pólvora y de cartuchos y los sacos de balas. Cerca de la una, puede decirse que el vecindario entero de la Habana, (donde todas las transacciones comerciales estaban suspendidas) se hallaba con los ojos fijos en el

puerto y en el canal, en el Morro y en la altura de la Cabaña, en la fortaleza de San Salvador de la Punta, amagada por los cañones enemigos y en la suave escollera de San Lázaro dibujada preciosamente bajo aquella explosión de luz que partía de los cielos, por una nevada cinta de rizadas espumas. Era aquello como el foco de un inmenso escenario abierto á la contemplación absorta de todo un pueblo, que presenciaba la representación bélica ó por lo menos, sus preludios, su sonora sinfonía, en medio de una animación bulliciosa y regocijada. Principio de la gran tragedia, ni el humo de la pólvora había oscurecido el cielo alumbrado por torrentes de luz, ni el estruendo de las armas había apagado el eco de los chistes y las carcajadas del divertido auditorio, ni los ayes de los moribundos habían amedrentado el corazón de unas gentes sobrado optimistas, sobrado confiadas en la pujanza de España y en los recursos de las tropas del Rey don Carlos III, para comprender la negra nube de dolor y de lágrimas que se cernía amenazadora sobre la ciudad sitiada. A los bu-

ques del Rey hereje — decíase por los grupos — contestarán los buques de su Majestad Católica; á los fusiles de los Royals y de los granaderos de Elliot, se responderá con los fusiles de nuestros veteranos y los machetes de nuestras milicias. No es tan fácil como parece apoderarse de una plaza fuerte, la antemural de las Antillas, la llave del seno mexicano.

En esto, resonó un grito que venía escalonado desde la plaza de San Francisco y el muelle de Carpineti, bien así como el eco se reproduce en las estribaciones de una montaña.

—¡La Escuadra!......

—¡La Escuadra sale!.....

—¡Viva la Marina!....

—¡Viva el Marqués del Real Transporte!......

—¡Viva el Rey don Carlos III!

—¡¡Viva María Santísima!!

Era un delirio patriótico, un desbordamiento de entusiasmo rayano en la demencia! Los sombreros y las cachuchas subían al aire y caían al mar. Sobre los parapetos se veían brazos alzados, puños amenazadores, mujeres que con el cabello suelto echaban besos al

aíre, en tanto el brisote agitaba locamente guardapies y basquiñas, dejando ver las piernas desnudas.

—¡La Escuadra!....

—¡Ya sale la Escuadra!...

—¡Viva Colina!....

—¡Viva don Luis Vicente de Velasco!.....

—¡Arriba el «Aquilón»!....

—¡No que es el «San Genaro»!......

—Estáis ciegos acaso? .... Es el «Soberano».... Allí va la insignia almirante del Marqués.

Se disputaba en todos los grupos, se daban gritos de poseído que el aire llevaba en sus ondas de rinconada á rinconada, de parapeto á parapeto, dejando trás de sí, como una estela, el eco: ¡San Genaro!, ¡San Antonio!, ¡La Guadalupe!...... ¡Aquilón!.....

Y marchando, marchando majestuosamente hinchadas las velas á la izquierda, por el Este, con todo el trapo reventando, venían rumbo á la salida del puerto costeando la batería de Santa Bárbara, á cinco brazas uno de otro, llenos de tripulantes pegados á las bordas, presos á los obenques, en el alcázar de popa, en torno del cas-

tillo de proa. En lo alto de los topes, la grímpola de España, larga como una cinta, dejaba sobre el azul del fondo una huella de sangre y de resplandores de oro. El pabellón de guerra, no se había izado aún en el palo mayor.

Era una salida triunfal, un mentís á los encubiertos enemigos de España, que habían dudado del arrojo de la marina. Marchaban, por lo visto, á la desfilada, uno á uno, derechos á batir á la formidable flota británica, los catorce ó diez y seis navíos hasta aquel momento anclados en Guasabacoa para desesperación de impacientes. De vanguardia iba el navío «Neptuno», de setenta cañones, buque algo viejo pero de excelentes condiciones marineras. Su historia estaba escrita en los remiendos de su casco y en las renovaciones de su arboladura. Pasó entre vítores por frente á la batería de Santa Bárbara, trasera á la Real Fuerza, en donde empieza el canal, enfrentó con la de San Francisco Javier y al llegar ante San Telmo, fué saludado por una tempestad de vivas triunfales. Entonces se notó que llevaba las portas cerradas, in-

pidiendo la vista de sus treinta y cinco bocas de fuego de la parte de babor, que daba al baluarte.

—¡Va enmascarado! — gritaron de un rumbo en las murallas.

—Es que aún no es hora de quitarse el sombrero.

—¡Ya saludará!..... Dejad que vea á los casacones.

Llamaba el pueblo casacones á los ingleses desde el ataque de Knowles, á causa de la estremada largura de sus casacas, comparadas con las que usaba la marina española.

El «Neptuno» siguió avanzando, casi con viento en popa, haciendo plaza al «Asia» que lo seguía á bastante distancia y al «Europa» que aún venía mucho más trasero, provocando los ruidosos comentarios del público.

—Van muy desamparados — se decía en un grupo.

—Van bien en tanto salgan... Ellos saben como ván.

—Es que el enemigo se mueve sin duda para envolverlos....

En efecto, á la aparición de los árboles y la gran gavia del «Neptuno» á la boca, se inició un movimiento de intranquilidad en la flota enemiga mo-

vimiento más acentuado aún al divisar, sin duda desde la cofa de la «Namúre», la arboladura del «Asia» y del «Europa». Abrióse en dos la escuadra británica, barloventeó ordenadamente para hacer campo y en tanto cinco ó seis navíoa ceñían para el Este, otros tantos, llevando en conserva cinco ó seis bombardas hacían por el litoral de San Lázaro.

El pueblo, en que por atavisimo, debían palpitar sordamente los instintos del circo romano, palmoteó entusiasmado.

—Ya hace calle.....

—Vá á pasar la procesión.

—No sería yo el que aguantara la primera rociada del «Neptuno»......

—¡Arriba viejo!.....

—¡Viva el «Neptuno»!....

El navío, en toda su poderosa corpulencia, desfiló como un enorme castillo flotante por frente á la batería de la Pastora, allí cargó y aferró la mayor con la gavia, el juanete de gávia y el sobrejuanete, cargó asimismo y envergó la trinquetilla y el contrafoque dejando, tan sólo, el foque y el petifoque, gobernando con el trapo de trinquete y de mesana hasta la altura de la Punta. Los es-

pectadores comentaron esta maniobra como intención de llevar poca arrancada, para aminorar la fuerza del viento. Más, de pronto, bien pegada la nave al veril de barlovento, chirr,ó la cadena del ancla al correr por el escoben y el «Neptuno» dió fondo en ocho brazas. Un murmullo de extrañeza circuló por el pueblo. ¿Qué era aquello? ¿Los buques de la Real Armada iban á combatir á la flota enemiga protegidos por los fuegos del Morro y de la Punta?

El navío «Asia», amainó igualmente al penetrar en el canal, gobernó con las velas del bauprés tan solo, al tomar la altura del último baluarte de la plaza, y emparejándose con el «Neptuno», del cual solo estaba distante quince ó veinte varas, fondeó, imitándolo momentos después el «Europa», en medio del más profundo desaliento de la muchedumbre.

—¡Se cierra el puerto!...

—¡Ah, señor de Prado!...

—¡No tenemos marina!....

—¡Cobardes! ..... ¡Cobardes!......—gritaron mil gargantas azotando á aquellas pobres naves allí fondeadas con escarnio y tan dignas de mejor suerte.

Diez, quince, veinte embarcaciones, gabarras, lanchones del arsenal, botes del rematador del tráfico de bahía y canoas de la escuadra, venían hacia la boca del canal, unas con tripulación negra en densos grupos, otras conduciendo largas perchas de madera, pértigas con argollas y ganchos en la punta, bultos de gruesos cables y de jarcia, sobre los cuales la marinería de la Real Armada se movía con animación. Desde el bajo de la batería del Sol, cerca del último cañón del Apostolado, salió una lancha en dirección al veril de la Punta. Un tremendo calabrote iba desenlazándose á la vez que sobre él echaban cabos desde el «Neptuno», desde el «Asia», desde el «Europa». Los cabos se aferraban á grandes maderos arrojados al agua por los lanchones, sobre las pértigas cabalgaban las dotaciones de negros de varias fincas próximas, empeñados en una singular operación, la de construir una valla que uniese los tres navíos anclados á la boca. Toda la tarde se invirtió en aquella faena. A la caída del sol, cuando el pueblo fué abandonando mústio y preocupado la andanada de pal-

cos de aquel inmenso anfiteatro bañado por las olas, empezaban á lucir los faroles de situación de la escuadra enemiga, á la vez que las sombras envolvían á aquellos tres gigantescos castillos flotantes, barricada opuesta al invasor y demostración de la estupidez supina y la cobardía notoria de un caudillo sin decoro.



XVI

Dejando á la izquierda la loma del Indio, en descenso suave de Oeste á Este, por la vertiente que era camino natural entonces, convertido en una furnia, con las aguas torrenciales de aquellos días, marchaban de vanguardia de Caro, las cuatro compañías de milicianos al mando de Pepe Antonio. Este, con las cinco octavas partes de su tropa, iba á pié, haciendo vivo el ejemplo para los que aún murmuraban del coronel Caro, por haberlos despojado de sus caballos.

Al llegar á las últimas casas de la Villa, que solo tenía entonces dos largas calles de Norte á Sur, ya era día claro, por cuya razón de todas las haciendas de cultivo y de crianza que atravesaba la fuerza volun-

taria, salíanle al paso grupos de campesinos, que desde el amanecer sentían los cañonazos hacia el Castillo y se habían emboscado llenos de terror. Al reconocer al Alcalde Provincial, se dejaban ver trás de las cercas de piedra seca, cuabalosa de sus lomas, ó de piñón que limitaban los fundos. Saludaban á los milicianos, campesinos como ellos, hacían votos por su triunfo y dedicaban sendas mal diciones á los herejes cuya flota veían moverse en aquellas aguas desde la víspera. Por aquellas gentes supo Pepe Antonio que un navío, dos fragatas y varias bombardas, habían roto el fuego sobre el Castillo desde las primeras claridades de la aurora. El estruendo de la artillería, que al principio no era más que un sordo trueno lejano, se escuchó bien distinto al terminar la cañada. Ya más internada la fuerza, fué descubriendo el magnífico pero terrible panorama que se mostraba á la luz del día ante el estero. A barlovento, en la desembocadura del río, destacaba su negra mole el torreón de Cojímar, guarnecido por catorce hombres de tropa veterana, cuatro de ellos artilleros, al mando de un

sargento. Era una pequeña fortaleza, más bien torreón cuadrangular, construído en 1646, de costo de mil ducados, que aprontó el vecindario, por conminación de don Alvaro de Luna. Tenía dos garitones á prueba de bomba, mirando al mar, y por base un grueso grupo de arrecifes muy agrios. Otros dos garitones miraban á tierra, de la cual separaba y defendía al fuerte un conato de puente levadizo de tablones tachonados de clavos, el cual caía sobre una pequeña barbacana, bañada por la resaca. Sobre este castillejo, llave, no obstante, de la entrada de barlovento, caía el hierro del invasor haciendo volar en pedruscos el parapeto. Batían aquel pobre baluarte, abandonado en la costa, á la defensa de catorce hombres, por la imbecilidad criminal de don Juan de Prado, un navío, el «Dragón», que mandaba Harwey, dos fragatas, la «Mercury» y la «Bonetta» y algunas bombardas. En una masa de humo negro, movíanse los buques enemigos con precisión matemática, para descargar sus andanadas de babor, después de haberlo hecho con las de estribor. Algo más atrás, forman-

do contraste su pequeñéz con la grandeza de los navíos á cuyo arrimo estaban, se veían muchas lanchas cargadas de tropa de línea, proa á la costa para efectuar un desembarco cuando hubieran sido apagados los fuegos del Castillo.

Pepe Antonio, de pié, dominando con sus voluntarios aquella escena de destrucción, comprendió que nada podía hacerse en favor del pequeño destacamento del fuerte, que disparaba sin cesar sus cuatro risibles cañones, cuyos proyectiles caían á dos brazas de los buques que los abrasaban. Cada vez que caía sobre el castillejo una bala roja ó una granada, levantaba una nube de polvo y dejaba el mordisco del hierro señalado en el denegrido muro que se caía á pedazos.

Consultó el Alcalde Provincial con su segundo Ruíz, un bravo, su constante compañero en todas sus militares empresas. Lo más acertado era distribuir la fuerza en emboscadas á todo lo largo del monte próximo, camino obligado para ir á Guanabacoa. No acostumbrado el enemigo á aquel género de combate, sería sorprendido al

efectuar el paso del río y su marcha á la Villa, pudiendo destrozársele ventajosamente, haciéndolo embarcar de nuevo, si es que podía. La operación sería brillantemente coronada si el coronel Caro situaba su caballería en la cañada, apoyando á la infantería, de manera que no pudiesen los enemigos elegir otro paso que el del monte de la extensión de un cuarto de legua, donde se hallaban emboscados los milicianos. Bien seguro el inteligente y bravo Alcalde Provincial de que el coronel Caro no podría por menos de aprobar su plan, hijo de su perfecto conocimiento del terreno, situó su fuerza en pelotones de diez y doce hombres en la espesura, hizo conducir á ella dos cajas de cartuchos y balas y encomendándole á Ruiz la vigilancia, fué á encontrar á la vanguardia de Caro que debía estar muy próxima. Tan próxima estaba, que en aquellos momentos la infantería vadeaba el último arroyo de la vertiente, desembocando, á la vez, los dragones montados, con Caro á la cabeza, de una arboleda frondosísima que los había ocultado.

Pepe Antonio se adelantó á

recibir á su jefe, á quien saludó militarmente. Refirióle entonces cómo el fuerte, cansado de aguantar una lluvia de hierro y de metralla, estaba ya en las postrimerías. Sólo dos cañones respondían al fuego del invasor, porque las otras dos piezas habían sido desmontadas por los proyectiles del «Dragón». Caro vió, en efecto, que aquello estaba perdido y ordenó á sus fuerzas, por medio de sus ayudantes, una situación estratégica para la hora del desembarco. Su intención era impedir que el enemigo tomase el camino de Guanabacoa, haciendo fuego desde las alturas, en tanto lo desorganizaba para darle una carga con sus dragones.

Vióse entonces caer el puente levadizo del fuerte, y salir huyendo la guarnición rumbo al monte. Todo el lienzo del Este habíase derrumbado bajo los certeros tiros del navío, y las dos fragatas, al notar el silencio de dos de los cañones del fuerte, se aproximaron más á la costa y con ellas la flota entera, las bombardas y las embarcaciones menores que conducían las fuerzas de desembarco.

—¿Y vuestros milicianos?—

preguntó Caro á Pepe Antonio, con cierto retintín.

—Coronel: se hallan emboscados en el monte, por grupos. He de permitirme haceros notar que ese es el camino obligado del enemigo. Arribarán millas más arriba, si han visto á las tropas, atravesarán el río, y y cogerán la ceja de monte que los protege por la izquierda hasta dar en las primeras casas de la villa.

—Seguid, seguid, señor Regidor.... siempre me ha gustado aprender....

—No pretendo enseñaros, señor, que sería atrevimiento en un pobre campesino..... pero conozco la tierra que piso y están de mi parte todas las ventajas sobre aquél que es forastero en ella. Si me dáis vuestra superior licencia, por esta cruz os juro que el enemigo sufrirá un duro escarmiento. Según mi pobre entender, alijarán aquí, más arriba ó más abajo de seis á ocho mil hombres.... Cada una de esas naves puede portar cinco ó seis compañías con cuatrocientos cincuenta hombres...... las más próximas, las chalupas, gracias que carguen medio escuadrón; pero son, como veis, cuatro brigs y

seis barcazas.... Si os oponéis al desembarco desde la altura, los buques barrerán todo esto con sus carronadas..... Para dividir nuestra fuerza, dividirá el enemigo la suya y una parte irá sobre Bacuranao y otra parte á coger el rumbo del monte de la Cabaña, que teneis á vuestra izquierda. Dejadlo's coger tierra, coronel..... dejadlos desembarcar tranquilamente.... que se metan por el monte, que tiren para la villa, que ese ha de ser ahora su deseo y vereis á cuanto queda reducido ese ejército.... Dadme licencia...

—Señor Regidor—dijo Caro plegando los labios en una sonrisa de burla, llena de petulancia—aunque admirado de vuestros conocimientos en estrategia, permitidme que reserve tan brillante plan para me. jor ocasión.... También á mí se me alcanza algo de esto, ¿creeis? ...

—Nunca he dudado de vuestra ciencia militar, señor coronel....

—Pues, mejor que mejor.... llamad á vuestros milicianos que han cogido cueva, por lo visto, como los conejos.... Hay que combatir al sol, señor regidor, dejemos el monte para las liebres.

Pepe Antonio bajó la cabeza. Educado y nacido en la colonia, conservaba un respeto profundísimo al principio de autoridad: militar de corazón, era esclavo de la disciplina. Caro, para mayor mortificación del amor propio de nuestro guerrillero, no esperó á que éste llamara á su fuerza, sirviéndose del tradicional fotuto, sino que destacó un dragón á caballo, el cual se llegó á Ruiz para notificarle la superior orden...

De la Escuadra, notando sin duda los movimientos de tierra, se destacó la «Mercury», aproximándose á aquella casi á tiro de fusil y enfilada su banda de babor contra la vertiente, empezó á barrer el monte á cañonazos. Pepe Antonio exclamó:

—Estaba previsto...

—¿Qué es lo que estaba previsto, señor regidor? —preguntó Caro, inclinándose sobre el cuello de su caballo para hacerse oir de Pepe Antonio.

—El fuego contra el monte—dijo éste.—Allí hay un militar, —añadió señalando á la flota —y ha comprendido que el ataque debe partir del monte.

—Pero no partirá, señor Regidor—gritó Caro montando en

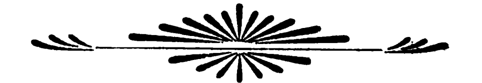
cólera—porque yo soy el que manda....

Clavó las espuelas y fué á recorrer los puestos en que se hallaba distribuída la fuerza veterana, que, como se ha dicho, constaba del regimiento de Edimburgo, compuesto de cuatro batallones de cinco compañías de fusileros cada uno y una de granaderos, llevando ciento diez y siete dragones montados.

Protegida por los fuegos de la «Bonetta» y la «Mercury», que barrían el monte á granada real y las bombardas que disparaban al mismo rumbo bala roja, empezó á aproximarse la flotilla de desembarco, recalando una milla más arriba del río, en un playazo abierto donde clavaron en breve la quilla en la arena las chalupas, medio de transporte de los bergantines y brigs destacados por la Escuadra. El conde de Albemarle en persona, generalísimo de las fuerzas británicas, dirigía aquella brillantísima operación, desde una corbeta. Corrióse entonces, rápidamente por las laderas con su fuerza el desdichado Caro, con objeto de utilizar el monte que había desdeñado y del cual lo sepa-

raba ahora un regimiento de «Royal fusilers» de la primera brigada, al mando del brigadier Haviland. En la vertiente, lo esperaba con la segunda brigada, regimientos 9.°, 48.° y 27.°., el brigadier Watsh, y en el playazo, metidos en el agua hasta las rodillas, con el fusil en alto, la tercera con tres batallones ya desembarcados, al mando de Grant.. Fué aquello tan rápido, tan afortunadamente concebido, que en tanto el coronel Caro, con tres mil hombres no sabiendo qué hacerse en la altura, daba grátis una función de fuegos artificiales á los soldados de su majestad británica, Albemarle, el mismísimo conde, atravesando el río en brazos de dos granaderos, tomaba con cinco mil hombres, á tambor batiente, el camino de la Asunción de Guanabacoa. Como se esparce en el aire al tiro del cazador una bandada de palomas así las desdeñadas milicias de Pepe Antonio, que se mordía los puños de rabia, viendo aquel desastre que arrojaba el enemigo, sin haber perdido un solo hombre, sobre la villa de su nacimiento y el hogar de sus hijos, se esparcieron por

los montes, haciendo fuego sobre el invasor, cuyas avanzadas de caballería iban flanqueando aquella marcha victoriosa.



XVII

El clamor de la muchedumbre subía como el humo de la pira para ser devuelto en sonoro eco por la alta bóveda.

—¡Santa María!... ¡Santa Dei genitris! plañía la voz melancólica de Fray Angustias, desde el púlpito perdido en lo oscuro. Y de los ámbitos del templo, lleno hasta el baptisterio, de fieles hundidos en el piso de tablas, abrumados por el dolor que palpitaba en todos los pechos dispuestos á la penitencia, partía la súplica doliente en una sola nota gemebunda, alargada y clamorosa:

—¡Sálvanos! ¡Sálvanos!....

Todo el dolor, toda la cruel incertidumbre, todos los miedos de la ciudad ardiendo, amenazada por los enemigos de Dios, del Rey y de la Patria,

todo el espanto profundo, provocado por el horror del sitio, hasta entonces nunca presenciado, que encendía en llamas la ciudad á los cuatro vientos, se había fundido en aquella súplica fervorosa y al propio tiempo desesperada, que subía hasta los pies del Cristo pendiente del ennegrecido madero, bajo el dosel de merino negro con galones de plata, que cubría por entero el altar mayor.

—¡Mater amabilis!... ¡Mater admirabilis!...

—¡Sálvanos!..... ¡Sálvanos!....

Allá en el fondo de la capilla, toda cubierta de sombras, centelleaba la llama de los cuatro blandones encendidos ante el Cristo desmelenado, con la cabeza caída sobre el hombro derecho, y más atrás, en el retablo alto, erguíase en toda su talla el Seráfico Padre San Francisco, la capucha caída á la espalda, las manos descarnadas, en cruz sobre el pecho, el perfil austero de nariz afilada y luenga barba de apóstol, revelado á ratos por la ráfaga de resplandores fugaces que partía de abajo y que unas veces bañaba en luz el rostro bri-

llante de la vieja talla y otras veces lo velaba en la penumbra.

El sagrario estaba vacío. Por orden del general Prado, aquella tarde habían de abandonar la ciudad todas las bocas inútiles: ancianos, mujeres, niños, curas, frailes y monjas. Las comunidades y congregaciones de la ciudad, vista la inutilidad de sus súplicas, para quedarse corriendo todos los riesgos del sitio, habíanse apresurado á embalar su plata, los vasos sagrados del culto, las joyas votivas de las imágenes, dejando éstas en los retablos para que sufrieran el empuje de la profanación si entraban, por fin, en la plaza, los herejes. El prior, en la misa de alba, había anunciado que el Sacramento estaba ya en Bejucal, haciéndose lo propio en todos los templos y monasterios de la población que preparaban la marcha de sus capítulos y sacerdotes desde la madrugada.

El conde de Albemarle, al frente de seis mil hombres había entrado triunfalmente en Guanabacoa, cuyos moradores cogieron monte en cuanto supieron la aproximación del enemigo. El frustrado coronel Ca-

ro, después de sostener algunos insignificantes lances con las fuerzas de Elliot y Haviland, internóse en las lomas para preparar su ataque á Guanabacoa, ocupada por el enemigo. Este había situado buena parte de sus navíos frente al canal, contra el Morro y la Punta, haciendo treinta horas que por ambas partes se mantenía un vivo fuego de cañón. Mas afuera, otros buques de la flota británica demolían el torreón de la Chorrera, defendido por Trevejos y algunas compañías de milicianos, bien seguros de que muy poco tiempo les sería dado sostener aquella débil y peligrosa posición, que por otra parte, á nada conducía defender con gran pérdida de vidas, habiendo ya realizado su desembarco el enemigo por Cojímar y la Chorrera casi simultáneamente y teniendo por lo tanto cercada la plaza á todos sus rumbos menos la pequeña porción marcada por las lomas de Jesús del Monte hasta el Horcón, por cuyo conducto penetraban los frutos y víveres á la plaza sitiada.

Mediada la letanía lauretana cuyos «ora pro nobis» habían sido sustituídos por Fray An-

gustias con el ¡Sálvanos! en que impetraba el pueblo presa del pánico la piedad del Dios de las misericordias, doblaron lentamente el toque de oraciones las dos campanas menores de San Francisco. Coincidiendo con los dobles del Angelus, rompió de nuevo el fragor del bronce, en suspenso una hora escasa, desde el Morro, desde la Pastora, desde las baterías inglesas, ya en las alturas de la Cabaña por haber abandonado imbécilmente aquella incomparable posición sus defensores por orden de Prado, desde la Real Fuerza, desde San Telmo y desde la fragata «Perla», invicta, denodada nave que volvía por la honra de la Escuadra metida en el saco de Guasabacoa y cuyos tripulantes en número de novecientos ó mil hombres habían ido á engrosar las defensas de la plaza.

Un estremecimiento recorrió la multitud al reanudarse el bombardeo. Desde afuera llegaron gritos y también en el interior de San Francisco se escucharon ahogados. Entonces para calmar aquella alarma, Fray Angustias enderezándose en el púlpito, voceando, manoteando casi en las tinieblas, reço-

mendó la paciencia, la resignación con los divinos designios. Aquel fuego, atribuíalo á los pecados de todos; era como un adelanto ó como un aviso de los tormentos del infierno para los que vivían en pecado mortal, para los ambiciosos de riqueza que negaban el diezmo á la Iglesia y las limosnas al altar; para los que vivían encenagados en los vicios, en las tiendas de bebidas y en las casas de trato, blasfemando de Dios y ofendiéndolo de obra con sus corrupciones. Pero la voz de Fray Angustias se desvanecía en el clamor del espanto, el pueblo, atropelladamente se agolpaba á las puertas para huir, para abandonar el templo cuya techumbre de hundirse bajo el hierro del sitiador, los aplastaría á todos y el fraile, creciéndose, sugestionando con el torrente de su voz á la muchedumbre despavorida:

—¡Siéntense las mujeres!—gritó—siéntense ó arrodillense.... Es el fuego de la defensa que continúa, vá sobre los buques del rey hereje y no contra este sagrado lugar, hermanos míos, ¿á qué esa alarma?.... Hace treinta horas que estamos escuchando el es-

truendo del cañón.... Los hombres—continuó—á la trinchera, á San Lázaro, á Jesús del Monte á combatir por Dios y por la patria, á conducir heridos á la Convalecencia de Belén y á San Isidro.... Las mujeres á rogar a Dios por todos.... ¡Janua celi!.... ¡Estela matutina!

—¡Sálvanos!—clamó la multitud con mayor intensidad, con mayor angustia, al propio tiempo que atronaban el espacio cien máquinas de guerra. Fué como una explosión subterránea que extremeció el templo en sus cimientos y á aquel fragor de tempestad respondió un grito indescriptible exhalado por doscientas gargantas. Había llegado el terror al paroxismo. De todos los extremos de la nave partían ayes. Era una queja honda, hondamente dolorosa vibrando entre el estruendo de los cañones de la plaza el doblar de los dos agudos esquilones de San Francisco y el redoble de tambores del retén de granaderos situado en la Casa Consistorial donde se repartían las patrullas que recorrían la ciudadela.

Momentos antes, al sonar los

primeros disparos de los morteros de la Real Fuerza, Verónica había corrido á posarse como un ave herida, bajo el púlpito en que tronaba la voz del fraile excitando á la penitencia. Sola, es decir, acompañada por dos criadas de la casa, habíase empeñado la hija de Villalobos en ir al Rosario de San Francisco para pedir á Dios por todos. Porque aquella casa era una desolación desde que sonaron los primeros disparos de la plaza. El factor de la Real Hacienda, solicitado por las exigencias despóticas de su cargo, no salía de la Real Contaduría ó Aduana, situada en uno de los mejores edificios de la ciudad, con muelle á la bahía junto á la puerta de Carpineti. La esposa de Villalobos estaba con fiebre en cama desde la víspera, doña Eufemia también enferma de terror, se había encerrado á piedra y lodo en su aposento, donde rodeada de santos, escapularios, reliquias y luces, había prometido permanecer hasta que el Sacramento volviera á los altares. A favor de aquella inesperada libertad, pudo la niña leer de punta á cabo la amorosa carta de Aranda,

quien se despedía de su amada para cumplir los deberes de un caballero, de un súbdito fiel y de un hombre honrado. El señor de la Colina habíale prometido llevarlo consigo si le tocaba en suerte batir á los buques enemigos; pero esto no había ocurrido desgraciadamente, por cuya razón, gracias á la influencia de su amigo el capitán Gonzaga, iba á engrosar la defensa del Castillo de San Salvador de la Punta, de cuyo puesto de honor, si salía con vida, volvería para seguir amándola. Don Pedro hizo llorar á Verónica con aquellas frases de cariño que envolvía, para congoja de su amada, en protestas patrióticas y en deseos vehementes de hacer algo por el Rey y por la Patria. Tal vez aquella carta fué el motivo más poderoso que tuvo Verónica para ir, acompañada de sus criadas, al Rosario de San Francisco, templo tan próximo á su casa que solamente de él la separaba una pequeña cuadra. Iba á rogar á Dios por todos; pero especialmente por su familia y por su novio en más grave peligro que todos ellos entonces. Allí, bajo el púlpito, presenció espantada aquel

recrudecimiento del bombardeo que arrancaba gritos de pavor al pueblo, allí escuchó las exhortaciones de Fray Angustias y allí también, tembló por su amante, expuesto, con seguridad, en el punto de más peligro á las balas enemigas. Despertose entonces en Verónica un vago deseo de saber la suerte cabida á Aranda, si había sido muerto ó herido, si se hallaba en grave peligro de serlo, y aquel deseo, aún no bien definido, empezó á vagar en torno de su pensamiento como una mariposa cerca de la luz. Y empezó la lucha interior de aquella niña, lucha no menos terrible que la que tenía efecto entre la flota británica y los fuertes de la ciudad á una vomitando fuego y metralla. Sí, Aranda era ya la mitad de su vida y ella no podía abandonarlo en aquel rudo trance. Su deber era ir en su busca para compartir los peligros, para caer si era preciso con él, para que no le faltara á don Pedro en la muerte el beso de sus labios. Delante de Dios era su esposo, el dueño de su alma, y de su cuerpo, siquiera aquella terca oposición de sus padres los tuviera separados. ¿A qué

aguardar? Villalobos había dispuesto que á la mañana siguiente salieran su esposa, su hermana y su hija con las monjas de Santa Clara, obligadas á abandonar la ciudad, para Managua. Iba á ser separada de su novio para siempre, sí, para siempre; porque en aquella ciudad, según había dicho su padre, no quedaría piedra sobre piedra. La obra de destrucción sería completa; lo que no hiciera la artillería lo vendrían á hacer las materias explosivas que el enemigo lanzaría sobre la población para vencer las últimas resistencias.

Al pronunciarse los fieles en fuga, Verónica hizo también un movimiento para huír, con objeto de ser envuelta en la ola humana y dejar el templo sin ser vista por sus criadas; pero la voz iracunda más que severa de Fray Angustias que gritaba: — ¡Siéntense las mujeres! —la sobrecogió, tornando á caer allí cerca del púlpito y á reclinarse saltándosele las lagrimas. ¡Qué sería de Aranda! ¿Habría caído ya bajo la lluvia de hierro que vomitaban los cañones ingleses? ....

Fray Angustias, terminado el Rosario había descendido del

púlpito y ahora se escuchaba trepidante, dominadora, llenándolo todo con su eco, la voz imperiosa del padre Provincial. Su sermón era un treno, una lamentación y á la vez un acicate para los sentimientos religiosos de aquel pueblo, adormecidos un tanto por el preferente pensamiento del peligro. Mas la tristeza, la desesperación del fraile, encajaban en el estado espiritual de aquel auditorio azotado por el miedo. Habló el padre Provincial de la necesidad, del deber sagrado en que estaban todos de defender el hogar y el templo, dando toda su sangre, si era preciso, porque la obra maldita de los enemigos de Dios no se realizara. Si la cobardía lo domina todo — gritaba — aquí no quedará un hogar sin profanación ni un altar sin sacrilegio. Mirad, mirad todos como ejemplo lo que acaban de realizar esos gentiles en la religiosa villa de la Asunción de Guanabacoa, en el convento de nuestro Padre San Francisco que irreverentemente adoptaron por residencia y teatro de sus crímenes. Provocando el castigo del Cielo, que tarde ó temprano ha de caer como el rayo sobre

sus cabezas, los soldados del rey hereje echaron por tierra las imágenes, pisotearon el milagroso cuadro de Jesús Nazareno, desnudaron á la Santísima Vírgen del Rosario, poniéndola en el púlpito en actitud de predicar y por último ¡oh Dios, dadme fuerzas para contar el crímen!.... bebieron licores en el cáliz consagrado, echando por tierra las partículas que guardaba el copón en el tabernáculo.

¡Señor!........ ¡Señor! deten los rayos de tu justa ira — clamó el Provincial con voz deprecatoria, postrándose en el púlpito — no dejes caer tu mano justiciera sobre este católico pueblo espectador honrado é inocente de tan horribles sacrilegios!......

Oh hermanos míos! pero aguardad, aguardad un momento y veréis como el Cielo castiga á los profanadores del templo de Dios. Oidme que voy á referiros el caso milagroso que por los pobres legos de San Francisco, portadores de tan tristes nuevas, acabo de recibir.

Un oficial de ese maldito ejército sin Dios ni ley, notó en el dedo del santo y glorioso após-

tol Francisco Javier, colocado como sabeís en un nicho del altar mayor, el precioso anillo que le había sido regalado por el santo obispo Fray Luis Lazo hace cerca de treinta años, al bendecir aquel convento. Con la intención del robo sacrílego, que nace hijos míos con todo hereje, echó una soga al cuello de la imágen y tiró derribándola á tierra. Cayó el santo sobre el sacrílego y lo mató en el acto. Y en vano se buscó la joya ambicionada; había desaparecido. He ahí visible la mano de Dios justiciero, hermanos míos..... No dejará, no dejará que por mucho tiempo prevalezca la maldad de los perseguidores de la Iglesia. Ellos perecerán porque Dios lo ha dicho: «el infierno no prevalecerá contra ella». Mas entretanto es preciso defenderse, es preciso ex poner la vida en holocausto de la Religión y de la patria amenazadas. Todo el que tenga un cuerpo sano y un corazón cristiano, debe empuñar un arma en la defensa.

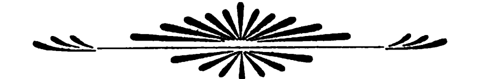
El padre Provincial no pensó entonces en lo útiles que podían ser sus servicios en la muralla, sano y fornido como estaba lo mismo que los setenta frailes

de su comunidad entonces ocupados en hacer equipajes.

—Porque habeis de creerme, hermanos míos — terminó—los herejes nos cercan y asedían, sus fuegos caen sobre la ciudad rodeada por todas partes de enemigos, ¡ay de nosotros si los dejáramos penetrar en la plaza!..... ¡ay de vuestros hogares y de nuestros templos!...

Verónica, después de mantener una cruel lucha entre sus sentimientos y los reparos propios de su posición y su doncellez, se levantó del sitio en que había orado y gemido, abandonó la pilastra del púlpito y paso á paso y recatándose en su basquiña negra, fué palmo á palmo recorriendo el muro con las manos extendidas hasta penetrar en la nave lateral de la izquierda; pasó por delante del altar de la Verónica donde reposaban los dos ramos de rosas que enviara por la mañana don Pedro, como de costumbre, y que aparecían difusos, nadando en aquella luz tenebrosa de la moribunda lámpara, tropezó con la pila del agua bendita, hundió en ella la mano hasta la muñeca, goteándose el rostro al hacer la señal de la cruz y sin mirar si

era vista por sus criadas, se lanzó al pórtico. Desde allí, su marcha fué una huída en dirección al centro de la plaza iluminada en aquel triste crepúsculo por el fuego incesante de los cañones.



XVIII

Eran algo más de las ocho y la luna en todo su lleno alumbraba la ciudad blanquean do con grandes planos de luz calles, plazas y techumbres. Había cesado el fuego de la plaza desde las ocho y solamente hácia el Morro se escuchaba el tronar del cañón por efecto del ataque sostenido de los navíos británicos á la fortaleza, para proteger los trabajos que se realizaban en lo alto de la Cabaña, neciamente abandonada aquella tarde por los defensores de una batería improvisada á quienes se diera orden de retirarse si eran atacados y cuya orden interpretaron en el sentido de declararse en vergonzosa fuga á los primeros disparos. También se escuchaba el fuego de cañón hácia la

Chorrera, cuyo castillo era batido desde las siete por los navíos «Belleisle» y «Cerberus» y las fragatas «Mercury» «Bonetta» y «Lurcher». Una confusión horrible reinaba en la Plaza de Armas, sobre todo en la Real Fuerza. Acababan de llegar diez ó doce prisioneros hechos por la partida de Pepe Antonio cerca de Luyanó y allí, frente á frente del rastrillo, rodeados de tropa y de pueblo que en grandes grupos se agolpaba en su torno, en actitud amenazadora, permanecían los enemigos, la ropa hecha tiras y desarmados, esperando la resolución de Prado que no se dejaba ver del pueblo hacía muchos días.

Los prisioneros pertenecían á las fuerzas de Howe y habían sido capturados al internarse en un reconocimiento entre la loma de Aróstegui y el Horcon. Eran fusileros, altos, fornidos, de hermosa cabeza rubia y ojos claros que miraban en torno con curiosidad sencilla en tanto un golpe de pueblo, amotinado sobre la guardia, gritaba con desaforadas voces:

—¡Que los ahorquen!....

—¡Aquí tenemos cordeles!....

Todo el caballero de la Real Fuerza estaba erizado de fu-

siles y las piezas que daban al monte, servidas por un piquete de artilleros de plaza en cuyas manos se distinguía el botafuego.

Por entre los grupos, disimulando el temblor nervioso que la invadía, penetró Verónica ansiosa de oir una frase, una palabra que por casualidad la indicase el paradero de Aranda. A unas mujeres que excitaban á los grupos á que se ejecutase acto contínuo á los prisioneros, las oyó hablar de la defensa del primer castillo de la ciudad. Prado había destinado á la Real Fuerza la flor de la tropa veterana, un regimiento de artillería, dos batallones de granaderos, medio batallón de Aragón y las planas mayores del regimiento de España. Mucha fuerza sin duda, para la defensa de una fortaleza que podía estar perfectamente servida con la décima parte de la gente, destinando el resto á operar en los campos que invadía paulatinamente el ejército sitiador.

Los prisioneros fueron destinados al cuartel de San Telmo, en tanto no se disponía su envío al amanecer, á los buques de la Escuadra, por hallarse á aquella hora cerradas todas las

puertas, lo mismo de la parte de tierra, que del lado del mar. En medio de un espantoso tumulto, salieron entre fusileros, los brazos amarrados á la espalda, contemplando siempre con plácida mirada todo cuanto ocurría en derredor, sobre todo los gritos y ademanes amenazadores de las turbas. Creían, sin duda, que iban á ser ahorcados, atendiendo á las señas de algunas manos que les mostraban cuerdas y les indicaban la acción de liarlas al pescuezo. Uno de ellos hizo demostración de tener sed, y un patriota gritó al concurso:

—A milord se le secan las fáuces...... ¿No hay por ahí un poco de aguarrás? .....

Un coro de carcajadas acogió la brutal ocurrencia.

Verónica, entre aquél gentío, había perdido la noción de su situación y se dejaba llevar por la marea humana que gritaba insultos é improperios para los desdichados prisioneros. Pensaba en don Pedro y sin querer, en la suerte que le cabría si cayese prisionero de los enemigos. A su lado iban varias mujeres de la pequeña plaza de abastos que se establecía siempre junto á la seiba votiva del muelle.

Una de ellas, sin duda intrigada por el aspecto decente de la joven, la interrogó al cruzar el baluarte:

—Sin duda sóis hija de alg ún oficial? ..... ¿Váis á las fortificaciones? ......

—Sí..... sí—balbuceó Verónica como distraída— busco al capitán don Pedro de Aranda...

— ¿Sóis acaso su hija? ...

—No... soy su... su esposa.....— respondió la infelíz niña, saltándosele las lágrimas.

—Algo tarde es para dar con él.... mejor estaríais en vuestra casa...... Esta noche se dá el asalto—añadió la mujer con la vista extraviada del que ha bebido con exceso — ¿sabeis? ...... el demonio del infierno que se viene abajo.... la Santísima Virgen y el Cristo de la Veracruz nos ampare.

—¡El asalto!—dijo como hablando consigo misma Verónica.—Será por San Salvador de la Punta..... allí está él....

— ¿Por la Punta, niña? ....y por todas las puntas y recovecos de la plaza.... Vos, ¿qué sabéis de eso, si habéis nacido ayer? ..... Figuráos que á mí me ha cogido ya esta función en Bahía Honda, cuando aquel

condenado de «Canoles» ó como se llame .... así esté ardiendo en los infiernos...... Seríais vos, entonces, una mocosa todavía.... Aún me duelen las manos de las chinas pelonas que les metí á aquellos herejes.... Yo no sé á cuantos hice morder el polvo.....

Los grupos, cuya densidad había aumentado durante el trayecto, habíanse detenido junto al baluarte de San Telmo, á cuya espalda caían los cuarteles y un depósito de pólvora. Por la calle de Cuarteles, que de esa circunstancia recibiera el nombre aquella pequeña vía que desembocaba en las murallas de la parte de tierra, bajaban en tropel grupos de milicianos y de pueblo atraídos por el tumulto.

—Los van á ahorcar aquí—dijo á Verónica la mujer exaltada que se había constituído en su acompañanta.—Ya estoy ardiendo por verles dar la voltereta.

Verónica miró á aquella harpía con espanto. Era una mujer de cincuenta años, vestida de harapos, peinada en largas trenzas y cubierto lo alto de la cabeza con un retazo de pañuelo en nudos.

—Ya veréis, niña, ya veréis cómo bailan en honor de su papá el conde de «Abernarde»....... Valiente asesino y valiente herejote de los demonios.... Pues como os decía, niña, en Bahía Honda hice cosas que..... debieran haberme valido las gracias de nuestro Rey y señor don Carlos III. Un día llegaron á mi puerta seis de esos malditos rubios que parecen, con perdón, piojos y me pidieron de comer..... Yo no tenía gran cosa pero les dí dos manos de guineos y encima un garrafón de aguardiente ..... Figuráos, á la media hora si no pedían confesión porque son gentiles y enemigos de Dios, daban unos gritos como si el diablo se los lle. vara..... y se los llevó, niña..... reventaron como siquitraques al día siguiente ...... Ya véis como yo las gasto.

El estruendo del cañon, que rompía el fuego contra la boca del puerto, acalló el tumulto. Dos navíos cerca del litoral, hacían un desembarco de fuerzas y Briseño, el gobernador de la Punta, había ordenado alejarlos á cañonazos.

—¡Eh!..... ¿no véis niña? La cosa está armándose y eso que no han dado aún las nueve

ve...... Ya veréis, ya veréis...... esta noche es el asalto..... ¿qué?.... si aquí va á arder Troya..... Lo que siento es una sed...... yo debía haber traído conmigo algún confortante.....

Los cañonazos de la Punta alarmaron al resto de la plaza rompiendo sobre aquel lado el Morro sus fuegos. Veíanse, á la luz de la luna que brillaba en su cénit, cruzar las granadas y las balas rojas por encima del tranquilo mar, para caer sobre el «Dragón» ó en sus proximidades, levantando trombas de agua. El pueblo quería ver y se agolpaba sobre el parapeto de la batería San Ignacio, situada en la mitad del espacio existente entre San Francisco Javier y la Punta.

—Venid, niña, venid— dijo la horrible patriota, asiendo de un brazo á Verónica y haciéndola subir al parapeto tomado por asalto. Y Verónica se dejó arrastrar sin resistencia. El fuego era sobre la Punta y allí estaba don Pedro de Aranda. También ella quería ver: quizás la Providencia la iluminase.

—¿Véis?.... colocáos aquí.. es preciso ver para que no nos cuenten.... Mirad, aquel mu-

ro más alto es la batería del mar..... fijáos en el fogonazo.... ¿eh?... ¿qué tal?... Allá vá dando tumbos..... de seguro le rompe al «Dragón» una pata.... Se lo merece.... toda la tarde le ha andado dando vueltas á la fortaleza.....° ¿eh?.... allá va otro....¡Jesús de Misericordia!..... Ahora ha disparado el hereje contra el Castillo..... ¿Véis?....pobrecitos soldados......... lo menos ha matado veinticinco... ¡herejes!..... ¡malditos de Dios!

Una granada acababa de reventar en la contra escarpa, levantando un torbellino de piedras y polvo. En lo alto del bastión de tierra, se vió moverse á los defensores y al propio tiempo, todos los cañones de aquel lado hicieron fuego sobre los dos navíos que á favor del viento iban corriéndose á lo largo del litoral, hasta ponerse fuera de tiro. El Morro había suspendido sus fuegos y la Punta siguió disparando largo rato aunque sin eficacia.

El toque prolongado de un clarín, cerca de los grupos, hizo volverse al pueblo de aquel lado. Era un pregón del general Prado, ordenando la evacuación

de la ciudad en el improrrogable plazo de tres horas, á los ancianos, mujeres, niños, sacerdotes, frailes y monjas, quienes debían salir por la puerta de Tierra al amanecer, en dirección á los pueblos de campo próximos á la ciudad fuera del círculo de la invasión.

Es necesario decir que esta alcanzaba no más que de Cojímar á Guanabacoa, y desde la Chorrera á la loma de Aróstegui, quedando libre de enemigos el camino de Jesús del Monte, que guardaba, para el lado de Luyanó, el coronel Caro con sus fuerzas veteranas y para el lado del Horcón, Pepe Antonio con sus milicias.

Desde el toque de ánimas se había dado la orden á los conventos y los capítulos y comunidades se hallaban dispuestos á salir. El nuevo pregón de Prado se encaminaba á conminar á los refractarios á la evacuación , á los grupos de populacho que vagaban por las calles de batería en batería, inquietando á la defensa con sus gritos y sus embustes y produciendo escándalos en las pulperías y puestos de zambumbia, bebida favorita del pueblo bajo.

— ¿Véis, niña— dijo al oir el

pregón la vieja que la acompañaba hacía horas— no nos dejan ni defender la patria contra los herejes.... ¿dónde se ha visto esto?.... Si bien dicen los que tratan de loco al señor de Prado....... Ahí lo tenéis como el macao metido en sus aposentos de la Real Fuerza y no saldrá de allí hasta que le den fuego salva sea la parte......

Verónica no había entendido bien aquél pregón. ¿Rezaría también con ella?..... Ella era la hija del factor de Hacienda don Gaspar de Villalobos.... se iría de la ciudad cuando lo dispusieran sus padres. Entretanto...... buscaría á don Pedro para seguir su misma suerte.

Como si los dos pensamientos se encontraran por efecto de una maravillosa simpatía, en aquellos instantes pensaba igualmente don Pedro de Aranda en Verónica. Ordenada la salida de la ciudad de todas las bocas inútiles, tal vez don Gaspar de Villalobos, por dar el ejemplo en su familia, dispusiera la marcha de ésta para algún pueblecillo próximo. Este pensamiento no lo abandonó desde aquel instante, aún durante el fuego de cañón mantenido con-

tra los navíos enemigos que se corrieran sobre la costa. Ahora deseaba él salir de la fortaleza para enterarse de la suerte de su amada y protegerla en caso necesario. Hallábase él entonces sobre el parapeto de tierra, turnando en el servicio de una de las piezas de á diez y ocho libras, que disparaban contra el «Dragón», cuando en el centro de la batería reventó una granada real, desmontando el cañón ya cargado para hacer fuego. Aranda sintió un fuerte golpe en el hombro derecho y cayó por tierra, perdido el conocimiento. El soldado que iba á disparar quedó muerto en el acto. Un casco de la granada le había deshecho el cráneo. Don Pedro volvió en sí á los gritos del pueblo, que se agolpaba á la puerta de la Punta.

—¡Los heridos!... ¡Ahí vienen los heridos!....

—¡Van á San Juan de Dios!..

—¡Pobrecitos!—clamó la vieja con voz aguardentosa.—Venid, niña... vamos á ver los lisiados por las balas de esos herejes que en los infiernos ardan... ¿Pero no oís? ... ¿Estais tonta? .... ¿Quién os di-

ce que entre esos pobrecitos no está vuestro esposo? . . .

Verónica se sintió sacudida como por una descarga. Sí: quién sabía si en aquel grupo de heridos, unos cargados en brazos de granaderos, otros caminando por sus pies, no se hallaría el prometido de su corazón,

Y temblando, creyendo no hallarse allí, en el teatro sangriento del bombardeo, sino ser víctima de una horrible pesadilla, se dejó arrastrar por su odiosa acompañanta, llevar en volandas por la masa de populacho, como en un remolino, sin tocar el suelo con sus plantas. . . y así llegó al grupo de heridos que rompían con trabajo la muralla de seres humanos opuesta á su marcha.

Tras de tres artilleros, que iban por su pié, llevando pintados en el rostro demudado sus padecimientos, iba Aranda en brazos de dos soldados, sangrando copiosamente del lado derecho, como si un proyectil le hubiera abierto brecha. En la fortaleza se le había puesto sobre la bárbara herida un puñado de yesca y otro puñado de azúcar y en seguida se dió la orden de conducción para el

hospital de San Juan de Dios, dotado de todos los recursos necesarios para el caso.

La vista de don Pedro fue como una iluminación para Verónica. Primero se frotó los ojos con ambas manos, creyendo soñar; después con una energía incomprensible, arrollándolo todo, penetrando como una cuña, á través del muro humano, desarrollando una prodigiosa fuerza, se encontró al lado de los conductores de Aranda.

—¡Atrás!—gritaron los soldados.

—¡Don Pedro!..... esposo mío!.... ¡aquí estoy!...

Aranda creyéndose presa de un dulce sueño abrió y cerró pesadamente los entornados párpados y dibujó una sonrisa dolorosa en su boca contraída por el dolor. Pero no cabía duda: allí, allí cerca de él, tocándolo, posando su mano cariñosa sobre las suyas febricitantes, se hallaba su prometida.

—¡Verónica!—murmuró, y en aquel nombre se encerraba todo un poema de amor y á la vez una explosión tiernísma de gratitud. Perdió de nuevo el conocimiento y á su lado, tropezando, pegando encontrones

con la masa del pueblo que la cercaba, unas veces alejada de su amante, otras veces rozando con el cuerpo inerte, siguió aquel doloroso víacrucis hasta el hospital de San Juan de Dios, por toda la calle de Contias adelante, cruzó la esquina de Tejadillo, en que vivía el regidor Aguiar, entonces en la defensa de San Lázaro, y vino á detenerse ante el pórtico del piadoso asilo, convertido en hospital de sangre, como Belén y como San Isidro, durante el sitio.

El hospital se hallaba establecido en tres salas bajas, fronteras á la iglesia. Los juaninos tenían á su cargo la asistencia de heridos y enfermos, visitados y atendidos entonces por tres médicos del Real Tribunal del Protomedicato, siendo el principal, el doctor don Ambrosio de Medrano, catedrático de prima de medicina en la Universidad; el primer médico, el doctor don José de Arango y Barrios, habanero, catedrático jubilado, y el segundo, el doctor don José de Aparicio, también habanero y catedrático.

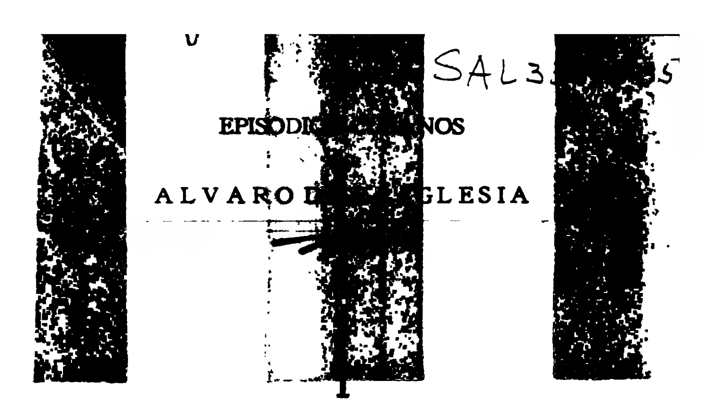
Los religiosos de San Juan de Dios se hicieron cargo de

los heridos. A Verónica le fué prohibida la entrada en el establecimiento, por no ser uso y costumbre. Pero aquella niña, una verdadera mujer por el carácter y el temperamento, hizo llamar al doctor Medrano y con entereza á la vez que con acento de súplica, le dijo:

—Me llamo Verónica Villalobos, soy hija del Factor de la Real Hacienda y quiero asistir á don Pedro de Aranda, mi esposo.

Y todas las puertas se abrieron para ella.

FIN DEL TOMO I.



EPISODIOS CUBANOS

ALVARO DE LA IGLESIA

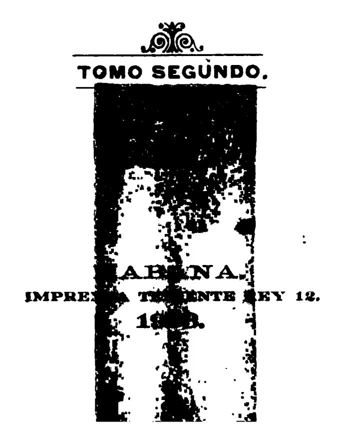
Pepe Antonio

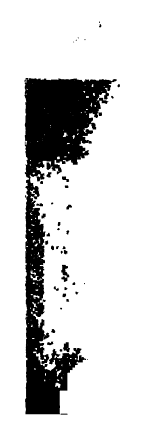
(1762)

CON UN PROLOGO DE MANUEL SANGUILY.

TOMO SEGUNDO.







HABANA.
IMPRENTA TENIENTE REY 12.
[illegible]



I.

Empezaba á dorar el sol las alturas de la ciudad, cuando por la puerta de Tierra que abría sobre la calzada del Monte, salían en montón informe los vecinos lanzados al campo por la orden militar del general don Juan de Prado gobernador de la plaza. Era una muchedumbre en que figuraban todas las clases sociales, condenadas por la adversidad á igual condición de miseria. Las telas bastas mezclábanse con la seda y el veludillo y los fardos de harapos con los equipajes copiosos de canastos y cofres. En los alrededores del rastrillo, bajo los árboles de la calzada, sobre los parapetos del canal de agua que entraba por aquel lado en la población, se veían mujeres de todas edades, lle-

vando en brazos á sus pequeños hijos, rodeados de los mayorcitos, encerrados entre bultos y atados de ropas que habían depositado sobre la yerba en espera de alguna dirección, de algún rumbo en aquel viaje obligado é incierto. En todos los semblantes se veía impreso el dolor, por muchos corrían las lágrimas y en algunos la cólera no disimulada contra la crueldad del general que lanzaba á la miseria á todo un pueblo, sin que por ello mejorara ya la suerte de una plaza estúpidamente entregada al enemigo desde el punto y hora en que se había inutilizado la Escuadra, desmantelándola y quitándola su artillería y abandonado la formidable posición de la Cabaña donde los ingleses tenían establecidas ya sus mejores baterías contra la ciudad y contra el Morro.

En lo alto del revellín que cubría la Puerta de Tierra y á lo largo del baluarte y de las estacadas, los vecinos obligados á la defensa, vigilados por piquetes de veteranos se despedían á gritos de sus esposas, de sus hijos y demás parientes. Se hacían encargos de parte á parte, se cruzaban adioses. De

abajo se fijaban todas las miradas en lo alto del bastión coronado de gentes. Desde arriba la vista entristecida de los que allí quedaban sujetos por la violencia militar ó por el patriotismo, se iba tras de sus afectos más caros, en el principio de un doloroso éxodo. Eran la orfandad y la viudedad decretados por un bando: la miseria, el hambre y la enfermedad reunían sus huestes á las puertas de la ciudad sitiada No había allí dirección superior alguna. Estorbándole á Prado el pueblo dentro de las murallas, como elemento abiertamente hostil á sus malaventuradas disposiciones, necsitado de proceder sin los obstáculos de la opinión que desde el primer día declaróse severísima, lanzaba el vecindario fuera del recinto como si fuera un montón de basura: ancianos, mujeres y niños abandonando sus hogares y cuanto constituía su modo de vivir, pobre ó acomodado, salían para el campo en rumbo desconocido, para encontrar unos asilo y cuidado en las fincas del tránsito ó en los pueblos fronterizos, para morir otros después de una lenta agonía á la vuelta de un camino

por el hambre, por la sed, por el cansancio ó la acción de un sol de fuego casi en la canícula. Cerca de la puerta, un pelotón de tropa veterana vigilaba la salida, velando porque no fuera burlada la consigna por los hombres útiles para la defensa. Ante aquella gran guardia cuyos fusiles al chocar en el pavimento producían un sordo eco en la bóveda, iban pasando viejos apoyados en mujeres jóvenes, grupos de niños que miraban con aire de asombro el camino abierto ante sus ojos, muchachas de zagalejo corto, unas cubiertas con sus basquiñas, otras descocadamente como gentes habituadas á la promiscuidad de sexos en los barrios sospechosos de la ciudad. De adentro, los soldados del piquete y dos lanceros á caballo que recorrían á ratos el trayecto de los egidos arrollando al pueblo sobre la salida, reiteraban en vano la orden de marcha. La mayoría absoluta del vecindario expulsado, quedábase por allí cubriendo huecos y recodos, arrimado á la muralla del foso, cerca del rastrillo, en torno de los árboles que iniciaban el rumbo de la calzada. Como si un hilo misterioso

uniera y sujetara á los de dentro con los de fuera, manteníase allí la muchedumbre, los ojos fijos en el revellín para columbrar á padres, hijos y esposos asomados á troneras y garitones, en una prolongada y dolorosa contemplación, en una despedida inacabable.

Y el gentío multicolor y heterógeneo seguía abandonando la ciudad en grupos, en hiladas, unas veces adelgazando el caudal de proscriptos, otras engrosando considerablemente por el empuje de la guardia que recorría los egidos, á donde subía el vecindario desde la parte baja de la ciudad acosado á su vez por los pelotones del gobernador de la plaza que multiplicaba sus pregones á toque de clarín y redoble de cajas.

Sin saberse la procedencia, empezó á circular de adentro á fuera, el rumor de que en Santiago de las Vegas y en Managua, el gobernador había dispuesto alojamiento para los vecinos evacuados. Decíase también que con dicho objeto había salido el día anterior con caudales de Su Majestad el capitán de navío don Juan de Madariaga, quien entregaría un

real diario á cada vecino y dos á los cabezas de familia en tanto durase su alejamiento de la población. En unos grupos se comentaba con elogio esta conducta y en otros se escuchaban censuras muy agrias para Prado, que ordenaba la evacuación cuando la plaza se hallaba provista abundantemente de todo y á diario entraban víveres de toda especie en virtud de mantenerse libres las comunicaciones por tierra gracias al valor y diligencia de los milicianos habaneros y de las fuerzas de Caro.

Un clamor sostenido bajo los arcos de la Puerta concentró allí la atención de todos. En pintoresco contraste, salían de la ciudad, entonces, las comunidades religiosas que no habían podido hacerlo la víspera con los frailes mercenarios, la tercera orden de San Agustín y las Catalinas, contingente enviado á Bejucal bajo la dirección del Reverendo Padre Maestro Fray José González de Oceguera Rector Cancelario de la Universidad, todo el capítulo, cincuenta frailes y veinte legos dominicos. Por un momento aleteó bajo la bóveda que empezaba á aclararse con la

luz del sol naciente, aquel bando de aves negras, blancas, pardas y azules desembocando en la esplanada abierta ante los baluartes. Los franciscanos iban dirigiendo la femenil mesnada compuesta de las monjas de Santa Teresa, diez y ocho de velo negro y tres de velo blanco llevando á la cola muchas sirvientas de la raza de color con velo de beatas; y de las Claras, rico monasterio sujeto á la dirección y gobierno del Padre Provincial de San Francisco y que constaba de más de cien religiosas de la regla reformada por el Papa Urbano IV, todas de velo negro, que con las religiosas de segunda y tercera clase pasaban de doscientas cincuenta. Tras de ellas iban los religiosos de la Observancia que tenían su Hospicio frontero al convento de Santa Clara, los de San Juan de Dios (hecha exclusión de un cortísimo número de privilegiados juaninos que con otros pocos de la Convalecencia de Belén, quedaban al cuidado de los hospitales.

El pueblo se unió á los capítulos y comunidades, sintiendo tal vez un consuelo al compartir con aquellas santas vírge-

nes y aquellos venerables frailes, su desgracia. Las monjas que quebrantaban por primera vez su clausura, presas de la vergüenza, no sabían como ocultar el rostro tras de los cumplidos mantos, ni suficientemente claros para poder ver á través de su tejido, ni lo bastante espesos y cerrados para impedir á los hombres del pueblo satisfacer la malsana curiosidad de contemplar el rostro de una religiosa. El sol que había ascendido entre tanto, empezó á caer á plomo sobre aquel hormiguero de seres humanos que cubría el principio de la carretera principal de la ciudad. El provincial de San Francisco dirigió una breve plática á todos, encomendando la resignación con los trabajos que enviaba Dios, y gran respeto para los capítulos y comunidades que allí compartían su miseria con el pueblo y en cuyos brazos iban objetos sagrados del culto y santas reliquias.

Porque las monjas y los frailes no salieron de la plaza con las manos vacías. Quien portaba un riquísimo crucifijo de plata, de peso de veinte libras, quien una valiosa custodia,

quien un lío con navetas del incienso, pálias y vinajeras. En paquetes que contra el pecho estrechaban las esposas del Señor, iban frontales de gran precio, albas de encaje costosísimo, por medias docenas, corporales, estolas y otros adminículos del culto. No había religiosa que no aumentase sus propios trabajos con el porteo voluntario de algún vaso sagrado, imagen ó reliquia. Tras de las profesas, las de velo blanco y las morenas y pardas de la servidumbre, iban cargadas como acémilas, ya con ropas, ya con batería de cocina, ya con provisiones y víveres que le habían sido regalados la víspera por los devotos.

El convento de Santa Clara, creemos haber dicho que se distinguía por su riqueza. Había sido fundado sesenta años antes, con objeto de que en él hallaran albergue las hijas de familia regularmente acomodadas pero quienes por falta de dote no podían efectuar un enlace conveniente. La regla no era muy severa, realizada la reforma, consintiendo bastante comunicación con el vecindario. Para entrar en dicho monaste-

rio se pagaban dos mil ducados de dote, gozando el convento de un capital de medio millón de pesos que colocados al cinco por ciento, producían veinte y siete mil quinientos pesos anuales de renta. Por ello podía sostener un contingente de doscientas cincuenta personas dedicadas exclusivamente á la oración, las labores de aguja y la alta repostería. Es fácil de colegir por esto la suma de impedimenta que llevaría tras de sí la Comunidad y los trabajos que le aguardarían en el camino, no obstante la eficaz ayuda y compañía de los reverendos padres franciscanos consagrados á hacerles menos penosa aquella cruel jornada. El padre Provincial, para dar ejemplo, iba también á pie. Fueron de los primeros los frailes, en emprender la marcha. Iban como batidores, al frente, cubriendo una porción considerable de camino, como en columna de honor, las capuchas echadas, bullendo al sol los sayales azules con el cordón amarillo azotándoles las piernas, los amplios y robustos lomos fijando sobre el suelo una gran mancha de sombra. Si don Juan de Prado hubiese podido contemplar aquel

cuadro, no con ojos de gobernante acobardado y encogido sino con la vista, perspicaz del caudillo calculador y diligente, en vez de relegar á los campos, rompiendo sus costumbres conventuales, á aquellos sesenta y tantos fornidos hijos de San Francisco, hubiérales encomendado el servicio de unas cuantas baterías ó la defensa de una fortaleza. Pocos, muy pocos hombres quedarían dentro de la plaza susceptibles de medirse en vigor y robustez con aquellos frailes que al mando del padre Provincial emprendían la marcha hácia Managua.

Tras de ellos y de las monjas claras y teresas salieron también los infelices habitantes de la Habana, hasta entonces indecisos al pie de las fortificaciones. La decisión de los hábitos fué contagiosa y como si obedeciese el pueblo una consigna fué engrosando la columna expedicionaria que cubría con su movible sombra la calzada hasta más allá de la iglesia de Guadalupe en la esquina de la Seiba. Uníanse, durante el trayecto, á la expedición muchas calesas y tartanas que conducían familias distinguidas de la ciudad. A ratos se

detenía un vehículo para que subiese á él, estrechandase un poco, alguna madre catalina ó teresa, ó algún sacerdote conocido de los viajeros. Tras aquella breve interrupción continuaba su lenta marcha la caravana, á cuya cabeza iban los frailes de San Francisco de descubierta, para evitar una sorpresa por parte del enemigo que ocupaba el camino de San Antonio, al Oeste, desplegando sus avanzadas hasta la loma de Aróstegui y de las Animas, desde donde dominaba la ciudad de extremo á extremo.

El provincial de los franciscanos, hombre precavido, había destacado varios legos rumbo al camino de Luyanó, con un mensaje para Pepe Antonio, que allí operaba con sus milicianos desde la ocupación de Guanabacoa por los ingleses. De Cojímar al camino de Jesús del Monte batía sin cesar el terreno el valiente alcalde provincial de Guanabacoa, con trescientos partidarios, en su mayoría campesinos, á quienes había armado con los despojos que iba cogiendo al enemigo. Había dividido en dos cuerpos sus fuerzas, encomendando la

dirección del menor á su segundo el bizarro teniente Diego Ruiz, natural de Villaclara, pero criado en Guanabacoa donde se había deslizado toda su existencia. Cuando la división de Pepe Antonio batía las lomas de Guanabacoa y el camino de los montes de la Cabaña, orizados de enemigos, Diego Ruiz operaba sobre el camino de Luyanó impidiendo la unión de las fuerzas de Howe acampadas en la Chorrera, con las de Carleton que ocupaban la villa de las lomas y todo el territorio al Este de la Habana.

Cruzando la expedición de los evacuados de la plaza el arroyo de agua dulce en su desagüe en la bahía, se vió llegar á escape en dirección del río Luyanó, un grupo de jinetes. Era la avanzada de Pepe Antonio que habiendo recibido el recado del Provincial de San Francisco, venía á su encuentro. Traían los caballos cansados como de larga caminata, pero no por ello dejaban de mostrar una viveza y un vigor extraordinarios. Eran animales de poca alzada, ojos vivos y paso muy menudo, con el cual, sin apelar á la carrera, rendían jornadas enormes sin demostrar cansan-

cio, más que en el sudor que manchaba sus flancos. A la grupa de los guerrilleros venían los cuatro legos destacados por el padre Provincial media hora antes. Ellos y los milicianos, contaron que el coronel Caro había atacado por la mañana á Guanabacoa, con tres mil hombres, sintiéndose el nutrido fuego de fusil á dos leguas de allí. Pepe Antonio había salido con su fuerza para la villa y les había ordenado á sus milicianos presentarse y ponerse á las órdenes del provincial de San Francisco, acompañándolo hasta el término de su viaje. Continuó, pues, la jornada aquella multitud un tanto atemorizada por las voces que hacían correr los campesinos acerca de las barbaridades que cometían los ingleses por aquellos parajes. Habían pegado fuego á varias sitierías, robado todo el ganado á su alcance y apaleado á los despojados propietarios que vagaban sin hogar, por el monte, sin esperanza de refugiarse en la Plaza desde que habían visto la expulsión de sus vecinos, aún aquellos de más distinción y posibles. Vinieron, así, á engrol el caudal de los proscrip-

tos, numerosos guajiros de los contornos, víctimas de las depredaciones del enemigo. Traían, cuando más, algunas aves y viandas que habían logrado salvar de la rapiña y que fueron pronto adquiridas por los vecinos de la Habana que tenían alguna plata y en absoluto nada qué comer. Bajo los árboles, sobre todo en el recodo del segundo puente de tablas sobre el ramal del arroyo Maboa, bajo una copiosa alameda y un grupo de tamarindos, buscaron descanso y sombra los caminantes, preparando su frugal almuerzo. Con ramas secas y alguna leña que habían ido recogiendo durante la jornada, se encendieron varias hogueras al borde del camino carretero, cocinándose de prisa el arroz y las viandas, casi únicos platos de que había de componerse forzosamente el almuerzo. Las monjas catalinas deliberaban entonces con el padre provincial sí podrían quedarse en unas casitas que poseía la comunidad en el camino del Guanchero, yendo para Vento. Hasta allí no llegaban aún las incursiones del enemigo; pero, ¿quién podía responder de que no llegasen muy

real diario á cada vecino y dos á los cabezas de familia en tanto durase su alejamiento de la población. En unos grupos se comentaba con elogio esta conducta y en otros se escuchaban censuras muy agrias para Prado, que ordenaba la evacuación cuando la plaza se hallaba provista abundantemente de todo y á diario entraban víveres de toda especie en virtud de mantenerse libres las comunicaciones por tierra gracias al valor y diligencia de los milicianos habaneros y de las fuerzas de Caro.

Un clamor sostenido bajo los arcos de la Puerta concentró allí la atención de todos. En pintoresco contraste, salían de la ciudad, entonces, las comunidades religiosas que no habían podido hacerlo la víspera con los frailes mercenarios, la tercera orden de San Agustín y las Catalinas, contingente enviado á Bejucal bajo la dirección del Reverendo Padre Maestro Fray José González de Oceguera Rector Cancelario de la Universidad, todo el capítulo, cincuenta frailes y veinte legos dominicos. Por un momento aleteó bajo la bóveda que empezaba á aclararse con la

luz del sol naciente, aquel bando de aves negras, blancas, pardas y azules desembocando en la esplanada abierta ante los baluartes. Los franciscanos iban dirigiendo la femenil mesnada compuesta de las monjas de Santa Teresa, diez y ocho de velo negro y tres de velo blanco llevando á la cola muchas sirvientas de la raza de color con velo de beatas;y de las Claras, rico monasterio sujeto á la dirección y gobierno del Padre Provincial de San Francisco y que constaba de más de cien religiosas de la regla reformada por el Papa Urbano IV, todas de velo negro, que con las religiosas de segunda y tercera clase pasaban de doscientas cincuenta. Tras de ellas iban los religiosos de la Observancia que tenían su Hospicio frontero al convento de Santa Clara, los de San Juan de Dios (hecha exclusión de un cortísimo número de privilegiados juaninos que con otros pocos de la Convalecencia de Belén, quedaban al cuidado de los hospitales.

El pueblo se unió á los capítulos y comunidades, sintiendo tal vez un consuelo al compartir con aquellas santas vírge-

nes y aquellos venerables frailes, su desgracia. Las monjas que quebrantaban por primera vez su clausura, presas de la vergüenza, no sabían como ocultar el rostro tras de los cumplidos mantos, ni suficientemente claros para poder ver á través de su tejido, ni lo bastante espesos y cerrados para impedir á los hombres del pueblo satisfacer la malsana curiosidad de contemplar el rostro de una religiosa. El sol que había ascendido entre tanto, empezó á caer á plomo sobre aquel hormiguero de seres humanos que cubría el principio de la carretera principal de la ciudad. El provincial de San Francisco dirigió una breve plática á todos, encomendando la resignación con los trabajos que enviaba Dios, y gran respeto para los capítulos y comunidades que allí compartían su miseria con el pueblo y en cuyos brazos iban objetos sagrados del culto y santas reliquias.

Porque las monjas y los frailes no salieron de la plaza con las manos vacías. Quien portaba un riquísimo crucifijo de plata, de peso de veinte libras, quien una valiosa custodia,

quien un lío con navetas del incienso, pálias y vinajeras. En paquetes que contra el pecho estrechaban las esposas del Señor, iban frontales de gran precio, albas de encaje costosísimo, por medias docenas, corporales, estolas y otros adminículos del culto. No había religiosa que no aumentase sus propios trabajos con el porteo voluntario de algún vaso sagrado, imagen ó reliquia. Tras de las profesas, las de velo blanco y las morenas y pardas de la servidumbre, iban cargadas como acémilas, ya con ropas, ya con batería de cocina, ya con provisiones y víveres que le habían sido regalados la víspera por los devotos.

El convento de Santa Clara, creemos haber dicho que se distinguía por su riqueza. Había sido fundado sesenta años antes, con objeto de que en él hallaran albergue las hijas de familia regularmente acomodadas pero quienes por falta de dote no podían efectuar un enlace conveniente. La regla no era muy severa, realizada la reforma, consintiendo bastante comunicación con el vecindario. Para entrar en dicho monaste-

rio se pagaban dos mil ducados de dote, gozando el convento de un capital de medio millón de pesos que colocados al cinco por ciento, producían veinte y siete mil quinientos pesos anuales de renta. Por ello podía sostener un contingente de doscientas cincuenta personas dedicadas exclusivamente á la oración, las labores de aguja y la alta repostería. Es fácil de colegir por esto la suma de impedimenta que llevaría tras de sí la Comunidad y los trabajos que le aguardarían en el camino, no obstante la eficaz ayuda y compañía de los reverendos padres franciscanos consagrados á hacerles menos penosa aquella cruel jornada. El padre Provincial, para dar ejemplo, iba también á pie. Fueron de los primeros los frailes, en emprender la marcha. Iban como batidores, al frente, cubriendo una porción considerable de camino, como en columna de honor, las capuchas echadas, bullendo al sol los sayales azules con el cordón amarillo azotándoles las piernas, los amplios y robustos lomos fijando sobre el suelo una gran mancha de sombra. Si don Juan de Prado hubiese podido contemplar aquel

cuadro, no con ojos de gobernante acobardado y encogido sino con la vista perspicaz del caudillo calculador y diligente, en vez de relegar á los campos, rompiendo sus costumbres conventuales, á aquellos sesenta y tantos fornidos hijos de San Francisco, hubiérales encomendado el servicio de unas cuantas baterías ó la defensa de una fortaleza. Pocos, muy pocos hombres quedarían dentro de la plaza susceptibles de medirse en vigor y robustez con aquellos frailes que al mando del padre Provincial emprendían la marcha hácia Managua.

Tras de ellos y de las monjas claras y teresas salieron también los infelices habitantes de la Habana, hasta entonces indecisos al pie de las fortificaciones. La decisión de los hábitos fué contagiosa y como si obedeciese el pueblo una consigna fué engrosando la columna expedicionaria que cubría con su movible sombra la calzada hasta más allá de la iglesia de Guadalupe en la esquina de la Seiba. Uníanse, durante el trayecto, á la expedición muchas calesas y tartanas que conducían familias distinguidas de la ciudad. A ratos se

detenía un vehículo para que subiese á él, estrechandase un poco, alguna madre catalina ó teresa, ó algún sacerdote conocido de los viajeros. Tras aquella breve interrupción continuaba su lenta marcha la caravana, á cuya cabeza iban los frailes de San Francisco de descubierta, para evitar una sorpresa por parte del enemigo que ocupaba el camino de San Antonio, al Oeste, desplegando sus avanzadas hasta la loma de Aróstegui y de las Animas, desde donde dominaba la ciudad de extremo á extremo.

El provincial de los franciscanos, hombre precavido, había destacado varios legos rumbo al camino de Luyanó, con un mensaje para Pepe Antonio, que allí operaba con sus milicianos desde la ocupación de Guanabacoa por los ingleses. De Cojímar al camino de Jesús del Monte batía sin cesar el terreno el valiente alcalde provincial de Guanabacoa, con trescientos partidarios, en su mayoría campesinos, á quienes había armado con los despojos que iba cogiendo al enemigo. Había dividido en dos cuerpos sus fuerzas, encomendando la

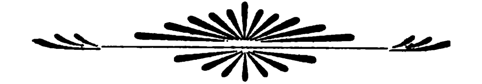
dirección del menor á su segundo el bizarro teniente Diego Ruiz, natural de Villaclara, pero criado en Guanabacoa donde se había deslizado toda su existencia. Cuando la división de Pepe Antonio batía las lomas de Guanabacoa y el camino de los montes de la Cabaña, erizados de enemigos, Diego Ruiz operaba sobre el camino de Luyanó impidiendo la unión de las fuerzas de Howe acampadas en la Chorrera, con las de Carleton que ocupaban la villa de las lomas y todo el territorio al Este de la Habana.

Cruzando la expedición de los evacuados de la plaza el arroyo de agua dulce en su desagüe en la bahía, se vió llegar á escape en dirección del río Luyanó, un grupo de jinetes. Era la avanzada de Pepe Antonio que habiendo recibido el recado del Provincial de San Francisco, venía á su encuentro. Traían los caballos cansados como de larga caminata, pero no por ello dejaban de mostrar una viveza y un vigor extraordinarios. Eran animales de poca alzada, ojos vivos y paso muy menudo, con el cual, sin apelar á la carrera, rendían jornadas enormes sin demostrar cansan-

cio, más que en el sudor que manchaba sus flancos. A la grupa de los guerrilleros venían los cuatro legos destacados por el padre Provincial media hora antes. Ellos y los milicianos, contaron que el coronel Caro había atacado por la mañana á Guanabacoa, con tres mil hombres, sintiéndose el nutrido fuego de fusil á dos leguas de allí. Pepe Antonio había salido con su fuerza para la villa y les había ordenado á sus milicianos presentarse y ponerse á las órdenes del provincial de San Francisco, acompañándolo hasta el término de su viaje. Continuó, pues, la jornada aquella multitud un tanto atemorizada por las voces que hacían correr los campesinos acerca de las barbaridades que cometían los ingleses por aquellos parajes. Habían pegado fuego á varias sitierías, robado todo el ganado á su alcance y apaleado á los despojados propietarios que vagaban sin hogar, por el monte, sin esperanza de refugiarse en la Plaza desde que habían visto la expulsión de sus vecinos, aún aquellos de más distinción y posibles. Vinieron, así, á engrosal el caudal de los proscrip-

tos, numerosos guajiros de los contornos, víctimas de las depredaciones del enemigo. Traían, cuando más, algunas aves y viandas que habían logrado salvar de la rapiña y que fueron pronto adquiridas por los vecinos de la Habana que tenían alguna plata y en absoluto nada qué comer. Bajo los árboles, sobre todo en el recodo del segundo puente de tablas sobre el ramal del arroyo Maboa, bajo una copiosa alameda y un grupo de tamarindos, buscaron descanso y sombra los caminantes, preparando su frugal almuerzo. Con ramas secas y alguna leña que habían ido recogiendo durante la jornada, se encendieron varias hogueras al borde del camino carretero, cocinándose de prisa el arroz y las viandas, casi únicos platos de que había de componerse forzosamente el almuerzo. Las monjas catalinas deliberaban entonces con el padre provincial sí podrían quedarse en unas casitas que poseía la comunidad en el camino del Guanchero, yendo para Vento. Hasta allí no llegaban aún las incursiones del enemigo; pero, ¿quién podía responder de que no llegasen muy

pronto? Se resolvió por lo tanto detenerse el tiempo necesario para esperar la llegada del alcalde provincial de Guanabacoa. Pepe Antonio conocía el terreno mejor que nadie y sabría hacia donde convergían los planes ingleses. Con lo que el dijera se procedería.



II.

Desesperado rondaba el coronel Caro por los alrededores de Guanabacoa, sin saber qué hacerse con los tres mil hombres de su división, dignos de ser mandados si no por más valiente, por más inteligente caudillo. Porque es hora de decir, que Caro no era cobarde: por el contrario, cuando se sentía empequeñecido ó humillado por los golpes del contrario, crecíase y era capaz de cualquier arranque heroico. El mal estuvo en que á tan pequeño cerebro, aunque bien templado corazón, hubiese encomendado el general Prado un contingente tan importante de fuerzas. Con ellas encontrábase como atado de manos: tal vez si mandase únicamente un batallón de Edimburgo, hubiera sido su labor eficaz y provechosa.

Desde la entrada de Albemarle al frente de cinco ó seis mil hombres en Guanabacoa, pasábase nuestro coronel las horas muertas ideando un golpe de mano sobre la villa, que lo colocase en buen lugar con Prado, descontento de sus operaciones en grado máximo. El último parte enviado á la Real Fuerza dando cuenta de la ocupación de todo el litoral Este por las tropas británicas, había sido contestado por Prado con una comunicación áspera y seca, en la cual decía que si el coronel se hubiese dado tan buena maña en distribuir sus tres mil hombres como el Sargento Mayor de Guanabacoa don José Antonio Gómez, sus trescientos guerrilleros, no andarían tan mal las cosas. Despertó esta dura lección la cólera en el coronel, haciendo crecer su antipatía por Pepe Antonio que, subordinado suyo y ni siquiera militar á las derechas, se le oponía como ejemplo de acierto y actividad.

Pero alguna vez había de tener el general Prado una ocurrencia discreta. Efectivamente; al invadir el litoral de Cojímar las fuerzas de Albemarle y

al ocupar á Guanabacoa por la terquedad y la ignorancia de Caro, comprendió Pepe Antonio que nada tenía qué hacer ya á las órdenes de aquel inculto y soberbio soldado y recogiendo sus milicianos, á quienes acabó de montar y equipar como pudo, corrióse á las goteras de la villa, dispuesto á dar la mayor suma de disgustos posibles al Conde y proporcionar los malos ratos que pudiera á los casacones posesionados del pueblo en que había nacido, donde se cometían las fechorías naturales á toda guerra. El vecindario huyó antes de que se aproximara el inglés y andaba desperdigado por montes y valles, procurando ocultarse del invasor y salvar de sus uñas lo poco que había sacado en su precipitada fuga.

A las fuerzas de Pepe Antonio, que no llegaban entonces á doscientos partidarios, fueron uniéndose poco á poco los campesinos más valientes de la comarca, que con su caballo y su machete se aparecían todos los días en el campamento del Alcalde Provincial manifestando su deseo de degollar ingleses. A los tres días escasos de la invasión, contaba Pepe An-

tonio con más de trescientos guerrilleros de temple, acostumbrados á la vida del monte, frugales, grandes jinetes y excelentísimos tiradores. Las armas de fuego fueron repartidas entre los que mejor las sabían manejar, hasta donde alcanzaron, formando el resto de los partidarios dos nutridas compañías de macheteros, una de las cuales, con cien tiradores encomendó á su ayudante Diego Ruiz, un perro por la fidelidad y un león por el valor.

Caro, que siempre había mirado con soberano desprecio á la fuerza miliciana y sobre todo á su caudillo el «señor regidor,» como lo llamaba siempre supo bien pronto que Pepe Antonio no perdía el tiempo, que sus milicianos si cogían á veces monte como los conejos, caían también como perros gíbaros sobre el enemigo, degollando sus avanzadas y haciendo por docenas prisioneros que eran enviados directamente al general Prado, de una manera irregular, según el criterio del coronel, puesto que siendo él jefe de todas las fuerzas del campo, el Alcalde de Guanabacoa debía enviarle todas las presas.

Desesperado, como dijimos, después de situar sus grandes guardias en las lomas, dedicóse con ahinco á velar los movimientos del enemigo posesionado de la villa, en la esperanza vaga de un asalto si le daban pié para realizarlo. La noche en que se publicaba á toque de clarín en la Habana, el pregón de Prado ordenando la salida de la plaza de todas las bocas inútiles, recibió Caro, la confidencia de que las fuerzas de ocupación de Guanabacoa preparaban alguna operación importante, puesto que cargaban carretas y acémilas y levantaban los campamentos situados desde el primer día en los puntos estratégicos. Situó inmediatamente sus fuerzas el coronel para caer sobre el enemigo antes de que el alba luciera del todo y á ese efecto, hizo llamar inmediatamente á Pepe Antonio para que, conocedor, como era de la localidad, secundase el movimiento con sus milicianos. Presentóse el valiente partidario ante Caro con el continente respetuoso de costumbre y esperó, cerca de la guardia, las órdenes del superior.

—¿Creeis—dijo Caro—que el

enemigo se prepara á caer sobre la plaza?

—Creo, señor— respondió Pepe Antonio—que el enemigo se retira porque nada tiene que hacer aquí. Ha saqueado la villa, ha rogado en vano al vecindario que vuelva á ella.... á nada conduce mantener aquí cinco mil hombres. Esa es mi opinión.

— ¿No será que ha sabido la fuerza que tenemos alrededor?

El Alcalde Provincial se sonrió. No habiendo preocupado antes al conde de Albemarle los tres mil hombres del coronel Caro, de colegir era que ahora, dueños de la villa los ingleses, no les quitara el sueño la proximidad de aquellas fuerzas.

Una hora después, por el norte salía á golpe de cajas el ejército británico, camino de Cojímar y por el oeste entraba triunfalmente al son de los clarines el coronel Caro con sus dragones y sus lanceros. El general Prado recibió el parte del coronel en que le manifestaba tan brillante operación, volviendo con esto el malaventurado jefe del campo á gozar de la confianza del desdichado gobernador de la Habana con

quien lo unía más de un punto de contacto.

¡Las fuerzas de Pepe Antonio y de su ayudante Ruiz, á los cuales se habían unido las dos partidas de Bernet, el Jerezano, también valiente guerrillero y de Bernardo Díaz que operaba en combinación siempre con Diego Ruiz, habían puesto emboscadas en todo el camino que seguían los ingleses y unas veces picando su retaguardia y otras veces acosando sus flancos, les hicieron varios muertos y heridos tomándoles veintidos prisioneros. Este fué el único triunfo verdadero y sólido alcanzado por la famosa combinación de Caro, consistente en ocupar á Guanabacoa cuando la evacuaban por su voluntad y en el mayor orden las fuerzas enemigas.

De vuelta de la operación y dejando internado á Albemarle con su ejército en la cumbre de la Cabaña desde donde abrasaba el monte bajo la artillería, retiróse Pepe Antonio con sus milicianos hacia Luyanó llevando delante de sí los prisioneros amarrados á la cola de los caballos. Marchaban de prisa, no obstante aquella impedimenta, para encontrar á los

franciscanos á quienes el Alcalde Provincial había de servir de custodia en su larga jornada. Pasado el río por unas estancias próximas á la boca, vió de lejos Pepe Antonio aquel largo cordón de caminantes que seguían el camino de Jesús del Monte, al otro lado de Arroyo Apolo en su desagüe. Acababan de cruzar el puente Nuevo y se esparcían bajo los árboles que cubrían las tierras de labor á las faldas de la loma de Soto. Desde allí se dominaba la ensenada de Guasabacoa y el bosque de arboladuras de los navíos de la Real Armada. Dos de ellos, aprovechando el soplo de brisa, bordeaban Cayo Francés para colocarse al arrimo del Real Astillero, con objeto de batir á cañonazos toda aquella parte de monte, á donde llegaban las incursiones del enemigo, sobre todo al anochecer. Pepe Antonio, después de enviar á su ayudante Ruiz hacia la loma de los Jesuítas, de descubierta fué al encuentro del Provincial de los franciscanos que á la cabeza de la caravana, lo esperaba impaciente.

—Dios os traiga con bien—díjole al tiempo que le alargaba

la mano que besó Pepe Antonio con afecto.

—El nos acompañe y guíe á todos, mi querido padre, que buena falta nos hace su ayuda.

—Tan mal andamos, ¿verdad capitán? . . .

—Sí, muy mal padre. . . . . y por nuestro patrón San Francisco podíamos ir mejor. . .

—Yo lo sé capitán. . . . pero allá van leyes á donde quieren reyes. . . De la cabeza está ma lo el enfermo y todos los miembros se resienten. . . Pero decidme: ¿cómo ha resultado vuestra empresa de Guanabacoa? ¿Llegais vencedor? . . . . . Por lo menos habéis hecho prisioneros. . . .

Y el padre Provincial señaló á los enemigos que atados á la cola de los caballos miraban con sorpresa aquel concurso de hábitos blancos y negros.

—Donde no hay empresa, padre, no puede haber éxito. Allá cayó nuestro jefe el coronel Caro sobre la villa, dispuesto á arrojar al enemigo cuando éste, por su pié, abandonaba el campo. Eso ha sido todo. Las fuerzas del señor Caro han entrado y las del Conde de Albemarle han salido. . . Pero ni un tiro, ni una carga. . .

— ¿Y esos prisioneros? ...

—Esa es harina de otro costal... Mis buenos milicianos, indisciplinados, ignorantes, rebeldes y ladrones, según el señor Caro, los han hecho al enemigo desde su salida hasta los montes de la Cabaña.... Una escaramuza; sólo una escaramuza.... nosotros no presentamos combate al enemigo; pero... le hacemos siempre algún daño.

Habló entonces el bravo Alcalde Provincial de la situación fuera de la plaza. Acababan de llegar de los ingenios cercanos unos setecientos negros destinados al servicio de la plaza.

—Ya veis.... allí no podrán ya revolverse. Las fortalezas tienen mucha más gente de la que necesitan; es más, con perjuicio del éxito, porque encerra dos tantos defensores en los castillos, de donde no se permite á nadie la salida, el fuego del enemigo los abrasa, la epidemia los diezma y las provisiones empiezan á escasear.

—Muy cierto es eso,—dijo el Provincial.—Tal vez esa gente campesina fuerte y valiente estaría mejor empleada en parti-

das que hostilizasen al enemigo...

—Habéis dicho una sentencia, mi querido padre... Con esos setecientos negros y los trescientos milicianos que tengo á mi cargo, podía desafiarse todo el riesgo de la campaña de tierra... Eso sin contar con cerca de tres mil hombres que el coronel Caro tiene ahora en Guanabacoa, cuando ninguna falta hacen allí.

Por la población aún iban peor las cosas, según el Provincial. Aquella mañana muy de madrugada habían sido hundidos los navíos «Asia», «Europa» y «Neptuno», fondeados en la boca del canal, con tan mal acierto, que al irse á pique, habían perecido ahogados muchos de sus tripulantes. El Morro seguía defendiéndose bien de los ataques de Mac Kellar; pero no sería por mucho tiempo, pues combatido por diez ó doce navíos y á la vez por las baterías situadas por el enemigo en el monte, al fin sería estéril todo el heroísmo que se desplegase.

En esto se vió llegar á uña de caballo, por el camino, ya cerca del puente nuevo, un destacamento de lanceros. Venían

á rienda suelta y al tocar la cola de la expedición, tuvo ésta que abrirse para dar paso á la avalancha que devoraba el camino, levantando una nube de polvo. Separóse el Alcalde Provincial de los frailes para ir al encuentro de la fuerza veterana que llegaba de la población. El jefe del destacamento, al enterarse de quien era Pepe Antonio, le entregó un pliego dirigido á él por el general Prado. Con la misma los lanceros dieron vuelta para la ciudad, siempre á escape, atravesando tierras de labor para atajar y levantando una gran polvoreda, penetraron en el puente y se perdieron de vista, á poco, tras de los árboles.

El pliego recibido por Pepe Antonio era una orden del general Prado, para que, sustituyendo al coronel Caro, que en aquellos momentos «batía victoriosamente al enemigo, haciéndolo abandonar aceleradamente la villa de la Asunción de Guanabacoa», destruyese con su fuerza el puente sobre el río Luyanó y embarazase el paso del mismo con troncos, cegase los caminos y veredas y destruyese las fincas cercanas. Temíase aquel día un ataque á la pla-

por la parte de de tierra, ála vez que por el mar, habiendo situado el enemigo sus mejores buques frente al Morro, la Punta y el litoral de San Lázaro.

Pepe Antonio rogó al Provincial que acelerase la marcha. Escasamente podría acompañarlo con su fuerza legua y media al interior, á causa de tener que cumplir la orden de Prado.

—Ya veis, padre mío,—dijo después mostrándose dolorido—ya veis como se escribe la historia. El coronel Caro bate victoriosamente al enemigo en Guana bacoa y nosotros.... estamos por aquí perdiendo el tiempo, por lo cual nos destinan á leñadores...

— ¿Cómo es eso, capitán? ...

—Sí... á talar y arrasar estas hermosas alamedas, sin duda para que el; enemigo vea mejor el punto de sus empeños...

Una parte de los milicianos de Pepe Antonio dirigióse al río Luyanó, con objeto de cumplir las órdenes de Prado; el resto fue acompañando á los caminantes tierra adentro. El calor era sofocante y se andaba poco, desperdigándose el pueblo por los sombríos, sentándose en grupos, como embelesado con la hermosura de aquella

espléndida mañana, en medio de los campos llenos de verdor y lozanía. Las últimas lluvias habían empujado el desarrollo de la vegetación que lo decoraba todo con sus olas verdes, ya en los bosquecillos de anones y tamarindos que no podían con el peso del fruto casi en sazón, ya en las arboledas de copudos flamboyanes que tenían más flores que hojas. Parecían como grandes manchones de sangre de un color rojo subido sobre el fondo esmeralda de la grama y del cesped ó el más lejano de los altos jobos y de los platanales con sus anchas y largas hojas rasgadas y movidas por el viento. Todas las lobregueces del sitio parecían quedar atrás, encerradas dentro de los muros de la plaza perdida ya en la lejanía y el corazón latía plácidamente alentado por aquella sonrisa de la tierra y de los cielos que dibujaba el verano de horizonte á horizonte. La brisa, la planta y el ave agenos á las discordias de los hombres, elevaban su himno eterno á Aquel que mueve la nube, agita el mar y hace florecer los campos.



III

Al encontrarse Verónica á la cabecera del lecho en que sufría don Pedro de Aranda, creyó haber realizado cuanto el deber la imponía realizar de un modo imperioso. Una tranquilidad apacible que no lograban turbar todos los temores del sitio ni el espectáculo terrible de la plaza respondiendo con el fuego de todos sus cañones á los cañones enemigos, se aposentó en su alma antes llena de incertidumbre y de congoja y considerose, no huésped del hospital de San Juan de Dios, sino como en posesión de su propia casa y de su hogar, cuidando de su esposo gravemente herido. Con una serenidad inverosímil á sus años, hízose cargo desde los primeros momentos de la asistencia de Aranda, recibió del

doctor Medrano el plan de curación, secundó admirablemente al médico y á los practicantes en sus operaciones y sin ocuparse para nada de su persona, sin reparar, al parecer, en las incomodidades que le proporcionaba aquella misión por primera vez ejercida en su existencia, ni un instante se separó del lecho de aquel á quien llamaba esposo, siguiendo atentamente el lento proceso de su curación, vigilando las subidas y los descensos de la fiebre, procurando calmar el delirio del herido con sus dulces frases de cariño, olvidada de su familia y del mundo entero para reconcentrar toda su actividad y su atención en aquel objeto de su cariño. Ni aún, en tal estado de ánimo, ocurriósele enviar un recado á sus padres para calmar la ansiedad natural que los atenacearía desde que ocurriera su desaparición inexplicable. Verónica, por efecto, tal vez, de aquella excitación producida en su espíritu por el pánico de San Francisco y los sombríos presagios del pueblo acerca del desenlace fatal de aquel asédio, formóse un concepto exagerado de la situación, dió asenso en su cerebro de niña á la idea de

que una destrucción general sería el fin del sitio y en tal estado de ánimo, se propuso morir pero al lado del ser que amaba, del hombre á quien jurara su fé. Había, además, en aquel temperamento criollo, una fibra de gran sensibilidad que vibraba al recuerdo de sus amores. ¿Es que había de decir adiós, para siempre, al mundo sin haber disfrutado ni un instante las delicias del amor que llenaba pletóricamente su ardiente corazón entusiasta? No; ella no podía resignarse á morir en la primavera de la vida, cuando florecía la rosa de su existencia, llevándose consigo al no ser el ánsia no satisfecha de amar y ser amada. Así fué que al velar á la luz temblorosa de la moribunda lámpara de la celda, el sueño intranquilo de su amado ó al saludar el primer rayo de sol que penetraba al través de las estrechas ventanas que caían al huerto, considerábase feliz, completamente feliz con hallarse al lado de don Pedro quien en los breves relámpagos de lucidez que iluminaban su razón en tinieblas, contemplaba á Verónica como á una de esas visiones radiantes que cruzan en nuestros

sueños y que quisiéramos fijar con trazos de fuego en la memoria para tenerlas eternamente en el pensamiento y en la retina.

El dolor y la angustia habían pasado por el alma y por el rostro de la bellísima hija de Villalobos, como pasa el sol por el prisma: embelleciéndolo todo. La palidez del semblante y el amoratado cerco de los ojos, eran un encanto más en aquella carita juvenil llena de atractivo, de frescura y de simpatía y el alma enamorada al asomarse á los ojos negros y rasgados de Verónica, prestaba al mirar destellos nuevos, aumentando la profundidad de aquellas simas del pensamiento que á ratos velaban las larguísimas pestañas.

Había en el continente de la niña un aire singular de serenidad dulce y apacible: como la presencia de ánimo exteriorizada y á la vez, como la conciencia firmísima de sus actos. En su abandono cerca de la almohada en que descansaba ó se movía inquieta la cabeza de Aranda, había tanto de maternal como de amoroso. Si don Pedro la hubiese ordenado echarse en sus brazos, Verónica

lo hubiese obedecido sin sonrojos, sin un ademán de gazmoñería, como la cosa más natural y ordinaria de la existencia. Era Verónica, tal vez, un carácter superior, templado al fuego de secretas luchas que no se transparentaban: como un mar apacible, sosegado, sin un solo rizo en la superficie pero de corrientes internas de una gran violencia, la mirada, el gesto, el ademán, las actitudes todas de Verónica sin ser estudiadas, por el contrario, surgiendo naturalmente y sin esfuerzo del fondo de aquella voluntad enérgica, parecían encubrir el campo de combate de los instintos y los apetitos más exaltados. Parecióle, por esto, en un principio á Aranda, fría un tanto ó por lo menos refractaria á las explosiones del afecto que en él se traducían con mayor viveza por aquel temperamento vehemente y aquel carácter vivo y entusiasta que lo había llevado en su primera juventud á cometer tantas locuras. Más tarde y después de haber pulsado los quilates del amor de Verónica, se mostró satisfecho y gozoso de su elección y se prometió ser completamente feliz con aquella cria-

tura en la apariencia, tan solo, indiferente á sus apasionados extremos pero que delataba el calor de la sangre y la violencia de sus deseos, en el temblor de los labios ó en la ráfaga luminosa que cruzaba como un relámpago sus pupilas profundas como un abismo.

Aún no aparecerá fiel y precisa el alma de Verónica por el perfil trazado: hay conciencias y corazones que se disuelven en vapor ante el análisis y á los cuales es preciso sorprender en el instante mismo de la vibración que es cuando se desnudan y venden por completo. Si fuera dable romper las sombras que envolvían á aquella criatura y al objeto de su adoración secreta, cuando la noche entoldaba aquella celda de San Juan de Dios casi en las tinieblas (porque la pequeña lamparilla que vela á un enfermo, no es luz sino medio de apreciar la oscuridad) si al romper, anochecido ya, el fuego de cañón los buques británicos y las baterías del Morro y de la Real Fuerza con todas las bocas de hierro y de bronce de su larga cortina sobre el mar, desde el cuartel de la infantería hasta la Punta, pudiéramos penetrar

indiscretamente en aquel recinto que limitaba de un lado el muro de la Iglesia y del otro la rinconada del Cementerio á ella adosado, la hija de Villalobos aparecería á nuestra vista en su verdadero aspecto de mujer y de mujer apasionada. Acababa de salir el doctor Me. drano, muy satisfecho del estado del herido. El hombro marchaba bien ya en su sitio los huesos; la herida causada por el casco en la axila y la luxación del músculo pectoral, no ofrecían cuidado. Las compresas de árnica, bien remudadas, harían lo demás. Tal vez en las primeras horas de la noche el enfermo se hallaría libre por completo de fiebre. Así lo declaró alegremente á Verónica, al ausentarse, volviéndole el alma al cuerpo.

—Niña —dijo al despedirse — yo os respondo de que por esta vez no os quedaréis viuda...

Y algo después, como dándose cuenta de su estado, abrió los ojos Aranda, movió los brazos lanzando un quejido que le arrancara el dolor del hombro herido y murmuró á media voz:

—Sí..... lo habré soñado....... Verónica.... Verónica.

—Aquí me tenéis, don Pedro.. no soñáis..... estoy á vuestro lado......

Y su mano se posó dulcemente sobre la cabeza de su amante cubierta de sudor. Aranda se estremeció é hizo un violento esfuerzo por incorporarse al sentir aquella voz querida resonar tan cerca de su oído.

—¡Oh! — exclamó contemplando con estupor el rostro de Verónica en la penumbra.—Pero esta es una dicha superior á mis merecimientos.... pero....

—No se por qué, esposo mío— dijo con aquella apacible serenidad tan digna de admiración la hija de Villalobos — si os he entregado mi corazón por entero, si soy vuestra con mi alma y mi fe ¿por qué resistiros á creer cosa tan natural y sencilla? Pero no habléis, por Dios—añadió en una transición rápida — no habléis que voy á ser, con hondo pesar, la causa de una peligrosa recaida. Callad, plegad los labios— dijo sonriendo á la vez que colocaba su mano sobre la boca de Aranda — yo iré refiriéndoos todo lo ocurrido, brevemente para no haceros pensar mucho, porque os sería perjudicial....... después volveréis á dormiros.

Tiempo os queda de hablar...... Si supiéseis cuanto deseo yo el oiros......

Don Pedro la escuchaba embelesado. Parecíale haber puesto el oído á las puertas del cielo y estar escuchando el concierto de los ángeles habló entonces Verónica, con aquella serenidad apacible que era su mayor encanto: refirió su salida al Rosario de San Francisco, la impresión horrible que produjera en todos el retumbar de los cañones, el estado de su ánimo conturbado por las pláticas de los predicadores, el sentimiento invencible de temor y el impulso tiránico de ir en busca de Aranda rodeado de peligros.

—Ya véis..... no podía soportar — dijo — la idea de que moriríais sólo.... sin mí.... sin deciros siquiera adios.... preferí arrostrarlo todo para tener el consuelo de que muriéramos juntos.

Aranda pidió permiso para hablar y con la promesa de ser muy breve, se lo concedió Verónica. Demostróle efusivamente, con más caricias que frases, su profunda admiración y su gratitud inmensa por aquella prueba de amor y de lealtad

que acababa de darle jugándose su reputación y desafiando el enojo de sus padres.

—Si no os amara — dijo—con toda la fuerza de mi corazón, Verónica, tendría que amaros ahora que os contemplo en toda la angelical belleza de vuestra alma. Cuando una mujer bien nacida hace lo que vos habéis hecho, si es digno de ser amado el hombre á quien ama, se convierte en esclavo para siempre. Una vida consagrada á haceros feliz no es aún digno premio de tanta grandeza de corazón y de lealtad tanta....... Pero permitidme, Verónica que tema y tiemble por el desenlace de este drama en que sois vos la hermosa protagonista. Conocido vuestro paradero, y eso no puede permanecer mucho tiempo oculto, vuestros padres vendrán por vos y...... tendréis al fin, noble criatura que abandonarme á mi suerte. Bien es verdad que habrá de quedarme como inapreciable prenda el recuerdo dulcísimo de esta noche en que he despertado para anegarme én la dicha.

— ¿Abandonaros? — preguntó la hija de Villalobos poniéndose de pie y extendiendo su brazo sobre el lecho de Aranda-

Por mi fe y por mi honra que ya os he entregado ante el mundo y que ante Dios podéis disponer de ella cuando os plazca, os juro que sólo la muerte podrá separarnos. Ahí está mi mano, don Pedro, esposo mío, recibidla como prueba de mi juramento.

Aranda estrechó la mano de su prometida cubriéndola de besos, después enlazó á la niña sobre su corazón, sellando sus lábios con mil ósculos ardientes.

—Ahora dormid...... ya habéis hablado mucho..... descansad hasta mañana..... Aquí, á vuestro lado me encontrareis....

Y don Pedro rendido más por el cansancio de la dicha que por el dolor de sus heridas volvió á dormirse pensando que si todo aquello era un hermoso sueño, bien valía la pena de no despertar jamás.

Entre tanto, [illegible] vertiginosamente empleados y servidores el Real Factor Villalobos, para averiguar el paradero de su hija Verónica. Las criadas que acompañaron á la niña al Rosario, refirieron el pánico experimentado por el pueblo en San Francisco, al romper el fuego de cañon todas las bate-

rías de la plaza. Sin duda Verónica, arrastrada por la avalancha de fieles que en los primeros momentos se lanzaron á la plazuela y á la calle de los Oficios se había extraviado en la ciudad. Como el hecho coincidió con los pregones de Prado ordenando la evacuación de la plaza por las bocas inútiles, coligió Villalobos que los pelotones de tropa veterana encar--gados de cumplir la orden, desconociendo la alcúrnia y circuns tancias de la muchacha, la habrían arrojado con el populacho sobre los egidos, abandonando la población con las comunidades y el vecindario á la madrugada. Para la dicha de Aranda, las investigaciones del Factor y de sus mensajeros dirigieronse por lo tanto, á los arrabales y al Calabazar, Managua y Santiago de las Vegas, sin que por asomos se le ocurriera á la familia de Verónica suponer que ésta se encontraba en un hospital haciendo oficios de hermana de la caridad al lado de su novio, mal herido de casco de granada en el ataque de la Punta. De San Juan de Dios no salió la noticia, de la fortaleza mucho menos, porqae allí el peligro que corrían se imponía á

todo. Tres días transcurrieron en tal estado, sin que el Factor supiera de su hija ni ésta de sus padres. La mejoría de Aranda trocóse en franca convalecencia alumbrada por aquellos amores y ambos amantes olvidados del mundo y entregados á su pasión, no veían otra nube en el horizonte que la presunción de que tanta ventura tuviese un pronto término y un amargo desenlace.

Por los partes de la plaza, vino á saber el señor de la Colina y Racines, la situación de Aranda. Fué esto motivo para que hiciera á Prado la apología de aquel valiente joven, lanzado un tiempo del ejército, gracias á una calaverada de la primera juventud. En su concepto debiera gestionarse la reposición del antiguo capitán del fijo de México en premio á sus méritos años antes á bordo del navío «Africa», incendiado en Bahía Honda, y en recompensa de su conducta ahora sobre la muralla de San Salvador de la Punta, donde á poco muere destrozado por una bala enemiga. Prado, ya á medias reconciliado con el portador de las malas nuevas del Corpus, prometió á Colina hacer la causa de

su recomendado y el valiente capitán del «América» salió para el hospital de San Juan de Dios, con ánimo de dar un abrazo al herido y llevarle tan buenas noticias.

Puede calcularse el asombro de Colina al encontrar á don Pedro en compañía de una hermosísima muchacha, sin hábitos mongiles, por el contrario, ataviada como las hijas de las familias más distinguidas y adineradas de la Habana. No ocultó su sorpresa y Aranda se vió en el caso de referir la peregrina ocurrencia á su gran amigo y protector, solicitando sus buenos oficios para que aquello terminase dignamente, es decir, en boda. Verónica, con su actitud noble y sencilla á la par, con la adorable ingenuidad que la hacía aún más encantadora que su excepcional hermosura, cautivó desde el principio á Colina y lo trajo á su completa devoción. En su concepto aquellos dos jóvenes eran el uno digno del otro y sería insigne crueldad contrariar sus sentimientos, separando á dos seres que habían nacido para hacer juntos, venturosamente, la jornada de la existencia. Prometió así, al despedirse con el buen

humor que le era característico, saludar en su nueva visita á Verónica con el título de «señora capitana», lo cual representaba, no uno, sino dos triunfos. Colina encontraba aquello muy fácil y viable. ¿Qué antecedentes poco limpios tenía don Pedro para que Villalobos lo rechazara? Ninguno: era de noble linaje, valiente, fiel al monarca, buen patriota hasta la médula, inteligente y esforzado, al ex-extremo de haber hecho una fortuna con su propio impulso, y no indignamente, siquiera fuese necesario perdonarle algún pecadillo de contrabando. Colina, sin decir á Villalobos, el paradero de Verónica, manifestóle franca y lealmente haberla encontrado asistiendo en un hospital á su novio don Pedro de Aranda, gravemente herido, en la defensa de la ciudad. El asombro hizo enmudecer al factor, santiguarse media docena de veces á su digna consorte y salir del salón, dando chillidos á doña Eufemia, espantada del descoco, liviandad y atrevimiento de aquella niña que ella había educado en el santo temor de Dios y en el recogimiento de un verdadero beatério. Colina hizo una brillante

defensa de Aranda, esforzó sus elogios, encumbró la conducta del ex-capitán y cantó loores en encomio de su lealtad, valentía y arrojo sobre los muros de la plaza. Ante la frialdad helada de Villalobos y de su esposa, quiso agregar una circunstancia más y de peso, en favor de su ahijado:

—Es poseedor de una fortuna: —dijo— que no viene en busca de la dote, lo demuestra su capital saneado de más de trescientos mil ducados.

Pero el buen marino salió de casa del factor tan desesperanzado, que en lugar de hacer la prometida visita á la «señora capitana», se limitó á enviar á Aranda una carta á cuyo final decía:

«Si queréis seguir mi consejo, casáos según Dios os dé á entender de manera que el consentimiento de Villalobos sea casi innecesario. Conozco al padre de vuestra bella prometida, á quien ofreceréis mis saludos y cumplidos, y lo considero bastante terco para decir que nó, aún cuando las conveniencias sociales le aconsejen lo contrario».

Don Pedro miró profundamente á Verónica al tiempo que

le alargaba la carta de Colina. La hija de Villalobos sonrió tristemente al leer el párrafo copiado. Después se acercó á Aranda y se echó en sus brazos.

Y aquella noche fué suya.



IV

Como rota una represa, se esparce el caudal de agua por la llanura, así se había extendido la invasión británica, favorecida tanto por la fortuna que presidía á sus armas, como por los errores y la ineptitud manifiesta del general Prado, hundido al peso de su desdicha en aquel mismo recinto de la Real Fuerza, en que había desenvuelto los recursos de su gobierno fructífero y honrado, el insigne Güemez y Horcasitas, entonces virrey de México. Producto de un estudio inteligente de la plaza y de sus recursos, fué la invasión, desde el primer día, avanzando victoriosamente, estrechando dentro de un círculo de hierro y de fuego al sitiado, escondido trás de los sillares de las fortalezas que venían á ser

entonces más que defensa, anticipado sepulcro. El plan del general Prado y de la junta de autoridades, fué cumplido religiosamente sin que fallara una sola base del estúpido programa: los veteranos y los marinos en los castillos, cerrados á piedra y lodo, sin más comunicación con el exterior, que la indispensable para recibir vituallas y órdenes: las milicias y el vecindario ó en la muralla de tierra ó en los campos. Entre esos dos nervios de la defensa ni inteligencia ni conexión. Tan sólo la orden aislada, más ó menos oportuna y la constante petición de auxilios á Madariaga, que se excedía en el cumplimiento de su deber, manteniendo constantemente abastecida la ciudad de toda clase de recursos.

El pabellón real británico con sus cuatro cuarteles, sus seis leopardos de oro en campo rojo, su arpa en campo azul y su león de Hanover en campo amarillo, tremoló en lo alto del monte de la Cabaña, casi al mismo tiempo que descendían huyendo despavoridos, los voluntarios defensores de aquella mísera batería de cinco cañones, opuesta para irrisión de la de-

ensa á la avalancha de las uerzas de Albemarle, que ambicionaban hacía mucho tiempo, aquella altura. El pendón de Inglaterra flotando á la vista de la ciudad, produjo un sentimiento de hondísima pena en los patriotas. Prado, solamente Prado, tenía la culpa de aquel triunfo del enemigo y de aquel ultraje á la soberanía del rey don Carlos III. El obispo Morell y las Comunidades, habíanle aconsejado al capitán general que sostuviera aquella formidable posición, con el grueso de sus veteranos, aún cuando para ello fuese preciso sacrificar toda la escuadra en una salida temeraria, verdaderamente heróica, digna de la Marina de España, conceptuada como la primera en todos los mares. [illegible] Prado, con una ceguedad [illegible] apren[illegible] se empeñ[illegible] hun-
[illegible] nal,
[illegible] Euro-
[illegible] con
[illegible] ierro
[illegible]

la actitud de la plaza fué defensiva y continuaba siéndolo y lo sería hasta el esperado desenlace de aquella empresa, como no surgiera milagrosamente un caudillo que cambiara el curso de la guerra.

Cuatro buques de la flota británica amanecieran el día anterior frente al litoral de sotavento, rompiendo el fuego sobre el castillo de la Chorrera, que defendía denodadamente Trevejos y sobre la costa en que procuraba evitar un desembarco el valiente don Luis de Aguiar, regidor del Ayuntamiento y jefe de un regimiento de milicias. Con la pobre artillería del torreón se hizo mucho más de lo que podía hacerse. A las tres de la tarde no se había resuelto aún el enemigo á aventurar un desembarco. Toda la costa era una línea nutrida de fuego de fusilería, apoyada por los cañones del castillo de la Chorrera y una pequeña batería improvisada á la mitad de la distancia de San Lázaro. Pocock, tuvo paciencia y confiado en que sería muy difícil á los de la plaza auxiliar á la fuerza que defendía el litoral, porque cinco navíos de línea batían entonces la Punta y todo el campo y las

canteras, como un huracán de hierro enrojecido, esperó á que á Trevejos y Aguiar se le concluyeran las municiones, pues aún teniendo abundancia, dado el gasto que de pólvora y balas hacían, pronto habrían de verles el fin. Conoció el ardid don Luis de Aguiar y destacó por el camino cegado de las canteras y por el de la Punta, por donde se corría mayor riesgo, dos ayudantes llevando á Prado una urgente solicitud de auxilios. En efecto, llegaron felizmente á la Real Fuerza los valientes milicianos y en tanto uno de ellos regresaba por el camino del Vedado llevando la respuesta al bizarro regidor de que en breve saldrían municiones, el otro salía con una órden para los Almacenes de la Pólvora, en el Angel y dos acémilas que debía cargar en seguida. A las dos horas, emprendía la jornada, rumbo á la Chorrera, unas veces bordeando el monte y otras internándose cuando el tiro de cañón de los buques enemigos lo obligaba á ocultarse. Fué así muy lento y accidentado el viaje que no cabía hacer tomando hacia la loma de Aróstegui, á causa de batir el terreno por allí algunos des-

tacamentos ingleses que se habían corrido de descubierta al evacuar Albemarle á Guanabacoa. Correspondiéndose con gran exactitud todos los movimientos del sitiador, con veinte y cuatro horas de anticipación al ataque de sotavento, habíase notado la presencia de fuerzas enemigas de Luyanó al camino de San Antonio. El oficial conductor de las municiones prefirió, por lo tanto, á internarse, correr los peligros de un cañonazo de la Escuadra y siguió su ruta con lentitud, viniendo á hallarse ya muy avanzada la tarde, frente á la Caleta. Allí se había establecido una pequeña batería, donde supo que era empresa temeraria avanzar más en el litoral, barrido incesantemente por el fuego de los buques. En vano esperó don Luis de Aguiar las ansiadas municiones. El oficial las dejó en la batería y regresó á la Plaza á dar cuenta de su cometido, recibiendo una órden del gobernador para que don Luis de Aguiar, con sus fuerzas, y Trevejos con sus pobres artilleros, abandonaran la costa y la fortaleza y se refugiaran dentro de murallas. Desesperados los dos valientes je-

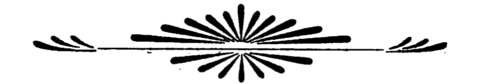
les, obedecieron la intimación y en tanto se dirigían á la ciudadela llevando por delante sus heridos, desembarcaba el almirante Pocock tres mil hombres de la tercera brigada, ocupando las lomas de San Lázaro y las cuevas de Taganana al Este y todo el monte hasta la Chorrera y el desmantelado castillo, tremolando así también, sobre aquella parte de la ciudad, la bandera del rey Jorge. Desde entonces, á diario y á todas horas, descendía de las colinas el ejército invasor en nutridos pelotones, ya á hostilizar el castillo de la Punta, á favor de las arboledas próximas, ya á cometer toda clase de asonadas en las campiñas. Habían situado su campamento á orillas del río de la Chorrera y desde las alturas de Jesús del Monte divisábanse las blancas tiendas como una bandada de palomas en reposo. Por aquellos campos, siempre verdes, por los remansos del Almendares, que engarzaba su cinta de plata en la esmeralda de la campiña, veíanse tendidos en la sombra de los matojos los soldados de Inglaterra, absortos ante el espectáculo de aquél paisaje incomparable, que se desplegaba á su

vista. El cielo de un azul purísimo, diáfano como jamás lo contemplaran, era como un mar surcado por algunas nubecillas blancas, cual copos de algodón, precursoras de la turbonada del Sudeste; el sol caía como un torrente de oro que abrillantaba desde la brizna de yerba hasta la penca inquieta de la palmas, y una brisa refrescante templaba el calor de la tórrida estación, durante la cual todo florecía en torno. Desde el bejuco de aguinaldo, que haciendo eses bordaba arabescos en la costa, hasta el grupo de frutales que rompían la monotonía del paisaje deslumbrador, todo hería la atención de los extranjeros que en un enamoramiento loco de aquel país nuevo, pletórico de luz y de perfumes bañaban el alma en que bullía el recuerdo del desolado país natal, con su frío eterno, con su cielo anubarrado, con su campo aterido por la escarcha y azotado por las tempestades del Norte.

A veces salían en grupos campo abajo, siguiendo el curso de aquel alegre río en que se reflejaba el campamento como en un gigantesco espejo, ébrios de una extraña alegría que

emanaba del paisaje, del cielo, de la naturaleza entera, alejándose sin sentir, de la zona fijada por la prudencia. Una descarga de fusilería los obligaba á retroceder casi siempre cuando el crepúsculo envolvía el campo. Eran los partidarios que velaban al enemigo en los recodos, en las quebradas, en los maniguazos, donde quiera que podía ocultarse un hombre echado y los ingleses, unos huían, otros caían prisioneros. Pero aún así, marchaban admirando el cielo estrellado ó en el lleno de la luna, aspirando á pulmón abierto las auras forestales, el acre perfume del tumba muralla, que lo embalsamaba todo á distancia. Como una hermosa mujer deja caer en el arrebato de la pasión todos sus velos, mostrando á la luz los encantos de su cuerpo rebosante de vida y de sensualidad, así aquella naturaleza opulenta y lujuriante esparcía todos sus encantos tentadores haciendo latir el corazón de aquellos hombres de otra zona y de otra sangre, trastornados por la hermosura y la seducción intensa del trópico.

———



V.

Los partidarios de Pepe Antonio, en cumplimiento de las órdenes de Prado, acababan de realizar su obra de destrucción en las orillas del río Luyanó, cegando sus pasos, hundiendo su único puente de madera y talando las arboledas cercanas que podían servir al enemigo de posiciones. El Alcalde Provincial, aún siendo respetuosísimo para el principio de autoridad que en aquellos tiempos alcanzaba las proporciones de una delegación del rey y aún pudiéramos decir de Dios, sonreíase tristemente viendo aquel trabajo estéril de sus milicianos, que en nada habría de impedir se uniesen, cuando lo tuvieran por conveniente, las fuerzas británicas de barlovento con las de sotavento.

Los ingleses tenían á su servicio, además, una flota numerosa y bien dirigida y cuando no les fuéra dado llevar sus tropas de Este á Oeste, por tierra, las llevarían por el mar, cayendo repentinamente sobre aquellos puntos fijados para un ataque. Esta ventaja inapreciable tenía el ejército sitiador sobre Prado, que metido desde el primer día, con sus tropas en los castillos, sin un solo navío á su servicio, por haberlos desarmado después de cerrar el puerto, estaba forzado á mantenerse á la defensiva en tanto las fuerzas británicas cada día estrechaban más y con mayor eficacia el sitio. Cuanto á los triunfos de Caro ya los conocemos. Sin apartarse de la zona que se había trazado entre las lomas de Guanabacoa y las de Jesús del Monte, daba por allí, como podía, sus cargas teatrales al enemigo, sin lograr estrechar un lance serio. Sus tres mil hombres de las dos armas eran sobrado visibles para realizar un movimiento sin que Albemarle lo notara antes de que se tradujese en hechos. Caminaban, pues, los lanceros del campo y los granaderos de á caballo y de á pié, horas y ho-

ras, sin que lograran avistar un sólo casacón en su ruta. Pepe Antonio, persuadido de que con semejante jefe sólo se iba á la derrota ó al ridículo, recobró su antigua autonomía, corriendo todos los riesgos y se lanzó á la campaña de guerrillas dividiendo sus fuerzas en varios pelotones que, emboscados desde Luyanó á Jesús del Monte, no dejaban un momento de la mano á los soldados de la tercera brigada acampada en la Chorrera. Por un desertor que se presentó al Alcalde Provincial, supo éste las fuerzas que habían desembarcado por sotavento, el abandono del castillo y la retirada, tras de las murallas, de los valientes milicianos de Edimburgo, mandados por Aguiar, así como otros pormenores graves, que le hicieron comprender la mala suerte que presidía todos los planes del general Prado. Reunió, entonces, á su gente, le dió cuenta de la situación, hizo jurar á todos fidelidad á la causa de España y del monarca, y los lanzó como una jauría sobre las avanzadas inglesas que embelesadas con los primores del paisaje y en la confianza de que sólo tenían que habérselas con

sencillos é inofensivos campesinos, caían segados como la miés bajo el filo de los machetes ó abrasados por el fuego de los fusiles que vomitaban desde la espesura, postas, perdigones fundidos en el campo, pedazos de alambre, y hasta chinas menudas de la playa...

Pronto llegaron á conocimiento de Prado las hazañas de aquellos valientes partidarios que á las órdenes de Pepe Antonio, el teniente Ruiz de Villaclara, (que por este nombre se le conocía), Bernardo Díaz y Bernet el Jerezano, que era un cazador terrible de ingleses, defendían el territorio palmo á palmo, facilitaban la entrada de recursos en la plaza é impedían que el enemigo se uniera ni llevara á cabo un cerco formal de la ciudad por la parte de tierra.

El mismo día en que plantaron sus tiendas los ingleses de la tercera brigada en las orillas del río de la Chorrera, llevó allí, por lo más oculto del monte, Pepe Antonio sus milicianos, armados lo mejor que les fué posible y pertrechados de parque hasta donde alcanzó la liberalidad de Castejón, gobernador de la plaza, que no

fue gran cosa. Las tiendas de los ingleses, desplegadas rumbo al Norte, enfrentaban con el mar, dando la espalda al monte. Caía la tarde: los navíos de la Escuadra, en grupos de cinco y seis, bombardeaban el Morro, muy á barlovento y la Punta, mar afuera, libres de los disparos de los Tres Reyes, obligada á responder á la vez al ataque de la flota y al de las baterías de Mac Kellar, en las alturas de la Cabaña.

La función de guerra distraía extraordinariamente al ejército de Grant, que desplegado por la campiña hasta los arrecifes, contemplaba el recio cañoneo, lanzando agudos silbidos cada vez que un proyectil reventaba sobre el castillo ó levantaba un torbellino de escombros al arrancar un pedazo al baluarte. A las dos terceras partes de la distancia de la costa al horizonte sensible, los navíos británicos puestos en facha, las velas cargadas para resistir el viento y los masteleros calados, hacían un fuego incesante sobre las dos fortalezas más avanzadas en el mar, á la vez que contra las baterías bajas del canal que los obligaban á evolucionar constantemente

después de fijada la puntería. Llevaban seis horas de cañoneo sin que de una parte y otra se indicara tregua. Contra el Morro, de lo alto de la Cabaña lanzaba constantemente bala roja una batería de bombas situada al Oeste y otra de cuatro piezas, muy fuerte, hacía fuego también emplazada en la lengua de tierra más avanzada en el mar por la parte de Cojímar. Los tres mejores navíos de la Escuadra, el «Malborough», el «Dragon» y el «Cambridge» de setenta cañones barrían con sus fuegos el canal en que asomaban como gigantesca estacada, las arboladuras de los tres buques sumergidos por orden de Prado.

Sobre la invicta fortaleza del Morro, que ya había perdido doscientos cuarenta hombres, entre muertos y heridos caía el fuego del sitiador como un chubasco infernal. A veces podían verse surcar el cielo humeantes, hasta veinte bombas juntas. Cuando esto ocurría, el castillo era un volcán. Dominando la luz solar en su crepúsculo alzábase del centro de la fortaleza una gran llamarada que teñía el cielo de rojo; en lo alto de la cortina y de los baluartes

se veía moverse á los defensores acudiendo en grupos á un solo lado. Era que apagaban el fuego producido por los proyectiles incendiarios.

Por la parte de Occidente, sobre el mar, otra explosión de fuego pareció responder á la que flameaba sobre el Morro. Era la puesta del sol. Grandes nubes color de pizarra alargadas, ondulantes como un mar que hirviese azotado por el viento, servían de marco á un cráter rojo, carmesí, violado, con llamas amarillas lamiendo grandes simas azules, cobalto fuerte, desmoronándose como derretidas en aquel mar de fuego. El rojizo foco iba apaciguando insensiblemente sus llamaradas, consumiendo el color en los extremos, disolviéndose en pálidos tintes hacia el centro simulando humaredas color de ceniza, enormes cantiles más oscuros al fondo, en tanto como tras de un velo chispeante iba descendiendo el sol al mar, oblicuando más y más sus rayos, descogiendo los velos de la noche, entenebreciendo el paisaje que á ratos se iluminaba con los relámpagos vivos de cien bocas de cañón.

Destacándose en aquella páli-

da luz del crepúsculo, en la suave ladera del río, sobre el campo que cortaba repentinamente su verde al chocar en el agrio arrecife de la costa, veíanse los uniformes rojos de los soldados británicos del 17.° de fusileros y los blancos del 42° de línea de la 3ª brigada de Grant. A su espalda, como una geométrica cordillera de multitud de pequeñas cimas, se extendía el campamento de tiendas de lona que temblaban al soplo de la brisa. Seguía el ejército enamorado de aquel campo, de aquella blanda belleza del paisaje en que resonaban los últimos trinos, de aquella apacible serenidad de los cielos que barría el Este con los soplos de la tarde.

A doscientos pasos empezaba el monte por detrás del campamento y cerrando sus extremos, iba extendiéndose al Sur, cerrando más y más, sobre el matojo y el uvero de la costa los altos piñales, tras de estos la enmarañada selva con sus troncos retorcidos y sus bejucos entrelazados en inacabable arpillera. El eco de un fotutazo rompió el silencio y como si fuera respuesta á aquella señal, una descarga desde la orilla del

monte destrozó la primera fila de tiendas inglesas la más próxima al ataque. Reconcentráronse las tropas al otro extremo, requirieron sus armas, en desordenado pelotón corrieron hacia el boscaje de donde habían partido los tiros penetrando un numeroso grupo en la espesura. Una nueva descarga hizo recular á los postreros y caer heridos á los de delante. Por un momento las fuerzas de Grant se mantuvieron indecisas, pero entonces del otro extremo del campamento se elevó una gran claridad que iluminó el paisaje. Las tiendas del 1° y 2° del Regimiento 42 ardían como si hubieran sido rociadas con un líquido inflamable. La candela venía del lado del viento y se trasmitía con rapidez extraordinaria cebándose en la lona abierta y seca como yesca. En aquel rumbo corrieron algunas compañías para aislar el incendio pero su llegada fué recibida con un tiroteo nutrido. A la luz del fuego, caían los soldados ingleses que presentaban sobre el monte sus uniformes blancos ó rojos como punto de mira. La confusión más horrible se apoderó de aquellos veteranos pero aún fué mayor

su espanto al aparecer como una avalancha sobre el centro del campamento las fuerzas montadas de Pepe Antonio, el machete desnudo, al aire, cayendo sobre el enemigo que aún no había logrado rehacerse de la sorpresa.

—¡Mueran los casacones!...

—¡Viva el Rey Don Carlos III!...

—¡Viva María Santísima!...

En el extremo del campamento, mirando al mar, había seiscientos fusileros á quienes los partidarios habían separado del resto de la fuerza. Distraídos con el bombardeo y bien ajenos de que el enemigo velaba en el monte, dejaron tras de sí sus armas y aún sus atalajes. Sobre ellos como un turbión cargó el Jerezano con su gente. Presa del pánico, unos se arrojaban al mar, otros cogían la vuelta del río para atravesarlo á nado y ganar la orilla opuesta. No faltaron quienes se lanzaron al monte donde el teniente Ruiz los acuchillaba á mansalva.

Al ruido de la lucha y la claridad del incendio, corrió á escape hacia el campamento el brigadier Grant que con un regimiento y su Estado Mayor

había salido horas antes para San Lázaro con objeto de reconocer el terreno y ver la posibilidad de atacar la plaza secundando la acción de la Escuadra. A su llegada, mostróse hondamente sorprendido del cuadro que ofrecía el campamento. La mitad de las tiendas, al Este, habían sido destruídas por las llamas, el depósito de municiones mostraba las señales del saqueo, veinticuatro bueyes conducidos la víspera al precio de seis muertos y cinco heridos, no estaban dentro de la estacada: sobre el campo gemían veinticuatro soldados y diez muertos, la mayor parte degollados nadaban en un lago de sangre sobre el cual yacían armas, correajes y chacós... Difícilmente hubiera aceptado aquel viejo militar como un hecho verosímil que cuatrocientos hombres mal armados ocasionaran tal destrozo. En tanto lograba imponer el orden en el campamento y organizar una vigilancia que por desgracia había descuidado, camino de Jesús del Monte marchaban los valientes partidarios comentando el hecho de armas realizado, bien surtidos de fusiles y de tiros y con una

impedimenta de setenta y siete prisioneros y veinte cabezas de ganado.

El coronel Castejón recibió en la Puerta de Tierra la comisión enviada por Pepe Antonio con el teniente Ruiz, puso á buen recaudo los prisioneros y el ganado y fué á notificar el hecho al general Prado que se limitó á decir:

—Ahí ha andado la dirección del coronel Caro... Es mucho hombre....

En aquellos momentos Caro preparaba una sorpresa poniendo en juego dos batallones, contra una casa de Corral Falso en que se albergaban ciento cincuenta soldados ingleses.



VI.

Verónica y Aranda podían considerarse casados moral y aún canónicamente. Días después de haber recibido la carta de Colina, asistieron á la misa de alba en la iglesia de San Juan de Dios y al volverse el sacerdote para dar la bendición á los fieles, que se reducían á unos cuantos enfermos y soldados heridos, bendijo sin intención de hacerlo, á los dos jóvenes que, arrodillados, se habían dado las manos y cambiado el sí de ritual, quedando, ante su conciencia, consumado aquel matrimonio por la sanción del celebrante, que al verlos en aquella actitud comprendió de lo que se trataba. Listo anduvo don Pedro en legalizar por medio de aquel artificio, muy usual entonces y admitido por

los Cánones, una situación verdaderamente peligrosa para él, porque horas más tarde se aparecía en el Hospital el señor de Villalobos á reclamar su hija. Tanto el doctor Medrano como el Superior de los juaninos explicaron al Factor aquel extraño caso, alegando que á la entrada de Aranda gravemente herido en aquella santa casa, venía acompañado de la joven que se decía su esposa quien para ser admitida á la asistencia de don Pedro, empezó por declarar que era hija de don Gaspar de Villalobos y su esposo el herido. Toda la responsabilidad del mundo y de la ley no podían alcanzar á don Pedro, conducido sin conocimiento, directamente, desde la fortaleza al Hospital. El factor comprendió las razones expuestas y comprendió aún más: que no cabía denuncia ni perseguir á Aranda por un delito que no había fraguado y en el que solo tenía una participación muy relativa. Pero Villalobos iba á San Juan de Dios á recoger á su hija y no desistió de su propósito, haciéndola llamar á su presencia. Tan esperado tenía Verónica aquel trance que su llegada no la sobrecogió. Con la

serenidad de quien ha procedido con perfecto conocimiento de sus actos y que por lo tanto, cree hallarse de acuerdo con su conciencia, adelantóse con apacible semblante al encuentro de su padre para besarle la mano, según uso y costumbre de aquel tiempo. Villalobos la rechazó sin aspereza y ella se quedó de pie, ante él, triste pero sin demostrar sonrojo.

—Habeis procedido de una manera incalificable—dijo severamente el factor—y además con crueldad. ¿Os habían hecho algún daño vuestros padres, niña?

—Ninguno, señor: —respondió Verónica—yo os pido perdón humildemente pero... no podía proceder de otro modo del que he procedido.

— ¿Ignorais que sois menor de edad y que estais y estareis aún, por mucho tiempo, bajo la autoridad paterna? ... ¿Que os puedo castigar? ... ¿Que os puedo encerrar para siempre en un monasterio? ...

—Todo lo sé, señor... mas no hareis eso por no hacer desgraciados á muchos seres...

—Preparaos para venir conmigo á la casa paterna que no debísteis jamás abandonar...

Vamos... venid antes de que la vergüenza me ahogue...

—Señor: —dijo humildemente Verónica—dadme permiso para despedirme de mi esposo...

—No me lo nombreis—gritó Villalobos exaltándose por grados.—No me nombreis á ese...

—¡Señor!—gimió la niña—por Dios, no lo ofendais... yo os lo ruego de rodillas.

Y se echó á los pies del Factor que comprendió toda la grandeza de aquella pasión de su hija.

—Pues vamos... venid que la litera nos aguarda.

Saltándosele las lágrimas, siguió Verónica á su padre.

Con anterioridad habían hablado ya Aranda y Verónica del probable, del casi seguro caso de que sus padres vinieran á recogerla y á llevársela.

—En tal contingencia—habíale dicho don Pedro—obedece sin rebelarte. Cuando pasen estos días negros del sitio y vuelva la calma para todos, yo sabré buscarte, bien mío, yo sabré arrancarte á todas las fuerzas del cielo y de la tierra que contra nosotros se conjuran. Naves tengo siempre listas para valerme de ellas, trasladándote

á otro pais donde podamos ser dichosos viviendo sin recelo.

—¿Y si me obligan á entrar en un monasterio, don Pedro? —preguntó Verónica.

—Aún cuando fueras monja profesa y tuviera que cometer un sacrilegio. Por más que esta vez—añadió Aranada turbado por el recuerdo de su resonante calaverada de México—no haré más que recobrar lo que me pertenece, pues eres mi esposa delante de Dios... ¿No es cierto? ...

—Tuya en la vida y en la muerte—dijo la hija de Villalobos sollozando.—Nada será capaz de apartarme de tí...

Con este pacto, vió sin desesperación Verónica el desenlace de su idilio. Sin poder despedirse de Aranda abandonó el Hospital de San Juan de Dios en que había sido tan dichosa durante unos días, para ella inolvidables y subiendo á la calesa dispuesta por su padre, no tardó en hallarse en la casa paterna á una de cuyas habitaciones interiores fue relegada en castigo de su liviandad y atrevimiento. Allí iba muy á menudo á verla su tía, escandalizada de cuanto había sido capaz de realizar aquella mosqui-

ta muerta, como ella decía, aquella niña boba que no era capaz, en apariencia, de romper un plato. La madre de Verónica, más piadosa ó más tierna, por ser madre, fue menos cruel con la niña limitándose á echarla en cara su ingratitud y su crueldad, haciéndolos sufrir tantos días de incertidumbre con su desaparición.

Después, ya recobrada un tanto la calma, tratóse formalmente en familia de resolver aquel conflicto, cerrando la boca á la maledicencia, aunque á decir verdad, hallábase sobremanera preocupado el vecindario, (ya reducido á su más mínima expresión con el bando de Prado) para dedicarse á comentar el rapto de la niña de Villalobos. «Némine discrepante», resolvióse que Verónica ingresara en las Claras, como en un principio se había dispuesto, saliendo para Bejucal donde se hallaba la comunidad, y donde habían sentado, también, sus reales, los frailes franciscanos. Allí estaría bien vigilada la muchacha, sus intentos de escapatoria serían inofensivos por la vigilancia de las madres, y don Pedro de Aranda, deso-

rientado, no se atrevería á realizar una investigación ó no pensaría en ello, considerando á Verónica én poder de sus padres y bien guardada.

La esposa de Aranda, que así podemos ya titularla, se hizo fuerte ante aquel infortunio que venía á visitarla. Resignóse con su mala-ventura, obedeció humildemente á los autores de sus días, guardó prudente silencio ante las malévolas reticencias de su tía que se había trocado en un verdadero escorpión siempre con la ponzoña en ristre y á la semana siguiente salió para Bejucal bien custodiada. no sin haber hecho llegar unas líneas escritas de prisa pero muy amorosas, á don Pedro, para tranquilizarlo y llevarle algún consuelo. Prometíale constante memoria y eterna fidelidad y terminaba diciendo que si estaba dispuesto por Dios que ellos volvieran á juntarse, ya se juntarían.

Don Pedro, en medio de su hondo pesar, celebró la determinación de Villalobos que arrancaba á Verónica á los peligros de la ciudad sitiada. Ya él daría con ella cuando hubiese cumplido con sus deberes de patriota. Restablecido de su

herida, pidió de nuevo á Colina influyera para que se le destinara á la defensa de una fortaleza. No quiso volver á la Punta porque no abrigaba ni confianza en su gobernador Brizeño ni le tenía simpatías. Hallólo desde el primer día incierto, flojo en la defensa, como atortolado por el fuego de la Escuadra enemiga que caía sin cesar sobre aquellos bajos muros y aquel menos que mediano baluarte. Colina consiguió de Prado que fuese Aranda al Morro y para allí salió con los trescientos defensores que procedentes del interior habían llegado, finalizando junio, enviados por Madarraga siempre celoso y puntual en su misión de socorrer á la plaza con todo género de auxilios.

En las barcazas que servían de transporte de noche á la gente de la ciudad que iba y venía á los Tres Reyes, trasladose Aranda ansioso por presenciar aquella heroica defensa que Velasco y el Marqués González hacían de la acosada y maltrecha fortaleza. Gran admiración le produjo ver la entrada del castillo por estantes, pues las puertas estaban cerradas y abarrotadas con toda cla-

se de obstáculos. Desde el principio de la pendiente que iba al mar, se sentía el trabajo del sitiador en cuyo campo se alzaba batería tras de batería, amaneciendo cada mañana con un nuevo parapeto la obra de los aproches. Allá abajo, en la entrada del canal, asomaban aún los palos de los navios sumergidos, yendo de veleta á veleta la gruesa cadena de maderos, cabrestantes y hierros que se había echado al principio del sitio para cerrar el puerto. La luna alumbraba el mar tranquilo que limpio de embarcaciones todas recogidas en las ensenadas y playazos del puerto, parecía una lámina de acero pulimentado en que se retrataban el cielo luminoso y el perfil de las costas.

Según iban avanzando los refuerzos en su camino, dábanse cuenta de lo adelantado de los trabajos del sitio. En una línea casi paralela á los baluartes del sur pasaban por encima de sus cabezas los proyectiles de la Cabaña en que ganaban cada día terreno las baterías inglesas. Se tiraba sin descanso, ya sobre el Morro, objetivo principal del sitiador, ya sobre las fortalezas que lo hostiliza-

ban, desde la bateria de la Punta y Santa Teresa hasta las de la Real Fuerza secundadas por los navíos de la Real Escuadra «Tigre,» «Infante,» «Aquilón» y «Perla.» Colina movía con un fervor y un entusiasmo admirables aquellas pobres naves mal armadas que la estulticia de Prado perdonó en el desarme general de la flota.

Al penetrar en el Morro con sus compañeros don Pedro de Aranda, pudo comprender la situación crítica de la heroica fortaleza. Desde el camino cubierto hasta el revellín de la entrada, barría de Este á Oeste toda la muralla un huracán de fuego. Donde quiera se veían las huellas de las balas inglesas y el deterioro de sus granadas. Sobre el pavimento de la gran terraza á que caían cinco baterías, las más fuertes de la plaza, tres al mar y dos á tierra, destacabánse grandes manchas sangrientas. Por rampa se descendía al cuartelillo de los artilleros donde se había establecido el hospital de sangre. Aranda, conducido por el teniente coronel Montes, para quien llevaba una carta de Colina su protector, fué reco-

rriendo las distintas dependencias de la fortaleza, sin que en una sola dejara de verse la señal del estrago. Era un fuego constante que amenguaba de noche y arreciaba al amanecer, manteniendo en constante vela á los defensores.

En la cortina del Nordeste se hallaba el gobernador de la fortaleza, don Luis Vicente de Velasco. Montes dió con gusto algunos informes á Aranda, acerca de aquel bravo marino, de aquel intrépido soldado, la honra de la defensa, que decía él, en aquel horrible desconcierto. Tenía entonces cincuenta y un años cumplidos, había nacido en la villa de Noja, provincia de Santander, y estaba cansado de mandar con gloria los mejores navíos de la Real Armada. Era de regular estatura, más bien delgado que grueso, nervioso y vivo á todo extremo, condición que mantenía á cuantos lo rodeaban en actividad constante.—Nadie sabe cuando duerme—dijo Montes.—A todas horas se le ve cruzar con el catalejo en la diestra, ora por los baluartes más avanzados de tierra, para fijar la situación del enemigo, ya visitando las dependencias del cas-

tillo, enterándose del estado de las municiones, de las vituallas, del agua. Es de hierro para resistir las fatigas del sitio. Tiene si no fe en el triunfo, que no lo creo, la firmísima voluntad de no entregarse, de defender este castillo hasta el último trance, hasta que hayan caído por tierra sus muros, volado sus almacenes de pólvora y pasados á cuchillo todos sus defensores.

Aranda contempló con admiración á Velasco, á quien algo conocía por haberlo visto varias veces en compañía de Colina y Racines.

—Ya veis, pues, mi joven amigo: —dijo Montes sonriendo—el que entre aquí puede hacerse cuenta que ha penetrado en su sepulcro. Venís en compañía de grandes antecedentes de valor; pero aquí los encontraréis no menos dignos.

Velasco, seguido de sus ayudantes, se había aproximado al teniente coronel Montes y al verlo acompañado de Aranda, saludó á éste. Se hallaba un poco pálido y delgado, por efecto de las fatigas y, sobre todo, de la falta de descanso.

—Comandante—dijo Montes saludando militarmente—este joven militar os viene recomen-

dado por el capitán del «América». Sale convaleciente de San Juan de Dios, después de haber sido curado de una grave herida de casco de granada, en la defensa de la Punta. No ha querido volver allí... no sé por qué... ha preferido servir á vuestras órdenes.

Velasco miró con afecto á don Pedro y le alargó la mano.

—Venga en buen hora—dijo—un valiente más á este castillo donde no será arriada la bandera mientras nos quede un aliento. Tengo de vos las mejores referencias... Colina os profesa buen afecto. ¿Habeis servido en la Marina? ...

—Señor... en Bahia Honda...

— ¿En qué buque? ...

—En el «Africa» allí denodadamente hundido...

—Buen antecedente... Valeis ahora más para mí... ¿Fuísteis herido? ...

—Gravemente, comandante...

— ¿Y dónde servís ahora? ...

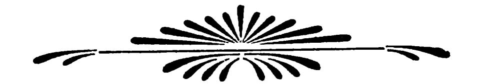
Aranda quedó confuso.

—En arma alguna—respondió—sirvo voluntariamente. A donde me hagais merced de destinarme.

—Quedais agregado á mi Estado Mayor. Teniente coronel

Montes; dadle vuestras instrucciones.

Y Velasco después de saludar á Aranda, continuó su marcha en reconocimiento de las baterías. Don Pedro siguió en compañía de Montes que recorría los pelotones de fusiléros colocados en todos los réductos.



VII.

La soledad cayó sobre el alma de Verónica como una pesada losa. Quien como ella acababa de disfrutar todas las dulces expansiones del amor en brazos del hombre que adoraba, no podía acostumbrarse á aquel aislamiento á que la habían condenado cruelmente y envidiaba á cuantos dentro de la ciudad y aún más, dentro de las fortalezas, corrían los peligros del sitio. Acompañada por su padre llegó á Bejucal donde se habían establecido las monjas Claras provisionalmente y á su superiora fué entregada con el pretexto de arrancarla á los riesgos del bombardeo de la plaza, que no podía tardar en ocurrir. No dijo Villalobos ni una palabra que referirse pudiera al matrimonio secreto de

Verónica con Aranda, porque ello significaría publicar su deshonra. Limitose el factor á recomendarle vigilasen con gran estrechez á la niña, pues andaba en ciertos noviazgo que en modo alguno convenían á su posición, nombre y circunstancias. Para mayor eficacia de aquel servicio, hizo entrega á la madre superiora de una crecida limosna en efectivo destinada á costear los gastos que ocasionaría el hospedaje de Verónica, con mayor motivo en aquellos días de escasez y carestía. La muchacha había de vestir el velo en tanto se hallase al abrigo de aquel monasterio y más adelante, vista su vocación, se pensaría en que profesase. Dada la brillante posición social de Villalobos, su cuantiosa fortuna y su influencia, tal promesa era un verdadero regalo para la Comunidad, que al confirmar Verónica sus votos, recibiría una dote de algunos miles de ducados como correspondía á su rango. Inútil es decir que la paloma fué desde entonces bien guardada por aquellos gavilanes, como presa valiosa que había de producir en su día pingües ganancias al convento

y mayor honra y prestigio á la comunidad.

Bejucal contaba entonces con doscientos cincuenta habitantes, por lo cual, con el refuerzo de las doscientas y pico de religiosas y los frailes franciscanos, vino á alcanzar más del doble la población, que guardaba la tercera compañía de milicias locales, al mando del capitán Regidor don Manuel Jiménez de Valdespino. Dos compañías más de milicianos contaba Bejucal, de las cuales, la primera al mando del capitán don Juan Francisco Martínez Etor iba á salir de un momento á otro para la Habana á reforzar su guarnición y la segunda, con su teniente Rodríguez del Rey defendía en aquellos momentos el puerto y surgidero de Batabanó donde se había improvisado una batería de cuatro cañones.

Las monjas claras habían sido alojadas lo mejor que se pudo en el palacio del marqués de Bejucal, que lo cedió generosamente, magnífica construcción que podía medirse con las mejores de la Habana. Procurose ante todo, conservar la clausura que había sido rota con dolor

de las profesas, durante el accidentado viaje. Puestas á salvo las alhajas del culto, se estableció la capilla en el comedor principal de la planta baja, á donde daban las rejas de los aposentos que hacían el papel de locutorio. Las monjas de belo blanco entre las cuales se encontraba Verónica, disfrutaban de libertad relativa, no por benevolencia de la superiora sino porque las circunstancias obligaban á vivir como era posible, en comunicación casi constante con el exterior, por las frecuentes alarmas en el vecindario y por la falta de servidumbre que hiciera los servicios domésticos con la regularidad que se practicaban en el monasterio de la Habana.

Frente al edificio convertido en convento, se veía á todas horas las fuerzas de milicias acuarteladas al aire libre ó bajo los portales, para evitar una sorpresa del enemigo. Este, en número de mil y quinientos hombres, acababa de entrar á saco en Santa María del Rosario y San Miguel, causando grandes destrozos en las fincas, destruyendo los aparatos de hacer azúcar y poniendo á tributo el vecindario. Las noti-

cias de la asonada llegaron á Bejucal casi al mismo tiempo que las menos malas de Batabanó, de donde con una débil batería y la segunda compañía de milicianos bejucaleños mandados por el bizarro teniente Rodríguez del Rey, se había rechazado el ataque de dos navíos impidiéndoles realizar el desembarco.

Pero las nuevas de la invasión tenían mal impresionados los ánimos, temiéndose con razón que de un momento á otro se presentaran las fuerzas inglesas en el pueblo, para continuar sus empesadas tropelías. Las monjas y los frailes vivían con el credo en la boca, temblando mas que por sus personas por las riquezas del culto que tenían ocultas; pero no tanto que una confidencia cualquiera, no dejara rastro para que los herejes cayeran sobre tan rica presa. De noche salían secretos emisarios al campo, llevando bultos disimulados con los hábitos, en dirección al monte. Puede afirmarse que las dos comunidades no dormían pensando en el destino de su plata y su oro, mucho más que en el porvenir de la Iglesia si la Habana quedaba por el Rey

Jorge y no por el Rey don Carlos III.

Los franciscanos en sus confetencias no se limitaban á criticar acerbamente la desdichada gestión de Prado sino que se lanzaban á censurar la política del Rey de España, entregado, decían, á extranjeros como Tanucci, Grimaldi y Squilache, parásitos de la Corona y enemigos jurados de Roma. El provincial de San Francisco, culpando de todas las desgracias de la nación al pacto de familia, declaraba sin empacho que Carlos III haría un excelente alcalde; pero que sería siempre un pésimo monarca, como acababa de demostrarlo, rompiendo la sabia política de neutralidad observada por su antecesor Fernando VI. Si á tanto se atrevían los frailes, tratándose del Rey, puede suponerse como saldría de sus manos el infeliz general Prado á cuya ineptitud se debían los triunfos ingleses. El Provincial insinuaba que terminada la guerra, como Prado no fuése condenado á la horca no había justicia en la corte de España. El tesoro se derretía como azúcar en agua entre las manos del gober nador de la Plaza que tal vez

de acuerdo con Villalobos el factor, aparecía ostensiblemente invertido en gastos y obras de defensa, cuando había quien afirmaba que muy buenas talegas habían salido de la Habana ya y situadas en punto salvo para cualquier contingencia. La inversión de fondos desde el comienzo del sitio, hacíase sin consulta no ya de la Corte: pero ni siquiera de la Audiencia de Santo Domingo.. Entre Madariaga y Prado y éste y el Factor andaba el pandero y lo tañían los tres á maravilla. Quienes había de pagar, al cabo, los platos rotos, serían los monasterios é iglesias, porque en el caso de una derrota ó de una capitulación, si Albemarle no encontraba oro oficial en que enterrar sus garras de condenado hereje, forzosamente habría de buscar el botín en otra parte y ésta sería sin duda alguna la Iglesia. Ni aún el Obispo Morell de Santa Cruz escapaba á la censura de los frailes. En tiempo había tenía el prelado soplo de la que se tramaba por los ingleses y pudo haber facilitado naves á los monasterios para poner á salvo en Costa Firme sus riquezas. Entonces ya no quedaba otro

recurso que entregarse en las manos del Todopoderoso que no abandonaría á los suyos. Con esto y con lamentar su ausencia del magnífico convento, el palacio más expléndido de la Habana, tal vez en ruinas por efecto de los cañones ingleses, pasaban los días los franciscanos más que en oración en constante murmuración, azotando los hábitos por la calle principal de Bejucal y visitando sus diez y ocho casas en solicitud de limosnas que más necesitaba el pueblo para sí en aquellos momentos que la comunidad más rica de la isla.

Verónica, desde el momento de su llegada, sólo pensó en la fuga. No era posible que pudiera habituarse á aquella existencia, propia de gente servil, acostumbrada á la abdicación de la propia voluntad, afecta á la servidumbre y la hipocresía En su torno jamás veía una fisonomía franca y abierta, una mirada leal. Las monjas no se tomaban ni el trabajo de fingir un cariño que no sentían. Desde el día de su ingreso, comprendió que era vigilada, que se le seguían todos los pasos, que los ojos bajos miraban furtivamente y no la perdían un se-

gundo de vista.. Pensó escribir á Aranda, pero en breve se persuadió de que su deseo era una locura. El tiempo no alcanzaba allí para rezar: se rezaba furiosamente, desde el Ave María al salir el sol, hasta el Angelus y después durante toda la noche, había turnos para velar ante el tabernáculo. Era algo parecido á la Adoración Perpétua. Siempre había una monja postrada delante del altar, un rosario que iba y venía entre las manos con rumor de sonajero, una voz gangosa que mascullaba padrenuestros ó una mirada torcida de lechuza que seguía á la joven del refectorio al coro, del coro al locutorio, y de éste al huerto ó á la celda. Sin mirar, sabía Verónica que la seguían, que la vigilaban como se vigila á un enemigo. A las pocas horas de haberse puesto el velo blanco, que por cierto sentaba admirablemente á la bellísima hija de Villalobos, fue ésta llamada por la madre superiora al aposento que le servía de celda con otras tres madres del capítulo, porque eran muy pocas las habitaciones y tenían que estrecharse.

—¿Cómo os llamais, hija mía? —preguntó la madre.

—Verónica Villalobos, mi querida madre—respondió la esposa de Aranda.

—Sois muy joven, ¿verdad?

—Diez y siete años cumpliré por la Páscua.

—Oh... sois una niña...... Que dicha para la Comunidad que tomara el velo de nuestra santa una criatura tan inocente y pura... Porque eso lo dice el rostro, hija mía.... Yo no creo en ninguno de esos horrores de noviazgo de que me han hablado.... ¿Verdad, hija mía, que nunca habeis pensado en eso?...

Verónica bajó la vista avergonzada. No quería mentir y, sin embargo, para sus planes necesitaba inspirar confianza á las madres.

—Vamos... responded...... ¿me habré equivocado?....

La muchacha, que era muy resuelta, se armó de toda su presencia de ánimo.

—No os habeis equivocado, mi buena madre,—dijo.

—¿No me engañais?...

—¿Puedo jurar?...

—Aunque no es bueno, siendo para fines saludables, yo os autorizo para que jureis.

—Pues yo os juro, mi querida madre, por este santo crucifijo

—y tomó el de su rosario, besándolo—que no tengo novio ni pienso en tenerlo.

—Te creo, hija mía; la maledicencia nunca descansa. No te extrañe haber sido calumniada: Nuestro Señor Jesucristo lo fué

Verónica, en efecto, no mentía. Desde que Aranda era su esposo, claro está que había dejado de ser su novio. Por lo tanto, lo del noviazgo era una especie absolutamente calumniosa.

Desde aquel día la superiora, tranquila respecto de Verónica, parece que dió orden de que no se la acosara con una vigilancia inútil. Pasábase ya las horas en la capilla rezando porque Dios salvase á don Pedro de todo peligro, ó sentada en un rincón del huerto pensando en el que ocupaba por entero su corazón. Maduraba á la vez su dislocado plan de fugarse del convento, costara lo que costara. El único camino libre para ello era cojer monte, internarse y sino moría extraviada dentro de la espesura, ya saldría como Dios le diese á entender. En aquella alma animosa llena de generosidad y abnegación, la virtud del sacrificio ocupaba más lugar que ningu--

na otra. Estaba firmemente convencida, de que una mujer que ama, no debe reconocer obstáculos ni temer á peligros ni á dolores, tratándose de demostrar su lealtad al objeto amado. Lo demás no es amar sino dejarse amar, cuando más, convertirse en ídolo para que el amante se arrodille ante él y le eche incienso. El amor había de ser mútuo: no para uno el placer de ser querido, la adoración y los agasajos y para el otro el sacrificio, el tormento de la ausencia y los peligros. Si ella y Aranda eran dos cuerpos con un alma debían repartirse á tramos, aquella calle de la Amargura que recorrían, llevando el calvario entre los dos para hacerlo más ligero.

Mas ¿cómo huir? ..... ¿de que medios valerse para burlar la vigilancia de aquellos Argos de cien ojos que no la perdían pie ni pisada? Desde el punto y hora en que fracasara el primer intento de fuga, este sería irrealizable por completo. Allí no cabían tentativas: la primera sería la última. Decidióse pues, á esperar, á dejar venir la primera coyuntura para utilizarla resueltamente y para

acabar de desorientar á las madres, se entregó como ellas, furiosamente, á las prácticas de devoción. No salía de la capilla, no dejaba el rosario de la mano, pasábase las horas en mística contemplación, aunque á decir verdad, más que por las regiones celestes, viajaba en aquellos momentos Verónica por los risueños paises de su ilusión, renovando el recuerdo de las delicias pasadas, agitándose por tornar á ellas, por volver á los brazos de su esposo para no abandonarlo ya más que con la muerte.

Como en el mundo de la religión se vive en absoluto de apariencias, no tardó la comunidad en comentar la edificante conducta de Villalobos, á quien la Santa Madre Clara había tocado en el corazón, preparándola, casi repentinamente, para la hora gloriosa de tomar el velo como profesa. Con esto está demás decir, que la vigilancia encomendada por Villalobos cesó por completo.



VIII.

De dos alturas prominentes, por igual bien dispuestas y situadas, podía observarse la Habana en toda su extensión: desde el promontorio en que se asentaba la fortaleza de los Tres Reyes y su prolongación de los montes de la Cabaña y desde la loma de Aróstegui de la cual hacía muchos días que se apoderaran los ingleses. Contemplábanse mútuamente los dos campos desde las dos atalayas y podían juzgar de sus situaciones respectivas, muchas veces sin tener que apelar al catalejo. En las laderas de la loma de Aróstegui, donde años después había de construirse un excelente castillo, movíanse las tropas inglesas caían sobre la llanura en incursión constante, tenían sus diarias

escaramuzas con los partidarios que velaban en el monte el menor descuido y algunas veces se extendían en avanzadas hasta el Horcón, punto de mira de sus propósitos. Próxima á la de Aróstegui la loma de San Antonio era posición enemiga también, ocupada por mil hombres de infantería y una compañía de caballos, fuerzas que destacaba Grant desde la Chorrera, su cuartel general invadiendo todas las llanuras y colinas cuatro leguas en circuito. Desde tan eminentes posiciones, veían distintamente el trabajo de defensa del Morro y los apuros de los sitiados, cuya única comunicación consistía en naves y barcazas que iban de la Real Fuerza á la Pastora y la batería del Sol. La plaza, cerrada por completo, día y noche por el cordón de sus murallas de tierra, permanecía silenciosa, en abandono completo del resto del territorio si Pepe Antonio y sus guerrilleros no se encargasen de protestar de la invasión con sus valientes correrías. En las lomas de Mayo, de Soto y de la Luz y en el camino cegado de Luyanó tenían sus guaridas os partidarios, dejando mu-

cho más atrás, hacia Guanabacoa el cuartel general del coronel Caro, que no siempre se aventuraba á recorrer aquella zona con sus veteranos. Entendió, tal vez, por esto Pepe Antonio que el coronel de puro des dén lo había olvidado, autorizando á las partidas á que trabajasen por su cuenta, comunicándose directamente con el gobernador de la plaza. Esto dió grandes ánimos á aquellos valientes que no reposaban un instante en su voluntaria tarea de degollar ingleses, arrebatarles todas las presas de ganado y vituallas que podían y hacerles prisioneros. Un capitán inglés que se aventuró río abajo con algunas fuerzas, en un bote, fué cazado y muerto, siendo enviados á Castejón trece prisioneros. Los demás tripulantes de la barca enemiga quedaban debajo del agua. Prado envió una carta de felicitación á Pepe Antonio, á quien llamaba «mi valiente y querido regidor», manifestándole que sus hechos quedaban escritos y serían puestos en conocimiento de su magestad el Rey don Carlos III. A los pocos días arremetió el bravo alcalde de Guanabacoa contra las avanzadas

inglesas matándoles veintiseis hombres. Algo más tarde, remitió á Prado once prisioneros más, recibiendo una nueva carta del gobernador felicitándolo por su fidelidad al Rey y su constante lealtad á la religión católica.

El enemigo llegó á cobrar verdadero terror á los partidarios que se aparecían en los campamentos de noche, en medio de grandes chubascos, saliendo del monte ó de las aguas del río, como caídos del cielo. Pateaban el terreno sin sentirseles: conseguían confidencias de milagro, cortaban, á lo mejor, las operaciones más bien dispuestas del enemigo desesperándolo. Los ingleses pusieron precio á las cabezas de Pepe Antonio, Ruiz y el Jerezano y sobre ellos andaba siempre una columna fuerte de mil hombres. Pero los partidarios, una masa compacta á la hora del ataque, se abrían en abanico á la hora de la retirada y desaparecían cual si la tierra se los hubiese tragado. Tenían sus señales propias para distinguirse, sus luces en las lomas, sus fotutazos en el monte y llevaban siempre atraillados muchos perros bravos, arranchadores, á quie-

nes temían más los enemigos que á los fusiles y los machetes. En torno de Pepe Antonio y sus valientes secuaces, pronto brilló la aureola de la popularidad más grande y merecida. Los campesinos los sacaban en coplas, casi todas depresivas para el coronel Caro, que veía con rabia como se sobreponían á su prestigio aquellos milicianos indisciplinados, brutos y ladrones, según su dictamen, pero que llevaban sobre sí, alegremente y sin costar un solo ducado al gobierno, todo el peso de la defensa por la parte de tierra. Empezó á incubar, entonces, en el alma envidiosa del inepto coronel de dragones un odio ciego para Pepe Antonio, á quien, con gusto, hubiera abrasado las entrañas con un cuarteron de postas, sino temiera á las consecuencias que pudiera acarrearle su traición. Mas resuelto á quitar de enmedio aquel estorbo que le contrariaba, colocándolo en dudosa posición con Prado, buscó un medio hábil de inutilizar al intrépido Alcalde Provincial de Guanabacoa y una tarde, seguido de numerosas fuerzas, como operaba siempre, se presentó de improviso en el campamento de

los partidarios en la loma de la Luz. Formó Pepe Antonio, rápidamente, sus milicianos, para recibirlo, adelantándose respetuoso á saludarlo.

—Sobre vos vengo, señor regidor — gritó Caro groseramente al enfrentarse con el valiente capitán de las milicias que aparecía á caballo delante de sus fuerzas, atónito ante aquel exabrupto. Os habéis constituído, sin duda, en general en jefe y es necesario que ante esos milicianos que tan mal mandais, os haga salir de vuestro error.

—Coronel — balbuceó Pepe Antonio aturdido, llevando la diestra á la altura del chacó.

—Silencio, señor regidor— interrumpióle Caro aún más grosero é iracundo que al principio.—Ahora hablo yo bajo cuya autoridad y cuya espada están, por su magestad el rey don Carlos III, todos los que me escuchan. Habéis procedido como indisciplinado y rebelde, habéis creído orgullosamente que mandabáis fuerza con absoluta independencia del jefe del campo que soy yo. Por insubordinado pudiera muy bien haceros fusilar, que en la tierra como en la guerra, señor regidor y el

que manda manda....... Pero me conformo con enviaros á vuestro oficio concejil, que habrá de sentaros mejor y seros más útil que las emp[illegible] [illegible]ilitares. A ver capitán Rubianes de la cuarta del segundo — gritó dirigiéndose á las filas más próximas de su fuerza montada — haceos cargo de esos milicianos y dirigíos con ellos al cuartel general. Y vos, señor regidor, entregadme vuestra espada y...... podeis marcharos á donde tengaís por conveniente.

La bóveda celeste que se hubiera venido abajo de pronto, con estruendo, no hubiera producido en el bravo alcalde provincial mayor sorpresa. Ya habían desfilado á golpe de cajas y toque de clarín las tropas veteranas, desaparecieran ya tras de los matojos los fieles milicianos de Pepe Antonio y este inmóvil, como petrificado, la espalda contra un alto jobo que fijaba casi el vértice de la altura permanecía sin dar señales de existencia. La vista empañada, como si un velo la enturbiase, la cabeza sobre el pecho, los brazos caídos haciendo colgar aún más larga de lo que era la casaca, allí quedó sólo, enteramente sólo, como olvida-

do, como arrojado á un rincón por la bofetada injusta, incivil y cruel del bárbaro soldadote. Algo más tarde, no sabía ni el tiempo transcurrido, sintió el galope de un caballo, muy cerca, y compuso el semblante venerable y noble donde el ultraje inesperado había impreso una huella que no se borraría jamás. Cuando alzó la vista vió á uno de sus fieles milicianos ante él. Traía un pliego de parte de Caro. Pepe Antonio lo recorrió rápida y ansiosamente: era su destitución oficial. Hizo una seña al partidario, demostrando quedar enterado, como despidiéndolo; pero el miliciano no se movió.

—Capitán—dijo—la sorpresa no nos permitió darnos cuenta. Ya lo hemos pensado por el camino...... volveremos muy pronto á vuestro lado.

—No hagais tal, amigos míos—dijo vivamente Pepe Antonio.—Obediencia al superior y lealtad á la patria. Todo se aclarará....... dejad al tiempo que es testigo de grandes verdades..... Adios, adios...

He hizo como que partía él para que el miliciano volviera grupas. Cuando se determinó á mirar á su espalda; ya había

desaparecido. Y se quedó, de nuevo, arrimado al jobo, contemplando el vasto anfiteatro que se desplegaba ante su vista. La brutalidad de Caro, en que palpitaban la envidia, la grosería y el despotismo de un soldado inepto y oscuro, hirieron á Pepe Antonio en lo más íntimo, en lo más hondo de su noble corazón de patriota y aquel vigoroso carácter se vino á tierra como el árbol secular que hiende el rayo en toda la suprema pujanza de su sávia y de su verdor. Un desvanecimiento extraño, como la rotura de algo que interiormente lo sostenía, lo hizo postrarse. Cayó aterido ó paralizado de parte de sus miembros sin procurar resistir aquella fuerza que lo derribaba. Cayó y miraba en torno suyo y miraba el pliego de su destitución allí arrugado, al alcance de sus manos y de su vista como miraría un león al cual hubieran arrancado por sorpresa las garras y los dientes. Un instante poreciole que todo había muerto en él y cerró los ojos; pero al sentir que latía en su pecho con la fuerza de un desbordado río aquella sangre impetuosa que lo cegaba y que aún hervía en su cerebro próxi-

mo á estallar, rebelóse contra la postración que lo paralizaba de todos los miembros, dejando libre solamente aquella mirada en que se había refugiado su alma valiente buscadora de peligros. Hizo un movimiento formidable para enderezarse y á medias se enderezó y otro aún mas fiero para ponerse de pie; pero aquel torreón de músculos acerados, que descoyuntaba sor damente la parálisis, vino al suelo como una masa inerte, chocando la hermosa cabeza de caudillo, desgreñada y sudorosa, sobre el haz de sus armas que había puesto al lado..... Y allí se quedó á dos varas de la puerta del bohío cuyas hojas habían sido arrancadas para combustible, hundido en la som bra que proyectaba el alto jobo, la frente constelada de gotas de sudor, que era entonces como un rocío de muerte en aquel semblante cadavérico alumbrado de resfilón por el sol moribundo, que se sumergía en un nimbo dorado trás del Almendares.

Pero los ojos de águila enamorada de las alturas seguían abiertos, espasmodicamente abiertos, sin fijeza, perdidos en el vasto anfiteatro de humo y

de fuego que marcaba el perfil de la plaza sitiada. Allí se desplegaba con todo el aparato de una infernal confusión el cuadro pavoroso del asedio. A sus pies, como á un kilómetro del campamento, el Horcón que ardía en medio de una lluvia incesante de proyectiles incendiados, era el centro y objetivo de los morteros de How posesionado desde el día anterior de la loma de las Animas después de dos cargas de los partidarios y de dos retiradas por el camino de San Antonio en cuya planicie se destacaban las blancas tiendas inglesas orientadas rum bo al Norte; tras del campamento, como una media luna de azulados tonos, la zanja real cortada en la Chorrera y desbordada de mar á mar, esto es, desde las faldas de Aróstegui hasta el camino de Jesús del Monte cerca de Luyanó, bañaba la campiña arrastrando cuanto el campesino, en su huída, había abandonado; á la derecha, á la izquierda siguiendo el perímetro de la ciudad en toda su extensión, techumbres que ardían mezclado sus tonos rojizos con las últimas llamaradas del sol poniente que alumbraba melancólicamente el paisaje.

Hacia la boca del puerto, la conflagración afectaba las proporciones de una visión diabólica. El Morro, el sublime baluarte, la inexpugnable fortaleza se había convertido en un volcán. Sobre los muros denegridos llovía la metralla: de un lado partía de las piezas de Mac Kellar, que posesionado de la altura de la Cabaña, estrechaba los aproches contra el bastión de tierra donde se movían los defensores como hormigas en la obra de defensa: del otro seis bombardas que á la boca del puerto batían la base del morro y los muros de la Punta, en tanto la batería de la Fuerza, más avanzada en el mar y la Pastora, tronaban al fuego de fusilería para mantener á raya al sitiado que destacaba pelotón, tras de pelotón sobre los muelles de Regla y Cojímar.

De todos los extremos del cuadro, desde la Chorrera hasta San Lázaro y desde San Telmo á las murallas del Arsenal, cerca de San Isidro, la ola de fuego, el hierro en ignición rasgaban el espacio azulado; las camisas embreadas como cometas de flameante rastro cruzaban y caían sobre las techum-

bres de madera y de guano produciendo el incendio: En el barrio de Campeche, en medio de la Plaza de Bayona se elevaba una espantable pira, cerca de Belén, hospital de sangre, otra, en la Escuela Práctica de Artillería volaron dos sacos de pólvora, barriendo el placer y lanzando al aire los techos de dos barracones.... Mas allá, cerca del polvorín, junto al Angel se movían grandes masas de tropa que iban á embarcarse para el Morro y llevado por la brisa, llegaba al caudillo caído, presa de la desesperación, el ronco retumbar de pedreros y culebrinas, el sordo rodar de trenes de batir, los gritos que el eco llevaba de un confín al otro del paisaje donde latía un dolor sordo, angustioso, grito de desánimo y de postración inmensa. Y las columnas de humo blanco ó negro según el combustible que mantenía la hoguera seguían subiendo de todos los extremos del horizonte, cruzando los nubarrones negros de la turbonada, entoldando la breve luz crepuscular, barriendo torres y agujas y simulando gallardetes y grímpolas en la arboladura de aquella cobarde escuadra encerrada en

Triscornia para vergüenza de Prado y sus consejeros. De las alturas de la Cabaña abandonadas, formidable posición perdida neciamente por los sitiados y utilizada sabiamente por el sitiador, bajaba en dos rumbos opuestos un mar de llamas: al norte, sobre el Morro cuyos dos medios baluartes del sur demolían las piezas de Mackellar, al oeste sobre los tres castillos de la orilla opuesta la Punta, San Telmo y la Fuerza que respondía ya debilmente á los cañones enemigos. Levantando nubes de polvo, que esparcía la brisa, demolían los defensores un bastión entero junto á la Real Fuerza, para construír una batería. Bajo la Cortina de San Telmo, respaldada contra ella, los fondos casi en la arena, la valiente fragata «Perla» batía sin descanso los morteros ingleses y barría la ribera de los muelles para evitar el descenso del sitiador dueño de multitud de embarcaciones. Cada vez más apagado, llegaba el eco del cañoneo contra la Punta; dos navíos ingleses batían la fortaleza que respondía debilmente á sus fuegos.

Al caer la noche, multiplicose

aún el horror del espectáculo. El fuego, el humo, el incesante tronar del cañón y del fusil, los gritos de los combatientes, lo llenaban todo.

Era como si palpitase, como si vibrara en los aires el dolor intenso de todo un rebaño mísero de defensores dispersos, sin punto de mira á qué dirigir el ataque. Inmensa suma de arrobas de pólvora consumida en una función de fuego de artificio, mayor suma aún de plomo, de hierro, de chinas pelonas, de botes de metralla, disparados al azár incesantemente, sin descanso, horas y horas en un sublime arrebato de cólera colectiva, de desesperación furiosa pero impotente, en tanto la obra del asedio se realizaba paulatina y ordenadamente, al minuto y á la hora, en progresión constante, cual si un hilo invisible moviera los impulsos aislados de los sitiadores.

Rozando el recinto amurallado, bajo sus mismas troneras, allá cerca del Arsenal, esplendió de pronto una llamarada inmensa: seis, quince, veinte, cincuenta casas fronteras á la Puerta de Tierra, ardían bañadas de alquitrán y brea para dejar espacio libre á la artille-

ría de tierra que pretendía detener á How. Lució como una explosión volcánica en los comienzos de aquella noche memorable y sus olas de siniestra luz bañaron desde la Seiba hasta la loma de Soto, iluminando el camino de San Antonio sobre el cual cargaban las patrullas de How para posesionarse de la loma de Aróstegui débilmente defendida desde el monte por las partidas de campesinos que mandaba entonces el capitán Rubianes, por la destitución de Pepe Antonio y que facilitaba el aprovisionamiento de la ciudad, sostenido desde el principio del sitio por el inteligente y activo Madarraga.

Entonces fué cuando el heroísmo de Pepe Antonio, su fe en las armas de España, su ciego fervor por la causa del señor rey don Carlos III, se rindieron á la espantosa realidad del vencimiento, de la derrota.

Ya habían llegado á él como un rumor que sola á medias quiso aceptar, las noticias del desastre, trasmitidas por varios de sus más fieles guerrilleros. En las sombras de la noche habían llegado algunos para contarle la realidad horrible. El Horcón, baluarte de los parti-

darios ardía desde por la mañana. Prado, el caudillo de la desdicha y el marqués del Real Trasporte, jefe de la escuadra entregada cobardemente á Inglaterra sin disparar un cañonazo, habían corrido con sus servidores á refugiarse á San Isidro, á donde no llegaban las balas inglesas y allí se hacían tratar á cuerpo de rey, en tanto las tropas y el pueblo se alimentaban de legumbres y frutas.

El Prior de Santo Domingo estaba con ellos y también don Sebastián Peñalver Alcalde Mayor, tratando de vencer las últimas débiles resistencias del gobernador para pedir la capitulación. El Prior, sobre todo, era implacable.

—¡General!... general: evitad, por Dios el saqueo... ¡el saqueo!... ¡la profanación de los templos!... los atentados horribles de una chusma sin Dios contra las vírgenes del Señor!...

Velasco, aquel noble caballero, aquel bizarro y valentísimo militar, ídolo de Pepe Antonio, su émulo, mejor dicho, herido, maltrecho por un casco de granada en el esternón, había sido retirado del adarve

y lo sustituía Medina... la Punta abandonada por Briseño antes de haber perdido un solo sillar, ni un solo hombre... Habían salido huyendo para la plaza, descolgándose por sogas, despavoridos... espantados... La Fuerza, el heróico castillo-palacio no hacía fuego. Un atajo de palaciegos, de servilones, de gente ociosa y cobarde, hacía estragos en la despensa, en tanto Albemarle preparaba el asalto...

Y como una serpiente de plata, el ramal de la Zanja, cortado, desbordado en torrente, seguía adelantando su silenciosa invasión, anegando la campiña y destruyendo los sitios abandonados, y los frutos ansiados por un pueblo hambriento que en manadas, presa del terror, descendía en grupos por las vertientes suaves de Luyanó empujado por las fuerzas inglesas que desde Cojímar, á marchas forzadas, tomaban la vuelta de la pequeña península para unirse con las fuerzas de desembarco que movía How en todas direcciones.

¿Qué restaba ya? ... Un grupo de seiscientos ó mil hombres desperdigados en torno de s lomas de Soto, de Mayo y

de la Luz, inquietos, bullendo como gente acosada, buscando salida en aquella ratonera cuya parte más avanzada en el mar, vomitaba fuego y cuya retaguardia relucía con los sables de los sitiadores. He ahí á qué había quedado réducido el plan de defensa de la inepta Junta presidida por Prado.

Contemplada la plaza sitiada por dentro, de un extremo al otro, Pepe Antonio se examinó á sí mismo. Sintiéndose morir, hizo como un postrer exámen de conciencia. A saber la injusta, la estupenda determinación de Caro, se hubiera hecho matar muchos días antes, en el primer encuentro con el enemigo. Verdad que entonces no hubiera podido formar aquel batallón de quinientos guerrilleros guajiros y negros de Managua y Buenavista, empujados por don Pedro Calvo de la Puerta, el gran patriota, á la defensa de la patria y de la Religión... ¡Qué triunfo!

Quinientos campesinos armados de machetes de calabozo, habían derrotado diez veces al inglés, se habían bañado en su sangre, habíanse armado y vestido con el botín arrebatado á fuerzas veteranas... Tres en-

cuentros, ciento y tantos prisioneros, treinta y tantos muertos y una combinación desbaratada... Entonces pensó en Caro, hiriéndole otra vez la injusticia de aquel soldado inculto y grosero, incapaz de apreciar la nobleza del esfuerzo de un pueblo heroico. Caro humillándolo, Caro despreciándolo, Caro destituyéndolo, cuando Guemes y Horcasitas y Tineo y Peñalosa lo habían distinguido siempre, lo habían honrado, le habían conferido puestos de confianza en la primera guerra con el inglés, en que estuvo á su cargo la vigilancia de la costa entre Bacuranao y Jaruco.

Una honda amargura penetróle entonces, como un puñal hasta el corazón. !Oh! él había dado á Dios, á la patria y al monarca todo lo que tenía: su juventud, su hacienda, su sangre, casi cuarenta años de existencia de lealtad, de abnegación. Y un soldado obscuro, derrotado allí mismo, acosado y batido y ahuyentado á puntapiés desde Guanabacoa, lo arrojaba á un rincón amenazándolo con un Consejo!... ¿A él?... ¿Y por qué? ¿Cuáles eran sus delitos?... Apoderarse de un

convoy enemigo, defendido por triples fuerzas que las suyas, hacerles quince ó veinte bajas, mantener limpio de sitiadores el camino de Guanabacoa y todo Jesús del Monte hasta el Horcón, rechazar por tres veces el ataque formidable de How apoyado por artillería de sitio... enseñar al ejército como no se defiende una plaza encerrado dentro de los muros del recinto, cuando el adversario invade los campos, realizar más hechos de guerra con campesinos bisoños mal armados, que compañías bizarras de granaderos y dragones con relucientes sables y brillantes chacós... ¡Caro,! ¡Caro no era un jefe despótico y lleno de envidia, receloso de todo mérito y de toda valentía que pusiera de relieve su incapacidad. Caro era la personificación del ejército con toda su tradicional soberbia y todas sus ínfulas, menospreciando el esfuerzo noble y desinteresado de un pueblo lleno de lealtad y de valor, capaz de las más sublimes heroicidades teniendo un caudillo á su frente... Ah... sí, ahora veía claro... él estorbaba allí... ya podía morirse. En aquel simulacro de defensa, en

que se contaban los errores por el número de las resoluciones de Prado y de sus jefes, hacían falta cómicos para llevar adelante la farsa, no defensores.



IX

El fuego del enemigo había hecho una horrible carnicería en los defensores del Morro. Las balas rojas y las granadas reales, caían por centenares sobre aquellos bastiones que en vano se procuraban restaurar de noche de las brechas abiertas por el día. Trescientos negros trabajaban sin descanso en las murallas; pero el amanecer los sorprendía sin haber terminado su trabajo, rompiendo de nuevo el fuego los cañones ingleses sobre el castillo y derribando las obras hechas con tanto trabajo durante la noche. A ochocientos hombres ascendía la fuerza de defensa, habiendo sido retirados cerca de trescientos, fuera de combate, por los proyectiles enemigos. Reiteradamente pidió Velasco á Prado

que organizase un cuerpo de gente armada para asaltar las alturas de la Cabaña, interrumpiendo la obra del asedío que progresaba extraordinariamente; pero el gobernadór de la plaza, alegando que no podían desampararse las fortalezas para aquella aventura fué aplazando un recurso que pudo dar al principio excelentes resultados. Los castillos combatían solos, recibiendo todo el empuje del sitio, lo mismo por tierra que por mar: el fuego del sitiador hacia constantes estragos en los sitiados y de prolongarse esta situación, en breve se acabarían estos, rindiéndose las fortalezas por falta de defensores. Velasco insistía en que era necesario hostilizar constantemente, por tierra, al enemigo, asaltar las trincheras enérgicamente para dar algún descanso á los castillos; pero cuando se pensó en utilizar esta táctica se hizo de manera tan desgraciada que desacreditó por completo la tentativa. En el primer ataque á las baterías inglesas, sufrieron los intrépidos asaltantes más de cincuenta bajas, ahogándose una gran parte de los que huían, por querer descender demasiado de prisa y

embarcarse con más prisa aún. La posición en que asentaba sus baterías Mac Kellar, era formidable. Desde la altura de la Cabaña, barrían las balas toda la parte de la plaza que daba frente á la entrada del puerto y aún más atrás, sobre la Punta y el barrio del Angel colocados bajo los fuegos de la principal trinchera inglesa armada con veinte gruesos cañones de sitio.

A pesar de su gran solidez, la Real Fuerza amenazada de quedar por tierra, apagó casi por completo sus fuegos, trasladándose Prado y los miembros de la Junta al hospital de San Isidro con escándalo del pueblo que sacó en romances irrespetuosos aquella prudente retirada del gobernador de la plaza, á donde no alcanzaban los tiros ingleses. Veíase en esto la segura señal de un triste desenlace. La Real Fuerza y el Morro constituían la parte más sólida de la defensa. Si ambos castillos empezaban á flaquear, ¿qué era lo que restaba para oponerse al empuje del enemigo? Vino á poner el colmo al desaliento la noticia de hallarse gravemente herido el valiente Velasco. La noticia circuló

por la plaza rápidamente. Tres navíos uno de tres puentes y dos de setenta cañones, rompieron al amanecer sus fuegos contra el Morro á la vez que todas las baterías inglesas del monte de la Cabaña. Velasco, que comprendió la importancia y gravedad de aquel doble ataque, hizo prodigios de inteligencia y de valor para que no fuera aquel día el último de la defensa. Mas de seiscientas bombas cayeron sobre aquellos muros, causando doce muertos y cuarenta ó cincuenta heridos. Uno de los navíos tuvo que retirarse llevando fuego á bordo y ciento sesenta bajas entre heridos y muertos. Casi al terminar la jornada, Velasco recibió un golpe de casco de granada en la espalda, teniendo que ser retirado á toda prisa de las baterías juntamente con buena parte de sus oficiales heridos también. Escribió entonces á Prado solicitando relevo por hallarse enfermo, siendo trasladado al anochecer y conducido á San Juan de Dios. El sentimiento producido por este suceso, podía apreciarse de dos maneras, porque se reunían el dolor de ver herido á un jefe tan valiente y esforzado y la pre-

sunción de que no había nadie en la plaza capaz de sustituírlo en puesto de tal peligro. Por toda la ciudad no se escuchaba más que esta exclamación: —¡Don Vicente de Velasco herido!—

Y el pueblo, amigo de adelantarse siempre á los sucesos, exagerando su pesimismo, circulaba á las pocas horas la falsa nueva de que el gobernador del Morro había muerto. Grandes grupos se habían aglomerado á los muelles cuando llegó el bote conduciendo al bravo comandante del «América». Coincidió la afluencia de pueblo con la llegada de refuerzos enviados por Madariaga: eran veteranos de todas las armas, mezclados en montón, sin poder apreciarse á simple vista los cuerpos á que pertenecían. Prado y Castejón el sargento mayor ante las solicitudes de Velasco, disponían el refuerzo de la guarnición del Morro con lo que podían recoger de las tropas del interior. Llegaban de Sancti Spíritus como unas siete compañías y á ellas se habían agregado tripulantes de la fragata «Venganza» con cabos de cañón y algunos oficiales de infantería de marina.

—Carne para el matadero—dijeron algunos casi en los oídos de aquellos desdichados que en su mayor parte llegaban hambrientos y rendidos de cansancio. Miraban con semblante hosco á la muchedumbre que los rodeaba y algunos pedían de comer. El servicio de administración era pésimo. Muchos destacamentos se pasaban veinticuatro horas de rancho á rancho. En el cuartel de la infantería acumulábanse los refuerzos pero no las provisiones y generalmente las fuerzas que llegaban en ayunas, salían en el mismo estado para sus destinos. Los soldados no se guardaban para murmurar. Algunos decían que más temían á morir de hambre que de los tiros del inglés. De la Punta y de las baterías que coronaban la plaza frente al canal, se gritaba á los jefes que los mandaran á pelear al campo. El fuego de cañón de los buques y del monte de la Cabaña, los abrasaba constantemente. Estaban en el fondo de los castillos recibiendo los proyectiles incendiados y explosivos hacía un mes largo y aquello no tenía trazas de terminar. En algunos puntos la indisciplina se manifestaba sin

rebozo. Artilleros improvisados tenían á su servicio cañones que no sabían disparar. Cargaban barbaramente las piezas y estas reventaban haciendo estragos. Hubo necesidad de que fuese fijada por Castejón la medida exacta de las cargas. Muchos defensores habían abandonado de noche la ciudad descolgándose por las murallas al glasis y cogiendo monte. Sobre la puerta de la Tenaza y la de Tierra, se acentuaba la vigilancia por temor al asalto de las fuerzas inglesas que recorrían las planicies de la Chorrera al Horcón, sin encontrar obstáculos. Muchas veces ocurría que al dirigirse los refuerzos á la plaza eran recibidos á tiros. Entonces se enviaba un soldado con bandera blanca, se alzaban los puentes y se abrían las puertas. La confusión más horrible se había apoderado de todos. Prado recibía á cada momento denuncias enérgicas de Albemarle, contra los actos de bárbara crueldad que perpetraban los partidarios en los alrededores. Grupos de cuarenta ó cincuenta partidarios se rendían al ser rodeados, y en los momentos de ser conducidos al cuartel general, sacaban los

cuchillos y los enterraban en el vientre ó en el pecho de las tropas. Después se daban á la fuga favorecidos por las sombras de la noche ó por el conocimiento del terreno.

Cuando el enemigo entraba en los pequeños poblados, para suavizar sus ímpetus de saqueo los campesinos se apresuraban á ofrecerle cuanto poseían. Los alojaban con fingido afecto y, cuando más descuidado se encontraba el invasor, acababan con él por los medios que les sugería la más refinada crueldad. Se le ofrecían frutas del país y encima grandes cántaros de aguardiente, que provocaban horribles cólicos cerrados. Otras veces pegaban fuego á los bohíos por los cuatro costados, cuando los ingleses dormían, arrojando después grandes piedras sobre la hoguera. Los generales ingleses dieron órden terminante, bajo las penas más severas de que ninguna fuerza durmiera en los poblados, prefiriendo acampar al aire libre. Entre las tropas hacían estragos el vómito negro y las calenturas. Pasaban de tres mil los soldados enfermos, habiendo muerto más de mil y quinientos en menos de cuarenta días.

Al cuartel general de Madariaga afluían diariamente grandes grupos de campesinos pidiendo armas y sitio dónde pelear. Casi ninguno quería ir á la plaza. Preferían unirse á las fuerzas milicianas que operaban en los campos. A merced del enemigo la propiedad rural, el campesino abandonaba sus predios, internaba á la familia en lo más intrincado del monte, y buscaba un arma para defender la patria, el suelo, el monarca y la religión. Madariaga pro. curaba escoger entre los que se presentaban, aquéllos más decididos y resueltos para enviarlos á Prado, que incesantemente pedía refuerzos para cubrir las bajas de las fortalezas. Hecha la selección, los enviaba en pelotones armados, viajando día y noche, al mando de un oficial de veteranos. Al cuartel general llegaban también los refuerzos del interior. Por allí acababan de pasar tres compañías de milicias procedentes de Puerto Príncipe, al mando de don Diego de Velasco, don Esteban Varona y don Pascual Guerra. A dichas compañías se unieron milicianos voluntariamente enganchados en Santiago de las Vegas y Bejucal.

En derredor de este último pueblo, guardado como ya hemos dicho, por una compañía de milicias, rondaba hacía tiempo un fuerte destacamento inglés, posesionado de las lomas próximas, de donde bajaba en patrullas armadas de fusil y alguna vez con cañones de montaña, á atacar la pequeña población. Las alarmas eran tan frecuentes, que nadie dormía de noche. Los gritos de ¡al arma! lanzaban fuera de las casas á los vecinos, muchos de los cuales preparaban su huída, temerosos de ser atacados de un momento á otro. Por aquellos días, circuló más insistentemente la noticia de que un cuerpo de ejército, al mando del brigadier Haviland venía sobre el pueblo. Por más que el alcalde procuró tranquilizar los ánimos, ya no era posible que existiera sosiego en un vecindario que acababa de tener exactas noticias de la ocupación y saqueo de Santa María del Rosario. Los pormenores del hecho pusieron los pelos de punta á frailes y monjas. Un pelotón de fusileros, con bayoneta armada, se presentó en la capilla, desnudó á la Santísima Virgen del Monserrate, amenazó con la

muerte al cura, padre Antonio Muñoz; se llevó los ornamentos sagrados y después de beber aquellos herejes gran cantidad de aguardiente, sirviéndose del cáliz, y de hacer bailar al cura párroco ante el altar, como otro nuevo rey David, se retiraron llevándose cuanto de valor había en el pueblo, menos el azúcar en cajas, porque no pudieron cargar con él por falta de acémilas. Esto ocurría, porque los habitantes, á la proximidad del enemigo, lo primero que hacían eran dar libertad al ganado que se metía por el monte, privando con esto al invasor de todo medio de transporte.

Las nuevas del peligro que corría Bejucal, llegaron pronto á conocimiento de Villalobos, quien resolvió ir á recoger á su hija en poder de las Claras, cuando éstas se preparaban á abandonar su provisional alojamiento en previsión del asalto del invasor. Reinaba en la población y más aún en el convento, una confusión extraordinaria, haciéndose los preparativos de marcha á toda prisa. Verónica, presa de una agitación que en vano procuraba disimular, comprendió aue aque-

lla era la ocasión en vano buscada para ir á reunirse con Aranda. Si la dejaba escapar, tarde volvería á ofrecérsele otra más propicia. Afanadas las madres en la salvación de sus riquezas, habían descuidado por completo el cuidado de las novicias, que recorrían la finca cuando y cómo mejor les parecía, habiendo algunas roto la clausura en circunstancias muy escandalosas. Verónica supo elegir el momento oportuno, aquel en quela alarma ponía sobre las armas á la pequeña guarnición, arrojaba á la calle á los atemorizados vecinos y hacía esconderse á las esposas de Jesucristo, espantadas á la sola imaginación de que los herejes pudieran entrar á saco en el monasterio. Con los hábitos monacales y el velo blanco, aprovechando la confusión de aquella tarde, abandonó el convento por la parte que daba al monte, y encomendándose á Dios de todo corazón, se internó en la espesura, resuelta á morir de hambre ó de fatiga antes que soportar una separación horrible y una esclavitud que repugnaba su alma.

Aún no se había alejado un tiro de pistola de la plaza de Be-

jucal, cuando el estruendo de los disparos de fusil y el toque de arrebato de las campanas la hicieron detenerse en su camino. Los ingleses debían hallarse atacando la población que acababa de abandonar. Parecía aquello providencial. Más providencial hubiera hallado el casa si supiera que su padre don Gaspar de Villalobos se encontraba á la vista del pueblo cuando sonaron las primeras descargas. Comprendiendo que nada adelantaría con penetrar en Bejucal en los instantes del asalto, volvió grupas con sus criados, en dirección á la Habana, encomendando á la milagrosa madre Santa Clara la protección de su hija. Esta llena de temor, mantúvose en el lindero del monte, sin atreverse á avanzar ni á retroceder, reflexionando, en tanto, á donde iría con aquellos hábitos que no fuerra llamando sobre ella todos los peligros. Habíase escondido entre las matas, poniendo oído á los rumores que venían de fuera. Así pudo percibir vagamente el estruendo de la fusilería y los disparos de cañón, con los gritos de los combatientes, viendo más tarde el tropel de vecinos que corrían á

refugiarse en el monte, entre los cuales debían llegar soldados, porque distinguía el ruido de las armas al tropezar con la maleza. Aventuróse entonces á salir de la espesura, para reunirse á los refugiados, cuya vanguardia se mostró sorprendida al encontrarse con una monja por aquellas maniguas. Verónica, animosa como nadie, dió una sencilla explicación á los vecinos, entre los cuales había tres ó cuatro milicianos que trataban de dirigirse al cuartel de Madariaga para incorporarse á las fuerzas allí reunidas. La hija de Villalobos, no sin temor de que la desmintieran, dijo que la residencia del marqués, en que se hallaba establecida la Comunidad, había sido asaltada, que las madres habían huído en todas direcciones y que ella, presa del espanto, corriera hacia al monte para evitar los atropellos del enemigo.

—Quisiera—dijo de la manera más natural del mundo—ir á reunirme con mi padre el factor don Gaspar de Villalobos, á la Habana; pero los hábitos que visto, me harían caer pronto en poder de esos herejes. Si me hicierais merced de propor-

cionarme vestidos de hombre, unida á las fuerzas que salen para la plaza, podría llegar á casa de mis padres sin obstáculo.

La explicación satisfizo á todos, compadecidos de la juventud, belleza y distinguido linaje de la novicia, na tardando en ofrecérsele el uniforme de un miliciano mal herido en la refriega, á quien acababan de internar en el monte, mientras tanto, se buscaba el medio de proporcionarle mejor asilo. Sorpresa hubiera causado en los buenos vecinos de Bejucal contemplar el empaque y buen talante de la novicia, convertida rápidamente en defensor de la patria: tan bizarramente llevaba el uniforme la hija de Villalobos; pero no tuvieron ocasión de admirar aquella transformación, porque al buscar á la joven en la espesura para custodiarla hasta el cuartel general de Madariaga, había desaparecido y por parte alguna se dió con su rastro. Con una discreción admirable, comprendió Verónica que el secreto de su sexo sería imposible de guardar por tantos testigos y logrado ya su propósito, emprendió la fuga como un venado, es-

ta vez huyendo no de las madres Claras, sino de los buenos bejucaleños que la habían proporcionado el salvador disfraz.



X.

Desde todos los extremos de la ciudad estaban fijos los ojos en la fortaleza de los Tres Reyes, objetivo de Albemarle y Pocock. Su construcción irregular, según lo permitía el risco donde se asentaba, componíase de un medio baluarte en lo más angosto de la punta, cuarenta varas alzado sobre las olas que lo combatían. En el ángulo más saliente de ese baluarte, descollaba el torreón del Morrillo, atalaya de doce varas de altura, desde la cual se anunciaban á la plaza, por toques de campanas, las velas á la vista. Completaban la fortificación por el lado del mar, á continuación del medio baluarte dicho, cuatro cortinas siguiendo el perfil del peñasco, en las cuales había montados hasta quince cañones gruesos

con sus bocas al mar. Cerraban las cortinas descriptas, con un baluarte cuadrado, en el cual abrían cuatro baterías de bronce, con igual mira. De este baluarte ascendía una escala plana ó rampa, hasta un elevado torreón que competía en altura con el Morrillo, mostrando una de sus caras al mar y la otra á tierra, guarnecidas ambas, así como sus flancos de culebrinas de bronce de buen calibre. Corría sobre este cuerpo de fortificación una nueva cortina que terminaba en otro baluarte idéntico al anterior, mirando á barlovento, á la bahía y á la ciudad. En él estaba el gran aljibe con agua suficiente para mantener una guarnición por mucho que se prolongase un asedio. Un foso muy profundo abierto en la roca viva, ceñía todo el lienzo intermedio y los dos baluartes laterales, dejando una entrada cubierta, defendida por gruesa estacada al campo, todo de arrecifes muy ásperos por aquel rumbo.

Dando frente á la bahía, alzábase al poniente un gran lienzo de muralla de cuarenta á cincuenta varas de extensión, terminando en una rampa que bajaba al Morrillo, defendido á

la izquierda por otro baluarte cuadrado con cuatro cañones gruesos, dos mirando al fondo del puerto y dos á la boca. Allí existía otro aljibe tan bueno y capaz como el primero. Bajaba del pie del Morrillo otra rampa hasta la Plaza de Armas, teniendo al Norte la capilla y sala de oficiales, con cuarteles altos y bajos, para el alojamiento de las tropas, separados por calles regulares. Al interior de la hermosa fortaleza, modelo de construcciones de su género en aquella época, estaban establecidos los calabozos, las bóvedas para la pólvora, todas á prueba de bomba, y el cuerpo de guardia. Frente á éste se abría la puerta del Castillo, con su rastrillo y puente levadizo, alzado desde el principio del sitio para no bajarse más. Como ya hemos dicho, se entraba en la fortaleza por medio de estantes de madera ó gruesos escalones que se retiraban después de haber servido su objeto. Una suave pendiente llevaba hasta el embarcadero desde la puerta de la fortaleza, en cuya cortina principal se izaban las banderas de señales. Un parapeto guardaba esta subida con dos cañones. Po-

cos meses antes del sitio, habíase construído por el gobernador Güemez y Horcasitas, á la parte Sur, bajo el castillo, una batería en forma de media luna, á la cual se trasladaron los cañones de la antigua batería «Los doce apóstoles», menos uno que fue castigado, porque en aquellos tiempos ni aún lo inanimado se escapaba del castigo. Púsose á esa batería por nombre el Sol y todos sus fuegos miraban á la boca del puerto. Siguiendo el nivel de la costa, á quinientas varas del Morro, se había construído también, por aquel entonces, la batería la Pastora, muy baja, resguardada y oculta tanto como ofensiva para los navíos que tratasen de forzar la entrada. Tenía doce cañones de hierro de los desechos de la Escuadra.

Relevábanse en el activísimo servicio de la fortaleza, desde el traslado del gobernador herido á la plaza, don Antonio Bartolomé Montes, jefe de las fuerzas de infantería, y el marqués González, comandante del «Aquilón» y gran amigo de Velasco, cuya suerte se empeñó en correr desde el principio. Era hombre de una energía y tena-

cidad de carácter dignas de admiración. Frustrados sus ardientes deseos de salir al mar con los buques de la flota, entendió que el honor de la marina debía sostenerse en la defensa de las fortalezas, pidiendo el primero que lo destinaran al Morro como punto de más compromiso y peligro. Al ser herido Velasco, vino á sustituirlo en cuerpo y alma, prestando aliento con su animoso espíritu á la guarnición, pasando malas noches con el soldado, comiendo mal y de prisa el mismo rancho, muchas veces sin sentarse, al pié de los calderos colocados frente á las puertas de los cuarteles. La existencia se había hecho trabajosísima. Día y noche se mantenía el fuego para evitar el asalto y tras de las cortinas y de los baluartes, velaban constantemente pelotones de artilleros con el botafuego al alcance de la mano, en tanto patrullas de infantería rondaban los torreones y los terraplenes, las rampas y los rastrillos. Cada media hora se relevaban los centinelas para que estuvieran bien despiertos y al sonar un tiro en el adarve, corría un destacamento á defender el punto batido por los cañones in-

gleses ó desportillado por sus granadas.

Desde el baluarte de barlovento se divisaba la posición enemiga, cada día más próxima á los muros. La mina bajo la roca avanzaba hora por hora y los defensores del castillo no tenían recursos para contraminar, según confesó con gran frescura el jefe de ingenieros coronel Ricard. Todas las noches se percibía el sordo ruido de zapa en los cimientos y las fuerzas se hallaban preparadas debidamente para que en el mismo instante de reventar la mina cayeran sobre el enemigo sin permitirle utilizar el boquete abierto en los muros.

El general Prado, por efecto de las tristes impresiones recibidas de labios de Velasco en San Juan de Dios, resolvió tentar un postrer ataque á las posiciones inglesas que avanzaban amenazadoras sobre la Plaza y el Morro. Constituyóse una fuerza con una compañía de fusileros de montaña, milicianos de tierra adentro, al mando de Juan Bonito Luján y los miguebetes voluntarios de la plaza con alguna gente recién venida del cuartel general de Madariaga.

Desde la ciudad y desde los muros del Morro, contemplábase aquella tarde el embarque de la expedición militar contra las posiciones de la Cabaña. Una multitud de embarcaciones menores llevaban pelotones de soldados y gente armada á la ribera opuesta, distinguiéndose lo abigarrado de aquella tropa, pero apreciándose también su enérgica resolución de batir al enemigo. Subieron por el alto del Almacén de la Marina, bordeando la loma principal ocultos por la maleza. A buena altura desaparecían, tomando por la derecha la vuelta de las posiciones inglesas, que no se veían, más que por la bandera británica izada, desde la población. La señal de ataque fue un cañonazo del Morro, cañonazo que fue seguido de un fuego graneado por todas las baterías, rumbo á las trincheras de Mac Kellar. Por el lado de la Cabaña respondió otro fragor: el de la fusilería de la fuerza española, que atacaba las posiciones enemigas. Un cuerpo de negros y campesinos armados de machete, sorprendió la guardia y entró á degüello. Pero el enemigo se repuso en breve del ataque, respondiendo

á él los fusileros reales con un fuego mortífero avanzando, á la vez que del lado de Cojímar un destacamento de cincuenta caballos caía sobre la fuerza de Luján, desorganizándola y dividiéndola en grupos. Era ésta de cerca de seiscientos hombres: de ellos cayeron junto á las trincheras casi doscientos, una tercera parte se dispersó corrien do hacia al Morro, cuyas puertas éstaban tapiadas, siendo barridos á cañonazos por la batería real, situada en el reducto de Santo Tomás; el resto de la expedición lanzóse loma abajo, hacia la había, persc-guida por los fusileros ingleses, que los abrasaban á descargas cerradas. Eran presa del pánico; caían de la altura y rodaban por la pendiente hasta el arrecife. Las balsas enviadas por Hevia, marqués del Real Transporte, no alcanzaban á recoger la gente. Caían los perseguidos al mar en masa, por racimos, nadaban algunos hacia las embarcaciones y se hundían antes de alcanzarlas.

El cielo se había anubarrado y caían gruesas gotas de tormenta. Viéronse entonces entre los que el miedo arrojaba al agua, alzarse unos bultos oscu-

ros, horribles, que zambullían cerca de las balsas y vogaban en medio de una mancha rojiza. Eran los tiburones que hacían su caza. Hacía poco tiempo que el terrible escualo se conocía en Cuba. En grandes manadas habían llegado de Africa siguiendo las expediciones negreras que sembraban de huesos el fondo del Océano. Gritos desesperados partieron entonces de la orilla opuesta. Desde las embarcaciones, los marineros esgrimían bicheros y remos para ahuyentar los carniceros peces; pero el mar cubierto de humanos despojos era presa ambicionada de los tiburones, que á docenas surcaban el canal, yendo y viniendo en torno de los náufragos del miedo y de los que, heridos de bala ó bayoneta, no habían tenido fuerzas para salvarse en los botes.

El Morro seguía tronando: todos los baluartes de tierra hacían fuego sobre la Cabaña y al poco rato también las piezas de la cortina que daba al mar, se defendían del ataque de cuatro navíos en facha contra la valiente fortaleza.

En la muralla de tierra estaba Aranda sirviendo con seis arti-

lleros una culebrina. Hacía dos horas largas que se mantenía en aquella ocupación, invirtiendo los minutos de descanso en contemplar apenado aquel desastre de las fuerzas de Luján destrozadas por los ingleses. Montes vino á revistar aquel lado y se acercó á don Pedro.

— ¿Qué tal os parece, caballero Aranda?

—No me digais, mi querido coronel—respondió.—Me aflige presenciar esta horrible carnicería....

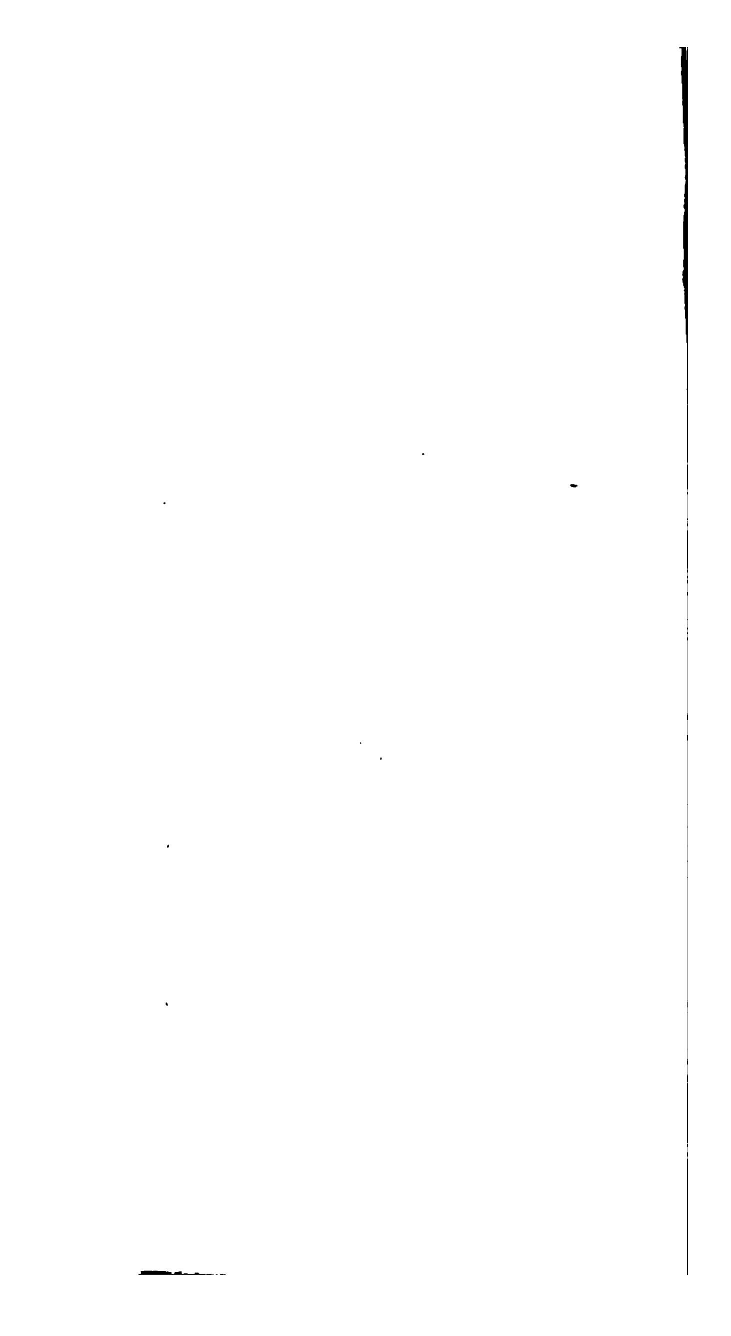
— ¿Y á qué la atribuís? ...

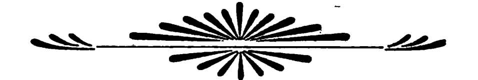
—Salvo vuestra opinión, mejor que la mía, á la falta de jefes que dirijan esa gente animosa de los campos, sacrificada estérilmente.

—Lo mismo opino—dijo Montes. Y lo peor de todo es que ya no se podrá realizar una nueva sorpresa. El enemigo está avisado y no tardará en traer sus baterías sobre la plaza, impidiendo á la Real Fuerza, ya muy quebrantada, y á toda la línea de fuego hasta San Telmo, hacer cosa de provecho.

Desde la ciudad se hizo señal de que salían nuevos refuerzos para el castillo.. Eran los milicianos llegados hacía pocas

horas del campo, que solicitaran el honor de defender el Morro. Prado se apresuró á enviarlos, porque no abundaba la gente deseosa de encerrarse en aquel sepulcro incendiado. Ya estaba anocheciendo y los buque enemigos que hacían fuego sobre el canal se habían retirado. Empezaron entonces á trasladarse los refuerzos en cuatro balsas. Entre ellos sólo se contaban unos cien veteranos y artilleros llegados de Matanzas, cuyo castillo habían desmantelado tres navíos ingleses la víspera. Eran estos milicianos de Bejucal y Santiago, que huían de los desafueros del enemigo. No se abrieron las puertas del castillo para recibir á aquella gente. Por las escalas echadas al exterior fueron entrando en la fortaleza, cuyos muros empezaban á perderse entre las sombras. Por aquellas mismas escalas penetraron momentos antes algunos dispersos de la expedición de Luján al campo enemigo, á los cuales, heridos y contusos y estropeados se curaba entonces en el patio central del Castillo.





XI

El ejército enemigo pareció comprender toda la importancia de la ausencia de Velasco de la fortaleza del Morro, según arreció el ataque sobre ella en todas las formas. Las tres baterías de tierra desplegadas desde el reducto de Santo Tomás al norte, hasta la cumbre de la Cabaña, hacían fuego incesantemente, causando gran mortandad en los sitiados; los navíos más fuertes de la flota británica, eran movidos sin descanso por el comodoro Keppel, batiendo el escollo del nordeste al suroeste, en tanto avanzaban visiblemente los trabajos de mina, bajo la dirección de Mac-Kellar, que dirigía á la vez un mortífero fuego de mortero sobre el bastión del este, desde el cual se dominaba mejor el cam-

po y se seguían todos los movimientos del ejército inglés.

Por más que Montes y el marqués González cumplían como buenos, manteniendo con pujanza el ataque, lo cierto es que ya la resistencia de los Tres Reyes había sufrido un terrible descenso, haciendo presagiar que muy pronto sería inútil toda la sangre generosa con que eran regados á diario aquellos muros. Finalizando julio, los fuegos del invasor empezaron á caer intermitentemente sobre la ciudad, batida por cuatro gruesos morteros, como anunciando lo que habría de acontecer el día en que todos los cañones británicos se volvieran contra la plaza sitiada para vencer las últimas resistencias. Prado, flaco desde un principio, sufrió una transformación rara en su conducta. Veíasele á diario recorrer de extremo á extremo la población, visitar las fortalezas, presenciar el fuego de las baterías de tierra y ordenar la distribución de sus defensores. Preguntábase el pueblo qué quería decir aquello, á qué obedecía el que el gobernador, escondido como un conejo en la Real Fuerza y en San Isidro desde el principio del asedio, mostrára-

se entonces á luz, buscando los puntos de mayor peligro para ejercitar su autoridad. Dióse en decir que era todo una combinación que Prado sabía bien lo que hacía y que sus movimientos eran señal de que se estaba preparando la capitulación. Cuando seguido del conde de Superunda, del marqués del Real Transporte y de Tabares, el teniente rey Soler y otros altos funcionarios de la colonia, pasaba á caballo el gobernador por delante de los fuertes, servidos por milicias y paisanos, un silencio profundo lo rodeaba. Lo miraban de reojo, con aire despreciativo; había perdido por completo la consideración popular. Cuanto á Hevia, el jefe de la Escuadra, un sentimiento de viva irritación lo acompañaba á todas partes.

—Va á visitar el «Neptuno», el «Europa» y el «Asia»—decían en los grupos.—Lástima de madera labrada para izar la insignia de un cobarde.

—En la «Perla» os esperan, almirante—le gritaron al pasar por frente á la batería de San Ignacio, á cuyo pie se mantenía heroicamente la fragata «Perla», barriendo el declive de la

Cabaña, donde se movían los enemigos.

Ya no tenía arboladura el animoso buque. Todos los días eran conducidos tripulantes y artilleros mal heridos á San Juan de Dios. Desde el tajamar al alcázar, estaba el puente cubierto de arena enrojecida con la sangre de los heroicos marineros. Herido el comandante de la «Perla», habíalo sustituído el valiente Colina, ansioso de defender la plaza desde uno de los buques de la Escuadra. Sobre la altura, en las obras del convento de San Ignacio, habíase detenido Prado y sus acompañantes presenciando una operación singular. Más de trescientos muchachos, de ocho años para arriba, conducían piedras en hombros, en canastas, en cubos y en carretillas para hacer un nuevo muro sobre el empezado de la iglesia á fin de establecer allí una batería para que se retirara la fragata «Perla» de puesto tan peligroso. La obra de Castejón sargento mayor de la Plaza, levantó una tempestad de protestas en los buenos padres de la Compañía, que veían ya por el suelo las obras de su famoso convento. No se ocultaban pa-

ra decir que la Divina Providencia no permitiría que se acabase con bien aquella obra de muchachos, con lo cual daban á entender que esperaban los cañonazos de los ingleses para echarla por tierra.

Hacía tres días que la Plaza se hallaba entregada á sus propios recursos. Madariaga había remitido todo cuanto le quedaba, privándose hasta de lo más necesario. Con los trescientos hombres escasos que enviara la víspera, llegaron dos mil quinientos fusiles y algunos pertrechos, que pronto fueron repartidos entre destacamentos y baterías. Prado, no obstante la mala situación de la Plaza, abrigaba algunas esperanzas de triunfo, á causa de las noticias que á diario le llegaban del campo enemigo por los desertores. La fiebre amarilla hacía estragos en el ejército, pasando de siete mil los enfermos, entre soldados y marineros. Albemarle mostrábase inquieto ante aquella epidemia que le robaba brazos para el ataque y aumentaba horriblemente las necesidades del ejército. No había ya víveres frescos de los traídos de Europa y Nueva York, y sus enfermos perecían más que na-

da por falta de medios de asistencia. A cada momento salían mar afuera los mejores avisos de la flota, por ver si descubrían alguna vela de la esperada expedición de las colonias, en su socorro. En el campo, aún para las operaciones más necesarias del sitio, faltaban materiales, herramientas y pertrechos. A lo largo de la costa de Cojímar, tendidas en una ala, aparecían las tiendas británicas destinadas á hospital. Marcaban una división en ellas, dos banderas; una roja para el hospital de sangre; otra blanca para los atacados de la epidemia. Albemarle y Pocock habían celebrado hacía pocas horas una grave conferencia acerca de la situación. La resistencia del Morro se prolongaba y el recurso de la mina podía ó no podía resultar. En tal caso, si no llegaban socorros de fuera, tal vez sería necesario levantar el sitio. Las tropas que invadían el campo luchaban también con las desventajas del desconocimiento del terreno y de la cacería, de que eran objeto por parte del regidor Aguiar con sus milicianos y de las partidas del Jerezano, Ruiz y Díaz. La destitución de Pepe Antonio había

despertado en aquellas fuerzas irregulares una ira sorda que desahogaba á diario contra el invasor en quien hacían destrozos.

Otro caudillo que no fuera Prado, hubiese encontrado en tan favorables circunstancias medio feliz de enmendar sus pasados errores. Pero no hizo nada por corregir su anterior conducta. Dejó en pié, sin variación, su antiguo plan: las fortalezas como sepulcros cerrados, llenas de útiles y valientes tropas, á quiénes abrasaba el fuego del enemigo: las fuerzas de tierra, entregadas á su instinto, sin plan ni dirección, derrochando ímpetus y valor que mejor encauzados darían resultados brillantes.

Una momentánea suspensión del fuego en las baterías enemigas y en la fortaleza del Morro, junto con la aparición de banderas señales en el semáforo de aquel castillo, dieron á comprender á la Plaza que algo desusado ocurría á barlovento. Prado con su comitiva corrióse hacia el baluarte de la Punta, donde sustituído Briseño por un comandante de ejército, se había mantenido de nuevo la defensa aunque debilísima. Pron-

to se conoció la noticia. Acababan de aparcer en el horizonte numerosas naves que por un momento engañaron á Prado y al pueblo con la necia esperanza de que fueran navíos españoles. Al caer la tarde se vió ya distintamente el pabellón británico en los topes. Eran refuerzos enviados por las colonias inglesas de Norte América á Albemarle. Llegaban tropas, marineros y pertrechos y vituallas de refresco. Todo lo que necesitaba Albemarle para llevar adelante con fortuna su empresa.

Un gran desaliento, contrastando con el regocijo delirante que debía reinar en el campo enemigo, cayó sobre la plaza y el ánimo de Prado, arrancando de su alma la última esperanza que pudiera abrigar de buena fortuna en aquella desdichada empresa.



XII

La oportuna llegada de Sir James Douglas, jefe de la Escuadra inglesa, procedente de Jamaica, con auxilios, prestó gran aliento á los sitiadores, que ya sentían flaquear el ánimo en fuerza de dificultades. Traía Douglas en el convoy cuatro mil hombres y socorros de todo género que surtieron el campamento inglés, necesitado hacía muchos días de subsistencias. Por desertores llegados al campo español, supo el gobernador Prado que aún se esperaban mayores abastecimientos y socorros en una flota que saliera de Inglaterra y que había de unirse en el mar con un convoy de la Florida. También tuvo aviso Prado, al día siguiente, de la llegada del navío «Arrogante» á Jagua con auxilios para la Plaza. Estos ha-

bían de llegar por tierra al cuartel general de Madariaga que iría poco á poco remitiéndolos á Prado. Este ordenó por un correo, que el «Arrogante» alijara su carga en Cienfuegos y continuase viaje para Veracruz en solicitud de auxilios que en vano se habían estado pidiendo desde el principio del sitio. Aún cuando no había grandes motivos de satisfacción, con tales noticias y el restablecimiento de Velasco, que volvía á hacerse cargo del mando de los Tres Reyes, cobraron algún ánimo las autoridades y se dispusieron á resistir hasta el último extremo. Del campo enemigo, coincidiendo con la llegada de Velasco á la fortaleza, fueron enviados parlamentos al Morro. Una extensa y fina carta de Albemarle para el valiente comandante del «Reina», aconsejábale que cumplido con creces su deber en la defensa, no le era lícito, ni como cristiano, ni como militar, consentir en el inútil sacrificio de tan heroícos defensores, llamados á ser exterminados por el mayor número y las ventajas adquiridas. Rechazó Velasco dignamente las proposiciones de Albemarle en otra carta llena de-

nobleza y arrogancia, declarando su firme resolución de morir en su puesto al frente de sus soldados.

Desde el momento en que pisó Velasco, de nuevo la fortaleza, comprendió los enormes progresos realizados por los sitiadores, á la vez que se resignó á recibir voluntariamente la catástrofe que se aproximaba por momentos. Mas de 500 negros comprados en la Martinica y la Antigua por Albemarle, trabajaban sin descanso en las baterías, llevando municiones y útiles. A la gran batería de óbus, que daba frente al baluarte de tierra, se habían agregado la batería del comandante William á la derecha, y dos baterías á la izquierda por la playa. No sin gran trabajo y pérdida había realizado el enemigo aquellas obras, batido constantemente por los diez y siete cañones de seis á doce pulgadas y un mortero de ocho, que constituían los fuegos de aquella parte del Morro; pero el éxito había coronado su esfuerzo, puesto que las fortificaciones hechas resultaban cien veces más sólidas y efectivas que el débil parapeto de mampostería opuesto por la fortaleza.

Por el mar, estaban anclados frente al Castillo los navíos «Cambridge», «Dragón» y «Malborough», de ochenta, setenta y cuatro y sesenta y seis cañones respectivamente. Hacían fuego sostenido durante tres ó cuatro horas destruyendo aquellos muros ya roídos por el fuego de cuarenta días de bombardeo y se retiraban hacía Cojímar, sustituyéndolos otros tres navíos y algunas bombardas. Las piezas enemigas, de tierra, secundaban la agresión con tal ímpetu y viveza que muy á menudo tenían que suspender el fuego para que no reventasen los cañones con tan repetidos disparos. A cada momento se declaraba fuego en las fajinas. Un día ardió completamente una batería que representaba el trabajo de seiscientos hombres durante diez y siete días. Desde el Morro se divisaba el incendio y asimismo los inútiles esfuerzos de los sitiadores para sofocarlo.

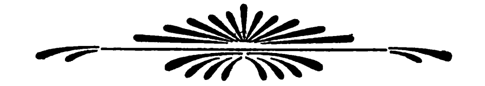
Desmontadas muchas piezas del Morro, por aquel bombardeo incesante, al día siguiente de llegar Velasco, solamente se hacía fuego á las posiciones enemigas con ocho ó nueve cañones. Pero Velasco, bien con-

vencido de que solo un trabajo de gran actividad y eficacia podía prolongar la situación, dirigía por sí mismo el fuego de las baterías, perseguía á Mac Kellar en todos sus movimientos, velaba sus operaciones, destruía sus aproches en términos de que muchas veces al ser colocada la última tronera en una trinchera, ó el postrer cañón en una batería, eran volados por los cañonazos, certeramente dirigidos, de Velasco. Pronto se hizo cargo Albemarke de la presencia de éste en la fortaleza, solamente por el movimiento activo de la defensa y el buen acuerdo de sus tiros. De la batería de Wiliam en la paralela de la izquierda, fueron inutilizadas dos piezas y otra desmontada; en la batería grande, central, se incendiaron los merlones y fué consumida en toda su extensión. En el reducto que unía las trincheras, otro disparo del Morro hizo volar tres cureñas. Mac Kellar abrió entonces una nueva batería de cuatro piezas de á 32, contra el baluarte izquierdo de la fortaleza, haciéndole considerable daño. Velasco echaba de menos todos los recursos que sobraban al enemigo. De poder

disponer de ellos, hubiera mantenido la resistencia con ventaja por tiempo indefinido. Por el contrario, aquel baluarte se desmoronaba á pedazos, la gente mostrábase muerta de fatiga, el enemigo progresaba diariamente en sus aproches y en tanto escaseaban las subsistencias en el castillo, abundaban en el campo británico.

Velasco después de reflexionar seriamente en su situación, escribió á Prado describiéndosela en todos sus pormenores y preguntándole, para dejar su responsabilidad y su honor á cubierto, qué debía hacer en la imposibilidad en que se hallaba de defender el castillo, si resistía ó no el avance, si esperaba que estuviesen perfeccionadas las brechas para capitular ó si evacuaba con tiempo la fortaleza. La Junta de Defensa contestó á la pregunta con frases muy lisonjeras para Velasco, dejando á su criterio la elección, pero advirtiéndole que cualquiera que fuese su determinación, no ligase la suerte de toda la ciudad á la de la fortaleza. Velasco vió claro la indecisión é inutilidad de las autoridades disponiéndose á un noble sacrificio, comprendiendo.

que se acercaba el momento supremo de un terrible ataque por mar y por tierra á la vez, á juzgar por los movimientos de los buques y de las tropas. Incesantemente, toda la noche sentía el sordo trabajo de los zapadores bajo la fortaleza. Las minas preparadas con gran constancia por Mac Kellar, debían reventar de un momento á otro. Ya estaba preparado á morir. Que viniera la muerte cuando Dios se la enviara.



XIII.

¿Cuántas horas habían transcurrido desde que el noble alcalde provincial de Guanabacoa cayera aplastado por el sonrojo de su destitución injusta y á la vez por el traicionero mal que arrebataba á sus músculos de acero su fuerza y su docilidad, hasta aquella alborada risueña que empezaba á alegrar los campos con sus blandos resplandores? Ah! toda una eterna noche de desconsuelo, de dolor implacable, silencioso sepulturero que cababa hacía rato una tumba. Desde aquel empinado campo, horas antes cuartel de sus milicianos, teatro de su actividad patriótica, había contemplado á la luz de la noche, el cuadro desolador del sitio en sus postrimerías, había calculado todo el

horror de la situación, había considerado, sin inmodestia, todo lo que él hubiera hecho si en vez de nacer humilde vecino de la Asunción, hubiéralo Dios colocado en el lugar prominente de Prado ó siquºera en el de Caro, aquel su cruel enemigo, irrisión de las armas inglesas y vergüenza del ejército español á quien deshonraba con su estupidez y su cobardía. Despertaba al nuevo día con la impresión espiritual de quien sacude temeroso el recuerdo de una fiera pesadilla. No se había movido de donde cayera: aterido por el relente de la madrugada, entumecido de todos los miembros, sus ropas húmedas hasta hacerse pesadas, empezó Pepe Antonio á sospechar que si no venían en su ayuda, no podría por sus propias fuerzas ponerse de pié y mucho menos dirigirse al hogar lejano en que hablarían de él sus hijos. Pero esto fué momentáneo: al romper el fuego todos los cañones de la plaza y del enemigo, tornó á sus pensamientos bélicos. Iba con la vista, aún más torpe que el día anterior, de un lado al otro del paisaje, analizando la colocación de las defensas, las ventajas de las posi-

ciones británicas, los precisos movimientos de la flota, la proximidad de las piezas inglesas que batían el Morro, los progresos realizados por las fuerzas que tenían su cuartel general sobre el camino de San Antonio y se movían ya en todas direcciones; sobre el campo de la Punta, en las lomas de Aróstegui, de los Jesuítas y de las Animas, en la llanura intermedia, en el Horcón, mas cerca aún, casi junto á la loma de Soto que dominaba la escuadra, metida en el estero como una manada de bestias acorraladas por la jauría.

Un rumor á su espalda le hizo volver la cabeza en aquel rumbo; pero algo como un corbatin de hierro impidió todo movimiento á su cuello. No pudo ver, de pronto, á los que llegaban y que en breve se mostraron á su vista. Eran sus fieles milicianos: todo el pelotón del Jerezano y algunos del de Ruiz. Las fuerzas del Alcalde Mayor las mandaba entonces Rubianes, allá por la vuelta de Corral Falso. Los partidarios, que habían operado toda la noche y llegaban cubiertos de fango, mostráronse asombrados de hallar en tan triste condición á

su querido jefe. Mas bien tieso que estirado, los brazos agarrotados á lo largo del cuerpo, la cabeza sin movimiento sobre el cuello rígido, Pepe Antonio era no más que un débil reflejo de lo que había sido. Toda la vida, toda la fuerza, toda la energía de aquel espíritu valiente, indomable y pundonoroso, habíase refugiado en los abiertos ojos que parecían recojer con ánsia todo lo que en torno descubrían. Al ver á sus compañeros de armas, un resplandor de alegría iluminó el triste semblante del caudillo caído: después dos lágrimas asomaron á sus ojos. El Jerezano se había sentado en el suelo cerca de Pepe Antonio y le hablaba, en tanto los partidarios que no contemplaban con dolor no disimulado aquel valiente destrozado por la envidia, comentaban iracundos la injusta determinación de Caro.

—Capitán... íbamos á venir á prima noche, pero ya sabeis... de Corral Falso aquí hay buena tirada, sin contar con los casacones que nos salieron al camino cerca de Río Hondo.

Pepe Antonio escuchaba á Bernet con gran atención y al oir que los ingleses andaban por

Río Hondo, hizo un movimiento.

— ¿Os sorprende? —dijo el Jerezano interpretando aquel movimiento—ya lo creo.... se han extendido como la verdolaga. Por San Antonio están ya en el molino de Palomino, por el Horcón llegan al tejar de Picó.... El coronel los va llamando y... después los deja.... ¡¿Pero estais sin palabra, capitán? .... ¿Teneis algún mal? ... Hablad á vuestros soldados...

Por un esfuerzo supremo el infeliz Regidor sonrió á sus amigos, después de decir con el gesto que sufría, que estaba muy malo.

Lo habían rodeado todos. Puestos cuatro fusiles en cuadro, con ramas y mantas y chaquetones, se improvisó una camilla y en ella colocaron al alcalde, cuya rigidez y peso considerable les hizo comprender que estaban casi ante un cadáver. El calor del sol habíalo reanimado algo, evaporando aquel frío que helaba sus huesos, pero los miembros todos eran de palo, las coyunturas no regían. En peso fue levantado y ya en la camilla, descendió la fuerza con su antiguo jefe en medio, rumbo al camino de Ma-

nagua. Con tal impedimenta no había que soñar en dirigirse á Guanabacoa. Lo más prudente, según el Jerezano, era llevar al Alcalde al cuartel general de Madariaga, donde había médico y podía ser atendido. Marchaban los partidarios procurando, siempre que podían utilizar las cejas de monte, para el caso de una sorpresa, Bernet delante con diez milicianos de vanguardia, á cincuenta pasos la improvisada camilla y algo alejada de ésta el resto de la fuerza, que caminaba en silencio.

El Jerezano iba al lado del Alcalde, procurando arrancarle una sola frase. Pepe Antonio, encerrado en un mutismo absoluto, daba muestras de oir perfectamente; pero no podía contestar.

— ¿Querríais ir al lado de vuestra familia? — preguntóle Bernet.

Con los ojos, de una manera bien perceptible, dió á entender Pepe Antonio que sí. Unióse entonces el Jerezano á sus partidarios para deliberar. Casi imposible era recorrer sin tropezar con el enemigo, la distancia que mediaba desde las orillas del Luyanó hasta Corral Falso.

Derrotado Caro de una manera ignominiosa en los últimos encuentros, los ingleses recorrieron libremente toda aquella vasta zona que desde el principio del sitio había mantenido limpia de enemigos el valiente Alcalde Provincial con sus veteranos. Más allá de la loma de la Luz sentíase el tiroteo. Era preciso mantener la jornada siempre al amparo del monte si no se quería tener un encuentro de funestos resultados. Los partidarios habían recogido sobre sí todo el odio de los ingleses. Puestas á pregón las cabezas de los jefes, era de colegir que no habría gracia para Pepe Antonio ni para Bernet si caían en sus uñas. Sobre todo, el Jerezano tenía una leyenda horrible en derredor de sí. Los ingleses sabían que no daba cuartel á ningún enemigo, que degollaba á cuantos se rendían ó eran hechos prisioneros y que había cometido verdaderos actos de barbarie, de crueldad sin precedente en aquella cacería que realizaba desde los primeros días del asedio. Colgaba en los árboles de las veredas, por racimos, á los enemigos, poniéndoles un cartel en el pecho lleno de insultos para ellos, para sus

generales y para su rey, calificado invariablemente de hereje, maldito é hijo de mala madre. A los que degollaba Bernet, colocábalos sentados, bajo las matas, con la cabeza entre las piernas, como cuadro de horrible irrisión. Todas estas barbaridades habían despertado la indignación de las tropas inglesas, que en pelotones numerosos recorrían la campiña armados hasta los dientes, en busca de los milicianos que, á favor de su conocimiento del terreno, burlaban su persecución, haciéndoles constantes bajas. Aguardaban horas y horas en las quebradas, en los barrancos, entre la maleza, sobre los árboles, teniendo los fusiles cargados hasta la boca de postas, metralla ó chinas pelonas, y en cuanto divisaban los uniformes rojos ó blancos de los fusileros, una ola de plomo y de fuego partía de la espesura diezmándolos. En la confusión, dábanles luego una fiera carga al machete y desaparecían como trasgos, dejando el campo sembrado de cadáveres.

El sol estaba aún muy bajo y Barnet quiso apresurar la marcha antes de que el calor del día perjudicara al Regidor,

que iba tambaleándose sobre aquella camilla improvisada de ramajes, con los ojos en el cielo, inmóvil, silencioso. Parecía que iban á enterrar al caudillo. En las filas no se escuchaba una voz. Solamente el ruido de las armas y las pisadas de los caballos, acompañaban aquel casi fúnebre cortejo.

Atravesaban el arroyo Pastrana, derechos á Río Hondo, cuando en la vanguardia sonó el fotuto. El Jerezano se adelantó á escape para enterarse de la novedad, no sin haber dado órden de internar la camilla en el monte. A dos tiros de fusil se movían fuerzas inglesas: un pelotón montado venía en dirección de la vereda. Regresó Bernet con la noticia y viendo en salvo al Regidor, internado ya en la espesura, dispuso á los dos lados del camino sus emboscadas. Ni aún en aquellos momentos en que urgía marchar derecho, sin buscar camorra, pudo evitar Bernet desahogar su rencor contra los enemigos de su patria. Veinte minutos más tarde el grueso de la fuerza británica montada, recibía una rociada de plomo, haciéndole diez bajas y desordenándola. Un partidario, el que

había dado el aviso, vino á decir á Bernet, que una fuerza numerosa cargaba sobre ellos. Los partidarios cogieron monte, cambiando por completo la ruta que llevaban y dirigiéronse con gran trabajo, á causa de la impedimenta, al ingenio demolido de don Diego de Aldama, á donde llegaron á medio día. Hallábase aquella finca abandonada por consecuencia de su proximidad á Guanabacoa, ocupada por el enemigo desde los primeros días del sitio. Más tarde, al evacuar los ingleses la villa, fue abandonado también aquel punto que habian conservado como posición, por cuya causa, á la llegada de los partidarios no ofrecía peligro, Pepe Antonio habíase agravado en términos de ofrecer pocas esperanzas de vida. El ataque cerebral sufrido al recibir la destitución, no pudo ser atendido en tiempo, por haber quedado solo el Alcalde Provincial en la loma donde días antes recogía sus fuerzas. La humedad, de la noche y la carencia de todo auxilio, hicieron crecer la fiebre intensa que aquejaba al valiente caudillo y á la llegada á la finca, sus conductores comprendieron que el antiguo jefe

estaba muy grave. Un miliciano salió á escape para la villa en busca de un médico, empresa difícil si se atiende á que cuantos había en la población se habían dispersado á la presencia del enemigo.

A la tarde dió señales de vida Pepe Antonio, que por primera vez despegó los labios para pedir un confesor. También declaró su intención de hacer testamento y despedirse de su esposa, hermano é hijos. Sus antiguos subordinados, cuya ignorancia les hacía suponer que el Alcalde Provincial se encontraba mejor, puesto que hablaba, pretendieron disuadirlo de aquellas ideas, hablándole de su resistencia y de la necesidad de sus servicios en la campaña.

—No hay que hablar de eso —dijo sonriendo tristemente Pepe Antonio.— ¿Quién conoce mejor de su salud que el enfermo? Creedme, amigos, mi campaña ha terminado y de ella voy á dar muy pronto cuenta al Supremo Juez. Sólo siento—añadió—abandonar á tan buenos y leales servidores del Rey Nuestro Señor, de la Religión y de la Patria. Si mi recomendación vale algo para vosotros, yo os encargo perseverar en vuestra

noble empresa, hasta lanzar de este suelo al enemigo común.... Yo hice lo que pude.... si no he hecho más, culpa mía no fue, sino decreto superior, del cual no me quejo.... Yo perdono á cuantos me han herido sin merecerlo.

Y después de un breve silencio añadió:

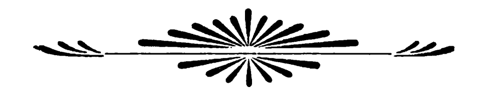
—Amigos... por caridad... ¿no habría uno que me trajera para descanso de mi alma, un fraile franciscano?... Yo os lo ruego....

Dos partidarios salieron para Guanabacoa, dorde quedaban tres frailes y un lego al cargo del convento, después del saqueo de los enemigos. Era bien entrada la noche cuando retornaron al campo, trayendo consigo á un hijo de San Francisco que, corriendo todos los riesgos y por la ley antigua que profesaba al Regidor, prestóse á oirlo en confesión.

También se hizo venir un notario para que el alcalde Provincial pudiera hacer testamento, pues poseía algunos bienes de fortuna.

Habíase improvisado un lecho al Alcalde Provincial en una pequeña casa de yaguas cercana al batey, que presentaba

las señales de haber pasado por allí todos los estragos de la guerra. La partida del Jereza no guardaba todas las avenidas, en tanto Pepe Antonio se despedía de este mundo.



XIV

El ataque á Bejucal por las fuerzas de brigadier Haviland, no había sido más que una alarma sin consecuencias. No entraba en los cálculos de Albemarle perder tiempo y gente en empresas sin utilidad, y la toma de un pequeño pueblo del interior, cuyas riquezas habían sido con tiempo puestas en salvo, no conducía más que á gastar pólvora en salvas. Pasaron los ingleses, pues, por frente al pueblo, dieron una carga á sus defensores por la calle principal, hasta cerca de la iglesia y tras de algunas descargas más ruidosas que efectivas, fuéronse por donde habían venido, con gran satisfacción del vecindario y no menor de los milicianos de la tercera compañía al mando de Jiménez de Valdespino, que gas-

taron en aquella función bélica, una barbaridad de pólvora y balas y que se proclamaban vencedores de la segunda división inglesa de Haviland, á la cual habían hecho multitud de bajas. No era esto enteramente exacto: donde causaron destrozo los valientes milicianos de la tercera de Bejucal, fué en el arbolado de las afueras del pueblo en que el plomo, pródigamente repartido en descargas cerradas, no dejó rama en pié ni árbol con hojas.

En los primeros momentos, las monjas Claras que se hospedaban en el palacio del marqués y los robustos y colorados franciscanos que las dirigían espiritualmente y aún materialmente también, en la administración de sus rentas, apelaron á la fuga, más no llegaron á cruzar las últimas casas del pueblo, recibiendo aviso del padre Provincial de que todo peligro había pasado. Los milicianos decían y repetían, que merced á su arrojo y disciplina, los casacones habían cogido miedo. Otros, sin negar esto, aducían que Haviland llegara á saber que las riquezas de la iglesia estaban en salvo, y aunque era hereje, no le llamaban tanto las vírgenea del ñor, como los vasos sagrados.

El enemigo venía siempre en busca de botín: donde no podía recibir más que balas, no paraba mucho tiempo.

Súpose en la Habana, al día siguiente, el ataque á Bejucal por los soldados de Haviland y el grave peligro corrido por la población que hubiera sido reducida á escombros y sus habitantes pasados á cuchillo, á no impedirlo el heróico comportamiento de la tercera compañía, si corta por el número de plazas, que no pasaban de cincuenta, digna de medirse por el esfuerzo con los mil y quinientos fusileros y seiscientos granaderos de la segunda división inglesa. Prado envió á aquellos valientes su felicitación cumplida, pidiendo al capitán Valdespino la propuesta para las recompensas. Supo esto Villalobos y aunque jamás se permitió poner en duda los méritos de tan aguerridos milicianos, resolvió recoger á Verónica, trayéndola nuevamente para la plaza, pues entendía y con él su esposa y hermana, que menos riesgo corría la niña dentro de una ciudad sitiada, que en un villorrio de campo, alejado del centro y expuesto á cualquier desaguisado de la soldadesca británica. Esto hacía

varios días que lo pusiera en práctica, pero como se sabe, llegó á Bejucal en los momentos en que lo atacaba el enemigo, teniendo que volver grupas, no sin arrostrar más de un peligro en aquel viaje, al través de un territorio invadido por las tropas británicas á todos los rumbos. Al saber por Prado el buen suceso de la villa del marqués, mandó preparar de nuevo su tartana y acompañado de dos criados, salió para Bejucal á todo el trote de sus magníficas mulas, deteniéndose solamente el tiempo necesario para darles un breve descanso durante las seis leguas de la jornada.

Al entrar por la tarde en el pueblo, encontró á éste bastante más tranquilo que en su anterior visita. Regularmente los ingleses escarmentados, según decían los vecinos, tardarían en volver por allí. La comunidad de las Claras, había tornado á su alojamiento y en él pudo ser recibido al instante por la madre superiora, que supuso al momento el objeto de la visita de Villalobos.

—Vengo por mi hija Verónica, mi buena madre—dijo el factor, lespués del ave maría de ritual, ›mo salutación.

Sobresaltóse aun más de lo que ya lo estaba la superiora. Entonces Villalobos no sabía una palabra de la fuga de su hija. ¿Dónde se había metido ésta? ¿Sería cierto que su amante la rondaba y los dos se entendían? ¡Imposible! No cabía suponer hipocresía semejante en una jovenzuela sin experiencia y que además, demostraba tan profunda piedad y devoción en todas sus acciones.

—Vuestra hija..... permitidme señor.... aún me dura el desasosiego y sobresalto del ataque de esos herejes— balbuccó la monja, que era una dama ya muy madura y de gran corpulencia.—Vuestra hija ha desaparecido....

— ¿Qué decís, madre? —interrogó vivamente Villalobos, hombre de genio áspero y violento, teniendo que vencerse mucho para no soltar un taco redondo, indigno de tan sagrado lugar.

—No os exalteis, don Gaspar...—dijo temblando la Superiora.—Todo vendrá á averiguarse con la ayuda de nuestro Señor y las luces del Espíritu Santo... Vuestra hija Verónica...

— ¿Pero es que no está

aquí? ... Hablad pronto que estoy en áscuas...

—No... ciertamente, no está... y lo que es peor... no acierto á saber de su paradero... como os dije ya...

—¡Ira de Dios!—exclamó Villalobos soltándola al fin, con escándalo de las madres que atisbaban en el locutorio.

—¡Jesús!...—hizo en un bufido la monja.—Oidme, pues, señor... Cuando el ataque de los enemigos de Dios al pueblo, abandonó toda la comunidad esta casa... Con nosotras debió salir también vuestra hija... no cabe otra cosa... pero todas... todas han vuelto al monasterio menos ella...

— ¿Pero no sabeis? ... ¿no se ha hecho alguna averiguación? ... ninguna noticia...—repuso atropelladamente el factor perdiendo los estribos y nadando en un mar de confusiones...

—Nada, don Gaspar... nada... yo la suponía en vuestro poder... creí que habría ido á la ciudad con alguna familia de las que en los primeros momentos abandonaron el pueblo...

Villalobos echaba fuego por los ojos.

—Pero madre de mis pecados —dijo mirando con rabia á la

superiora.— ¿No os encomendé la mayor vigilancia con esa maldita criatura, decid? ...

—Cierto... muy cierto...

—Y entonces, madre, por qué la habeis descuidado y perdido de vuestra mano...

—Señor—balbuceó casi llorosa la monja.—Ni por el pensamiento me pasó una fuga... Era una novicia modelo... siempre rezando, siempre postrada, constantemente en meditación... podía presentarse como ejemplo á todo el capítulo... una santa... obediente, dócil, llena de humildad...

—Así os ha vencido, mi buena madre... así os ha engañado como me engañó á mí porque...

Y Villlalobos iba á vomitar aquella horrible historia de los amores de Verónica con Aranda, cuando comprendió que las propias flaquezas deben callarse mucho más si afectan á la honra.

Despidióse de la madre superiora á quien dejó sumida en la amargura y salió á la plaza con objeto de hacer algunas averiguaciones respecto del paradero de su hija. Los milicianos allí destacados refirieron por centésima vez el formida-

ble ataque de las fuerzas de Haviland, rechazadas valerosamente por la 3.ª compañía y el vecindario de Bejucal pésimamente armado. Villalobos preguntó á algunos acerca de la evacuación de los vecinos cuando el ataque y respecto de una joven novicia que había desaparecido sin duda empujada por el espanto. Tras de multitud de rastros falsos, inútilmente seguidos, vino á darse con un informe preciso que sirvió á Villalobos para reconstruir por completo la escena. Allí presente estaba uno de los milicianos que con otros compañeros había internado en el monte á un herido. Por él supo don Gaspar el cambio de traje de su hija, que sin temer á los peligros de un viaje relativamente largo, dada la situación del país, se había encaminado al cuartel general de Madariaga en Managua, con objeto de trasladarse á la capital. Claro vió el factor que aquel cambio de traje y aquella excursión á Managua, obedecían al firmísimo propósito de Verónica, de reunirse con su esposo. Parecía mentira tanto arrojo en una muchacha de diez y siete años no cumplidos; pero era preciso

rendirse á la evidencia. Nada de extraño tenía que la que una vez había abandonado su casa para ir tras de unos amores rechazados por toda la familia, reincidiera en su delito.

y con que sangre tornaría don Gaspar de Villalobos á la Habana y con que pecho pondría en conocimiento de su esposa y de su severísima hermana doña

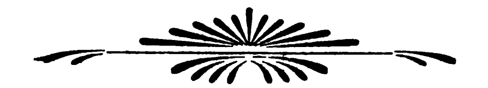
Puede suponerse con que alma

Eufemia aquella segunda escapatoria de Verónica tras de un contrabandista, de un facineroso digno de la horca, aún cuando de él quisiera Colina hacer un santo.

El escándalo y la algarabía en casa del factor, al conocerse la mala nueva, fueron espantosos.

—¡Ah!...—gimió doña Eufemia—perdida, perdida para siempre está esa criatura... A esa infeliz me la ha dado aquel satanás un bebedizo... Condenada... condenada sin remedio.

Villalobos, poseído de ciega cólera, se echó nuevamente á la calle, en persecución de Verónica, muy lejos entonces, por su fortuna ó por su desgracia de la esfera de acción de su iracundo padre.



XV

Eran cerca de las dos de la madrugada del día 30 de julio. La noche estaba oscurísima. Había llovido copiosamente toda la tarde y el cielo aparecía completamente cubierto de nubarrones que corrían á favor del brisote. El mar estaba ligeramente rizado aún fuera del canal, limpio entonces de toda clase de embarcaciones, salvo la fragata «Perla» que se había corrido algunas brazas sobre el veril de la Real Fuerza, velando aquella parte de costa para evitar un desembarco por sorpresa, cosa que se temía desde la víspera.

No obstante lo desgraciado y fatal de todas las tentativas para impedir los progresos de los minadores que trabajaban en los cimientos del Morro pa-

ra abrir brecha, las instancias de Velasco y la diligencia de Colina, redujeron al general Prado á hacer un nuevo ensayo de ataque contra los sitiadores de barlovento. Aquella tarde se había construído en el Arsenal una gran batería flotante armada con seis piezas de á 24 servida por los últimos artilleros que enviara Madariaga y tripulada por marineros de la Real Escuadra. Dos lanchas llenas de tropa de línea, debían acompañar la almadia fuera del canal, para cojer la vuelta del Morro y sorprender á cañonazos y á tiros á los zapadores de Mac Kellar que trabajaban en la mina. A la hora ya dicha y á favor del viento, salió en silencio, mar afuera, el convoy militar, pegado casi al arrecife de la fortaleza y doblando la punta más avanzada del escollo en que se asentaba el castillo, presentóse envuelta en las tinieblas frente por frente del reducto de Santo Tomás, desplegándose en facha hasta la batería de San Miguel, abierta en la roca viva. A la derecha de esta destacaba su negra mole sobre lo oscuro el gran baluarte de la fortaleza y tras de él la mejor batería donde ocho

piezas de hierro y bronce, distraían constantemente los trabajos del enemigo perfectamente atrincherado en el monte de la Cabaña. Pero entonces los cañones de los sitiados y de los sitiadores estaban mudos. Solo de vez en cuando turbaban el silencio de la noche las descargas lejanas cuyo estampido apagado llegaba de las lomas del fondo de la bahía. Eran los partidarios que según costumbre, operaban de noche contra las fuerzas invasoras que tenían su cuartel general en San Antonio.

Pero aquel silencio del campo disputado á barlovento, llave de la plaza, punto de conversión de las miradas y los propósitos tenaces de Albemarle y de Velasco, empeñados en un verdadero duelo á muerte, era doblemente medroso que si llenaran el espacio el fulgor y el estrépito de todas las baterías. Había algo de amenazador en la atmósfera que conturbaba el ánimo en aquella calma solemne precursora del horror de una próxima batalla. Ruidos sordos, choque de armas, eco de pisadas que resonaban en las bóvedas y enviaban un eco débil afuera, parecían indicar que

en aquel recinto amurallado nadie dormía esperando el ataque y tras de aquellas faginas de la altura velaban también, arma al brazo, los soldados británicos despiertos y preparados para el asalto.

La batería flotante mantúvose anclada, aunque sin soltar el remolque de las lanchas, á menos de cien metros de la contraescarpa del castillo donde, bajo de tierra, atacaban el cimiento del norte los zapadores ingleses. Por allí debía darse el asalto después de estallar las minas en que trabajaba hacía más de quince días una brigada, protegida por los fuegos del «Dragón» desde el mar y por la batería real de Watson desde tierra.

La operación proyectada por Velasco, de acuerdo con Castejón y Colina, podía dar felices resultados si se la secundase con un ataque por tierra á las posiciones inglesas, con buenas tropas veteranas mandadas por jefes inteligentes. Pero estaba dispuesto por la fatalidad que los mejores planes vinieran á tierra por falta de madurez y de discreción. Media hora después de la salida de aquella expedición para barlovento, rom-

pieron el fuego los seis cañones de la almadia contra el bulto que aparentaba ser el pelotón enemigo de las minas. Al propio tiempo un vivo fuego de fusilería segaba el campo á raíz, impidiendo todo contacto del enemigo fuera del reducto. El baluarte del Morro descargó también por aquel lado todas sus piezas contra la trinchera de la Cabaña, poniendo espanto en el ánimo mejor templado aquel seco y constante trueno de las piezas y los fusiles, no contestado en algún espacio por el enemigo que parecía estar midiendo la importancia del ataque y calculando su probable duración.

Iluminaban las tinieblas arriba, los fogonazos de la batería alta de los Tres Reyes y los morteros que lanzaban granadas al campo de Mac Kellar como en infernal chubasco, á la vez que la almadia bañaba en luz siniestra toda la costa y los muros bajos de la batería San Miguel con el incesante cañoneo de sus piezas que vomitaban metralla. Pronto aumentó el estrépito con el fuego de las trincheras inglesas que á una descargaron sus cañones sobre el castillo y al rumbo de la ba-

tería flotante, imposible de divisar claramente entre las sombras. El rumor de la maniobra de los navíos llegó á la vez á los tripulantes de la balsa y las lanchas viniéndoles encima el empuje del «Dragón» y el «Cambridge» cuyas luces se divisaban cada vez más próximas. En aquel momento de incertidumbre, un pelotón nutrido de «royals fusilers» cargó sobre el arrecife tomando posiciones y abrasando la tripulación de las lanchas con una lluvia de plomo. La embarcación más próxima al castillo alijó un grupo de soldados que buscó resguardo en el baluarte del nordeste. De la fortaleza echaron escalas para que subiesen al caballero. Algunos cayeron, en la precipitación, al mar. La almadia, puesta de nuevo al remolque, abandonó la costa tomando la vuelta del castillo á vela y remo para huir más precipitadamente. No fué, no obstante, sin recibir una descarga del «Dragón» por la popa, levantando un torbellino de agua y arrancando tres hombres á la batería. Los resultados de la expedición nocturna, que, de ser bien dirigida, pudo tener en éxito, redujéronse á la

momentánea suspensión de los trabajos de la mina y á la pérdida de algunos soldados ingleses que yacían sin vida sobre los arrecifes. Velasco, desesperado al ver que resultaban infructuosos todos sus esfuerzos por neutralizar la obra de zapa del sitiador, esperó en lo alto del muro á los refugiados de la estéril expedicióa, para recibir de ellos informes mas precisos. Uno á uno fué preguntándoles. Algunos contestaban dislates, otros demostraban, con su semblante atontado, que el espanto había nublado su entendimiento. En uno de los más mozos, completamente imberbe y que llevaba puesta una venda en la cara como de haber sido lastimado en la empresa, fijóse Velasco herido por el aspecto de juventud y el atalaje del individuo.

— ¿De qué fuerza eres? -preguntóle.

—He llegado del cuartel general de Madariaga... Soy de las milicias...

La voz del soldado era como velada y temblorosa.

— ¿Vienes herido? ...

—Solo lastimado en la cara al saltar á tierra... No vale la pena...

—¿Tienes entonces miedo?...

—Señor—repuso con energía el interrogado procurando reponerse—no tengo miedo puesto que vengo á morir al Morro.

—Eres un valiente—dijo Velasco enternecido—pasa y vé á alojarte. Aquí todos piensan como tú.

Aranda iba cerca de Velasco, así como don Bartolomé Montes. Juntos presenciaron aquella escena y juntos comentaron las respuestas del joven miliciano. Su voz, por manera inexplicable, estremeció á don Pedro, por cuya alma cruzó como el recuerdo vago de otra voz muy querida. Quedóse turbado. Luego pensó que, en efecto, aquella voz se parecía mucho á la de Verónica. Por un momento pensó seguir al mozo. Pero los recién llegados habíanse perdido ya en la masa de defensores y además no era cosa de ir tras de un recluta venido del campo de Madariaga, solo porque su voz se parecía á la de su esposa.

Velasco celebró á la madrugada una conferencia con los principales jefes, entre ellos el de ingenieros coronel Ricard, que tan pobre de recursos se había mostrado desde el principio del

sitio. Según dicho jefe, no era posible practicar una contramina, sin que peligrara la fortaleza, porque contribuiría á arruinarla aún más, haciendo mayor la brecha y entrada del enemigo. Respecto de la situación de la mina que hacía el enemigo, no podía demarcarla con fijeza, porque los ruidos subterráneos cambiaban á menudo de dirección, denotando que eran varios los caminos ó ramales abiertos contra el muro. Velasco comprendió que era inútil toda investigación en el particular. Lo que se imponía era observar gran vigilancia para que los intentos de fuera, se estrellasen en la decisión y energía de dentro. Mandó colocar la bandera sobre el orejón del mar, más próximo á donde se suponía que trabajaban los zapadores. En torno de la enseña nacional, construyóse un gran parapeto de piedras y cañones viejos, planchas de hierro y sacos de arena. Mirando aquella posición, dijo Velasco á su Estado Mayor:

—Si muero en el asalto, que no se confíe esta defensa á cobardes. En vos confío, señor marqués González, mi fraternal amigo, y en vos teniente coro-

nel Montes, en vos, Milla y en vos también, capitán Aranda, á quien siempre he considerado como un hombre de honor. Que esta—añadió señalando á la bandera clavada en el parapeto—sea la última que caiga... después que hayamos caído todos.

Como el presentimiento de un próximo y trágico desenlace apenaba el animoso corazón de Velasco. No era el temor de una muerte próxima; era el temor fundado de una derrota completa, de la pérdida para la corona de España de una valiosa colonia que aún no había desenvuelto su riqueza, pero de la derrota en condiciones favorables para el vencimiento completo, contándose la pólvora por miles de quintales, con una escuadra poderosa de diez navíos, capaces de sostener formidable encuentro en el mar, con buen número de tropas veteranas, con milicianos fieles y valientes, con todas las fortalezas en pié, con un caudal de recursos que para sí quisiera el invasor, diezmado por la fiebre amarilla, muerto de cansancio, hostilizado en los campos y desprovisto de recursos, casi resuelto á levantar el sitio por

la proximidad del equincio si los sitiadores mantenían con firmeza la resistencia algunos días más. Y todo iba á perderse por la inminente toma del mejor castillo de la Plaza y por la ineptitud de Prado en haber permitido el abandono de la formidable posición que entonces ocupaban los ingleses en la altura de la Cabaña.

De la Plaza no había ya nada que esperar: todo lo que cabía hacer dentro de la inutilidad manifiesta del capitán general y de la cobardía de Hevia, jefe de la Escuadra, se había hecho. Que al menos la toma del Morro no deshonrase las armas españolas; ese era el postrer deseo de aquel noble caudillo dispuesto á dar su vida en defensa de su bandera.

Aquel día era la conmemoración de San Pablo y en la capilla abierta sobre el patio de honor del castillo se celebró una misa, á la cual asistieron todos los defensores, inclinados por el estado de su espíritu á ponerse á bien con Dios en aquellos momentos memorables. Se había hecho el silencio, solo turbado por los toques de clarín que repetían los de la campanilla del acólito. Cerca

del celebrante, Velasco y su Estado Mayor asistían con recogimiento al sacrificio de la misa. El sol no había querido mostrarse ya bien entrada la mañana, persistiendo aquel cielo anubarrado, verdaderamente triste, cuya tristeza tenía algo de contagiosa. Del campo enemigo no venía un rumor. Desde el baluarte de tierra el centinela no divisaba más que el movimiento de fuerzas en encontradas direcciones; unas que marchaban hácia Cojímar, otras que descendían en grupos sobre los embarcaderos de bahía y otras, por último, las más numerosas que formaban tras de las trincheras que miraban al castillo.

Terminada la misa, repartiéronse los soldados del Morro, según disposición de Velasco, unos en los baluartes del mar, custodiando las baterías preparadas desde que terminara la inútil operación de la almadia, otras en el patio central y en los bastiones de tierra, para el caso probable de un asalto. Velasco recorría incesantemente las dependencias todas del castillo. Iba todo afeitado y vestía lo que se llamaba entonces «uniforme» consistente en

casaca azul de la marina, con entorchado de oro, chaleco, del mismo color, con carteras galoneadas de aquel metal, calzón de terciopelo con media blanca, zapatos con hebilla de plata, chorrera de encajes y peinado en coleta blanca, con tricornio ribeteado de oro. Ceñía espada de golilla, de gavilanes rectos, cazoleta redonda y guardia muy fina. El marqués González, vestía igualmente el uniforme de comandante del «Aquilón», llevando en la mano el sable de la marina, de cazoleta ancha y baja. Cerca de ellos iba don Pedro de Aranda con uniforme de capitán de granaderos, corbatin alto y coleta del propio pelo sin empolvar. Cerca del parapeto del mar, cuya base atacaban los enemigos sin descanso, dejó Velasco al capitán don Lorenzo Milla, al frente de una compañía de 172 hombres del batallón de España, con dos tenientes, dos alféreces y cinco sargentos, con sus caporales y una sección de bombarderos, herreros, armeros y minadores. La otra compañía del mismo batallón tenía á su resguardo el baluarte de tierra, bajo el mando de don Pedro de Aranda, uno de los hombres que más con-

fianza merecían al gobernador de la fortaleza y á sus segundos marqués González y Montes. En el Morrillo se había situado una numerosa guardia, que velaba las escalas sobre el puerto, como medio de retirada en último extremo y á la vez de comunicación con la plaza, puesto que puentes y rastrillos se hallaban cerrados y apuntalados desde el principio del asedio. Otro piquete numeroso guardaba las baterías del orejón de tierra y la bajada á la rampa que conducía á la plaza de armas del castillo. En la cresta de dicha rampa sobre la batería de San Nicolás se había fortificado con sacos de tierra una cortadura, guardada por otro piquete de cuarenta hombres de marinería y artilleros de brigada que servían las piezas. Guardando las provisiones de bombas, se habían hecho unos parapetos de blindaje. A la derecha, en la otra cortadura y rampa, se habían montado dos cañones de á 24 mandados por el teniente don Fernando de Párraga. Los fuegos se hallaban así debidamente repartidos para que en el momento del asalto y aún hecho dueño el enemigo de los prime-

ros baluartes, fuera barrido á cañonazos y fuego de fusilería al pretender ascender á la fortaleza por sus entradas naturales.

Toda la oficialidad, con Velasco y su Estado Mayor, bajó al cuerpo de guardia cerca de las doce, á comer. Ya se había servido el rancho á la tropa y distribuído esta en los diferentes puntos mencionados. En la mesa de los jefes, Montes, marqués González, Ricard y los ayudantes de Velasco rodeaban á este que procuraba con su conversación borrar el mal efecto de su semblante sombrío. Estaba muy pálido y mostraba en el rostro las huellas de la fatiga. El segundo subteniente Fichoso, que venía de fuera, se acercó al gobernador de la fortaleza para decirle que el condestable de la batería de San Nicolás quería hablarle con urgencia. Abandonó su asiento Velasco é hizo pasar al artillero.

— ¿Qué ocurre? —preguntó.

—Vengo á dar parte á usía de que una fragata enemiga se acerca por el lado de la batería á mi cargo. ¿Debo hacer fuego?

— ¿A qué distancia?

—Pronto se hallará á tiro de cañón... Además, uno de sus botes hace sondeos.

Velasco llamó á don Pedro de Aranda.

—Capitán Aranda—dijo—requerid el anteojo y pasad á observar los movimientos de ese navío. Hacedle fuego en cuanto se ponga al alcance de las baterías.

Saludó Aranda y salió para su destino, descendiendo con rapidez la rampa que conducía al parapeto de San Nicolás. Desde él se descubría el mar entonces en calma. La fragata enemiga se había puesto al pairo y el bote tornara á sus cabos. Seguía nublado el día, alzándose por el sureste los negros nubarrones de la tormenta que venía con lentitud para descargar dentro de pocas horas. Veinte nudos más allá del «Dragón», que era la nave al pairo y hacia la vuelta de Cojímar, sacudían al viento sus velas mayores dos de los más fuertes navíos de la flota: el «Malborough,» de tres puentes, cuyo tajamar miraba á la fortaleza, como poniéndose á favor de la brisa y el «Cambridge», que viraba destacando su

alcázar sobre el fondo sucio del horizonte.

Tendió Aranda la vista en derredor para apreciar en lo posible los movimientos de la flota, pero nada le llamó la atención é iba á subir de nuevo al cuerpo de guardia, para dar cuenta á Velasco de su encomienda, cuando un resplandor fugaz, como una llamarada, mejor aún, como el fulgor de la descarga eléctrica lo deslumbró al propio tiempo que el suelo del parapeto retembló bajo sus plantas y un estruendo de cien baterías disparadas á un tiempo lo dejó sordo. Un movimiento instintivo lo hizo retroceder un instante, más se repuso y en vez de ganar la rampa se arrojó sobre el parapeto mirando hacia abajo. Los dos garitones del caballero del mar con sus centinelas habían desaparecido como tragados por el arrecife. Contra la tronera yacían tendidos cuatro marineros dispuestos allí para arrojar granadas de mano; sus diez ó doce compañeros habían volado como los centinelas quedando enterrados en las ruinas. En el ángulo, punto de intersección de las dos cortinas, se veía abierta una brecha no considerable, pero sí

de la suficiente anchura para que pudiera penetrar el enemigo en la fortaleza. Cerca de la brecha, por fuera, metido entre los cantos desprendidos de la muralla, daba gritos un soldado. Aranda mandó echarle un cabo para que subiera y corrió á dar cuenta de la ocurrencia al gobernador. Lo encontró á veinte pasos de la rampa. Llegaba espada en mano, mas pálido que hacía poco, imponiendo orden en los pelotones que el miedo arrojaba sobre los baluartes de tierra, buscando salvación en la fuga.

—Señor... la brecha...—dijo Aranda.—

—Guardadla, guardadla amigos—repuso Velasco yendo hácia el Morillo donde se agolpaba la guardia en requerimiento de las escalas para descender á los botes.

—¡Picad las escalas, Mayor Córdova!—gritó echando fuego por los ojos.—¡Abrasadle las entrañas al que pretenda abandonar la fortaleza!—

Viró en redondo y fué hacia el baluarte de San Nicolás donde se destacaba la figura arrogante del marqués González, rodeado de Montes, Milla,

Aranda, Fichoso y Mundita el primer ayudante.

—Capitan Milla—dijo señalando al mutilado baluarte—descended á prisa... á ver ese hornillo... medid la entrada... ¡Marqués González, á la bandera... ocupad el parapeto y fuego el que asome... teniente coronel Montes... veladme ahí...»

Tras de ellos la confusión y el pavor se traducían en una huída vergonzosa y loca. Los pelotones de marinería y veteranos abandonaban sus puestos tirándose de lo alto de los parapetos al relleno y de este á la rampa por la cual descendían en busca de la última cortina para tomar el Morrillo y apoderarse de las escalas. Frente á aquella entrada solo quedaba el valiente oficial Párraga al mando de sus dos piezas de á 24, las mechas encendidas y la gente en su puesto. Velasco se mesó el cabello.

—¡Esto—clamó—esto me faltaba!...

El capitán Milla vino corriendo hacia él.

— ¿Qué decís?

—Señor: la brecha no es accesible sino con gran trabajo. Escasamente puede entrar un hombre de frente. Bien guarda-

do aquel punto, la entrada del enemigo es muy difícil.

—Vamos allá.

Cuando llegaron, sobre el caballero se veían las cabezas inglesas y la punta de las bayonetas enemigas. Desde el parapeto en que guardaba la bandera el marqués González rompió un fuego muy débil de fusilería sobre la brecha. Montes, el marqués, Aranda y Muñoz, sobrino de Velasco, se defendían á la espada pegados al parapeto. Por entre ellos y sus menguadas huestes que no alcanzaban á cincuenta hombres, rompió como un torrente don Luis de Velasco, la espada en alto, sin sombrero, transfigurado por el entusiasmo. . Enamorado de la muerte corría á su encuentro y ella lo esperaba coronada de laureles, alumbrada la pálida frente por un rayo de sol mortecino que había roto los nubarrones para iluminar aquella épica escena.

Cayeron sobre Aranda y el marqués veintitantos granaderos británicos como una avalancha. Sobre el grupo flotaba la bandera española defendida con las chispas de aquellas dos espadas que hendían cráneos en derredor y segaban vidas como

una hoz invisible. Los que iban entrando por la brecha, caían sobre las espadas de Montes, de Milla, de Fichoso que procuraban guardar con sus cuerpos el pecho siempre enfrentado de Velasco quien más procuraba vencer la resistencia de sus oficiales que el empuje de los enemigos. Cuando bajaban de la brecha, se oían frases en inglés que alguno tradujo: «Que no se mate al gobernador don Luis, orden del cuartel maestre.»

Y el gobernador les iba encima con furia, unas veces por el lado del caballero, cerca del ángulo abierto por la mina, otras corriéndose hacia el parapeto en que flotaba la bandera. El marqués había caído ya y en su puesto batíase Aranda teniendo á su derecha al segundo ayudante Palma y á tres soldados uno de ellos muy joven, materialmente pegado á la espalda de don Pedro.

Desde la rampa, el teniente Párraga barría el suelo, sobre la ruta del enemigo que penetraba, con el fuego sostenido de sus dos piezas. Hácia él unas veces y otras hacia Aranda, volvía la vista á ratos Velasco y les sonreía. Toda la chorrera de su uniforme estaba

teñida de sangre, la casaca hecha girones y descalzo.

Una vez que volvió la vista al parapeto no descubrió á González. Acribillado de heridas cayera minutos antes.

—¡Marqués! — gritó — y en aquel grito había modulaciones amorosas de padre y de hermano mayor.

Después tendió la vista hacia la batería de Párraga. Ya no hacía fuego. El heróico oficial había muerto al pie de sus cañones y en aquellos momentos el enemigo dueño de la batería, levantaba el cadáver.

Desamparada por el pánico y la vergonzosa cobardía de la guarnición, la parte vulnerable de la fortaleza, la pequeña brecha que abriera la mina y que cincuenta soldados decididos pudieron hacer inaccesible al enemigo, las fuerzas británicas habíanse arrojado sobre veinte puntos de la muralla á la vez. Con las pacas de algodón traídas por Douglas en su flota días antes, habíase cegado el foso y después echado escalas que el sitiado en su debilidad no pudo rechazar. La invasión fué como la de un río al cual se rompen los diques. Aún no habían logrado, no obstante,

apoderarse de la bandera, defendida por ocho ó diez pechos animosos. Velasco miró al parapeto y sonrió iluminándose su faz con una aureola gloriosa. Pero un grito de angustia que partía del parapeto lo hirió y ya no vió á don Pedro de Aranda. Acababa de caer contra el asta sostenido á medias por el soldado joven que le guardaba hacía rato las espaldas. Tras de Aranda fué derribado Palma. Entonces trepó Milla de un salto al parapeto pasando por encima de un montón de cuerpos. A sablazos defendían seis marineros aquella posición. También se corrió hacia allí Muñoz, sobrino del gobernador al tiempo que dos marineros rodaban fusilados desde el muro por los ingleses.

Entonces se escuchó otro grito junto á la brecha. Lo había lanzado Montes viendo desplomarse á don Luis de Velasco atravesado el pecho por una bala. Abrió los brazos y cayó en los de su sobrino y Montes que lo retiraron del campo de combate.

—¡Capitulad, Milla! — gritó don Bartolomé Montes al retirarse. Y Milla quedó allí, pegado al asta, defendiendo la ban-

dera con su cuerpo y con su espada. Pero ya era inútil: el parapeto se hallaba invadido por las fuerzas británicas... y después ¿á quien defender? Al levantar la vista vió con ira que la bandera de la fortaleza acababa de ser sustituída por el pabellón real de Inglaterra.

—¡El Morro por el rey Jorge! —gritaron las tropas inglesas. Y el valiente capitán Milla, descendiendo del parapeto, entregó á Pocock su espada.



XVI

Precedió pocas horas á aquel derrumbe de héroes, la caída del bravo Pepe Antonio. Puesto á bien con Dios y hecha la distribución de su pequeña hacienda ante el escribano público, don Pedro Guerrero, abandonó esta vida el infortunado caudillo, después de despedirse de todos aquellos fieles compañeros de su breve campaña, que habían sido suyos en cuerpo y alma, mientras fué su jefe y que ni aún en la muerte lo habían abandonado, mérito doble, porque Pepe Antonio murió despojado de todo mando y autoridad y los amigos, por desgracia, se ahuyentan aún más que de un lecho mortuorio, de la compañía y vecindad de quien ha sido arrinconado por la fortuna.

Disponía Pepe Antonio que lo

amortajasen con el hábito de su Padre San Francisco, y lo sepultasen en la iglesia parroquial de la Asunción de Guanabacoa, si no lo impidiera la invasión enemiga ó de lo contrario, en la iglesia del partido en que falleciera, pues en aquella época los enterramientos se efectuaban en el campo santo adosado á los templos, por no existir cementerio general para cada población. Dejó la cuarta parte de su caudal para mandas pia dosas, declarando como á sus herederos legítimos á su consorte doña Narcisa de Soto, sus hijos don Narciso, doña Josefa, doña Luisa, doña María de la Concepción, doña Gertrúdis y doña Teresa Gómez y Soto, y su hermano, don Jorge Antonio, nombrado albacea juntamente con su esposa, doña Narcisa, el bachiller don Hilarión de Arroyo y don Manuel de la Guardia y por falta de estos al caballero Regidor don Lorenzo Bolaños. Hecho esto, en santa paz entregó el alma, tendido sobre aquel humildísimo lecho, cobijado de yaguas. Y la cámara ardiente de aquel heróico capitán que debiera ser colocado en un féretro elevado en el salón de honor de una fortaleza,

fué el breve recinto de un mísero bohío, cuyo pavimento de tierra habían cubierto sus fieles amigos con hojas de plátano, encerrado el noble cuerpo en cuatro tablas mal unidas, rodeado de cuatro velas de sebo, dispuestas, á guisa de candelabros, en cuatro medias naranjas.

Cuando arreciaba el fuego sobre el Morro, en medio del horrísono concierto de las máquinas de guerra, fué conducido el cadáver de Pepe Antonio, en hombros de sus fieles guerrilleros, á la pequeña ermita del ingenio de Aldana, siendo depositado en la tierra acompañado de las preces de un fraile franciscano y de las lágrimas de un centenar de partidarios que hicieron en honor del capitán regidor las descargas de ordenanza. Allí estaba Ruíz, en cuyo semblante se veía retratado el dolor por aquella pérdida y la indignación contra el cobarde coronel que la había provocado, Bernet el Jerezano, disponiéndose á vengar al caído en las huestes inglesas, y Díaz, intrépido partidario, que acababa de tener un encuentro con el enemigo y llegaba con sus fuerzas, negro por la pólvora del combate. En medio de ellos pareció como quedar un

un vacío enorme al recoger la tierra, madre común, aquellos nobles despojos. Rendido el tributo de lealtad al amigo y al jefe, se dispersaron aquellos valientes por los campos y las lomas dispuestos á continuar degollando ingleses por todos los medios lícitos é ilícitos.

Ruíz, segundo de Pepe Antonio, marchó con su fuerza hacia Corral Falso, según decía, para ver si Dios le ponía en el camino al coronel Caro y daba fin de un machetazo, á su vida de cobardía é indignidad. Aquel hombre era una vergüenza para las armas españolas. El enemigo lo venía trayendo y llevando de unas lomas á otras, cansado de derrotarlo ignominiosamente. Sus mejores solda dos habían desertado de las filas marchándose á la población, las enfermedades habían diezmado sus fuerzas y de los tres mil hombres que le habían sido entregados para batir al inglés, escasamente le quedaban mil y esos rendidos de fatiga y casi indisciplinados.

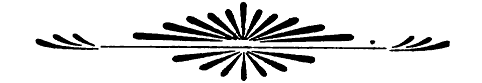
Cerca de Corral Falso tuvo un soplo Ruíz de que en cierta casa del poblado había un destacamento enemigo bastante numeroso. La ira que cegaba al

valiente partidario, no le permitió ver el peligro y con sus dos centenares escasos de milicianos, se lanzó al anochecer sobre el puesto enemigo, volando la techumbre con granadas de mano y rompiendo sobre el interior un mortífero fuego de fusilería. Un pelotón de campesinos á caballo, degollaba sin piedad, á machetazos, á cuantos salían huyendo de la casa atacada para constituirse fuera en unidad y presentar batalla á los españoles. La de vencer llevaban Ruíz y los suyos, porque el pánico se había apoderado de los ingleses, cuando al fragor del combate cayó sobre aquel punto un destacamento numeroso, cogiendo entre dos fuegos á los partidarios, que empezaron á poner en práctica su sistema de retirada, aunque en difíciles condiciones. Más á los pocos momentos caía del caballo, Ruíz mortalmente herido por las balas inglesas, diciendo al soltar el machete, que valientemente había esgrimido toda la campaña y aquella tarde como nunca.

—Pepe Antonio.... esperadme..... haremos el viaje juntos.

Y espiró. En tanto cogían

monte los partidarios, imposibilitados de recoger el cadáver de su jefe, media legua hacia la villa se escuchaban los clarines del coronel Caro, que anunciaba su marcha, sin duda para no tropezar con los ingleses. Las fuerzas de Ruíz corrieron á engrosar las partidas de Bernet y Díaz, que operaban sobre el camino de San Antonio, pero su esfuerzo sería inútil. La defensa del campo, después de caídos aquellos dos insustituibles capitanes, era cosa perdida. Gracias que de vez en cuando pudieran entrar en la plaza las raciones enviadas desde su cuartel general por Madariaga. El territorio todo, desde la loma de Aróstegui á Guanabacoa, quedaba por los ingleses.



XVII

El enemigo se había diseminado por la fortaleza: puertas y rastrillos se abrieron, cayó el puente levadizo y al propio tiempo que tremolaba al viento el pendón real de Inglaterra, venían sobre el Morro bajando de la Cabaña en columna cerrada, las fuerzas de Albemarle que tomaban posesión del castillo. El parapeto en que había sido heroicamente defendida la bandera de España y la brecha abierta por el enemigo en el ángulo del caballero del mar, quedaron desiertos. Toda la animación estaba arriba, en la plaza de armas de los Tres Reyes, en el cuerpo de guardia y en el salón de oficiales, frontero á la capilla, en el cual se prestaba auxilio á Velasco mortalmente herido. Pocock y

Albemarle y los principales jefes ingleses, quisieron abrazar y saludar al bizarro defensor del Morro, cuya muerte inminente les proporcionaba un hondo pesar. Su admiración por el caudillo rayaba tan alta, que se habían librado órdenes terminante á los jefes, momentos antes del asalto, para que su vida fuese respetada. No contaban con el arrojo del intrépido y honrado marino que se había propuesto morir al pie de la bandera, para borrar la mancha indeleble impresa en los timbres de la Real Armada por la cobardía de su Almirante el marqués del Real Transporte. Preparóse por los inglese el traslado de Velasco á tierra, á causa de haberse negado resueltamente este á permanecer un minuto más, como no fuera en calidad de prisionero de guerra, bajo el pabellón británico. Por orden de Albemarle, buscáronse los cadáveres del marqués González y de Párraga para hacerles los honores correspondientes. El primero no fué encontrado. Bajo el asta bandera clavada en el parapeto, se halló una masa sangrienta: dos tres cuerpos deshechos por s granadas de mano y acribi-

llados á bayonetazos. Milla, Montes, Mundita y Fichoso, fueron conducidos á la plaza mal heridos. Aranda, de los últimos en caer, fué hallado cerca de la brecha en manos de un miliciano joven que procuraba restañar la sangre de sus heridas con pedazos de sus ropas. Era el mozo que había venido la víspera del cuartel de Madariaga, al cual interrogara Velasco al pie de las escalas. Empapado en sangre, sucio por el humo de la pólvora, demudado el semblante por el horror de aquel pavoroso cuadro de muerte, nadie podría reconocer en el imberbe miliciano á la hermosa hija de Villalobos, lanzada á los peligros del asalto por su amor á Don Pedro. Creyó morir al ver caer á sus piés como un tronco, al amado de su corazón. Fué cuando lanzó aquel grito escuchado por Velasco en lo más recio de la refriega. Después se inclinó desolada sobre el cuerpo de su esposo y sacando fuerzas de su desesperación, pudo arrastrarlo veinte pasos más allá del parapeto sobre el cual se arrojaban los pelotones ingleses ardiendo en entusiasmo. Esto salvó la vida á Aranda, porque caído y sin auxilio,

hubiera sido aplastado como lo fué el marqués González, por aquella avalancha que penetraba en el castillo por la brecha. Verónica presenció horrorizada aquel negro cuadro del asalto, capaz de poner espanto en el alma mejor templada. El enemigo se arrojaba sobre las rampas, desde lo alto de las almenas, persiguiendo á los defensores que huían, pasando á cuchillo á cuantos pretendían defenderse. Masas de soldados se lanzaban desde las cortinas exteriores al mar y al campo, hallando muerte más segura que aquella de la cual huían. Los negros traídos por sus dueños de las fincas próximas para los trabajos de fortifi ación, fueron degollados en número de cien. Sobre trescientos soldados y marineros se rindieron al invasor, siendo encerrados en los calabozos del castillo. El resto de la defensa hasta mil hombres, yacía sobre los reductos y los baluartes, los patios y los fosos, sin vida ó había ido á darse como pasto á los tiburones que en manadas recorrían los veriles del peñón. A muy pocos se dió cuartel, porque muertos ó mal heridos los jefes, no hubo quien pensara en

acordar una rendición para evitar la matanza.

Gran admiración produjo el caso de Verónica en Pocock y Albemarle, cuando la animosa joven, haciéndose entender por medio del intérprete, les manifestó su deseo de acompañar el cuerpo de su marido á tierra para atender á su curación. Proporcionose á la hija de Villalobos vestidos convenientes á su sexo que la transformaron al instante de soldado sucio y destrozado en aquella preciosa joven que conocimos al principio de este libro. Deshízose la coleta masculina, peinando la cabellera en troba, semicubierta por una cofia blanca: una falda corta y ceñida, una chaquetilla ajustada, con ligero escote y mangas cortas, chapines de cuero de ante y banda negra á la cintura, completaban el vestido de la joven, que fijaba la atención admirada de la soldadesca, al descender la rampa que conducía al embarcadero. Cuatro granaderos ingleses llevaron hasta allí el cuerpo inanimado de don Pedro de Aranda, cuyos criados debían esperar en el muelle de Carpineti con una tartana. En otro bote fue conducido por fuerzas ingle-

sas y por su sobrino, el agonizante Velasco, á quien acompañaba también don Bartolomé Montes, gravemente herido del brazo derecho. En una última embarcación iban los demás oficiales rendidos á quienes, recogida la espada, puso Albemarle en libertad. La fortaleza se preparaba al bombardeo de la ciudad para apresurar su rendición y todas las baterías de la plaza se disponían á romper el fuego contra el Morro, que despertaba las iras generales con aquel pabellón aborrecido, dando sus colores al viento en la almena más alta de la fortaleza. Calculaba Albemarle que seis horas de fuego bastarían para humillar el orgullo de Prado y hacerle aceptar una capitulación, cuyos principales artículos estaban ya escritos.

Habíase agolpado un público numeroso á los muelles, ansioso de saber noticias de la toma del Morro, por los que venían para la plaza. Sobre la batería baja de la Real Fuerza esperaban la llegada de los rendidos, Prado y los demás miembros de la Junta de Defensa. Al aproximarse los botes, se vió distintamente en el primero, una mujer sentada al lado de un ofi-

cial, tendido sobre una camilla. Esto despertó la general curiosidad y á la vez la cólera del factor Villalobos, que presintió en el arribo de aquel bote una gran vergüenza para su apellido. Pero ya era tarde para contrarrestar los efectos del escândalo. Los soldados que saltaban al plan del muelle, referían pormenores dramáticos de la defensa y de la valentía de aquella joven, la cual, vestida de miliciano, había resistido todo el asalto sobre el parapeto de la bandera, hasta que vió caer herido á su esposo. En otros grupos se comentaba el valor de Velasco y sus compañeros, sobre todo, el marqués González, capitán del «Aquilón» y uno de los marinos más populares en la América española. Las embarcaciones fueron alijando su triste carga, que transportaban marineros de la Armada al Hospital ó á donde se les indicaba. Velasco fue llevado á su alojamiento muy próximo á la Real Tesorería, junto á los muelles. Prado no pudo recibir noticia alguna acerca del asalto por el infortunado gobernador, que estaba agonizando. Montes se las dió, encareciendo la valentía de la oficialidad, es-

téril, declarado el pánico en la defensa. Los que habían resistido, secundando á Velasco, ó estaban muertos ó llegaban en aquellos botes. En tan breves frases estaba hecha la relación del vencimiento.

Dos criados, con el auxilio de Verónica, colocaban entonces el cuerpo de don Pedro en una calesa forrada con almohadones.

—Dios os hiere por donde habeis pecado—oyó decir la joven á su espalda, con voz severa que reconoció en seguida. Era su padre don Gaspar, que contemplaba iracundo aquella tierna escena.

—Hágase su santa voluntad, señor,—respondió Verónica volviéndose con humildad y pálida como un cadáver.

—¿Habeis elegido, pues, vuestro camino, hija? —preguntó Villalobos, dirigiéndose á la niña.

—Señor... hace mucho... el de mi deber.

—¡Deber!... murmuró con aire despreciativo el factor—Desde cuando los habeis olvidado todos... Pero, en fin... seguid vuestro destino. El fue maldecido por su padre.... vos lo estais también.... Haceis muy bien en juntaros. Que-

una misma cadena os una.... Adiós... !

—Adiós, señor—dijo Verónica llorando.—El nos ampare á todos.

Y subió á la calesa, ocupando el lado izquierdo de su esposo, que tenía escritos en el semblante los rasgos de la muerte. Villalobos vió alejarse el vehículo, al propio tiempo que un dolor infinito le clavaba las garras en el corazón.

. . . .

. . . .

Muy cuerdamente procuró Albemarle utilizar el estado de desaliento producido en las autoridades, el ejército y el pueblo, por la toma del Morro, y al efecto, transcurridas algunas horas de tregua, durante las cuales fueron enterrados los muertos de ambas partes y se dió, con toda solemnidad, sepultura á los restos de don Luis Vicente de Velasco, honrado en la muerte, también, por el ejército inglés, que hizo en su honor las descargas de ordenanza, desde el campo de la Cabaña, poniendo á media asta el pabellón británico del Morro, envió el generalísimo á la ciudad, desde el cuartel general de San Antonio á la puerta de

la Punta, un oficial con bandera de parlamento, portador de una carta para el gobernador de la plaza, intimando la rendición, en nombre de las leyes de humanidad, que aconsejaban evitar la inútil efusión de sangre.

Temeroso Prado de que una capitulación en semejante estado de espíritu volviera contra él la mal reprimida cólera del pueblo, encaminó el criterio de aquella débil é incapaz Junta de Defensa por el camino de una resistencia desesperada, dándose en tal sentido respuesta á la comunicacióa de Albemarle, quien no podría por menos de sonreir burlonamente, leyendo los términos petulantes de la carta del gobernador español, en que exponía enfáticamente su irrevocable resolución de salir triunfante ó morir en la demanda, como lo exigía su historia de militar honrado. Decía también Prado que, conocedor de la situación de la plaza, distaba mucho de considerarla no ya desesperada; pero ni siquiera tan difícil como la veía su excelencia.

Para quienes como Albemarle, Keppel y Pocock, habían sido testigos, durante cuarenta días, le las estupideces y cobardías

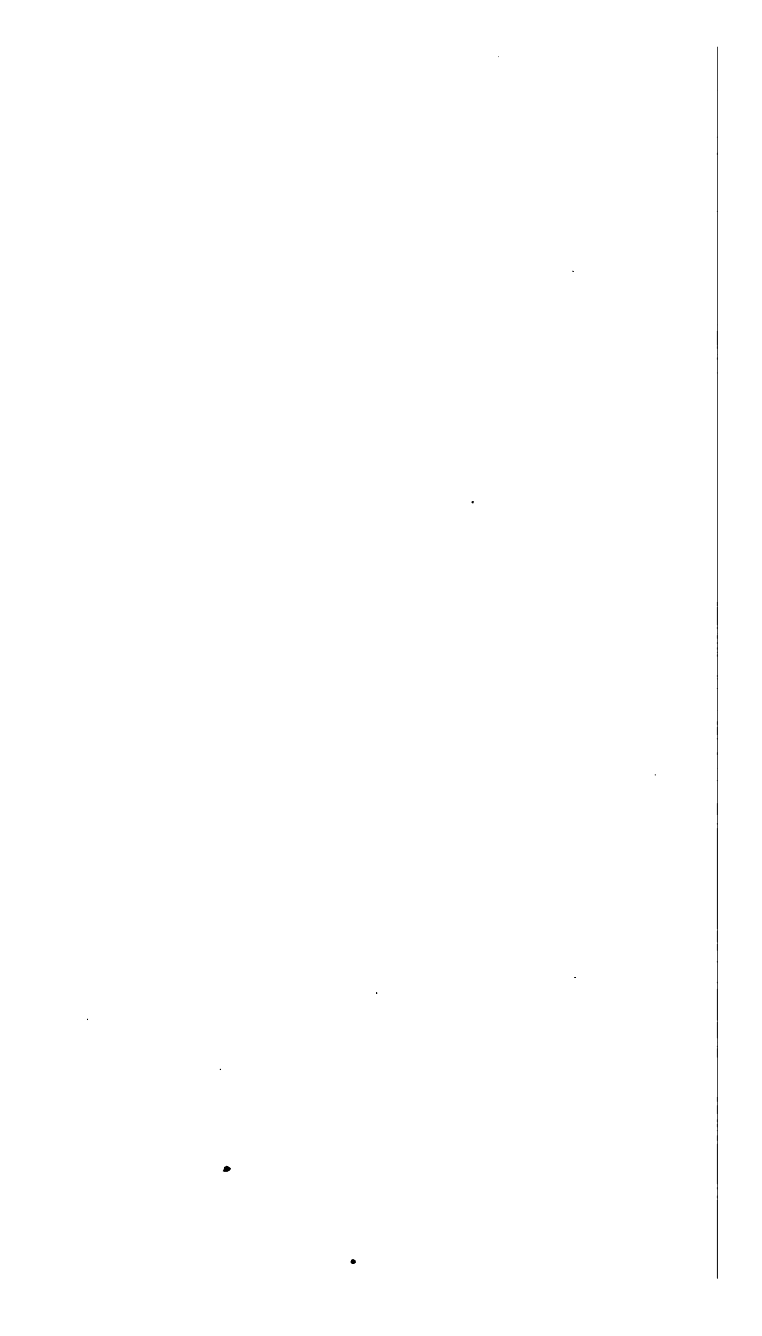
de la Junta y de Prado, la respuesta de éste había de tener una importancia muy relativa. Verdad que las fuerzas sitiadoras, diezmadas por la fiebre amarilla, trabajadas por la fatiga y exhaustas de recursos, deseaban ardientemente la terminación del asedio; pero confiadas en el arribo de naves de América con tropas de refresco y auxilios, disponíanse de buen grado á llevarlo á feliz término. La ciudad, en cambio, hecha exclusión de algunos entusiastas en su mayoría milicianos, recibió anonadada la noticia de que iban á prolongarse sus dolores, sin utilidad para el país ni para la corona, con un horrible bombardeo desde los montes de la Cabaña, formidable posición que dominaba la plaza completamente, colocada á merced de sus magníficas baterías.

Hábilmente sondeó Prado la opinión de la Junta, no hallando en ella un gran calor para la resistencia. Donde palpitaba la fibra del sentimiento patriótico y de la lealtad al monarca, era en la municipalidad y corregimiento, siquiera existiesen algunos regidores y alcaldes que no miraban la conquista de Cu-

ba por el inglés como una calamidad ni mucho menos. Había quienes no se ocultaban para decir que si Prado se había dormido en los primeros y buenos días de la defensa, cuando el alma popular estaba entera, Madariaga lleno de ardor y entusiasmo, y los almacenes repletos de vituallas, mejor sería que entonces, cuando todo se había perdido, cuando una escuadra poderosa se hallaba desarmada é impotente en el fondo de la bahía, diezmados los defensores y muy menguadas las municiones, se diese la Junta á partido y no sometiera al vecindario y al ejército á mayores sacrificios. Justo es decir que esta era la opinión de los menos, no abundando en tales ideas ni el pueblo armado, ni la mayoría del corregimiento, ni el obispo Morell, ni las comunidades religiosas. Mas afincados en el país todos éstos y expuestos, por lo tanto, á ser las víctimas de Albemarle, al llegar la hora del botín, mostrábanse más partidarios de la defensa del territorio, que era al propio tiempo la defensa de sus riquezas y bienes.

Prado muy cauto en los momentos del desenlace, tanto co-

mo imprevisor y ligero había sido en los comienzos del sitio, si bien supo, de acuerdo con Superunda, Hevia y Tavares, redactar los artículos de una capitulación para cuando llegara el instante propicio, supo también guardar el documento secreto y demostrar su firme resolución de llevar la resistencia hasta los últimos límites, presentándose en todas partes de uniforme y armado, visitando las fortalezas y publicando terribles bandos con severísimas penas para cuantos sirvieran los fines del enemigo. La ciudad y la plaza—decía en la orden publicada el día en que se dió sepultura á Velasco—resistirá hasta el último extremo y su gobernador, depositario de la confianza del rey Nuestro señor don Carlos III, será el último que abandone las murallas muriendo, si es preciso, como el heroico gobernador de la fortaleza de los Tres Reyes, al pie de la bandera.





XVIII

Con la respuesta de Prado dió fin la tregua reanudándose el bombardeo de las baterías ocupadas por el enemigo sobre la ciudad. La Cabaña, el Morro, las baterías de la loma de Aróstegui y cuatro navíos de línea colocados frente al canal, enfilando todo el campo de la Punta, rompieron el fuego más certero y mortífero sobre la plaza al amanecer del día primero de agosto. Habíanse reforzado las defensas con gente venida del interior y lo mismo del castillo de la Real Fuerza y de toda su muralla hasta San Telmo que desde la Punta, se batía al Morro desesperadamente sin que por ello pudieran los sitiados registrar la más pequeña ventaja. En el campo enemigo escaseaba mu-

cho la pólvora, y esto explica que los sitiadores alcanzasen muy pocos triunfos en ocho ó diez días de fuego, dirigido casi todo contra el Castillo de la Punta la Real Fuerza y los baluartes intermedios, á cuyo pie habíase situado la fragata «Aguila» para batir al Morro. Más esta situación tenía forzosamente que ser poco duradera. En los primeros días de agosto recibieron los ingleses un nuevo convoy de América con dos mil hombres, armas y municiones en abundancia. Arreció el fuego de cañón, el «Aguila» tuvo que retirarse desmantelada y el estrago fué tan considerable en el baluarte de San Telmo y en la Punta que hubo necesidad de relevar sus guarniciones. Muchos cañones reventaron, las balas se concluyeron en algunas baterías y empezaron á usarse las de piedra traídas con antelación de las playas y ríos. El enemigo dirigió sus piezas el día 11 sobre la ciudad, empezando un cruel bombardeo que amenazaba no dejar en pié un edificio. Prado creyó sin duda que había llegado ya al límite de su relativa heroicidad y convocó la Junta en secreto para pedirle su opinión. Sin circun-

loquios tratóse allí del medio más honroso de capitular, escuchándose pocas voces en contra de tal propósito. Lo que se indicó por algunos, fué el peligro de que los milicianos impidieran, rebelándose, que la capitulación se llevase á efecto; pero Prado allanó los obstáculos declarando que él conocía el medio de que la capitulación empezase por los propios milicianos y partidarios. Dictó al efecto una orden, disponiendo que el coronel Caro con sus fuerzas condujera á los milicianos á la plaza para aumentar sus defensas. A las pocas horas habíase cumplido lo dispuesto, llenando todos los alrededores de la Real Fuerza los valientes campesinos de Barnet y Díaz y los milicianos de Aguiar y Arroyo que hasta entonces habían tenido á su cargo la custodia de los caminos de la Habana.

No dejó de causar gran extrañeza á aquellos valientes guerrilleros, una orden de concentración que desamparaba el campo y aislaba á Madariaga de la Plaza impidiendo toda comunicación, pero empezó á correr la voz de que solo se trataba de dotar de nuevo armamen-

to y abundante parque á las milicias, enviándolos al momento á sus destinos. La noticia era verosímil, porque aquella mañana había remitido Madariaga seiscientos fusiles desde Managua y algunas cajas de municiones.

En medio del fuerte cañoneo, permanecieron en pelotones las milicias llenando la plaza de armas y esperando impacientes que se abriera la armería para aprovisionarse. Caro llegó sobre las once y dió orden á Aguiar de que se dirigiera con su fuerza al cuartel de San Telmo á dejar allí sus armas, volviendo á la Plaza á proveerse. Salió el regidor con sus milicianos, recogiéronles los fusiles y machetes y cuando se disponían á regresar, aparecióse Castejón, con una orden del gobernador para que la fuerza saliera al campo, por la puerta de la Punta, permaneciendo allí hasta nueva orden. Igual procedimiento se observó con los demás batallones y partidas, eligiendo la puerta de Tierra ó la de la Tenaza para la salida. A las doce, no quedaba un miliciano armado ni sin armar dentro de la plaza. Vagando por el glasis, tumbados por los

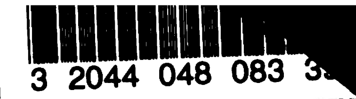
repechos, bajo las matas y algunos en el monte, cansáronse de esperar los nuevos armamentos prometidos por Prado.

Caia en tanto una lluvia de plomo y de hierro enrojecido sobre la ciudad causando derrumbes y destrozos desde el Angel á San Isidro. Era una ola de fuego que cubría la plaza desde el canal hasta San Lázaro y aún más allá, porque desde la altura de Aróstegui los morteros de How cruzaban sus proyectiles con los de las naves inglesas enfiladas sobre el litoral. A las ocho horas escasas de fuego, previa reunión precipitada de la Junta de Defensa, salió para el cuartel general de Albemarle el sargento mayor don Antonio Ramírez con bandera de parlamento, llevando el pliego de capitulaciones de Prado, acordándose entonces una nueva tregua de veinticuatro horas. Al anochecer de aquel día regresó Ramírez á la plaza acompañado de un oficial inglés. En las primeras horas de la mañana del 12 se firmaba la capitulación y tomaba posesión el comodoro Keppel del castillo de la Punta, izando en el baluarte la bandera británica. Momentos des-

pués abriéronse las puertas de aquella parte de la muralla y en medio del estupor de los milicianos que contemplaban el cuadro salió la guarnición de la plaza, con dos piezas de artillería y seis tiros por plaza, á tambor batiente y banderas desplegadas, gracia concedida al vencido por Albemarle, en consideración á la brava y vigorosa defensa del Morro!!... Al mismo tiempo, penetraba en la ciudad por la Puerta de Tierra el ejército inglés, con el conde de Albemarle, Grant, Haviland y How, al son de cajas y clarines. Prado, Hevia, Superunda y Tavares, preparaban espléndido alojamiento á los generales ingleses en la morada del marqués del Real Transporte jefe de la escuadra y disponían un banquete en celebración del suceso. El pueblo arrojado de la ciudad al principio del sitio, y las comunidades religiosas, reintegráronse á sus hogares destruídos en gran número por el bombardeo, los partidarios ardiendo en ira, marcharon al campo, á ofrecer á Madariaga sus servicios para la magna cuanto absurda empresa de la reconquista; los conventos de San Juan de Dios,

San Francisco, San Agustín, Belén y Santa Clara, quedaron llenos de heridos y enfermos por consecuencia de la desdichada campaña, tan cruel como estéril y Albemarle se dispuso á poner á precio de tributo aquella plaza rendida con tanta facilidad como falta de decoro. Asombrado vió el pueblo á la siguiente mañana entrar por el canal, bellamente empavesados los navíos ingleses, no obstante el cierre del puerto por los buques sumergidos de orden de Prado. La escuadra inglesa entraba para apoderarse de nueve hermosos navíos anclados en el estero de Guasabacoa y de dos magníficos en grada, próximos á ser botados al agua. Cuanto al conde de Albemarle, hacía el inventario de la presa en dinero y artículos preciosos, tomada á España y ascendente á catorce millones de pesos. Pero también hizo más: abrió el puerto de la Habana, cerrado desde el día del descubrimiento, al comercio del mundo. Aquellas naves que entraban vencedoras, eran nuncio de prosperidad para la colonia conquistada.

FIN.


3 2044 048 083 3